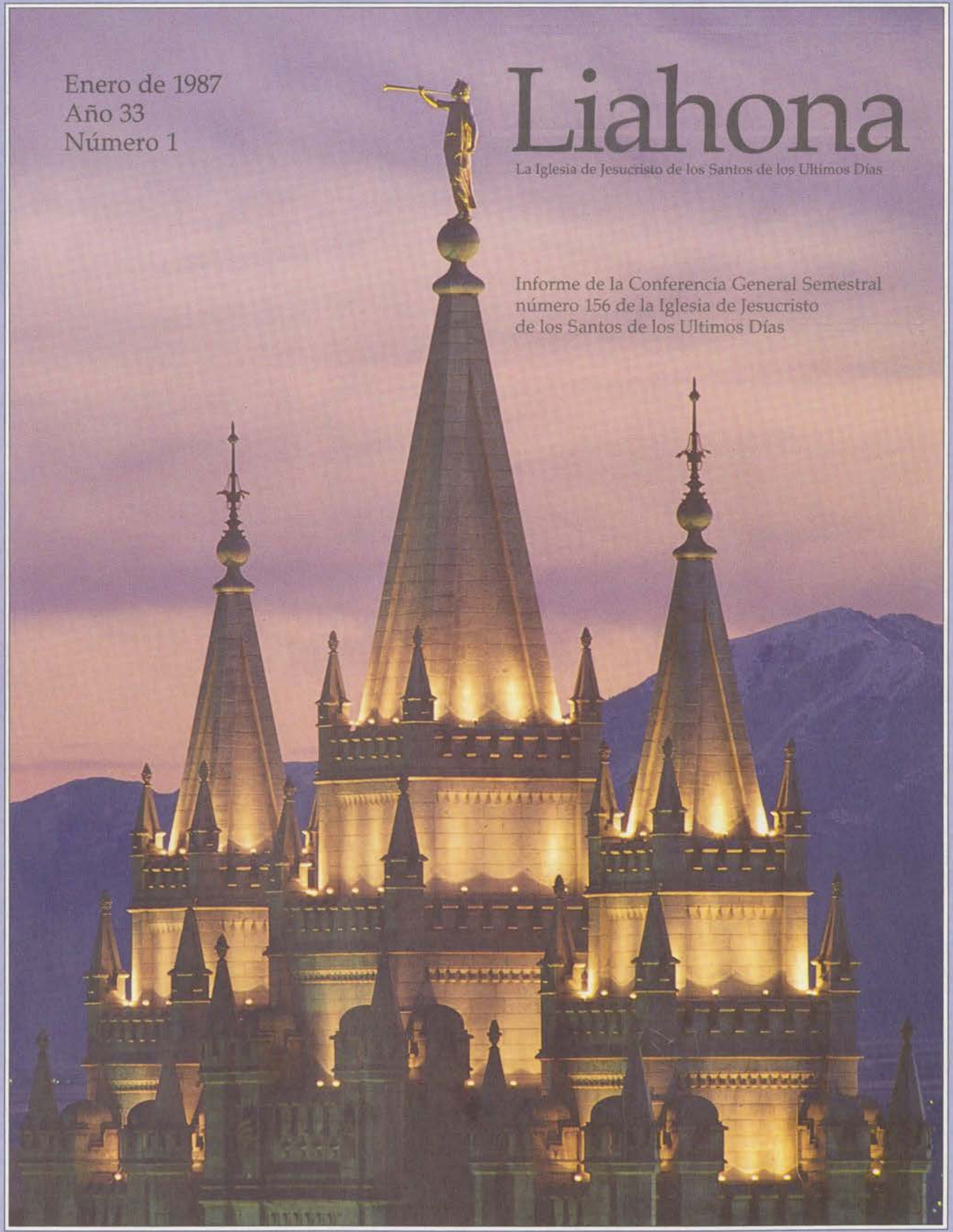
Enero de 1987
Año 33
Número 1

Liahona

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

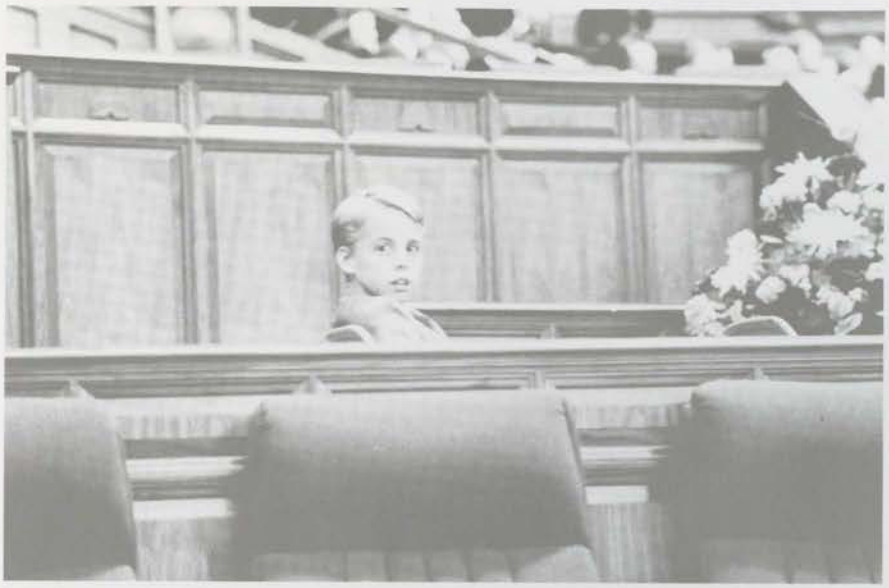
Informe de la Conferencia General Semestral
número 156 de la Iglesia de Jesucristo
de los Santos de los Ultimos Días



Liahona

Enero de 1987
Año 33
Número 1

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días,
en el idioma español, que contiene artículos extraídos de las revistas *Ensign, New Era* y *Friend*



La Primera Presidencia:
Ezra Taft Benson
Gordon B. Hinckley
Thomas S. Monson

Quórum de los Doce:
Marion G. Romney, Howard W. Hunter,
Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton,
L. Tom Perry, David B. Haight,
James E. Faust, Neal A. Maxwell,
Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks,
M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin

Asesores: Joseph B. Wirthlin, John H. Groberg,
James M. Paramore, Hugh W. Pinnock

Editor de Revistas de la Iglesia:
Joseph B. Wirthlin

Director de Revistas de la Iglesia:
Ronald L. Knighton

Revistas Internacionales:
Editor gerente: Larry Hiller
Editor ayudante: David Mitchell
Sección para los niños: Diane Brinkman
Preparación artística: Kay Stevenson, Sharri Cook

Liahona

Responsable de las páginas locales:
Daphnis M. Loppe
Caspe 115, 1°, 3ª, esc. dcha
E-08013 Barcelona 13
Teléfono 93-231-9609 o bien 93-245-53-16

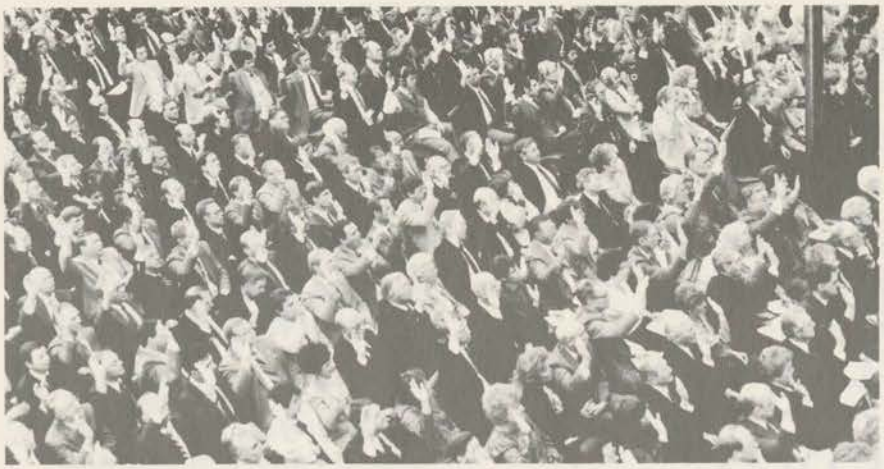
Derechos reservados © 1987 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, Utah, 84150, EEUU

Para subscribirse:
Solicite su subscripción al representante
de la Liahona en la rama donde resida,
o a la Oficina Regional de Madrid:
La Iglesia de Jesucristo de los Santos
de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°,
San Fernando de Henares (Madrid), España.
El precio de la subscripción es de
780 pesetas anuales o 65 pesetas cada ejemplar.

Publicado 12 veces al año

Printed by Friedrichsdorf Printing Centre
Federal Republic of Germany

PB MA 053A SP



INDICE

Informe de la Conferencia General Semestral Número 156 de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Sesión del sábado por la mañana

3 El Libro de Mormón: La clave de nuestra religión
presidente Ezra Taft Benson
7 Las cosas que no nos gusta escuchar
élder James E. Faust
10 "Yo a Jehová miraré" *élder Marion D. Hanks*
13 "Sacudíos de las cadenas con las cuales estáis sujetos" *élder Marvin J. Ashton*
15 Los niños pequeños *élder Boyd K. Packer*

Sesión del sábado por la tarde

18 El sostenimiento de oficiales de la Iglesia
19 El guarda de nuestro hermano *élder Dallin H. Oaks*
23 La obra misional es la savia de la Iglesia
élder H. Verlan Andersen
24 Habla un padre *élder George I. Cannon*
26 Ayudémosles a regresar al redil
élder Gardner H. Russell
27 Mi hijo y el vuestro: personas extraordinarias
élder Ted E. Brewerton
30 Proclamemos el evangelio *élder M. Russell Ballard*
33 La piedra de toque del Señor
presidente Howard W. Hunter

Sesión del sacerdocio

35 Las grietas espirituales *élder David B. Haight*
38 Los presidentes de la Iglesia *élder Joseph Anderson*
40 El valor es importante
presidente Thomas S. Monson
42 La guerra que vamos ganando
presidente Gordon B. Hinckley
46 Las características divinas del Maestro
presidente Ezra Taft Benson

Sesión del domingo por la mañana

51 La doctrina fundamental de la Iglesia
presidente Gordon B. Hinckley
54 "Dios aún revelará" *élder Neal A. Maxwell*
58 Tirando de la red del evangelio
élder Joseph B. Wirthlin
60 El gozo del trabajo honrado *élder L. Tom Perry*
63 Vuestra bendición patriarcal: una Liahona de luz
presidente Thomas S. Monson

Sesión del domingo por la tarde

66 El gozo vendrá en la mañana
élder Russell M. Nelson
70 La felicidad y el gozo de la obra del templo
élder Franklin D. Richards
72 El desarrollo de la fe *élder A. Theodore Tuttle*
74 La chispa de la fe *élder Henry B. Eyring*
76 Regresad al Señor *élder F. Burton Howard*
79 El don de la revelación moderna
presidente Ezra Taft Benson

Reunión general de mujeres

82 A las mujeres jóvenes de la Iglesia
presidente Ezra Taft Benson
87 La luz de la esperanza *Dwan J. Young*
89 "El momento de tener esperanza" *Ardeth G. Kapp*
92 La esperanza en Cristo *Barbara W. Winder*

95 Noticias de la Iglesia

Las fotografías en esta edición muestran vistas de la conferencia por fotógrafos del Departamento de Planificación y Desarrollo Audiovisuales de la Iglesia: Michael M. McConkie, jefe fotógrafo; Eldon K. Linschoten; Marty Mayo y Jed A. Clark. Fotografía en la portada por Steve Bunderson.

INFORME DE LA CONFERENCIA GENERAL SEMESTRAL NÚMERO 156 DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Discursos y acontecimientos que tuvieron lugar los días 4 y 5 de octubre de 1986, en el Tabernáculo de la Manzana del Templo, Salt Lake City, Utah

Con toda la grandeza de su llamamiento de Profeta del Señor en la actualidad, el presidente Ezra Taft Benson, en forma conmovedora, habló a los miembros de la Iglesia con respecto a las sagradas Escrituras que fueron preparadas específicamente para el pueblo del Señor en los últimos días.

"Hoy quisiera hablar sobre uno de los dones más importantes que se han dado al mundo en tiempos modernos. El don en el que estoy pensando es más importante que las invenciones que han surgido de la revolución industrial o tecnológica. Este es un don de mayor valor aún para el género humano que los muchos adelantos maravillosos que hemos visto en la medicina moderna. Es de mayor valor para el género humano que la evolución de los vuelos y viajes espaciales. Hablo del don del Libro de Mormón, entregado al género humano hace ya ciento cincuenta y seis años."

El presidente Benson se refirió a este tema una y otra vez, dejando claramente establecido el hecho de que el Señor preparó el Libro de Mormón especialmente para nuestros tiempos:

"Del Libro de Mormón aprendemos cómo viven los discípulos de Cristo en tiempos de guerra. Por el Libro de Mormón vemos las iniquidades de las combinaciones secretas expuestas en una gráfica y fría realidad. En el Libro de Mormón encontramos lecciones para enfrentar la persecución y la apostasía. Aprendemos mucho sobre cómo hacer la obra misional. Y más que nada, en el Libro de Mormón vemos los peligros del materialismo y de poner nuestro corazón en las cosas del mundo. ¿Puede alguien dudar que este libro sea para nosotros y que en él encontremos gran poder, consuelo y protección?"

En la sesión general de clausura, el domingo por la tarde, el presidente Benson volvió a hablar del tema de las Escrituras de los últimos días:

"Esta tarde quisiera hablaros en particular del Libro de Mormón y de Doctrina y Convenios. Estos importantes libros de Escrituras de los últimos días fueron revelados por el Dios de Israel con el propósito de reunir y preparar a su pueblo para la segunda venida de Jesucristo."

"El Libro de Mormón debe volver a ocupar el lugar principal en la mente y el corazón de nuestra gente", dijo también el Presidente. "Doctrina y Convenios es un valiosísimo libro de Escrituras que se reveló directamente a nuestra generación. Contiene la voluntad del Señor en cuanto a nosotros en estos últimos días que preceden a la segunda venida de Cristo."

El presidente Benson presidió todas las sesiones de la conferencia general, que tuvieron lugar el sábado y el domingo, y el presidente Gordon B. Hinckley, su Primer Consejero, y el presidente Thomas S. Monson, su Segundo Consejero, le ayudaron a dirigirlas. Todas las demás Autoridades Generales se encontraban presentes, con excepción del élder Marion G. Romney, Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, y el élder J. Richard Clarke, Presidente de la Misión de Africa del Sur–El Cabo.

Durante la conferencia hubo dos importantes cambios eclesiásticos: El élder Joseph B. Wirthlin, que formaba parte de la presidencia del Primer Quórum de los Setenta, fue sostenido como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles; y el élder Hugh W. Pinnock, del Primer Quórum de los Setenta, fue sostenido como miembro de la presidencia de dicho quórum.

Al finalizar la sesión del sacerdocio, el presidente Benson anunció que "se disolverán los quórumes de setentas de las estacas de la Iglesia y a los hermanos que al presente sirvan de setentas en dichos quórumes se les pedirá que vuelvan a formar parte de los quórumes de élderes de sus respectivos barrios. Los presidentes de estaca, en forma ordenada, podrán determinar entonces quiénes de esos hermanos deben ser ordenados al oficio de sumo sacerdote."

Este cambio no modifica en nada al Primer Quórum de los Setenta. El presidente Benson también explicó que se llamará a élderes y sumos sacerdotes para integrar las presidencias de misiones de estaca. Y agregó que se darán instrucciones detalladas sobre estos cambios a los líderes locales del sacerdocio.

Una semana antes de la conferencia general se llevó a cabo la Reunión General de Mujeres, que tuvo lugar el sábado 27 de septiembre. En este número aparecen los discursos pronunciados en esa oportunidad.

Los editores

SESION DEL SABADO POR LA MAÑANA 4 de octubre de 1986

EL LIBRO DE MORMÓN: LA CLAVE DE NUESTRA RELIGIÓN

presidente Ezra Taft Benson
Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

"Es la clave en el testimonio de Jesucristo. Es la clave de nuestra doctrina. Es la clave del testimonio."

Mis amados hermanos: Hoy quisiera hablar sobre uno de los dones más importantes que se han dado al mundo en tiempos modernos. El don en el que estoy pensando es más importante que las invenciones que han surgido de la revolución industrial o tecnológica. Este es un don de mayor valor aún para el género humano que los muchos adelantos maravillosos que hemos visto en la medicina moderna. Es de mayor valor para el género humano que la evolución de los vuelos y viajes espaciales. Hablo del don del Libro de Mormón, entregado al género humano hace ya ciento cincuenta y seis años.

Este don fue preparado por la mano del Señor durante un período de más de mil años, luego escondido por El para preservarlo en su pureza para nuestra generación. Quizá no haya nada que testifique más claramente de la importancia de este libro moderno de Escrituras que lo que el Señor mismo ha dicho sobre él.

Por su propia boca ha dado testimonio de que (1): es verdadero (D. y C. 17:6); (2) contiene la verdad y sus palabras (D. y C. 19:26); (3) se tradujo por el poder del cielo (D. y C. 20:8); (4) contiene la plenitud del evangelio de Jesucristo (D. y C. 20:9; 42:12); (5) fue dado por inspiración y confirmado por el ministerio de ángeles (D. y C. 20:10); (6) da evidencia de que las Escrituras sagradas son verdaderas (D. y C. 20:11); y (7) aquellos que lo reciban con fe recibirán la vida eterna (D. y C. 20:14).

Un poderoso segundo testimonio de la importancia del Libro de Mormón es el darse cuenta del momento que el Señor permitió que se publicara, dentro del cuadro cronológico de la restauración. Lo único que le precedió fue la Primera Visión. En esa manifestación maravillosa, el profeta José Smith entendió la verdadera naturaleza de Dios y que Dios tenía una obra que encomendarle. La aparición del Libro de Mormón fue lo que le siguió.

Pensad en eso y en lo que implica. La aparición del Libro de Mormón precedió a la restauración del sacerdocio. Se publicó unos pocos días antes de que se organizara la Iglesia. A los santos se les dio el Libro de Mormón para que lo leyesen antes de que se les dieran las revelaciones que detallaban enseñanzas tales como los tres grados de gloria, el matrimonio celestial y la obra vicaria. Apareció antes de la organización de quórumes del sacerdocio y de la Iglesia. ¿No nos dice esto algo sobre cómo considera el Señor esta obra sagrada?

Una vez que nos demos cuenta de cómo se siente el Señor con respecto a este libro, no debería sorprendernos que también nos dé advertencias solemnes sobre cómo recibirlo. Después de indicar que aquellos que reciban el Libro de Mormón con fe, obrando con rectitud, recibirán una corona de vida eterna (véase D. y C. 20:14), el Señor continúa con esta exhortación: "Mas para quienes endurezcan sus corazones en la incredulidad y lo rechacen, se tornará para su propia condenación" (D. y C. 20:15).

En 1829, el Señor advirtió a los santos que no deberían jugar con las cosas sagradas (véase D. y C. 6:12). Ciertamente, el Libro de Mormón es sagrado, y sin embargo muchos juegan con él, o sea, lo toman a la ligera, sin darle mucha importancia.

En 1832, cuando algunos de los primeros misioneros regresaban de su campo de labor, el Señor les reprendió por tratar el Libro de Mormón a la ligera. Les dijo que, como resultado de esa actitud, sus mentes se habían ofuscado. El tratar este libro sagrado a la ligera no solamente les había dejado en tinieblas a ellos mismos, sino que también había traído condenación a toda la Iglesia, aun a los hijos de Sión. Y luego el Señor dijo: "Y permanecerán bajo esta condenación hasta que se arrepientan y recuerden el nuevo convenio, a saber, el Libro de Mormón" (D. y C. 84:54–57).

¿Es razón para que hoy nos parezca el Libro de Mormón menos importante el hecho de que lo hayamos tenido por más de un siglo y medio? ¿Recordamos el *nuevo convenio*, a saber, el Libro de Mormón? En la Biblia tenemos el Antiguo y el Nuevo Testamento. La palabra *testamento* es el equivalente en inglés de una palabra griega que se puede traducir como *convenio*. ¿Es esto lo que quiso decir el Señor cuando le llamó al Libro de Mormón "el nuevo convenio"? Porque es en realidad otro testamento o testigo de Jesús. Esta es una de las razones por las que recientemente agregamos las palabras "Otro testamento de Jesucristo" al título del Libro de Mormón.

Si a los primeros Santos se les reprendió por tratar el Libro de Mormón a la ligera, ¿acaso estamos nosotros

bajo una condenación menor si hacemos lo mismo hoy día? El Señor mismo da testimonio de que es de importancia eterna. ¿Puede un pequeño grupo de nosotros traer condenación a toda la Iglesia por jugar con cosas sagradas? ¿Qué diremos en el día del juicio, cuando nos enfrentemos a El y encontremos su mirada indagante, si nos contamos entre aquellos que han olvidado el nuevo convenio?

Existen tres grandes razones por las cuales los Santos de los Ultimos Días deberían hacer del estudio del Libro de Mormón un esfuerzo de toda la vida.

La *primera* es que el Libro de Mormón es la clave de nuestra religión. Así lo declaró el profeta José Smith. El testificó que "el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión" (*Enseñanzas del profeta José Smith*, pág. 233). La clave es la piedra central o angular de un arco. Sostiene a todas las demás en su lugar, y si se quita, el arco se derrumba.

Hay tres formas en que el Libro de Mormón es la clave de nuestra religión. Es la clave en el testimonio de Jesucristo. Es la clave de nuestra doctrina. Es la clave del testimonio.

El Libro de Mormón es la clave en nuestro testimonio de Jesucristo, quien a la vez es la clave de todo lo que hacemos. Con poder y claridad testifica de Su realidad. A diferencia de la Biblia, que pasó por generaciones de copistas, traductores y religiosos corruptos que manipularon indebidamente el texto, el Libro de Mormón vino de escritor a lector en un solo paso inspirado de traducción. Por lo tanto, su testimonio del Maestro es claro, puro y poderoso. Pero es más aún que sólo eso. La mayoría del mundo cristiano actual rechaza la divinidad del Salvador. Pone en tela de juicio su nacimiento milagroso, su vida perfecta y la realidad de su gloriosa resurrección. El Libro de Mormón enseña en términos claros e inequívocos la autenticidad de tales hechos. También proporciona la explicación más completa de la doctrina de la Expiación. Verdaderamente, este libro divinamente inspirado es una clave que da testimonio al mundo de que Jesús es el Cristo (véase la portada del Libro de Mormón).

El Libro de Mormón es también la clave de la doctrina de la resurrección. Como mencioné anteriormente, el Señor mismo ha declarado que el Libro de Mormón contiene "la plenitud del evangelio de Jesucristo" (D. y C. 20:9). Eso no quiere decir que contiene todas las enseñanzas, ni toda la doctrina jamás revelada. Más bien, quiere decir que en el Libro de Mormón encontraremos la plenitud de la doctrina que se requiere para nuestra salvación. Y se enseña clara y simplemente a fin de que aun los niños puedan aprender los senderos de salvación y exaltación. El Libro de Mormón ofrece tantas cosas que ensanchan nuestro conocimiento de la doctrina de salvación. Sin él, mucho de lo que se enseña en otras Escrituras no sería tan claro y precioso.

Finalmente, el Libro de Mormón es la clave del testimonio. Al igual que el arco se derrumba si se le quita la piedra angular, así también toda la Iglesia se sostiene, o cae, en base a la veracidad del Libro de Mormón. Los enemigos de la Iglesia entienden esto claramente, y ésa es la razón por la que luchan tan arduamente para tratar de desacreditar el Libro de Mormón, porque si pueden lograrlo, el profeta José Smith va incluido. Allí van también nuestra afirmación de que poseemos las llaves del sacerdocio, y la revelación y la restauración de la Iglesia. Pero igualmente, si el Libro de Mormón es verdadero —y millones ya han testificado que han recibido la confirmación del Espíritu de que es en realidad verdadero— debe uno aceptar las afirmaciones de la restauración y todo lo que le acompaña.

Sí, mis amados hermanos, el Libro de Mormón es la clave de nuestra religión —la clave de nuestro testimonio, la clave de nuestra doctrina y la clave en el testimonio de nuestro Señor y Salvador.

La *segunda* gran razón por la que debemos hacer del Libro de Mormón el centro de nuestro estudio es porque fue escrito para nuestros días. Los nefitas nunca tuvieron el libro, ni tampoco los lamanitas de la antigüedad. Fue escrito para nosotros. Mormón escribió cerca del fin de la civilización nefita. Bajo la inspiración de Dios, quien ve todas las cosas desde el principio, recopiló registros de siglos, escogiendo las historias, discursos y acontecimientos que más nos serían de provecho.

Todos los escritores principales del Libro de Mormón testificaron que escribían para generaciones futuras. Nefi dijo: "Dios el Señor me ha prometido que estas cosas que escribo serán guardadas, y preservadas y entregadas a los de mi posteridad, de generación en generación" (2 Nefi 25:21). Su hermano Jacob, quien lo sucedió, escribió palabras similares: "Porque [Nefi] dijo que la historia de su pueblo debería grabarse sobre sus otras planchas, y que yo debía conservar estas planchas y transmitirlas a mi posteridad, de generación en generación" (Jacob 1:3). Tanto Enós como Jarom indicaron que ellos tampoco estaban escribiendo para su propia gente, sino para generaciones futuras (véase Enós 1:15–16; Jarom 1:2).

Mormón mismo dijo: "Sí, hablo a vosotros, un resto de la casa de Israel" (Moroni 7:1). Y Moroni, el último de los inspirados autores, realmente vio nuestros días y época. "He aquí", dijo, "el Señor me ha mostrado cosas grandes y maravillosas concernientes a lo que se realizará en breve, en ese día en que aparezcan estas cosas entre vosotros.

"He aquí, os hablo como si os hallaseis presentes, y sin embargo, no lo estáis. Pero he aquí, Jesucristo me os ha mostrado, y conozco vuestras obras" (Mormón 8:34–35).

Si ellos vieron nuestros días, y eligieron aquellas cosas que serían de máximo valor para nosotros, ¿no es eso suficiente razón para estudiar el Libro de Mormón? Constantemente deberíamos preguntarnos: "¿Por qué inspiró el Señor a Mormón [o a Moroni o a Alma] para que incluyera esto en su registro? ¿Qué lección puedo aprender de esto que me ayude a vivir en esta época?"

Y hay ejemplo tras ejemplo de cómo contestar esta pregunta. Por ejemplo, en el Libro de Mormón encontramos un modelo para prepararnos para la Segunda Venida. Una gran parte del libro se centra en las pocas décadas antes de la venida de Cristo a América. Por medio de un estudio cuidadoso de ese período, podemos determinar por qué algunos fueron destruidos en los terribles juicios que precedieron su venida y qué indujo a otros a pararse ante el templo, en la tierra de la Abundancia, y meter sus manos en las heridas de las manos y los pies del Señor.

Del Libro de Mormón aprendemos cómo viven los discípulos de Cristo en tiempos de guerra. Por el Libro de Mormón vemos las iniquidades de las combinaciones secretas expuestas en una gráfica y fría realidad. En el Libro de Mormón encontramos lecciones para enfrentar la persecución y la apostasía.

El presidente Ezra Taft Benson y el presidente Gordon B. Hinckley, Primer Consejero.

Aprendemos mucho sobre cómo hacer la obra misional. Y más que nada, en el Libro de Mormón vemos los peligros del materialismo y de poner nuestro corazón en las cosas del mundo. ¿Puede alguien dudar que este libro sea para nosotros y que en él encontremos gran poder, consuelo y protección?

La *tercera* razón por la cual el Libro de Mormón es de tanto valor para los Santos de los Ultimos Días se da en la misma declaración del profeta José Smith, citada anteriormente. El dijo: "Declaré a los hermanos que el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión; y que el hombre se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro" (*Enseñanzas del profeta José Smith*, págs. 233–234). Esta es la tercera razón para estudiar el Libro de Mormón. Nos ayuda a acercarnos a Dios. ¿No existe algo muy profundo en nuestro corazón que añore acercarse más a Dios, ser más como El en nuestros quehaceres diarios, sentir su presencia constantemente? Si es así, el Libro de Mormón nos ayudará a lograrlo más que ningún otro libro.

No es sólo que el Libro de Mormón nos enseña la verdad, aunque en realidad así lo hace. No es sólo que el Libro de Mormón da testimonio de Cristo, aunque de hecho lo hace también. Sino hay algo más que eso. Hay un poder en el libro que empezará a fluir a vuestra vida en el momento en que empecéis a estudiarlo seriamente. Encontraréis mayor poder para resistir la tentación; encontraréis el poder para evitar el engaño; encontraréis el poder para manteneros en el camino angosto y estrecho. A las Escrituras se les llama "las palabras de vida" (véase D. y C. 84:85), y en ningún otro caso es eso más verdadero que en el del Libro de Mormón. Cuando empecéis a tener hambre y sed de estas palabras, encontraréis vida en mayor abundancia.

Nuestro amado hermano, el presidente Marion G. Romney, quien celebró sus 89 años el mes pasado y quien sabe por sí mismo del poder que contiene este libro, testificó sobre las bendiciones que pueden llegar a la vida de aquellos que lean y estudien el Libro de Mormón. El dijo: "Estoy seguro de que si los padres leen el Libro de Mormón en forma regular y con oración, solos y con sus hijos, el gran espíritu de este libro penetrará en sus hogares y morará [entre] ellos; el espíritu de reverencia aumentará y el respeto y la consideración mutuos serán aún mayores, desvaneciéndose [así] el ánimo de contención; los padres aconsejarán a sus hijos con más amor y sabiduría, y los hijos serán más sumisos al consejo de sus padres; la justicia aumentará; la fe, la esperanza y la caridad, que constituyen el amor puro de Cristo, engalanarán nuestro hogar, llevándonos paz, gozo y felicidad" (*Liahona*, jul. de 1980, pág. 109).

Esas promesas —el aumento de amor y armonía en el hogar, un mayor respeto entre padres e hijos, mayor espiritualidad y rectitud— no son promesas vanas, sino es exactamente lo que el profeta José Smith quiso decir cuando declaró que el Libro de Mormón nos ayudará a acercarnos más a Dios.

Hermanos y hermanas, os imploro de todo corazón que consideréis con gran solemnidad la importancia del Libro de Mormón para vosotros personalmente y para la Iglesia colectivamente.

Hace más de diez años hice la siguiente declaración concerniente al Libro de Mormón:

"¿Habrá consecuencias eternas que dependan de nuestra reacción a este libro? Sí, ya sea para nuestra bendición o para nuestra condenación.

"Todo Santo de los Ultimos Días

El presidente Ezra Taft Benson dirigiendo una de las sesiones de la conferencia.

debería hacer del estudio de este libro el propósito de su vida. De otro modo está poniendo en peligro su alma, descuidando aquello que puede darle unidad espiritual e intelectual a toda su vida. Existe una gran diferencia entre un converso edificado en la roca de Cristo a través del Libro de Mormón, que permanece aferrado a esa barra de hierro que le sirve de constante guía, y otro que no lo está'' (*Liahona*, ago. de 1975, pág. 45).

Reafirmo esas palabras a vosotros hoy. No permanezcamos bajo condenación, con sus castigos y juicios, por el hecho de tratar ligeramente este gran y maravilloso don que nos ha concedido el Señor. Más bien, obtengamos las promesas que se reciben al atesorarlo en nuestro corazón.

En la sección 84, versículos 54 al 58, de Doctrina y Convenios, leemos:

''Y en ocasiones pasadas vuestras mentes se han ofuscado a causa de la incredulidad, y por haber tratado ligeramente las cosas que habéis recibido,

''Y esta incredulidad y vanidad han traído la condenación sobre toda la iglesia.

''Y esta condenación pesa sobre los hijos de Sión, sí, todos ellos;

''Y permanecerán bajo esta condenación hasta que se arrepientan y recuerden el nuevo convenio, a saber, el Libro de Mormón y los mandamientos anteriores que les he dado, no sólo de hablar, sino de obrar de acuerdo con lo que he escrito,

''A fin de que puedan traer frutos dignos para el reino de su Padre; de lo contrario, queda por derramarse un castigo y juicio sobre los hijos de Sión.''

Desde la última conferencia he recibido muchas cartas de los Santos, tanto jóvenes como adultos, de todas partes del mundo, que han aceptado el compromiso personal de estudiar el Libro de Mormón.

Me han emocionado sus relatos de cómo el libro ha cambiado su vida y cómo se han acercado más al Señor como resultado de su dedicación. Estos gloriosos testimonios le han reafirmado a mi alma las palabras del profeta José Smith de que el Libro de Mormón es verdaderamente ''la clave de nuestra religión'' y de que el hombre ''se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro''.

Este es mi ruego, que el Libro de Mormón se convierta en la clave de nuestra vida, en el nombre de Jesucristo. Amén.

LAS COSAS QUE NO NOS GUSTA ESCUCHAR

élder James E. Faust
del Quórum de los Doce Apóstoles

''Para la conciencia que se debate entre el bien y el mal, !a única solución permanente es cambiar la conducta y arrepentirse.''

Con humildad suplico y espero que lo que tengo para decir sea recibido en el mismo espíritu en que habré de decirlo. Acabamos de escuchar al Profeta de Dios. El es el atalaya de la torre. El ha elevado una voz de amonestación, y quisiera instar a todos a escuchar y seguir su consejo. Es de vital importancia estar siempre en armonía con aquellos que, según Pablo, ''velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose'' (Hebreos 13:17).

Isaías se refirió a un pueblo que no quiso escuchar a sus profetas y videntes, al cual se le exhortó que dijera ''a los videntes: No veáis; y a los profetas: No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras'' (Isaías 30:10). Nefi explicó que ''los culpables hallan la verdad dura, porque los hiere hasta el centro'' (1 Nefi 16:2).

El presidente Spencer W. Kimball se refirió al deber de los profetas.

Dijo: ''Estoy seguro que Pedro y Santiago y Pablo no se deleitaron en tener que llamar al pueblo al arrepentimiento constantemente, y en ponerlos sobreaviso de los peligros; sin embargo, lo hicieron cuanta vez fue necesario. De la misma manera nosotros, vuestros líderes, debemos hacer continuamente lo mismo; si vosotros los jóvenes no entendéis, entonces la culpa será en parte nuestra. Pero si os mostramos el camino con claridad, entonces no tenemos culpa alguna.'' (''Love Versus Lust'', BYU Speeches of the Year, Provo, Utah, 5 de enero de 1965, pág. 6.)

Hoy quisiera hablar de cosas que a mucha gente no le gusta escuchar, y lo hago con el fin de dotaros de fortaleza contra los errores, contra el sufrimiento, el desconsuelo y la angustia.

Quisiera comenzar compartiendo con vosotros una experiencia personal de hace muchos años cuando mi devoto padre me dijo una de esas cosas que uno preferiría no escuchar. Tras la culminación de la Segunda Guerra Mundial, yo estaba casado y deseaba salir adelante en la vida. Había terminado mi memorable misión antes del servicio militar. Estaba ansioso por ocuparme de los asuntos de mi vida y no tenía realmente interés en regresar a los estudios universitarios que había iniciado ocho años antes. La carrera que deseaba seguir me llevaría otros tres años de estudio intenso, enorme disciplina, y una gran imposición económica. Pensando en estas realidades le dije a mi padre: ''No creo que vuelva a la universidad. Me voy a conseguir un empleo o iniciaré un negocio, y así echaré mi vida a andar''. Mi padre había terminado sus estudios de abogacía des-

pués de la Primera Guerra Mundial siendo ya un poco mayor, casado y con tres hijos; y al contestarme fue directo al grano. Me preguntó sin rodeos "Y ¿qué estás preparado para hacer?" y me dio su parecer de una forma tan penetrantemente sincera que dolió, pero no pude menos que aceptarla. Volví a la universidad y terminé mi carrera. Sus palabras tan francas y bien intencionadas cambiaron el curso de mi vida.

En los tiempos de Jesús un cierto joven le hizo al Salvador una pregunta muy significativa y recibió a cambio la respuesta que tal vez menos deseaba escuchar. Junto con la respuesta recibió una enorme promesa. La pregunta que el joven rico formuló fue ésta: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?"

Jesús le contestó: "Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre."

Y el joven dijo: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud."

Entonces el Maestro le dijo lo que el joven menos deseaba escuchar: "Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme."

Cuando el joven escuchó esto, "se puso muy triste, porque era muy rico.

"Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!" (Lucas 18:18, 20–24).

Una de las pruebas más grandes para muchas personas en la vida es la manera en que administran sus riquezas terrenales.

Este mismo Jesús de Nazaret se refirió a doctrinas que en la época eran aparentemente difíciles de aceptar. Algunos decían: "¿Qué nueva doctrina es ésta?" Jesús no habló de revanchas ni de desquites, sino que más bien habló de amor a nuestros enemigos y de hacer el bien a quienes nos aborrecen, de bendecir a quienes nos maldicen y de orar por quienes nos desprecian (véase Lucas 6:27–28). Aconsejó a sus seguidores que cuando los hirieran en una mejilla pusieran también la otra, y que al que les quitara la capa, ni aun la túnica le negaran (véase Lucas 6:29).

Otra nueva e interesante doctrina era la de amar a otras personas además de a los seres queridos y de ser buenos con otros además de con los amigos. Otra idea extraña que Jesús enseñó era la de dar de nuestros bienes sin esperar nada a cambio. El Maestro nos aconsejó ser misericordiosos, no juzgar ni condenar, y que seamos buenos con los malagradecidos y malvados (véase Lucas 6:34–37). También nos instó a tener cuidado cuando los hombres hablen bien de nosotros, porque todos hablaban bien de los falsos profetas (véase Lucas 6:26).

La promesa para aquellos que pueden hacer estas cosas es enorme: "Seréis hijos del Altísimo" (Lucas 6: 35).

Ahora haré mención a otros dos o tres asuntos sobre los cuales la gente no quiere escuchar hablar. Uno de ellos es el del respeto al día de reposo. Si bien el Salvador mismo advirtió en contra de las formas extremas de observar el día de reposo, bien haríamos en recordar a quién honramos en ese día. Parece haber una creciente tendencia a restar importancia al antiguo mandamiento que nos habla de guardar el día del Señor. Para muchas personas no es otra cosa que un feriado dedicado a la diversión en vez de un día santo consagrado al descanso y a la santificación. Para algunos es un día para salir de compras. La decisión de aquellos que hacen compras, que hacen deportes, que trabajan innecesariamente, o que participan en actividades recreativas es totalmente personal, y únicamente ellos serán tenidos por responsables.

El mandamiento del Señor en cuanto al día de reposo no ha sido alterado, ni tampoco lo ha sido la afirmación de la Iglesia en cuanto a él. Quienes violan este mandato en el ejercicio de su libre albedrío son responsables por las bendiciones que se privan a sí mismos de recibir. El Señor ha hablado en nuestro día acerca del día de reposo, diciendo que debemos mantenernos sin "mancha del mundo" e "ir a la casa de oración". Debemos descansar de nuestras labores y rendir nuestra devoción al Altísimo. (Véase D. y C. 59: 9–10.) En Doctrina y Convenios se nos recuerda: "Y en este día no harás ninguna otra cosa sino preparar tus alimentos con sencillez de corazón, a fin de que tus ayunos sean perfectos, o en otras palabras, que tu gozo sea cabal" (D. y C. 59:13). Las bendiciones para aquellos que obran en justicia son magníficas. Gozarán de "paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero" (D. y C. 59:23).

Otro mensaje trascendental, pero al que tampoco se le presta mucha atención, proviene del monte Sinaí: "Honra a tu padre y a tu madre" (Exodo 20:

El presidente Ezra Taft Benson conversa con el presidente Thomas S. Monson, Segundo Consejero en la Primera Presidencia, antes de la reunión general de mujeres.

12). Muchas veces he estado en un hogar para ancianos donde se les brinda una muy buena atención. Lo que apena enormemente es ver a tantos padres y abuelos tan olvidados por los suyos, tan privados de su dignidad, tan sedientos de amor.

El honrar a nuestros padres por cierto que incluye satisfacer sus necesidades físicas, pero no se limita a ello sino que va mucho más allá. Significa demostrarles amor, bondad, consideración e interés todos los días de la vida. Significa preservar su dignidad y el respeto que sienten por sí mismos en el crepúsculo de su vida. Quiere decir honrar sus deseos y sus enseñanzas tanto antes como después de su muerte.

Hace algunos años fui designado para crear una estaca en Japón. Como es de costumbre, efectuamos muchas entrevistas con los líderes locales para conocerlos mejor. Uno de ellos se había mudado a esa zona procedente de Tokio para hacerse cargo de su anciano padre y su negocio, el cual se encontraba en dificultades debido a la delicada salud de su dueño. Después de que su padre falleció, este buen hijo fue a ver a los acreedores del anciano para hacerse cargo de sus deudas y solicitar que le dieran un cierto plazo para saldarlas. En nuestra entrevista le pregunté cómo se las estaba arreglando para cumplir con esa responsabilidad, y me dijo que todo marchaba bien y que podría pagar los compromisos de su padre. El Señor lo honró llamándolo como uno de los líderes de esa nueva estaca.

Además de tratarse de uno de los mandamientos de Dios, la consideración y la bondad que extendemos a nuestros padres es un asunto de decencia y respeto a nosotros mismos. Por su parte, los padres deben vivir de tal forma que se hagan merecedores del respeto de sus hijos.

No puedo menos que asombrarme ante la actitud que algunos padres adoptan para con sus hijos de "haz lo que yo digo, mas no lo que yo hago", con respecto al uso de substancias dañinas, a ver películas inapropiadas, y entregarse a otras actividades cuestionables. Muchas veces los hijos siguen el ejemplo que ven en la conducta de sus padres y pasan por encima de los valores que se tratan de inculcar. A tales padres les damos una regla que no falla: no basta con evitar el mal, sino también debe evitarse la apariencia del mal (véase Tesalonicenses 5:22).

Y ahora quisiera hablar de otro tema punzante. A menudo resulta increíble observar la negligencia de ciertas personas hacia la observancia de las normas más elementales de rectitud y justicia. Esta actitud delictiva se pone de manifiesto de muchas maneras. Seguido se le ve en transacciones comerciales así como en contactos privados. La injusticia hacia otras personas se deja también ver en la forma en que algunos conducen sus automóviles. Este tipo de conducta emana a menudo de personas que tratan de sacar ventaja de otras. Quienes así actúan se rebajan mucho a sí mismos. ¿Cómo pueden quienes proceden con tal falta de rectitud reclamar las bendiciones de un Dios justo?

¿Es que acaso hay entre nosotros quienes justifican su mala conducta para con los demás en los dos falsos argumentos de "no hay justicia en este mundo" o "igual todos lo hacen"? Sabemos de muchas otras personas que aparentemente prosperan violando las leyes de Dios y las normas de decencia y proceder digno. En primera instancia parecen escapar a la inminente ley de la cosecha, que dice: "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gálatas 6:7). El preocuparnos por el castigo que consideramos debería sobrevenirles a otras personas no nos aprovecha en nada. Brigham Young aconsejó que a menos que nosotros mismos estemos preparados para el día de la ira del Señor, cuando los malvados serán consumidos, mejor que no estemos ansiosos de que el Señor acelere su obra. "Que nuestra ansiedad esté centrada en una sola cosa, la santificación de nuestro propio corazón, la purificación de nuestros pensamientos." (*Journal of Discourses* 9:3.)

Muchos profesores de conducta humana proponen, como cura a una conciencia afligida, el hacer caso omiso a las cosas que uno preferiría no escuchar. Nos sugieren que modifiquemos la norma para que se ajuste mejor a la circunstancia y de ese modo ya no habrá conflicto, y la conciencia se aliviará. Los seguidores de Cristo no pueden de ninguna manera apoyar esta filosofía perversa. Para la conciencia que se debate entre el bien y el mal, la única solución permanente es cambiar la conducta y arrepentirse.

El profeta Isaías enseñó: "¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!" (Isaías 5:20).

A lo largo de mi ministerio, me he sentido fascinado con la manera en que Jesús fortaleció a su apóstol principal, Pedro, tanto en la carne como en el espíritu. Cuando Jesús le dijo que había orado para que su fe se fortaleciera, Pe-

dro afirmó que seguiría al Salvador hasta la cárcel o la muerte misma. Entonces se le dijo a Pedro que el gallo "no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces" (Lucas 22:34). Después de haberlo negado en efecto tres veces, llegó el mensaje firme que en su interior Pedro hubiera preferido no recibir: escuchó al gallo cantar, y "lloró amargamente" (Mateo 26:75), pero esto lo fortaleció para cumplir con su llamamiento y morir por la causa.

Hay una voz inconfundible y cierta en la que podemos confiar siempre. Debemos escucharla, aun cuando algunas veces también esta voz nos dice cosas que preferiríamos no oír. Me refiero a la voz dulce y apacible que proviene de Dios. Como comprendió el profeta Elías, "Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto.

"Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado" (1 Reyes 19:11–12.)

Uno de estos mensajes que no siempre se aprecian puede ser un llamado a cambiar nuestra vida; puede guiarnos a una oportunidad especial. Me halaga saber que nunca es tarde para cambiar, para hacer lo que es debido, para abandonar las actividades y los hábitos malos.

Quiero testificar que los mensajes proféticos de esta conferencia habrán de guiar a aquellos que escuchen —y sigan el consejo recibido— a la promesa que el Salvador nos hizo de paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero. Y así lo testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

"YO A JEHOVÁ MIRARÉ"

élder Marion D. Hanks
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta

"Ninguno de nosotros ha encontrado jamás a un ser mortal en quien pudiéramos depositar tranquilamente la responsabilidad de nuestra salvación personal. Hay uno solo que merece esa confianza, y es el Santo de Israel."

En los comienzos de la Restauración, el Señor mandó a uno de sus siervos: "Declararás gozosas nuevas . . . con toda humildad, confiando en mí, no denigrando a los que denigran". En el mismo espíritu constructivo de tal consejo, deseo compartir mi testimonio esta mañana acerca del efecto vital que tienen en nuestra vida y en la de otras personas las decisiones diarias que tomamos, y además dar una idea de dónde encontrar ayuda para tomarlas.

Una vez un maestro escribió acerca de las consecuencias inesperadas de algunas de nuestras decisiones. No es que deseemos recibir tales consecuencias, mas seguimos los senderos que nos llevan a ellas. El dijo: "Quien elige el comienzo de un camino, también escoge el lugar a donde llega. Quien toma la punta de una vara, también toma la otra". Y no es sólo nuestro propio derrotero el que estamos afectando cuando escogemos el comienzo de un camino, sino que viajamos inevitablemente al lado de otras personas, y con frecuencia angustiamos y ocasionamos preocupaciones a quienes amamos y a otras personas inocentes.

Desde este púlpito, el presidente David O. McKay nos enseñó:

"El don más grande que Dios dio al hombre, después de la dádiva misma de la vida, es el derecho de dirigir tal vida . . . La libertad de escoger se debe atesorar más que cualquier otra posesión terrenal." (En *Conference Report*, abr. de 1950, pág. 32.)

La presencia de agobiadores problemas personales, familiares y sociales a nuestro alrededor acentúa tanto el peligro como el privilegio de tener el libre albedrío. El salmista de antaño parece, con toda seguridad, haber cantado para nuestra época cuando dijo: "Ten misericordia de mí, oh Jehová, porque estoy en angustia" (Salmos 31:9).

¿Por qué razón hay tanta angustia? Con tanta luz, ¿por qué pasamos tanto tiempo a oscuras?

Parte de la respuesta radica en que sin oposición ni pruebas, el libre albedrío pierde su significado. La oposición, la tribulación, las aflicciones y el fuego refinador son todos parte del plan eterno.

Mucho de lo que nos sucede en esta vida está fuera de nuestro control; lo único que hacemos es responder. Sin embargo, la mayor parte del dolor que sufrimos y que inevitablemente imponemos en los demás se debe a nuestra propia falta de juicio, a nuestras propias elecciones equívocas. ¿Dónde podemos encontrar ayuda?

Quizás nos sorprenda saber que el antiguo profeta Miqueas, en su propia época, pareció descartar la fuente más cercana y normal de ayuda: la familia, los amigos y los líderes. Algunos de nosotros quizás hayamos experimentado en cierto grado la profunda desilu-

sión que él sintió por motivo de la rebeldía de Israel cuando declaró que faltaba "el misericordioso de la tierra" (Miqueas 7:2). Habló de que los príncipes y los jueces pedían recompensa, y que los hombres grandes hablaban "el antojo de su alma" (véase el vers. 3). Para Miqueas la fuente de ayuda era clara y segura: "Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá" (vers. 7).

Jeremías advirtió: "Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová" (Jeremías 17:5). Otros profetas han hablado en forma similar.

¿Significa esto que nunca debemos confiar en la integridad de otras personas? ¿No debemos confiar en nuestros padres y amigos o en consejeros amorosos o siervos humildes de Dios? Por supuesto esto no es lo que quieren decir las Escrituras, que son en sí el registro de la revelación e instrucción inspirada. Lo que ellas recalcan es el *cuidado* que debemos ejercer al *escoger* el consejo o ejemplo que seguiremos.

Hay al alcance de todo el que lo desee muchas influencias que *no* son sanas ni inspiradoras. A veces son tan perversas en la manera de representar al matrimonio, a la familia y la integridad personal que los incautos pueden llegar a creer que esa es la manera normal en que se comportan las personas, las familias y las comunidades.

La semana pasada, una fiscal general auxiliar de los Estados Unidos, después de ver una obra popular en que se presentaba el uso de las drogas como algo aceptable y deseable, comentó: "Seguimos siendo cómplices de la noción falsa de que con las drogas somos atractivos, intrépidos, intelectuales, filosóficos o que estamos a la moda" (Lois Haight Herrington, citada por Godfrey Sperling, hijo, *Deseret News*, 24 de sept. de 1986, pág. A9). Y el periodista que la citaba en su artículo agregó un comentario interesante: "Nuestra sociedad sigue aprobando el uso del alcohol y ciertamente no hay droga más peligrosa o que haya ocasionado más daños y arruinado más vidas a través de los años que el alcohol" (*Deseret News*, 24 de sept. de 1986, pág. A9).

Pero la mayoría de nosotros también tenemos a nuestro alcance fuentes de sabio consejo si las buscamos. El amor y la confianza tienen un gran poder, y debemos aprender a confiar, porque la confianza en la integridad de los hombres apoya nuestra confianza en Dios. Sin embargo, en lo relacionado con asuntos de importancia duradera, no debemos confiar solamente en el "brazo de la carne" a costa de no buscar la guía del Señor en las Escrituras y mediante la oración.

La hermana Barbara W. Winder, Presidenta General de la Sociedad de Socorro, conversa con un miembro de la Iglesia.

En la Segunda Guerra Mundial, tuve una experiencia a bordo de un barco de la Marina de los Estados Unidos en el Pacífico del Sur que fue un poderoso ejemplo de la virtud de tomar decisiones acertadas y el peligro de tomar decisiones inmaduras o impetuosas, hechas al calor de la emoción, o tomadas para no llevar la contraria.

El joven que estaba a bordo de mi barco claramente era especial: modesto, capaz y prometedor, y fue una bendición estar con él en las pocas oportunidades que tuvimos de reunirnos, por motivo de nuestros deberes particulares durante la guerra.

Pero debido a las circunstancias, la mayor parte del tiempo se encontraba con otras personas con quienes trabajaba muy de cerca como miembro de la tripulación. Estos otros compañeros tenían un estilo de vida y puntos de vista muy diferentes de los que conocía este buen joven. Con el tiempo, las circunstancias y la presión diaria comenzaron a minar las fuerzas de este joven a quien aún le faltaba estabilidad.

Un día, en un puerto muy lejano, observé que se preparaba casi a hurtadillas para desembarcar en compañía de esas personas experimentadas que lo llevaban a la ciudad para "divertirse", según creían ellos. En la Marina, de esos períodos cuando no estaban de servicio, decían irónicamente, que estaban "libres".

Tuve un breve momento con él cuando bajaba la pasarela, y traté de advertirle que esta aventura era peligrosa y que estos hombres no querían hacerle ningún bien. Su disimulo se tornó en hostilidad, y me dijo claramente que ya estaba grandecito como para decidirse solo, y que haría lo que él quería.

Las consecuencias de las decisiones que él tomó ese día y las que otras personas tomaron por él, cuando mediante la "ayuda" inicua de esos hombres había perdido la capacidad para pensar por sí mismo y de gobernar su propio comportamiento, fueron diferentes de lo que él pensaba o hubiera podido imaginarse. En su inmadurez, escogió con espíritu rebelde el principio de un camino sin pensar en su destino final. El lugar al que llegó en las horas siguientes fue uno que nunca hubiese escogido en su sano juicio.

Cuando regresó al barco, habiéndose pasado de su permiso en tierra extraña y en tiempo de guerra, fuera de control y en manos de la patrulla, le aguardaba una disciplina severa. No puedo olvidar su angustia mientras esperaba su castigo. Ni siquiera recordaba nada de la tragedia más grave que le había ocurrido. Lo único que recordaba era haber levantado un vaso que lo obligaron a tomar, sin saber que le habían puesto una droga, y después no recordaba más. Estos hombres entonces lo llevaron consigo en sus rondas.

Las acusaciones contra el joven, impresas indeleblemente en una hoja de servicio antes intachable, daban lástima. Nunca olvidaré la angustia que expresó al decir una y otra vez: "¿Qué voy a decirle a mi mamá? ¿Qué voy a decirle a mi novia?"

Ahora tenía el tiempo y la voluntad de escuchar y pensar. Juntos leímos el dulce consejo del Señor relacionado con el sacrificio expiatorio de Cristo y su misión redentora, y del perdón y la misericordia (véase Alma 42).

Hace unos 2.000 años, el apóstol Pedro escribió con gran detalle acerca de nuestra época y de lo que está sucediendo hoy en día cuando las personas, jóvenes y adultas, a veces son llevadas a la tragedia por otras personas que no tienen ningún interés sano ni en su felicidad ni su futuro. Muy claramente describe él a esas "otras" personas y los resultados de su influencia maligna. Ruego que aquellos que realmente lo necesiten, o alguien que pueda ayudar a los que realmente lo necesiten, escuchen estas palabras notables. Cito de la Segunda Epístola de Pedro, capítulo 2:

"Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los *injustos* para ser castigados en el día del juicio;

"y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores. . .

". . . de cosas que no entienden. . .

"Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes. . .

"Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta. . .

"Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error.

"Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció." (vers. 9–10, 12, 14, 17–19; cursiva agregada.)

Nunca me he podido referir a estas poderosas palabras sin pensar en un limpio joven de grandes posibilidades que siguió malos consejos y malos ejemplos hasta llegar a la tragedia, transigiendo así con su conciencia y causando angustia tanto para sí mismo como para los que lo amaban. No podemos impunemente seguir el ejemplo ni escuchar los consejos de la insensatez, la iniquidad, la ignorancia, la inmadurez, el egoísmo, la avaricia ni el alarde.

La iniquidad no tiene nada de qué alardearse, ni tiene verdadero valor el comportamiento que sólo puede dar como resultado una profunda desilusión. No contiene ningún gozo duradero la euforia que resulta de ingerir substancias que acaban por minar nuestro autocontrol y anular la capacidad que tenemos de pensar por nosotros mismos, y que nos impulsan a actuar en formas que no concuerdan con nuestra mejor comprensión.

En los seres humanos buenos vemos muchas cualidades gloriosas y reconfortantes, pero los hombres mortales tienen sus limitaciones. Ninguno de nosotros ha encontrado jamás a un ser mortal en quien pudiéramos depositar tranquilamente la responsabilidad de nuestra salvación. Hay uno solo que merece esa confianza, y es el Santo de Israel. El amor que tiene por nosotros fue y es tan grande que se ofreció a llevar la carga imponderable de nuestros pecados. El es nuestro Mediador y Defensor ante el Padre. Hace mucho tiempo, en momentos de grandes problemas, el profeta Miqueas habló con plena fidelidad y verdad cuando testificó: "Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá" (Miqueas 7:7).

Todos tenemos mucho que aprender y necesitamos recibir buenos consejos. Y más allá de la sabia ayuda humana, más allá del "brazo de la carne", está escrito: "Consulta al Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien" (Alma 37:37). "El os consolará en vuestras aflicciones, y abogará vuestra causa." (Jacob 3:1.)

Las últimas palabras de Mormón a su hijo es lo que yo también ruego para mis hijos y para mis nietos, y para los de todos en todas partes:

"Hijo mío, sé fiel en Cristo; y que las cosas que he escrito no te aflijan, para apesadumbrarte hasta la muerte; sino Cristo te anime, y sus padecimientos y muerte, y la manifestación de su cuerpo a nuestros padres, y su misericordia y longanimidad, y la esperanza de su gloria y de la vida eterna, reposen en tu mente para siempre." (Moroni 9:25.)

En el nombre de Jesucristo. Amén.

"SACUDÍOS DE LAS CADENAS CON LAS CUALES ESTÁIS SUJETOS"

élder Marvin J. Ashton
del Quórum de los Doce Apóstoles

"Las cadenas dañinas las rompen únicamente los de valor y palabra firme que están dispuestos a luchar y soportar el dolor."

Hace unos años tenía un conocido que se había entregado a la bebida hasta el punto de convertirse en un bebedor compulsivo. Bebía antes de la cena, y cuando tenía que participar en importantes decisiones de negocios, tomaba lo que él llamaba un "tónico". Un día, durante un examen médico general, el doctor le dijo que por su propio bien tendría que dejar de beber. Cuando le pregunté qué pensaba hacer, me contestó: "Es muy fácil; simplemente cambiaré de médico".

Conocemos a otra persona, una mujer encantadora que fumaba mucho. Nos ha contado que varias veces llegó hasta a despertar a su marido en medio de la noche para que fuera a comprarle un paquete de cigarrillos. Esta pareja conoció a los misioneros, ambos creyeron en su mensaje y se convirtieron a la Iglesia. Cuando ella supo que debía dejar de fumar, casi inmediatamente se sacudió las cadenas de ese hábito y se libró del vicio del tabaco.

Al seguir el consejo de nuestro querido Profeta, el presidente Ezra Taft Benson, y leer de nuevo el Libro de Mormón, me ha impresionado aún más el consejo que Lehi dio a su familia poco antes de morir, suplicando a sus hijos lo siguiente:

"Despertad, hijos míos; ceñíos con la armadura de la justicia. Sacudíos de las cadenas con las cuales estáis sujetos, y salid de la obscuridad, y levantaos del polvo." (2 Nefi 1:23.)

Esas palabras se aplican a nosotros hoy. ¿Quién no ha sentido las cadenas de los malos hábitos? Hábitos que pueden habernos impedido el progreso y hecho olvidar quiénes somos, haber destruido nuestra autoestima, puesto nuestra vida familiar en peligro y estorbado nuestra capacidad para servir al prójimo y a Dios. Muchas veces decimos: "Así es como soy y no puedo cambiar. No puedo sacudirme las cadenas del hábito".

Lehi les advirtió a sus hijos que lo hicieran porque sabía que las cadenas nos impiden el movimiento, el progreso y la felicidad; también nos confunden y disminuyen nuestra capacidad para dejarnos guiar por el Espíritu de Dios. Además, Lehi les recordó que su nueva tierra sería "una tierra de libertad; por lo que nunca serán reducidos al cautiverio; si tal sucediere, será por causa de la iniquidad" (2 Nefi 1:7). Podría habérselo dicho con estas otras palabras: "Si es así, será porque las cadenas de una vida inicua os tendrán atados en cautividad". El escritor inglés Samuel Johnson dijo: "Las cadenas del vicio son muy pequeñas para sentirlas hasta que son demasiado fuertes para romperlas". (*International Dictionary of Thoughts*, Chicago: J. G. Ferguson Publishing Company, 1969, pág. 348.)

La dama a quien me referí pudo romper las cadenas de un mal hábito porque se estableció el cometido de cambiar. Algunos de los lamanitas del rey Lamoni pudieron romper las cadenas de sus iniquidades de asesinatos, indolencia y odio cuando Ammón les enseñó; y se volvieron más nobles que los nefitas porque se establecieron el cometido de ser justos.

La rectitud es un escudo, un protector, un aislador, una fuerza, un poder, un gozo, un rasgo de Cristo. Sí, viviendo rectamente se rompen cadenas.

Muchos nos encontramos sujetos por las cadenas de los malos hábitos, por complejos de inferioridad creados por la mala conducta y la indiferencia; estamos sujetos por una falta de disposición a cambiar para el bien. No es extraño que hoy, como en los días de Nefi, Dios nos ruegue: "Despierta", "escucha", "no lo pospongas más", "créeme", "vuelve", "busca el camino recto".

Esta pegadiza copla nos cae bien a la mayoría de nosotros:

"Posponer es una tontera
y sólo pesar me traerá,
mas cambiaré cuando quiera . . .
Uno de estos días será . . ."

Sacudirse las cadenas exige acción; no es posible romperlas sólo con el deseo de hacerlo, ni lo lograremos con una declaración de que lo haremos. Se requiere cometido, autodisciplina y esfuerzo.

Las cadenas pesan mucho sobre el corazón y el alma afligidos; nos relegan a una vida sin propósito ni luz; debido a ellas nos confundimos y perdemos el Espíritu. Entonces, es preciso que nos levantemos y respiremos el aire libre de la rectitud; que avancemos con paciencia, comprensión, amor y un cometido firme.

A veces, las cadenas de la arrogancia y el deseo de dominar hacen que los poseedores del sacerdocio se pierdan y tropiecen. En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, ningún hombre que imponga so-

bre su esposa o hijos exigencias injustas es digno de los poderes y bendiciones del sacerdocio. Dios libre al hombre que encuentre satisfacción en este tipo de dominio.

"Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por la persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero." (D. y C. 121: 41.)

Quiero mencionar algunas cadenas que he observado recientemente en amigos, y que causan extravío, destrucción de la familia, pérdida del autorrespeto y tristeza.

Me viene a la memoria un joven, casado y con hijos, que abusa de las drogas; en esa forma pone en peligro su familia, su empleo, su dignidad y su propia vida. Sus lamentos proclamándose adicto penetran el alma. El uso de la cocaína y otras drogas encadena al vicio a los que las consumen. Los traficantes de drogas no sólo proveen las cadenas para otros sino que también ellos se ponen los grilletes de la iniquidad. A los que no han caído les digo: Rechazad las drogas con todas vuestras fuerzas; a los que tienen el vicio: Buscad la ayuda que necesitáis para sacudiros las cadenas que os arrastrarán y ahogarán. Las drogas no son una "solución rápida" sino una rápida salida por una puerta que a menudo se abre sólo para dar paso al sufrimiento y la autodestrucción.

Creedme si os digo que algunos de los espectáculos más lamentables que he visto en mi vida son de los drogadictos; ellos son prisioneros en su propio cuerpo; muchos se sienten totalmente indefensos, dependientes y desesperados; pero ninguno debería sentirse desahuciado. Levantad esas cadenas y luchad por vuestra dignidad, vuestra paz y propósito en la vida. Cualquiera que os diga que el efecto de las drogas es "divertido" es un mentiroso.

Cualquier juez que permita que los traficantes de drogas salgan de un tribunal con una condena leve no es digno de su oficio.

Conozco a una mujer, que es casada y tiene hijos, que está encadenada a una vida de crítica y murmuración. Ella es la primera en señalar los errores de su marido y en repetir los chismes que corren por el vecindario. Un hábito que nos hace ver "la paja en el ojo ajeno", que destruye reputaciones y disemina rumores maliciosos es sumamente dañino. El chisme y el sarcasmo crean cadenas de contención que quizás parezcan muy pequeñas, ¡pero cuánto daño y amargura causan!

"¡Oh que despertaseis... de ese profundo sueño, sí, del sueño del infierno, y os sacudieseis de las espantosas cadenas que os tienen atados, cadenas que sujetan a los hijos de los hombres a tal grado que son llevados cautivos al eterno abismo de miseria y angustia!" (2 Nefi 1:13.)

Escuchad las palabras de un amigo que comprende muy bien el significado de ese pasaje, un hombre que estuvo atado por las cadenas de la indiferencia, pero que con la ayuda de Dios y la observancia de principios justos no sólo las rompió sino que las aplastó. Hace unas semanas llegó esta carta:

"Fui bautizado en marzo de 1974. Estaba empleado entonces en un lugar que me exigía trabajar los domingos. Esto, junto con mi falta de fortaleza, me impidió ser miembro activo y fiel de la Iglesia. Con los años empecé a descuidar las oraciones y el estudio diarios; en ese período me alejé cada vez más de la Iglesia y las enseñanzas del evangelio, y esto nos causó una desilusión tras otra a mi familia y a mí. Estaba desalentado, decepcionado y sin confianza en mí mismo.

"En la tarde del 6 de abril de 1986, mi esposa buscaba en televisión algo con qué entretenernos en otra ociosa tarde dominguera, cuando apareció el canal que trasmitía la sesión del domingo de tarde de la conferencia general, ya por comenzar. Nos pusimos a mirar para ver lo que pasaba porque habíamos perdido por completo el contacto con la Iglesia, y, francamente, yo no hubiera podido decir siquiera quién era el Profeta.

"Como dádiva de mi Padre Celestial escuché un mensaje que cambiaría mi vida por completo, y que me quedó resonando durante los dos días siguientes. Le comenté a mi esposa cuánto mejor me sentía sobre mí y mi relación con los demás sólo por haber obedecido el consejo de aplicar algunos principios. Desde entonces, los dos hemos vuelto a la actividad total en nuestro barrio."

¡Qué bendición es levantarse sobre el polvo y las cadenas de la indiferencia!

Habrá quien pregunte: "¿Qué hago para romper las cadenas que me atan y me alejan del sendero que el Salvador querría que siguiera?" Estas no las pueden romper los que viven en la lujuria y se engañan a sí mismos; sólo las rompen los que están dispuestos a cambiar. Debemos enfrentar la dura realidad de que las cadenas dañinas las rompen únicamente los de valor y palabra firme, que están dispuestos a luchar y soportar el dolor.

Es verdad que hay personas que no quieren cambiar, aun cuando puedan afirmar lo contrario. Sólo el interesado puede proveerse de motivación y decidirse a llevar a cabo el cambio. La Iglesia, el hogar, la familia, los amigos y los profesionales capacitados pueden ayudar, apoyar, animar, comprender y guiar, pero la labor de cambiar queda en nuestras propias manos. Y casi

siempre se logra sólo mediante el duro esfuerzo.

Cambiar o romper algunas de nuestras cadenas, aunque sean ligeras, implica renunciar a modos de comportamiento o hábitos que han sido importantes para nosotros en el pasado. Esto generalmente atemoriza. El cambio lleva aparejados riesgos. "¿Cómo reaccionarán los demás si cambio y me encuentran diferente?" Aunque nuestra manera de vivir actual nos cause dolor y destrucción, algunos de nosotros pensamos que tiene un propósito y nos dejamos llevar por ella.

Todo cambio que valga la pena implica un riesgo: el de cambiar un hábito antiguo y nocivo por una manera mejor de vivir.

Si dejamos que se impongan el temor y la falta de disposición a enfrentar el riesgo de mejorar, no seremos capaces de cambiar. En su obra "Medida por medida", Shakespeare dice:

"Nuestras dudas son traidoras, y nos hacen perder a menudo el bien que podríamos ganar, por temor a experimentarlo." (William Shakespeare, *Obras completas*, Madrid, 1967: Aguilar S. A. de Ediciones, pág. 1534.)

Con la ayuda y la fortaleza de Dios, hasta las cadenas del temor se pueden romper esforzándose con humildad. Y el esfuerzo se puede hacer con esta promesa que se encuentra en Doctrina y Convenios 122:4.

"A causa de tu rectitud... tu Dios te amparará para siempre jamás."

La persona prudente avanza constantemente esforzándose por mejorar y sabiendo que para progresar se necesita el arrepentimiento diario; y comprende que la buena vida consiste simplemente en seguir las normas de rectitud y justicia. Los goces de la felicidad se obtienen únicamente obedeciendo principios elevados.

Los que tienen el cometido de mejorar, con su valor para intentarlo ya rompen cadenas. Los que viven sin cometido creen que es más fácil adaptar su vida al peso y las restricciones de las cadenas que hacer el esfuerzo por cambiar.

Que Dios nos ayude a sacudirnos las cadenas que nos tienen sujetos; con su ayuda podemos lograrlo por medio de la fe, las obras, la oración, un cometido firme y la autodisciplina. Que tengamos la disposición y la fuerza para librarnos de las que controlan y destruyen nuestro progreso, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

LOS NIÑOS PEQUEÑOS

élder Boyd K. Packer
del Quórum de los Doce Apóstoles

"Sea lo que fuere que las leyes de los hombres lleguen a tolerar, el mal uso del poder de procreación, la destrucción de una vida inocente por medio del aborto y el maltrato a los niños pequeños son transgresiones de enormes proporciones."

Hace unos años, al doctor Faun Hunsaker, el entonces presidente de la Misión de los Estados del Sur de los Estados Unidos, se le invitó a pasar la noche en casa de uno de los miembros. Cuando llegó allí, los niños ya se habían acostado.

El matrimonio le dio su dormitorio y, durante la noche, oyó que la puerta se abría y advirtió los pasos de un niño pequeño que entraba. El niño, asustado por una pesadilla, había ido a la cama de sus padres para que ellos lo consolaran.

Al percibir que había algo diferente, el niño empezó a palpar la cara del hermano Hunsaker y éste le habló en voz baja. El chiquito, asombrado, le dijo:

—¡Usted no es mi papá!

—No, no soy tu papá.

—¿Le dio mi papá permiso para dormir aquí?

—Sí, tu papá me dio permiso para dormir aquí.

Dicho eso, el pequeñito se acostó junto al hermano Hunsaker y no tardó en quedarse dormido.

Bien podría terminar con esa lección sobre la confianza de un niño pequeño. Sin embargo, sin excusarme, deseo explayarme un poco sobre la inocencia de los niños pequeños y nuestra obligación para con ellos.

Mucho se dice en las Escrituras sobre los niños pequeños.

El salmista escribió: "Herencia de Jehová son los hijos" (Salmos 127:3).

Nuestro Salvador pronunció las conocidas palabras: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios" (Marcos 10:14).

Cuando los discípulos preguntaron a Jesús: "¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? ...llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: ... cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe" (Mateo 18:1–5).

En seguida, advirtió:

"Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar." (Vers. 18:1–6.)

Para mí, la lección más notable se encuentra en el Libro de Mormón:

Jesús "mandó que trajesen a sus niños pequeñitos.

"De modo que trajeron a sus niños pequeñitos, y los colocaron en el suelo alrededor de él, y Jesús quedó en medio [de ellos]... Y ... mandó a los de la multitud que se arrodillasen en el suelo.

"Y sucedió que cuando se hubieron arrodillado en el suelo, gimió Jesús dentro de sí, y dijo: Padre, turbado es-

toy por causa de la iniquidad del pueblo de la casa de Israel.

"...se arrodilló él mismo también en el suelo; y he aquí, oró al Padre, y las cosas que oró no se pueden escribir...

"y no hay lengua que pueda hablar, ni hombre alguno que pueda escribir, ni corazón de hombre que pueda concebir tan grandes y maravillosas cosas como las que [vieron y oyeron] a Jesús hablar...

"Y se levantaron del suelo, y les dijo: Benditos sois a causa de vuestra fe. Y ahora, he aquí, es completo mi gozo.

"Y cuando hubo dicho estas palabras, lloró, y la multitud dio testimonio de ello; y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y les bendijo, y rogó al Padre por ellos.

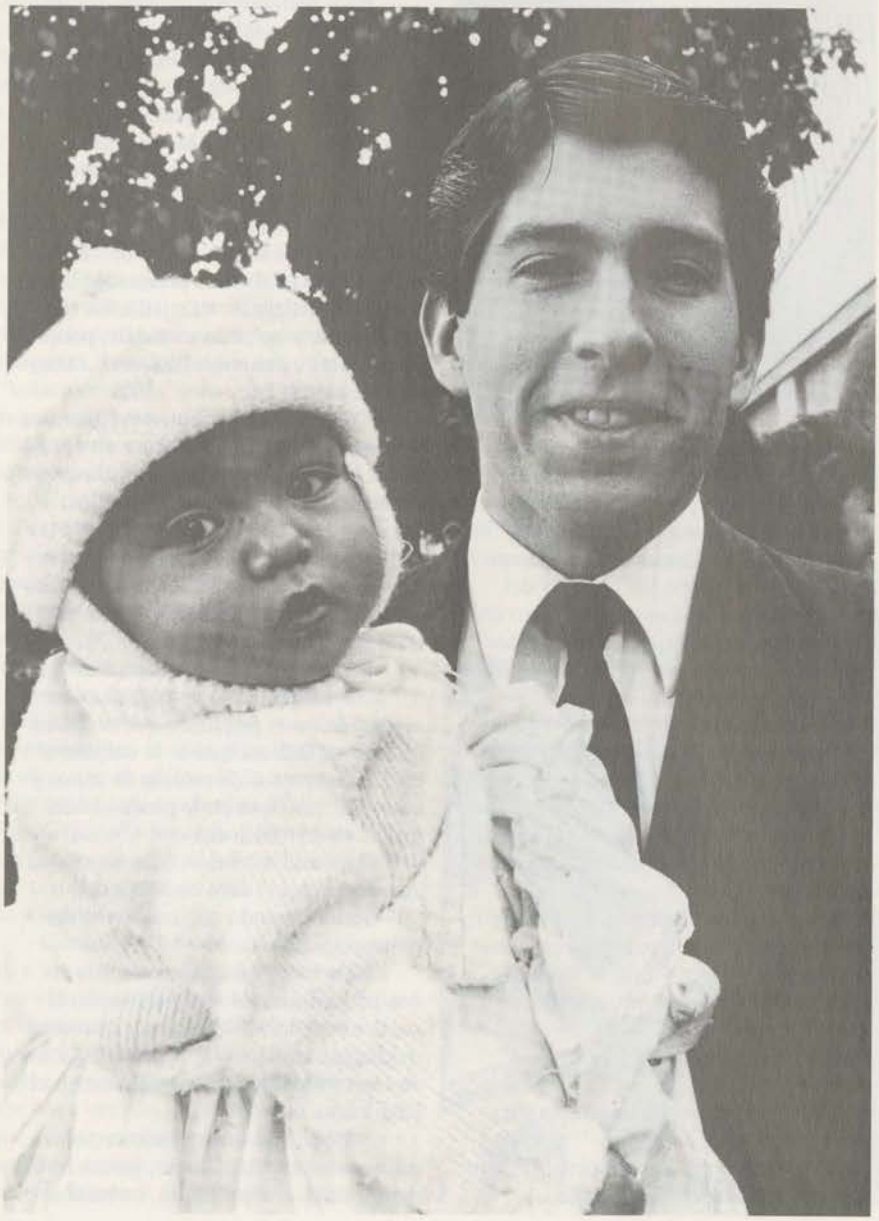
"Y cuando hubo hecho esto, lloró de nuevo;

"y ..., dijo: Mirad a vuestros pequeñitos...

"y vieron abrirse los cielos, y vieron ángeles que descendían del cielo cual si fuera en medio de fuego; y bajaron y cercaron a aquellos pequeñitos, y fueron rodeados de fuego; y los ángeles los ministraron." (3 Nefi 17:11–15, 17, 20–24.)

Hay más, mucho más en las Escrituras acerca de los niños pequeños.

Pero también hay un aspecto lamentable de este tema. De ello, no deseo mencionar y recalcar más que cuatro transgresiones que atormentan a la humanidad, las cuales causan sufrimiento a los niños pequeños.



Primero: La completa unión física del hombre y la mujer que pertenece al convenio del matrimonio ahora se proclama falsamente como un apetito aceptable de cualquier par de adultos.

Segundo: El mal uso de ese poder procreador en actos pervertidos se promueve actualmente como el derecho de los adultos que lo aprueben. Ese proceder egoísta no lleva consigo ni la responsabilidad ni la satisfacción de la paternidad o la maternidad.

Tercero: La destrucción deliberada del inocente y desvalido por medio del aborto se fomenta actualmente a diestra y siniestra y aun se respalda con fondos públicos.

Cuarto: Tratan brutalmente el cuerpo, la mente y la moral de un número cada vez mayor de niños pequeños y maltratan a éstos los que debieran protegerlos.

Como resultado, la humanidad ha sembrado vientos huracanados y cosecha fuertes tempestades traducidas éstas en angustias, culpabilidad, abandono, divorcio, enviciamiento, enfermedad y muerte; y los niños pequeños sufren.

Si esos pecados no se frenan, la civilización se dirigirá indefectiblemente a la destrucción.

Nuestro comportamiento no es totalmente dominado por impulsos naturales, ya que nuestro modo de proceder también tiene su origen en las creencias.

Las creencias nacen de las filosofías o doctrinas. Las doctrinas pueden ser espirituales o seculares, sanas o destructivas, verdaderas o falsas.

Hay dos doctrinas que falsean la condición de los niños pequeños y que son aceptadas por muchos, ¡pero las dos son falsas!

La primera sostiene que los niños pequeños se conciben en pecado y que llegan a la vida terrenal en un estado de corrupción natural. ¡Esa es doctrina falsa!

Cada vez que nace un niño, el mundo se renueva en inocencia.

Las revelaciones nos enseñan que "La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad.

"La luz y la verdad desechan [al] inicuo.

"Todos los espíritus de los hombres fueron *inocentes* en el principio; y habiéndolo redimido Dios de la caída,

el hombre llegó a quedar de nuevo en su estado de infancia, *inocente* delante de Dios.

"Y aquel inicuo viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad por medio de la desobediencia, y a causa de las tradiciones de sus padres.

"Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad." (D. y C. 93:36–40; cursiva agregada.)

Mormón enseñó esto a su hijo Moroni y, por ende, a nosotros. Citaré sólo algunas partes de su epístola:

"Porque, si he sabido la verdad", escribió Mormón, "ha habido disputas entre vosotros concernientes al bautismo de vuestros niños pequeños" (Moroni 8:5).

Tras calificar esas discusiones de "tosco error", continúa:

"Inmediatamente después que [supe] estas cosas de vosotros, pregunté al Señor concerniente al asunto. Y la palabra del Señor vino a mí por el poder del Espíritu Santo, diciendo:

"Escucha las palabras de Cristo, tu Redentor, tu Señor y tu Dios: He aquí, vine al mundo no para llamar a los justos al arrepentimiento, sino a los pecadores; los sanos no necesitan de médico sino los que están enfermos; por tanto, los niños pequeños son sanos, porque son incapaces de cometer pecado; por tanto, la maldición de Adán les es quitada en mí, de modo que no tiene poder sobre ellos. . .

"Y de esta manera me manifestó el Espíritu Santo la palabra de Dios; por tanto, amado hijo mío, sé que es una solemne burla a los ojos de Dios que bauticéis a los niños pequeños." (Moroni 8:7–9.)

Mormón le dijo a Moroni que enseñara el arrepentimiento y el bautismo "a los que son responsables y capaces de cometer pecado" (Moroni 8:10).

La edad de ocho años se ha establecido por revelación como la edad de responsabilidad. (Véase D. y C. 68:27.)

En seguida, con una severidad no superada en las Escrituras, Mormón advierte:

"El que supone que los niños pequeños tienen necesidad del bautismo se halla en la hiel de la amargura y en las cadenas de la iniquidad, porque no tiene fe, ni esperanza, ni caridad; por tanto, si perece mientras tenga tal pensamiento, tendrá que ir al infierno.

"Porque terrible es la iniquidad de suponer que Dios salva a un niño a causa del bautismo, mientras que otro debe perecer porque no tuvo bautismo.

"¡Ay de aquellos que perviertan de esta manera las vías del Señor!, porque perecerán, salvo que se arrepientan. He aquí, hablo con arrojo, porque tengo autoridad de Dios." (Moroni 8: 14–16.)

Leed toda esa epístola, la cual es doctrina verdadera e inspirará reverencia hacia los niños pequeños. Después de leerla, ¿quién podría pensar en desatenderlos, ni, mucho menos, en maltratarlos?

Si la verdadera doctrina se entiende, ello cambia la actitud y el comportamiento.

El estudio de la doctrina del evangelio mejorará el comportamiento de las personas más fácilmente que el estudio sobre el comportamiento humano. La obsesión por una conducta indigna puede conducir a una conducta indigna, y por eso hacemos tanto hincapié en el estudio de la doctrina del evangelio.

Las leyes de Dios sobre el matrimonio, el nacimiento y el cuidado de los niños pequeños tal vez parezcan rígidas, pero son muy prácticas.

La ley de Dios decreta que la única unión legítima del hombre y la mujer es la del matrimonio, puesto que de resultar de esa expresión del amor la concepción de una vida, el matrimonio proporciona protección a la criatura que llega a la vida terrenal inocente y desvalida. Además, el matrimonio también ofrece seguridad y felicidad a los padres.

Sea lo que fuere que las leyes de los hombres lleguen a tolerar, el mal uso del poder de procreación, la destrucción de una vida inocente por medio del aborto y el maltrato a los niños pequeños son transgresiones de enormes proporciones, puesto que, acunada en ellas, yace el destino de niños inocentes y desvalidos.

Hay otra doctrina, igualmente falsa y muy aceptada que también falsea la condición de los niños pequeños. Permitidme ilustrarla:

Hace años, dos de mis hijos, que entonces eran pequeños, luchaban en el suelo. Como vi que llegaban al punto que separa la risa de las lágrimas, los separé y senté al mayorcito en el suelo. Al hacerlo, les dije: "Ya, basta, par de monos. Cálmense".

Para mi sorpresa, él cruzó los brazos y, muy ofendido, protestó, diciéndome: "Yo no soy mono, papá; ¡soy una *persona!*"

Los años no han borrado el intenso sentimiento de amor que sentía por mis pequeños. En muchas ocasiones, a lo largo de los años, han vuelto a mi mente las palabras de mi hijo: "Yo no soy mono, papá; ¡soy una *persona!*" ¡Qué gran lección me enseñó mi pequeño hijo!

El no es tan sólo una persona, ni tan sólo mi hijo, sino que también es hijo de Dios.

El ciclo de la vida ha seguido rápidamente su curso. Ahora esos dos hijos míos tienen sus propios hijitos, los cuales a su vez enseñan lecciones a sus padres. Ahora, ellos observan crecer a sus hijos como nosotros los observábamos a ellos. En calidad de padres, van aprendiendo lo que no se les podía enseñar en calidad de hijos.

Muy pronto, sus hijos crecerán y tendrán a su vez sus propios hijos o "personas pequeñas", y se repetirá el ciclo interminable de la vida.

Tal vez ahora sepan ellos lo que quiere decir el empezar nuestras oraciones, como lo enseñó nuestro Señor, diciendo: "Padre nuestro que estás en los cielos". El es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos.

La doctrina secular a que me refiero sostiene que el hombre no es hijo de Dios, sino básicamente un animal y que su conducta es ineludiblemente dominada por impulsos naturales, exonerado de hacer juicios morales y exento de conducta moral.

Aun cuando muchos afirman que esa filosofía no puede, a la larga, conducir a la relajación moral, ¡*hay un elemento* que sí lo causa! ¿Es acaso accidental que cuanto más se propaga esa doctrina secular y se cree en ella tanto más se generaliza la conducta inmoral?

Defienden esa filosofía con datos estadísticos y dicen: "Esto comprueba que es cierto; miren todas las evidencias que tenemos".

Nosotros a la vez vemos la forma lamentable en que la gente degrada la procreación y el sufrimiento que ello trae consigo tanto a niños como a adultos, y decimos: "Miren todas las evidencias que tenemos nosotros".

Las doctrinas seculares tienen la ventaja de mostrar evidencias convincentes, tangibles, porque es más fácil reunir datos de lo que se puede contar y medir.

Por otro lado, la doctrina que proviene de la luz se corrobora con la impresión intangible que recibe el espíritu del hombre y tenemos que confiar más

que nada en la *fe*.

Pero el tiempo se encarga de hacer visibles las consecuencias del seguir una u otra.

A vosotros, los adultos que repetís [con vuestros hijos] el ejemplo de la desatención y el maltrato que vosotros recibisteis cuando erais pequeños, creyendo que estáis atrapados en el círculo vicioso de vuestro proceder, del cual no podéis escapar, os digo:

Es contrario al orden de los cielos que alma alguna se encierre en un comportamiento inmoral como en un callejón sin salida.

Eso *es* compatible con la obra del adversario que desea engañaros y haceros creer que *sí estáis en un callejón sin salida*.

Con agradecimiento, reconozco que las transgresiones, aun las que perjudican a los niños pequeños, ceden terreno al arrepentimiento sincero. Yo testifico con toda mi alma que la doctrina del arrepentimiento es verdadera y que produce un efecto milagroso y liberador sobre el comportamiento humano.

A vosotros, los *inocentes* que no habéis transgredido, pero que habéis sido víctimas de los que abusaron de vosotros cuando erais pequeños y que todavía lleváis una inmerecida carga de culpabilidad, os digo: ¡Aprended la verdadera doctrina, la del arrepentimiento *y* el perdón; liberaos de esa carga de culpabilidad!

Porque todos somos hijos del mismo Padre Celestial. Y cada uno de Sus hijos, de cualquier edad, puede hacer valer el sacrificio expiatorio de Jesucristo y, al hacerlo así, por medio del total arrepentimiento, puede ser limpiado y renovado a la inocencia de un niño.

Al empezar, dije que bien podría terminar allí con el relato de la confianza de un niño pequeño y así lo haré:

—¡Usted no es mi papá!

—No, no soy tu papá.

—¿Le dio mi papá permiso para dormir aquí?

—Sí, tu papá me dio permiso para dormir aquí.

Dicho eso, el pequeño se acostó junto al hermano Hunsaker y no tardó en quedarse dormido.

Dios conceda que todos los niños pequeños estén a salvo con cada uno de nosotros porque su Padre y su Dios y nuestro Padre y nuestro Dios nos dio permiso para estar aquí. En el nombre de Jesucristo. Amén.

SESION DEL SABADO POR LA TARDE 4 de octubre de 1986

EL SOSTENIMIENTO DE OFICIALES DE LA IGLESIA

Mis queridos hermanos y hermanas, a solicitud del presidente Benson, procederé ahora a presentaros los nombres de las Autoridades Generales y oficiales generales de la Iglesia, para vuestro voto de sostenimiento.

Se propone que sostengamos al presidente Ezra Taft Benson como Profeta, Vidente y Revelador y Presidente de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días; a Gordon B. Hinckley como Primer Consejero en la Primera Presidencia y a Thomas S. Monson como Segundo Consejero en la Primera Presidencia.

Los que estéis de acuerdo, favor de indicarlo. Contrarios, con la misma señal.

Se propone que sostengamos a Marion G. Romney como Presidente del Consejo de los Doce Apóstoles, a Howard W. Hunter como Presidente en Funciones del Consejo de los Doce Apóstoles, y a las siguientes personas como miembros de ese Consejo: Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard y Joseph B. Wirthlin.

Los que estén de acuerdo, favor de indicarlo. Contrarios, con la misma señal.

Como se anunció hace algunos meses, Carlos E. Asay ha sido relevado como uno de los Presidentes del Primer Quórum de los Setenta con el objeto de que sirva como Presidente del Area de Europa. En vista de la medida que se acaba de tomar, también relevamos al élder Joseph B. Wirthlin, quien ha estado sirviendo como un Presidente del Primer Quórum de los Setenta desde agosto.

Los que deseéis extender un voto de agradecimiento por el fiel servicio de estos hermanos podéis manifestarlo levantando la mano.

Sostenemos como la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta a: Dean L. Larsen, Richard G. Scott, Marion D. Hanks, William Grant Bangerter, Jack H. Goaslind, Robert L. Backman y Hugh W. Pinnock.

Todos los que estéis a favor, servíos indicarlo. Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Recordamos con pesar el fallecimiento de los élderes James A. Cullimore y O. Leslie Stone, del Primer Quórum de los Setenta. Quisiera agregar que lamentamos mucho el fallecimiento del presidente Franklin McKean, de la Misión Brasil-Recife, acaecido apenas ayer.

Con las excepciones ya mencionadas, no ha habido cambios en las Autoridades Generales ni en los oficiales generales de la Iglesia desde la última conferencia.

Se propone, por lo tanto, que sostengamos a todas las Autoridades Generales y oficiales generales de la Iglesia en sus presentes llamamientos. Quienes estéis de acuerdo, favor de manifestarlo. Contrarios, si los hay, con la misma señal.

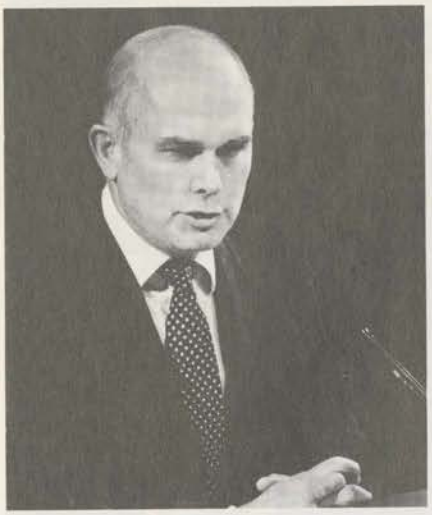
Todo parece indicar que la votación ha sido unánime a favor de las Autoridades Generales y los oficiales generales de la Iglesia.

Gracias, hermanos y hermanas, por vuestras oraciones y vuestro generoso apoyo.

EL GUARDA DE NUESTRO HERMANO

élder Dallin H. Oaks
del Quórum de los Doce Apóstoles

"La regla de oro se aplica a la forma en que nos ganamos la vida. Sí somos el guarda de nuestro hermano, aun en el mundo mercantil."



Una de las consecuencias de la vida mortal es la necesidad que tenemos de ganarnos el pan de cada día (véase Génesis 3:19; Moisés 4:25), lo cual hacemos como empleados, comerciantes o inversionistas. En nuestras ocupaciones laborales, enfrentamos la prueba de tratar con justicia y consideración a los demás.

Nuestro deber es claro. Nuestro Salvador nos dio la regla de oro: "Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Mateo 7:12).

La opinión de Satanás es lo contrario. El patrocina el interés propio, desprovisto de toda contemplación. Una de sus armas más eficaces es la tentación de aprovecharse injustamente de los demás con el fin de obtener lucro. Así ha sido desde el principio.

Caín dio el ejemplo al mundo; como codiciaba los rebaños de su hermano Abel, Satanás le enseñó la manera de conseguirlos (véase Moisés 5:29, 38). Satanás enseñó a Caín que se podían obtener bienes materiales perjudicando al que los tuviera (Vers. 31).

Caín mató a Abel. Las Escrituras dicen que lo hizo "con el fin de obtener lucro" (Moisés 5:50), o sea, los rebaños de su hermano (véase Moisés 5: 33). Al ver eso, el Señor le preguntó a Caín: "¿Dónde está Abel, tu hermano?" Caín intentó primero encubrir su pecado con una mentira y dijo: "No sé". Luego añadió una justificación: "¿Soy yo el guarda de mi hermano?" (Génesis 4:9; Moisés 5:34).

¿Somos guardas de nuestros hermanos? O, en otras palabras, ¿somos responsables de cuidar del bienestar de nuestros semejantes al procurar ganarnos el pan nuestro de cada día? La regla de oro de nuestro Salvador dice que sí lo somos. Satanás dice que no lo somos.

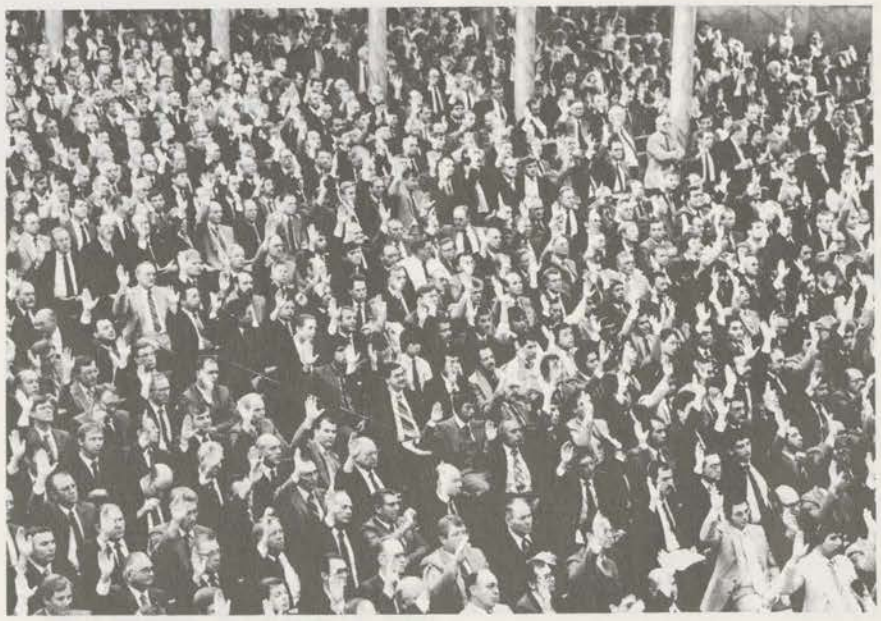
Tentados por Satanás, algunos han seguido el ejemplo de Caín. Codician bienes y luego pecan para obtenerlos. El pecado puede ser asesinato o algún tipo de robo. Puede ser fraude o engaño. Puede ser aun alguna hábil manipulación legal de hechos o influencia para aprovecharse injustamente de otra persona. El pretexto es siempre el mismo: "¿Soy yo el guarda de mi hermano?"

Los que siguen el ejemplo de Caín cumplen una profecía del Libro de Mormón. Al ver nuestra época, Nefi profetizó que muchos dirían: "Mentid un poco, aprovechaos de uno por causa de sus palabras, tended trampa a vuestro prójimo; en esto no hay mal" (2 Nefi 28:8).

Vivimos en un mundo en el que muchos consideran el terreno mercantil como un campo de crueldad donde el comprador debe estar en guardia, donde nadie tiene la obligación de hacer más de lo que la ley exige y donde el fraude no es fraude si no se puede probar en los tribunales.

Los miembros de la Iglesia de Jesucristo tienen una norma más elevada. El presidente Harold B. Lee dijo: "Las normas . . . de la Iglesia deben ser visiblemente más elevadas que las normas. . . del mundo" (*Ye Are the Light of the World*, Salt Lake City: Deseret Book Co., 1974, pág. 13). Se nos ha dado el mandamiento de vivir la regla de oro.

Pese a esa elevada norma, algunos



que profesan ser cristianos procuran ganarse la vida estafando sistemáticamente a su prójimo.

Algunos se hacen ricos con el tráfico ilegal de drogas o pornografía. Los que lo hacen se enriquecen negociando con productos que destruyen el organismo, la mente y la moral de sus clientes.

Otros delincuentes viven del robo. Y no todos los robos se hacen a punta de pistola ni a favor de la noche. Algunos roban haciendo trampas y aprovechándose de la confianza de sus víctimas.

El primo elegante del robo es el fraude, que obtiene su lucro mintiendo acerca de un hecho esencial en un negocio.

Astutos agentes de negocios, muy locuaces y de modales congraciadores, engañan a sus semejantes haciéndoles invertir dinero en negocios que saben son más arriesgados de lo que están dispuestos a revelar.

Como no es fácil probarlo, el fraude es un delito difícil de enjuiciar. Pero la insuficiencia de las leyes de los hombres no da licencia a la transgresión según las leyes de Dios. Aunque los métodos de que se valen para robar queden impunes en esta vida, estos ladrones refinados de traje y corbata serán algún día dados a conocer y castigados por sus hechos. El que preside el Tribunal Eterno conoce nuestros hechos secretos "y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Hebreos 4:12; D. y C. 33:1).

La mayoría nos sentiremos relativamente cómodos cuando al hablarse de la regla de oro en el mundo laboral se usen ejemplos evidentemente malos como los de las drogas ilegales y el robo con estafa. Pero citaré ejemplos más difíciles, y debe serlo; me refiero a que no podemos esperar sentirnos cómodos si evaluamos nuestra conducta con la medida del mandamiento del Señor: "Quisiera que fueseis perfectos aun como yo" (3 Nefi 12:48). El seguir los pasos de la única persona perfecta que ha vivido en la tierra, requiere un esfuerzo constante.

Los discípulos de Cristo tienen la responsabilidad moral de ganarse la vida y dirigir sus negocios de conformidad con los principios del evangelio y las enseñanzas del Salvador. Los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no deben tomar parte en ocupaciones ni en otras actividades sobre las que no puedan a conciencia pedir las bendiciones del Señor.

Las personas que entablan litigios insustanciales no se elevan a la altura de esta eminente norma. Hay litigios sin fundamento que recompensan generosamente a algunos demandantes, pero que perjudican a todos los demás puesto que, por ello, se alzan los precios de productos y de servicios.

El empleado que recibe la compensación convenida, pero que no rinde conforme a lo convenido, se gana parte de su sueldo perjudicando a los demás.

Lo mismo hace el empleador que es injusto con sus empleados. Un idealista y joven profesional que escribió a la sede de la Iglesia acerca de la condición difícil de los campesinos migratorios describía un régimen que es probablemente ilegal y ciertamente nada cristiano. Al leer su carta, pensé en el buen ejemplo de Jesse Knight, el gran benefactor de la Academia Brigham Young. En una época en que la mayoría de los dueños de minas explotaban a sus trabajadores, este empleador cristiano pagaba a sus mineros una cantidad extra para que se ganaran la vida con el trabajo de seis días y descansaran en el día de reposo. No les exigía que compraran en la tienda de la compañía; y construyó para sus trabajadores un edificio que les sirviera de casa de recreo, de adoración y de escuela. Además, el hermano Knight no permitía a su capataz que interrogara a los trabajadores con respecto a su religión ni a sus tendencias políticas (véase Jesse William Knight, *The Jesse Knight Family*, Salt Lake City: Deseret News, págs. 43–44; Gary Fuller Reese, "Uncle Jesse", tesis académica de maestría en la Universidad Brigham Young, 1961, págs. 26–28.)

Desde luego, entendemos que lo que un empleador puede pagar a sus empleados está limitado por lo que su negocio puede obtener de sus productos o servicios en el campo mercantil competitivo. Los contratos también imponen límites a las expectativas económicas legítimas.

Las normas cristianas también deben aplicarse a los que se ganan la vida vendiendo productos o haciéndoles propaganda.

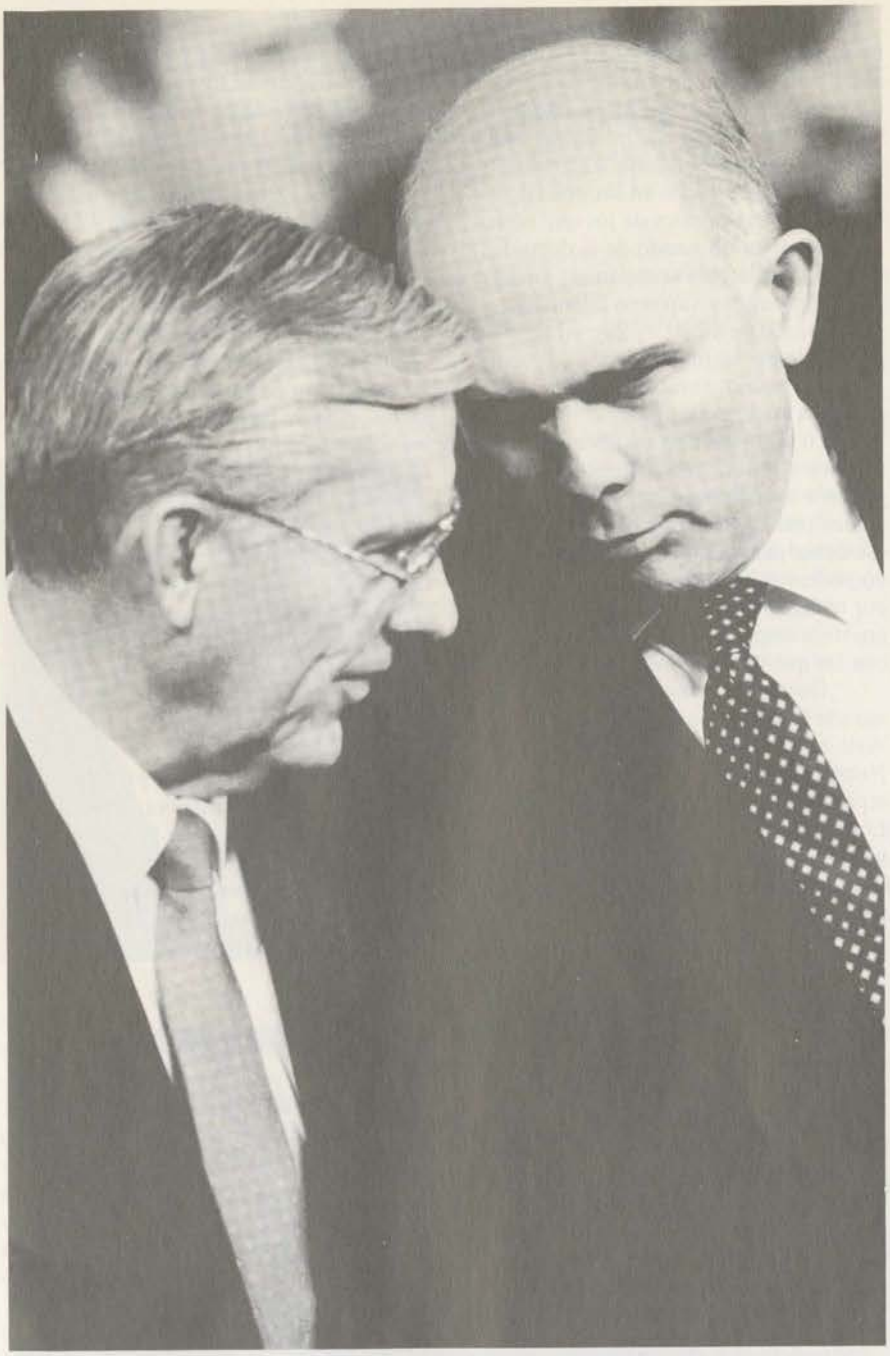
Hay muchas personas que compran productos o servicios y que están indefensas, ya sea por estar mal informadas o por ser demasiado confiadas. Por ejemplo, un amigo me contó de un joven matrimonio de estudiantes que apenas contaban con dinero para vivir y pagar sus derechos de matrícula al que persuadieron a tomar un costoso curso de mejoramiento personal. ¿Podrá un vendedor justificarse por haber obtenido ganancia personal al persuadir a alguien a echarse encima una deuda que no puede prudentemente solventar comprando algo que en realidad no necesita? El profeta José Smith enseñó que los Santos de los Ultimos Días deben ser justos en sus tratos con sus semejantes y misericordiosos con el pobre (*History of the Church*, 5:401).

Citaré un caso distinto: El dueño de un negocio que abre en domingo impide que sus empleados vayan a la iglesia y estén con sus familiares en el día de reposo. Los profetas contemporáneos nos han exhortado a no comprar en domingo (véase, por ejemplo, Spencer W. Kimball, "Dios no será burlado", *Liahona*, feb. de 1975, pág. 32). Los que compren en el día de reposo no podrán eludir la responsabilidad de haber contribuido a que los negocios permanezcan abiertos en ese día. Claro está que hay servicios esenciales que deben proporcionarse, pero la mayoría de las transacciones comerciales que se hacen en domingo podrían evitarse si comerciantes y clientes resolvieran evitar hacer negocios en el día del Señor.

El año pasado, el periódico *Deseret News* publicó un artículo sobre un farmacéutico de Salt Lake City que dejó de vender cigarrillos en su farmacia. De ello explicó: "Es antagónico que una profesión dedicada a salvar la vida de las personas venda un producto que no hace más que matar" (20 de dic. de 1985, pág. B1). A ese comerciante le interesaba más el bienestar de sus clientes que sus ganancias personales.

Mi esposa me mencionó un ejemplo parecido del mundo de la publicidad. Una revista femenina dedicada a la aptitud física (*Women's Sports and Fitness)* no acepta hacer propaganda de cigarrillos, pese a lo que pierde en dinero que en verdad necesita. Una columnista que es doctora en medicina, la doctora Joan Ullyot, alaba esa norma y la contrasta con la práctica de otra organización:

"Me desalienta que un eminente deporte femenino como lo es el tenis continúe respaldándose en una compañía de cigarrillos. Sin duda, las mujeres prominentes en este deporte, ninguna de las cuales fuma, tienen el [valor] de decir *no* a esta hipocresía y el valor de dejar de prestar su nombre y su prestigio para aprobar y alabar un



Los élderes M. Russell Ballard y Dallin H. Oaks, miembros del Quórum de los Doce Apóstoles.

producto letal. Cualquier mujer que sirva de modelo en los deportes y que acepte el patrocinio de una compañía cuyos productos destruyen la salud y merman la buena aptitud física debe fijarse bien en la propaganda que está haciendo.'' (*Women's Sports and Fitness,* sept. de 1986. pág. 12.)

¿No sería magnífico si se rigieran por esa misma actitud de cuidar de los intereses de los demás los Santos de los Ultimos Días que ganan dinero con la venta o el fomento de la venta de bebidas alcohólicas? Consideremos los terribles efectos del alcohol. Los accidentes vinculados con la ingestión de alcohol son la causa principal de la muerte de personas menores de veinticinco años. Los efectos físicos, sociales y económicos del alcohol redundan en la destrucción de matrimonios y de la vida familiar. Al entorpecer los sentidos, el alcohol lleva a las personas a cometer innumerables delitos y transgresiones morales. El alcohol es la droga que más envicia en la actualidad.

El consumo de alcohol va en aumento entre nuestros jóvenes. Dirigiéndose a los jóvenes, los propagandistas representan la cerveza y el vino como fuentes de alegría, socialmente deseables e inofensivos. Los fabricantes están fomentando nuevos tipos de bebidas alcohólicas que rivalicen con las bebidas no alcohólicas. Las tiendas de comestibles y las estaciones de servicio colocan las bebidas alcohólicas al lado de las gaseosas. ¿Pueden cristianos que negocian en esto ser indiferentes a los efectos orgánicos y morales del alcohol del cual sacan sus ganancias?

Podría dar otros ejemplos, pero ésos bastan para ilustrar el principio de que la regla de oro se aplica a la forma en que nos ganamos la vida. Sí somos el guarda de nuestro hermano, aun en el mundo mercantil.

Entiendo que ésta es una norma elevada que no se puede cumplir de la noche a la mañana; pero es importante reconocer la responsabilidad que tenemos y hacer algo al respecto. Y deberíamos hacerlo alegremente. El evangelio es ''las buenas nuevas''. Los mandamientos conducen a las bendiciones. El profeta José Smith dijo a nuestros primeros misioneros que cuando predicáramos el evangelio, debíamos ''amonestar con compasión'', que ''no tenemos derecho . . . a asustar a la gente para que se arrepienta''. Tenemos que predicar el evangelio como ''las buenas nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo'' (*History of the Church,* 1:280).

También debemos recordar que el principio de que la regla de oro gobierna la forma de ganarnos la vida es difícil de aplicar en la práctica. No debemos hacer a los empleados responsables de los sistemas que ellos mismos lamentan pero sobre los que no tienen ningún control. Las decisiones que tome el dueño de un negocio no deben producir sentimientos de culpabilidad en los cristianos conscientes pero sin autoridad que tan sólo trabajan con él. Del mismo modo, un copropietario no tiene la libertad de imponer sus normas en el sistema comercial de una compañía si sus socios no comparten sus ideas morales. Una sociedad comercial puede ser controlada por accionistas a quienes nada importen los efectos nocivos que producen en las personas los productos o las normas que les reportan ganancias.

Vivimos en una sociedad compleja en la que el principio más sencillo pue-

de ser muy difícil de aplicar. Admiro a los inversionistas que han resuelto no obtener ganancias de transacción alguna que añada a la suma total del pecado y de la desdicha que hay en el mundo. Sin embargo, les será difícil hallar sociedades comerciales que cumplan con esa elevada norma. Como muchas veces lo bueno viene junto con lo malo, no queda más que aplicar el buen criterio. En un mundo de gran diversificación dentro de las sociedades comerciales, no es raro encontrar una compañía que venda leche en una división y licor en otra. Puede ser que cuando pensemos que nuestras inversiones están totalmente limpias de las manchas del mundo, descubramos que nuestro seguro de vida se respalda en parte con inversiones que desearíamos evitar o que nuestros ahorros están depositados en un banco que se presta a negocios que no aprobaríamos. Esas complicaciones hacen difícil el prescribir reglamentos sólidos.

Debemos atenernos a enseñar principios correctos, los cuales todo miembro debe aplicar personalmente para gobernar sus propias circunstancias. Para ello, cada uno de nosotros debe pensar seriamente, y con oración, en si está buscando el bienestar de su prójimo en la forma en que se gana el pan de cada día.

El móvil de Caín es la fuente de la iniquidad. El pecado de Caín fue el asesinato, pero su móvil fue la ganancia personal. Ese móvil ha producido toda clase de maldades, incluso el asesinato, el robo y el fraude. Ese móvil también está en juego en las prácticas legales pero inmorales de los que obtienen ganancias abusando de la debilidad o ignorancia de sus semejantes. Dichas prácticas siempre suponen la antigua justificación de Caín: "¿Soy yo el guarda de mi hermano?"

En cambio, nuestro Salvador nos enseñó a amar a nuestros enemigos, a bendecir a los que nos maldicen, a hacer bien a los que nos aborrecen, y a orar por los que nos ultrajan y nos persiguen (véase 3 Nefi 12:44). Al tener ese deber para con nuestros semejantes, no podemos permitirnos hacer menos por nuestros socios, nuestros clientes, nuestros empleados y demás personas con las que tratemos en el mundo laboral.

¡Cuán hermoso y feliz sería este mundo si todos nos esforzáramos por vivir esos principios en su plenitud! Nuestras obras e influencia repercutirían en millones de personas. Los ejemplos mejoran a las personas más que los sermones. La mayoría de la gente prefiere ver un ejemplo a oír hablar de él.

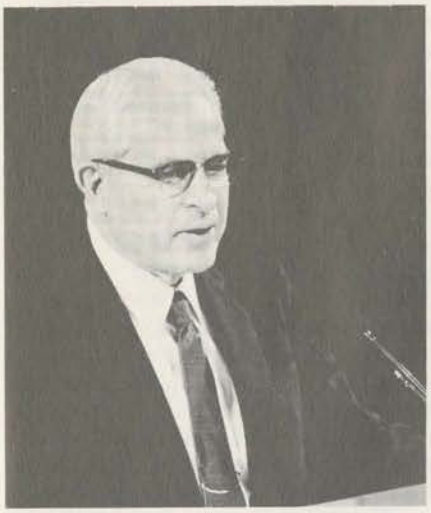
En las espléndidas generaciones que siguieron a la aparición del Cristo resucitado en el Nuevo Mundo, "no había contiendas ni disputas entre ellos, y obraban rectamente unos con otros" (4 Nefi 2). En cuarto Nefi dice: "Y ciertamente no podía haber un pueblo más dichoso entre todos los que habían sido creados por la mano de Dios" (vers. 16). Debemos esforzarnos por alcanzar de nuevo ese estado. Como lo dice la revelación de los últimos días: "Porque Sión debe aumentar en belleza y santidad" (D. y C. 82:14). Una de las formas prescritas para lograr ese aumento es la de buscar "cada cual el bienestar de su prójimo, y [hacer] todas las cosas con la única mira de glorificar a Dios" (D. y C. 82:19).

Dios nos bendiga a todos para vivir la regla de oro al ganarnos el pan de cada día. Si procuramos ser el guarda de nuestro hermano, intentaremos seguir los pasos del Maestro. Doy testimonio de Jesucristo, nuestro Salvador, cuya sangre expió los pecados de los que se arrepintieran y cuya resurrección rompió las ligaduras de la muerte para todo el género humano. La plenitud del evangelio fue restaurada por el profeta José Smith. Su sucesor de hoy, el presidente Ezra Taft Benson, tiene las llaves del evangelio sempiterno en la actualidad. Lo digo en el nombre de Jesucristo. Amén.

LA OBRA MISIONAL ES LA SAVIA DE LA IGLESIA

élder H. Verlan Andersen
del Primer Quórum de los Setenta

"Aquellos que dedican su vida completamente a la tarea de difundir el evangelio experimentan un gozo inefable."



Mis queridos hermanos y hermanas, con el conocimiento que tengo de que ésta es la Iglesia del Señor, y captando a cierto grado la magnitud de la responsabilidad que acompaña a mi llamamiento y asignación de Autoridad General, he orado intensamente en busca de la divina ayuda que siento necesitar tanto.

Durante los últimos años, mi esposa y yo hemos servido como misioneros en países latinoamericanos. Esta ha sido una de las experiencias que más nos ha puesto a prueba y nos ha recompensado en nuestra vida. Nos ha dado mucha satisfacción trabajar con esa gente amorosa y creyente, y ver cómo se cumplen las profecías del Libro de Mormón cuando se unen a la Iglesia a centenares de millares los descendientes de Lehi. Realmente el día de los lamanitas ha llegado.

La historia de los lamanitas en el período justo antes de la primera aparición del Señor en este continente hace un paralelo interesante entre lo que ocurrió entonces y lo que está ocurriendo hoy día. Comenzando aproximadamente en el año 92 a. de J. C., los lamanitas empezaron a unirse a la Iglesia del Señor por decenas de millares. Este milagro de conversión que tuvo lugar muy poco antes de la primera venida del Señor se está repitiendo ahora, antes de su segunda venida.

Hay un aspecto de la obra misional que me gustaría comentar brevemente, y es el gozo que reciben los que trabajan en ella.

El Libro de Mormón resume todo el propósito de la existencia en esta corta frase:

"Existen los hombres para que tengan gozo." (2 Nefi 2:25.)

Si el gozo es la meta suprema de la vida, todos deberían estar fervientemente interesados en la forma de obtenerlo. También deberíamos estar igualmente interesados en la forma de evitar lo opuesto: la desdicha. En el Libro de Mormón se analizan y se ilustran estos temas vitales, y la información con respecto a ellos está relacionada directamente con la obra misional. El libro nos dice que aquellos que dedican su vida completamente a la tarea de difundir el evangelio experimentan un gozo inefable, mientras que los que se oponen y tratan de promulgar la falsedad sufren una desdicha igualmente intensa.

El evangelio ni la oportunidad de compartir su mensaje no siempre han estado en la tierra, pero al tenerlo aquí, debemos atesorarlo. El Señor nos ha prometido que si trabajamos todos nuestros días y salvamos aun cuando sea una sola alma, ¡cuán grande será nuestro gozo con ella en el reino de nuestro Padre! (Véase D. y C. 18:15.)

Hace varios años, el presidente Spencer W. Kimball, quien en ese entonces era miembro del Quórum de los Doce, visitó la estaca en la que yo vivía y dijo que la obra misional era la savia de la Iglesia. También dijo que si no fuera por la obra misional, la Iglesia se marchitaría y moriría en la viña. Sin duda que esta declaración se aplica tanto a las personas y familias, como a la Iglesia en general. El hecho de no aprovechar nuestros talentos y cumplir con nuestros llamamientos puede causar que nos marchitemos y muramos en la viña.

Quisiera ahora analizar la tremenda influencia que la obra misional ha tenido en mi propia vida. Mis padres, que se criaron en México, no habían servido una misión antes de casarse, pero cuando al quórum de los setenta al que pertenecía mi padre le llegó un llamamiento para que un voluntario sirviera una misión corta, él fue, aun cuando eso significó abandonar una granja y una familia numerosa con niños pequeños al cuidado de su esposa. Ella aceptó con gozo la oportunidad de sacrificarse por la Iglesia y por la familia, y recuerdo con cuánta valentía sobrellevó el peso de esos duros meses de invierno.

Más tarde, durante los largos y crueles años de la gran depresión en los Estados Unidos, aun cuando mis padres sufrieron severas tribulaciones económicas, siempre mantuvieron a uno de sus hijos en el campo misional.

Mi padre falleció cuando era relativamente joven, y después de su muerte y después que todos los hijos nos casamos, mi madre pidió permiso para servir una misión en México, y se le concedió.

Si hay honor que ataña a mi llamamiento al Primer Quórum de los Setenta, y por supuesto que lo hay, no es para mí, sino para aquellos cuyos ejemplos de sacrificio y dedicación han influenciado mi vida tan grandemente. Rindo tributo a ellos por su devoción incansable e incesante hacia la Iglesia y la familia. Ellos han ejercido una inmensa influencia en sus diez hijos y numerosa posteridad.

No puedo terminar sin expresar mi amor y aprecio por mi querida compañera quien es en sí un notable ejemplo de arduo trabajo y sacrificio. Considero que merece que se la escuche, así que voy a citaros los siguientes pensamientos que me sugirió que incluyera en mis palabras de hoy, sin pensar que se los atribuyera a ella.

"Y ahora una palabra a los abuelos sobre la obra misional. Las bendiciones que se reciben de ella llegan

hasta los familiares. Los nietos nunca olvidarán el gozo especial que sentirán cuando asistan a vuestra reunión sacramental de despedida. Luego, cuando lleguéis al campo misional, empezaréis a recibir cartas con expresiones como éstas: 'Abuela y abuelo, sigo orando para que ustedes sean buenos misioneros' o bien, 'Algún día iré a una misión igual que ustedes'.

"Abuelas, ¿creéis que no podéis dejar a vuestros nietos? Deseo daros mi testimonio de que podéis ser una influencia positiva y duradera en la vida de esos pequeños al dar un año o más de vuestro tiempo al servicio del Señor en el campo misional. Los lazos del amor se fortalecerán y ocurrirán milagros verdaderos. No neguéis esas bendiciones a vuestros nietos. Os desafío a que pongáis a prueba la experiencia de la obra misional."

Tal es el mensaje de mi querida esposa, con quien estoy totalmente de acuerdo. Y ahora, para terminar, os doy mi propio testimonio de que la obra misional es verdaderamente la savia de la Iglesia y que tenemos la comisión divina de compartir el evangelio con los demás, tanto en nuestro país como en el extranjero. Sé, sin lugar a dudas, que ésta es la obra del Señor y que el presidente Benson es su profeta sobre la tierra hoy día. Este testimonio os lo dejo en el nombre de Jesucristo. Amén.

HABLA UN PADRE

élder George I. Cannon
del Primer Quórum de los Setenta

"Podéis tener la paz interior que os dice que Cristo es el Salvador y que vivir el evangelio es la mejor forma de vivir."

Mis hermanos y hermanas, la obra de Dios progresa en Asia. Por medio de la fe, las oraciones y las buenas obras de los miembros y de los misioneros en muchos países de ese continente, ha habido un despertar espiritual y muchas puertas se están abriendo. Mi esposa y yo nos sentimos humildes y emocionados por nuestro llamamiento de servir en esa parte del mundo.

Quisiera hablaros como padre y abuelo.

Primero, quisiera hablarles a los niños. Quiero que sepáis que nuestro Padre en el cielo y nuestro hermano mayor Jesucristo os quieren mucho. Cuando Jesús vivía en la tierra sucedió lo siguiente: "Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos, y orase; y los discípulos les reprendieron.

"Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos" (Mateo 19:13–15). Y entonces puso las manos sobre ellos.

Cada uno de vosotros es importante para nuestro Padre Celestial y su Hijo, Jesucristo. Ellos quieren que seáis felices. Ellos dijeron muchas cosas que si obedecéis os harán sentir contentos. Jesús nos dijo que honremos a nuestros padres. (Véase Mateo 5:4.) Eso quiere decir que debemos obedecerlos, pedirles ayuda y consejo y, si ellos hacen lo correcto, seguir su ejemplo.

Jesús también dijo: "Ora siempre, y derramaré mi Espíritu sobre ti, y grande será tu bendición" (D. y C. 19:38). Espero que todas las mañanas y las noches os arrodilléis al lado de la cama y oréis a nuestro Padre Celestial. Al empezar el día, pedidle que os ayude a tener buenos pensamientos y a hacer cosas buenas. Al final del día, agradecedle sus bendiciones y pedidle que su Espíritu siempre os acompañe. Yo sé por experiencia que la oración puede haceros más felices y mejores.

Espero que vayáis todas las semanas a la Primaria y allí aprendáis a ser más felices y a servir al Señor, y que una vez por semana tengáis la noche de hogar con vuestra familia. Si vuestra familia no tiene noche de hogar, pedidles a vuestros padres si podéis tenerla y ayudadlos.

Ahora quisiera hablar a los jóvenes. Esta es una magnífica época para ser jóvenes. Vosotros estáis viviendo en el período más interesante de la historia de la tierra. También es el más difícil. Sabemos que tenéis muchas tentaciones, pero confiamos en vosotros. Dios también tiene fe y confianza en vosotros. No hay límites para el progreso que podéis hacer si estáis dispuestos a esforzaros para merecerlo. Sed felices y estad contentos de que sois como sois.

Seguid el consejo que Alma dio a su hijo Helamán hace varios siglos: "¡Oh recuerda, hijo mío, y aprende sabiduría en tu juventud; sí, aprende en tu juventud a guardar los mandamientos de Dios!" (Alma 37:35).

En una de sus últimas conferencias, el presidente David O. McKay dio este consejo a la juventud de la Iglesia:

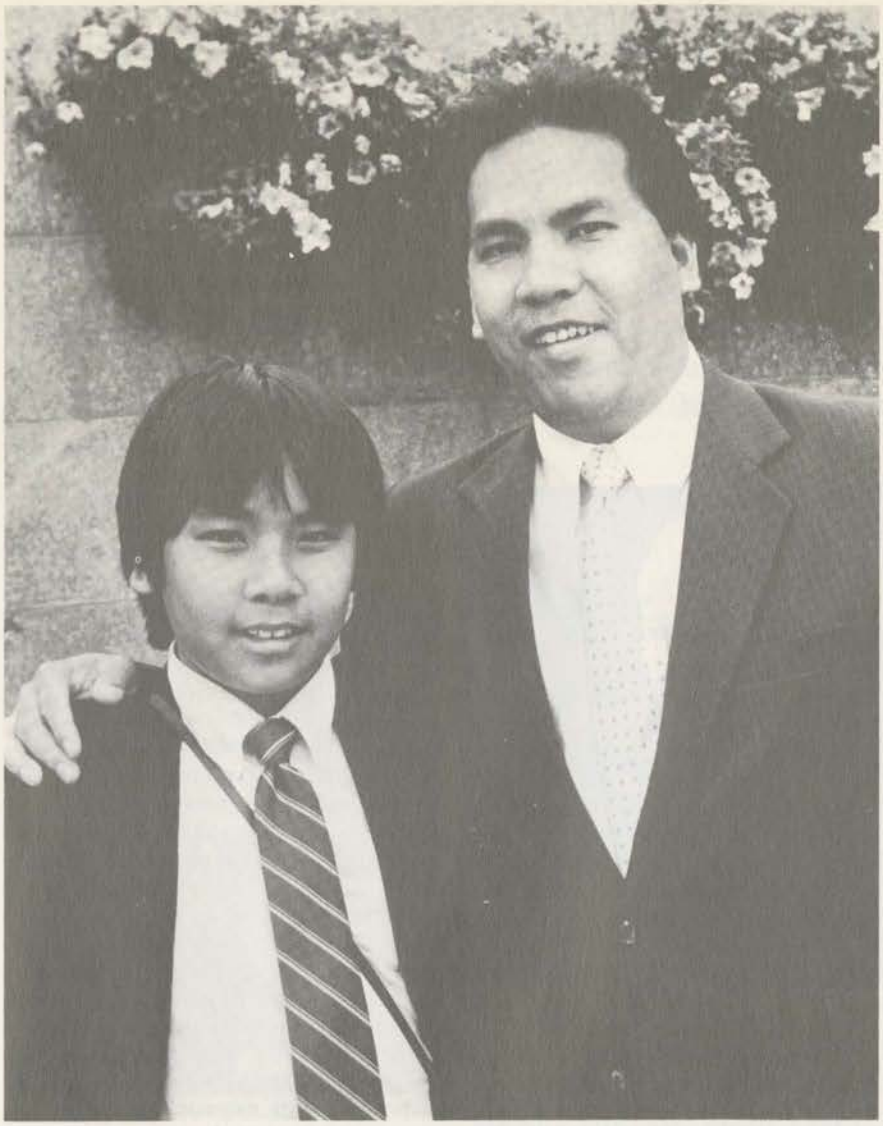
"Nuestro cuerpo no cumplirá con su propósito sin lo que tenemos adentro; lo que nos da vida desciende de Dios y es eterno como El. El espíritu que tenemos dentro somos nosotros mismos. Lo que hagáis de vuestra vida depende de vosotros mismos. Estáis en el mundo para escoger lo bueno o lo malo, aceptar el bien o caer en la tentación. De esas decisiones dependerá el desarrollo de la parte espiritual que os compone." (En Conference Report, abril de 1967, págs. 134–35.)

Hermosa juventud de Sión: orad, estudiad las Escrituras y servid en la Iglesia para que podáis tener la paz interior que os dice que Cristo es el Salvador y que vivir el evangelio es la mejor forma de vivir.

Como escribió el élder Richard L. Evans: "Queridos jóvenes: recordad que la vida es eterna, pero que la juventud no dura mucho. Vivid de tal forma ahora que los buenos recuerdos os alegren el resto de la vida". (Richard Evans' Quote Book, Salt Lake City: Publishers Press, 1971, pág. 40.)

Ahora les hablo a los fieles adultos solteros. Vosotros hacéis grandes contribuciones dondequiera que vayáis. Ayudáis a las personas a progresar y, por extensión, al hogar, la Iglesia y la comunidad en calidad de misioneros, maestros y amigos. El entusiasmo, la fe y el espíritu que tenéis bendicen a todos. Mi consejo de padre es recordaros la importancia del presente. Este es el momento de obrar. Participad en todo lo que sea bueno. Ved que se logren muchas cosas. Cumplid con vosotros mismos y con el Señor. Pensad en los demás y ayudadlos. Un proverbio hindú dice: "Ayuda a tu hermano a cruzar el río y tú también llegarás a la otra orilla".

Ahora les hablo a los padres. Recuerdo una caricatura que una hermana consejera de la mutual describía a menudo en sus discursos. En el cuadro se veía una pareja acampando al amanecer. El marido pescaba sonriendo de satisfacción. A la esposa se la veía asomando la cabeza por la puerta de la carpa, con el pelo enmarañado, los mosquitos zumbándole alrededor, los ojos entreabiertos, y diciéndole al marido: "Querido, recuérdame lo mucho que me estoy divirtiendo". Como padres, ¿tenéis que recordaros a veces lo mucho que estáis disfrutando de la paternidad? Ser padres implica una responsabilidad sagrada y hermosa a la vez.



Os aconsejo:

Primero: Dedicad a vuestros hijos el tiempo que requiera criarlos y guiarlos. El élder Richard L. Evans aconsejó: "Los niños se forman cuando son muy pequeños... la vida es muy corta. No encarguéis el cuidado de vuestros hijos a otras personas. Dedicadles tiempo y esfuerzo antes que crezcan y se os vayan" (*Thoughts for One Hundred Days: Volume Four,* Salt Lake City: Publishers Press, 1970, págs. 34–35).

Segundo: No gastéis más de lo que ganáis. Sed ahorrativos y sensatos. Pagad lo que le debéis a Dios y al país, ahorrad dinero y vivid con lo que sobre. Se requiere fuerza de voluntad para no comprar algo que no se debe, pero se duerme mejor de noche.

Tercero: Atended al cónyuge. La relación más importante es la del matrimonio; sacrificaos por ella y disfrutadla. Podéis hacer que vuestra casa sea un hogar celestial mientras os preparáis para pasar juntos la eternidad.

A los de edad madura les digo: "Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres" (2 Nefi 31: 20). Continuad demostrando fe, amor y sensatez y un testimonio firme del evangelio. Se os necesita en el campo misional. Si aceptáis servir bendeciréis muchas vidas. ¡Hay tanto para hacer en los santos templos! No os jubiléis de la obra del reino de Dios; se os necesita.

Doy mi testimonio de que Dios vive, que Jesús es el Salvador y que el evangelio es para todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. En el nombre de Jesucristo. Amén.

AYUDÉMOSLES A REGRESAR AL REDIL

élder Gardner H. Russell
del Primer Quórum de los Setenta

"El Señor requiere que todos nosotros, sí, que vosotros y yo, localicemos a los miembros menos activos y les ayudemos a regresar al redil."

Pienso que es maravilloso aparentar tranquilidad; no sabía que mi corazón pudiera latir con tanta fuerza. Me da mucho gusto ser un miembro de la Presidencia de Area de México/Centroamérica. Hoy habéis oído a los tres: al élder Gene R. Cook que ofreció la oración, al élder H. Verlan Anderson y a mí.

Ahora, es con humildad que me paro ante vosotros como siervo del Señor, y con el deseo de que alguien, en algún lugar, sienta la influencia del Espíritu del Señor que espero hable a través de mí, y que cambie su corazón y su vida.

Qué experiencia tan maravillosa de amor tuve hace unas semanas cuando, a petición mía, mi padre de 91 años de edad, el doctor Harry James Russell, me dio una bendición de padre cuando me preparaba para partir hacia mi asignación como segundo consejero en la Presidencia de Area de México/Centroamérica.

Padres en todas partes, considerad el don de amor que como patriarca de la familia podéis dar a vuestros hijos si sois dignos y podéis colocar las manos sobre sus cabezas y pronunciar bendiciones inspiradas de padre. Ellos sentirán una comunicación constante de vuestro amor, lo cual los mantendrá unidos a vosotros y unidos al Señor, y más tarde, no tendréis la necesidad de "hacerlos volver".

Me causó una profunda impresión la comunicación de amor evidente en el mensaje que la Primera Presidencia dio en diciembre del año pasado. Esta inspirada invitación a volver ha llegado a decenas de millares de miembros del reino del Señor. Es mucho más que un mensaje navideño; es un llamado para que todos regresen a la Iglesia del Señor. (Véase *Liahona*, dic. de 1985, pág. 1.)

Después, en la pasada conferencia general de abril, ese maravilloso mensaje con un espíritu de profundo amor: "Por favor, volved", resuena en nuestros oídos, y ha llegado a muchos corazones. (Véase Richard G. Scott, *Liahona*, julio de 1986, pág. 6.)

El Señor requiere que todos nosotros, sí, que vosotros y yo, localicemos a los miembros menos activos y les ayudemos a regresar al redil.

"Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré." (Ezequiel 34:11.)

Sí, debemos buscar a sus ovejas (localizarlas) y después reconocerlas (traer de regreso) a los miembros y a las familias menos activas, y hacerlo con un amor incondicional y eterno.

Y, en el proceso, nosotros y ellos aprenderemos el verdadero significado de la frase: "Y me hallaréis, porque me buscaréis" (Jeremías 29:13).

Los siervos del Señor se preparan con humildad, estudian el Libro de Mormón, oran e invocan al Señor, para que puedan realmente depender de El, y para que su Espíritu more en ellos.

Después los siervos del Señor visitan a las familias menos activas y les aseguran que les aman y que el Señor tiene un amor redentor por ellos. No hablan sólo mediante la inspiración, sino una ley suprema, en la cual el Espíritu del Señor habla a través de ellos. Por medio de la oración constante en el corazón, lo que se dice será por medio del Espíritu del Señor.

La familia recuerda que el Señor realmente les ama y se da cuenta de que los siervos del Señor también les aman. Entonces el Señor ayuda a la familia a regresar al redil.

Durante mi capacitación como nueva Autoridad General, me encontraba en Costa Rica con el élder F. Arthur Kay y otros. Con oración y ayuno, visitamos a familias de miembros que eran menos activos. El presidente de estaca y los obispos habían ayunado y orado para que el Señor les indicara las familias a las que debían visitar, y después se les notificó a éstas de la visita.

Primeramente visitamos el hogar de un próspero joven hombre de negocios que tenía una linda esposa e hijos. Había sido un líder pero había transgredido las leyes de la Iglesia. A medida que el Espíritu del Señor habló a través de sus siervos, a todos se nos llenaron los ojos de lágrimas cuando aceptaron hacer el cometido de prepararse para ir a la casa del Señor, el hermoso nuevo templo en Guatemala, para sellarse por

toda la eternidad.

Hace apenas dos semanas, en una conferencia de estaca en Guadalajara, México, visité a tres familias que de ahora en adelante serán mis amigos. Ocurrieron milagros en las vidas de todos ellos. Durante una visita, a un padre de familia que no es miembro, quien ha estado donando una cantidad correspondiente a un diezmo íntegro y que apoya a su esposa y a sus siete hijos varones en la Iglesia, se le pidió que como patriarca seleccionara a alguien que nos dirigiera en oración. Pasó por alto a la Autoridad General, al presidente de estaca y al obispo, y con una mirada amorosa le pidió a su esposa que ofreciera la oración. ¡Fue un momento hermoso! ¡Qué bello tributo a su amor y paciencia!

Esa noche, ese mismo hombre no pudo dormir, y a la mañana siguiente, en una reunión de conversos recientes y miembros reactivados, expresó un hermoso y dulce testimonio del evangelio y prometió bautizarse en ocho días.

Es emocionante ver a los siervos del Señor, a los líderes y miembros prepararse para ser vasos del Espíritu del Señor para encontrar a las familias que se han desviado o que han transgredido y ahora son menos activas, y después llegar al corazón de estas hermosas familias. Sí, miles de familias están regresando al Señor. Han recibido con amor la invitación a volver; han comprendido la amorosa y humilde súplica: "Por favor, volved"; los siervos del Señor los han buscado y después el Espíritu del Señor los ha ayudado a regresar conforme han recordado nuevamente la palabra pronunciada por medio de los siervos del Señor.

En estas visitas inspiradas, no conozco un solo caso en que el milagro del amor incondicional del Señor y el amor e interés de sus siervos no haya influido en el corazón de las familias.

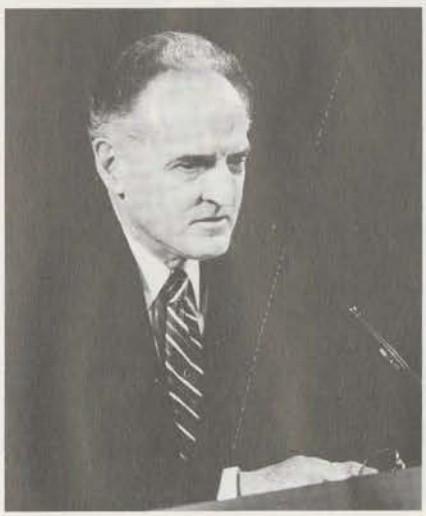
Debemos asegurarles a nuestros amigos menos activos que nuestro Señor les ama, y pedir que el Espíritu del Señor les testifique, a través de nosotros, del amor que El siente por ellos, y también de nuestro amor, y que los traiga gozosos de nuevo al redil.

Testifico humildemente que nuestros líderes son inspirados y reciben revelación para nosotros, que el Libro de Mormón nutre la verdadera fuente del Espíritu de Cristo y que ésta es la verdadera iglesia restaurada de Jesucristo en la tierra. Y esto lo digo en el nombre de Jesucristo. Amén.

MI HIJO Y EL VUESTRO: PERSONAS EXTRAORDINARIAS

élder Ted E. Brewerton
del Primer Quórum de los Setenta

"Tú lo eres todo; tú eres la razón por la cual los cielos fueron creados."



Mis pensamientos los comunicaré a manera de diálogo con mi hijo de catorce años, Michael, que vive con nosotros en Argentina. Hablaré de lo importante que él es y de lo mucho que el Señor y yo le amamos. Al dirigirle estos pensamientos de gran importancia para él, es como si los estuviera compartiendo con David, el mayor de mis hijos varones, o con mis cuatro hermosas hijas Michelle, Andrea, Leanne y Lycia.

Padres, ¿querríais uniros a mí y compartir estos mismos pensamientos como si estuvieran dirigidos a vuestros hijos e hijas, describiendo lo importante que ellos son ante los ojos de nuestro Padre Celestial?

Hola, Michael, tú sabes lo mucho que confío en tí y lo mucho que te amo, ¿no es así? Permíteme mostrarte quién eres y la importancia que tienes como hijo literal de nuestro Padre Celestial.

El presidente Harold B. Lee dijo que la comprensión de quiénes somos es "de vital importancia, y sin ella no tenemos una base sólida sobre la cual edificar nuestra vida" (en *Conference Report*, octubre de 1973, pág. 5).

Primero, Michael, sabemos por medio de la razón, por medio de nuestros sentidos y por las impresiones del Espíritu, que el Señor es un hombre perfecto y viviente. Muchos le han visto, por ejemplo: Adán, Enoc, el hermano de Jared, Abraham, Moisés, José Smith, Isaac, Jacob, Set, Nefi, Isaías, Emer, Josué, Manoa y su esposa, Salomón, Sidney Rigdon, Alma, Moroni, Esteban y Juan. Alma declara que muchos, muchísimos le vieron (véase Alma 13:12).

Otra evidencia de Dios: hablando de los planetas y astros, el Señor dijo: "El hombre que ha visto a cualquiera o al menor de ellos, ha visto a Dios obrando en su majestad y poder" (D. y C. 88:47). "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Salmos 19:1).

Michael, visualicemos juntos tres escenas.

Primera escena. Primeramente, Michael, tenemos ante nosotros nuestro sistema solar: nuestro sol, junto con la tierra y los otros ocho cuerpos celestes que giran a su alrededor. Vemos que hay ley, belleza, orden y perfección.

Segunda escena. A continuación, Michael, vemos este mismo sistema solar en su correspondiente lugar dentro de nuestra galaxia, la Vía Láctea. ¡Nos

maravilla su orden y arreglo! Nuestros planetas son tan pequeños que no los podemos detectar aquí; sin embargo, nuestro sol con sus nueve planetas aparecen como uno de esos puntitos brillantes, y se sitúan aproximadamente a dos tercios de la distancia del centro, o sea, casi a 30.000 años luz del centro de la Vía Láctea. Nuestros planetas giran alrededor del sol, el cual, a su vez, gira en una órbita circular a una velocidad de 130 millas por segundo, e incluso a tal velocidad le toma 200 mil millones de años completar una vuelta a la Vía Láctea. *Esta, nuestra galaxia, tiene alrededor de 200 mil millones de radiantes soles* y una amplitud de 100.000 años luz.

Escena 3. Ahora, en esta siguiente escena, vemos nuestra galaxia, la Vía Láctea, en el espacio junto a otras galaxias. Como sabrás, Michael, conservadoramente se calcula que existen unos 10 millones de sistemas solares semejantes a éstos. ¿Lo encuentras incomprensible? ¡Naturalmente! Debo decir que nos hemos alejado un poco de lo que a nuestra mente le es posible imaginar.

¿Cuál es la definición de un millón? Tu dirías que un millón es equivalente a las veces que tu madre te pide que limpies tu cuarto, es decir, 274 veces al día por diez años.

Michael, ¿a qué velocidad viaja la luz? Correcto, a 186.000 millas por segundo. Levanta el puño izquierdo e imagínate que es la tierra. Ahora, gira a su alrededor el índice de la mano derecha. Si el índice giró siete veces en un segundo, habrás demostrado la rapidez con que la luz viaja alrededor de la tierra.

La luz tarda ocho minutos en llegar al sol y un poco más de un segundo para llegar a la luna desde la tierra. Imagínate cuánto viaja la luz en un día, es decir, un equivalente a 86.400 segundos. Luego, en un año. . . va más allá de lo que somos capaces de comprender.

El Señor dijo: "Y he creado incontables mundos, y también los he creado para mi propio fin; y por medio del Hijo, que es mi Unigénito, los he creado. . .

"Y Dios el Señor habló a Moisés, diciendo: Los cielos son muchos, y son innumerables para el hombre; pero para mí están contados, porque son míos." (Moisés 1:33, 37.)

Más adelante continúa diciendo:

"Y si fuera posible que el hombre pudiese contar las partículas de la tierra, sí, de millones de tierras como ésta, no sería ni el principio del número de tus creaciones." (Moisés 7:30.)

Michael, ¿no te resulta emocionante?

De un artículo publicado en una revista, "The Amazing Universe", leemos: "A medida que crece la suma del conocimiento humano, los astrónomos continúan buscando las respuestas a las preguntas más profundas del hombre: '¿Cuál es el propósito del universo? ¿Cómo fue creado? ¿Cómo llegamos aquí? ¿Estamos solos?' " (Publicado en la revista *National Geographic*, pág. 10).

Más adelante leemos: "Es imposible para cualquier persona sensible mirar el cielo lleno de estrellas sin sentirse invadida con pensamientos de creación y eternidad" (*Ibid.*, pág. 166). "Una galaxia elíptica gigante puede contener más de diez mil millones de estrellas y medir 300.000 años luz. *La inmensa magnitud de tal sistema sugiere cualidades eternas de estabilidad y orden*" (*Ibid.*, pág. 134; cursiva agregada). Como puedes ver, Michael, el mundo científico contempla la evidencia de un ser supremo.

Junto a todas estas masas de ordenadas creaciones te encuentras tú, Michael, un simple ser humano. ¿Eres importante? Las Escrituras dicen:

"Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tu formaste,

"Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles,

"Y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies." (Salmos 8:3–6.)

Sí, *tú*, Michael, lo eres *todo;* tú eres *la razón* por la cual los cielos fueron creados.

Ahora, Michael, tienes que comprender la verdad de que Dios sabe quién eres y lo que puedes llegar a ser. El sabe dónde te encuentras y lo que espera que hagas.

Tú, Michael, eres hijo de Dios, y como tal, heredero de todo lo que El tiene. Su propósito y meta es llevar a cabo *tu* inmortalidad y vida eterna. Tú eres lo más importante que existe, eres Su creación más importante. De modo que debemos ser los amos de nuestro ser y controlarnos a nosotros mismos y no permitir que seamos controlados por un hábito o por alguien más. Debemos ser luces y no obscuridad. Michael, ve en pos de la excelencia.

Con la ayuda del Señor tienes un potencial ilimitado. Sigamos el perfecto ejemplo del Maestro, nuestro Salvador. Cuán fácil es tener esperanza: "La esperanza es el arma más poderosa en el arsenal espiritual de la juventud" (*Royal Bank Newsletter,* Vol. 66, número 6).

El sol es *nuestra* estrella, nuestra única fuente de toda luz y energía. Hace posible la existencia de la vida.

Una estrella — *una* sola estrella extraordinaria. Solamente en nuestra galaxia solar existen alrededor de 200 mil millones de fulgurantes soles, y existen más de 10 mil millones de galaxias; y sin embargo, para nosotros *uno* de ellos es extraordinario. *Tú,* Michael, tal como nuestro sol, eres *una* persona extraordinaria.

Jesús, el Redentor, no tuvo ninguna función ni cargo público; sin embargo, modeló la historia de la humanidad. El desea que tú comprendas que debes ser una persona extraordinaria, porque el poder de realización está en *ti*.

El siguiente relato verídico nos muestra la simple experiencia de un joven de 19 años que se convirtió en una persona extraordinaria. Cuando el Señor actuó por su intermedio fue magnificado y recibió poderes que sobrepasaban sus habilidades naturales. Había un joven, Philemon Merrill, que era admirador de José Smith, y junto con otros seguidores fieles había venido a rescatar al Profeta de las manos de los alguaciles Reynolds y Wilson. En el viaje de regreso a Nauvoo, la compañía de hombres descansó en un pequeño bosque. Uno de los abogados del alguacil y de los secuestradores comenzó a hacer alardes de sus habilidades como luchador. Ofreció una apuesta de que podría derrumbar a cualquier hombre de Illinois. Stephen Markham, un tremendo guardaespaldas de José Smith, también un luchador experimentado, aceptó el desafío. El fanfarrón volteó a Stephen y los enemigos del Profeta irrumpieron en mofas y sarcasmos.

Al continuar las mofas, José Smith se volvió al joven Philemon Merrill y le dijo: " 'Levántate y tira a aquel hombre' ".

El joven estuvo a punto de excusarse, porque no era un luchador, pero la mirada del Profeta silenció su lengua. "Se puso de pie, lleno de la fuerza de un Sansón." Philemon "levantó los brazos" y le dio al abogado el privilegio de escoger el lado de su preferencia.

"El hombre escogió el lado izquierdo, quedando con la ventaja de usar su mano derecha." Los amigos de Philemon Merrill protestaron, pero el joven sintió tal confianza en las palabras del Profeta que no le afectó la ventaja de su antagonista. Al comenzar la lucha, José instruyó al joven: " 'Philemon, cuando cuente tres, ¡tíralo!'

"En el instante mismo en que el Profeta pronunciaba la palabra tres", Philemon Merrill, "con la fuerza de un gigante, arrojó al abogado por sobre su hombro izquierdo. Este cayó estrepitosamente, golpeándose la cabeza en la tierra".

Se dice que cuando los enemigos del profeta vieron esto, "quedaron estupefactos, y desde ese momento no hubo ningún desafío para luchar nuevamente durante el viaje". (George Q. Cannon, *Life of Joseph Smith the Prophet,* Classics in Mormon Literature, Salt Lake City: Deseret Book Co. 1986, págs. 450–451.)

Este es otro ejemplo de alguien extraordinario.

John Taylor, en su libro *The Gospel Kindgom,* relata cómo *una persona* fue magnificada por el Espíritu e *hizo* que sucedieran cosas extraordinarias:

"Hace . . . algunos años, en Far West, una muchedumbre . . . vino en contra de nosotros con intenciones malignas, y se colocó en posición de batalla. . . Entre nosotros había un hombre . . . que tocó la retirada. Tan pronto como José escuchó esta orden, exclamó: '¡Retirada! Por todos los cielos ¿a dónde vamos a retirarnos?' Luego nos guió a la pradera a enfrentarnos con la muchedumbre, y nos puso en posición de combate. Lo siguiente que vimos fue a un mensajero que se aproximaba con una bandera blanca. . .

"José Smith, nuestro líder, envió el siguiente mensaje con este mensajero. Dijo: 'Dile a tu general que retire sus tropas o lo enviaré al infierno'. *Pensé que era una declaración bastante valerosa de su parte, ya que en número éramos alrededor de 200 personas en contra de sus 3.500.* Pero pensaron que éramos más numerosos. Es posible que nuestro grupo fuera magnificado ante su vista, porque se dieron la vuelta y se alejaron. . . El Señor, a través de medios sencillos, es capaz de cuidar y librar a su pueblo, pero debemos demostrar fe y confianza en El" (*Gospel Kingdom,* sel. G. Homer Durham [Salt Lake City: Bookcraft, 1964], págs. 354–355).

Otro ejemplo de *una persona* extraordinaria.

Permitidme citar al élder Talmage, ex miembro del Quórum de los Doce: "¿Qué es el hombre [o si pudiera agregar ¿qué es Michael Brewerton?] en medio de este escenario de sublime esplendor? Os respondo: Potencialmente ahora, de hecho, él [o Michael], es lo más grande o grandioso, la cosa más preciosa, de acuerdo con la aritmética de Dios, que todos los planetas y soles del cielo. Porque para él fueron creados; ellos son la obra de Dios; el hombre es su hijo. En este mundo el hombre recibe dominio sobre unas pocas cosas; es su privilegio alcanzar la supremacía sobre muchas cosas" (9 de ago. de 1931).

Con la excepción de los pocos años en que el Señor favoreció la tierra con su presencia, la nuestra es la época más especial para vivir. Tenemos el evangelio en su plenitud, se están cumpliendo muchas Escrituras y se está escribiendo mucha historia. Tú, Michael, eres parte importante de todo esto.

Permíteme expresarte mis verdaderos sentimientos acerca de la Iglesia. Yo sé, Michael, de manera decisiva, gracias al Espíritu, que Jesús es nuestro Redentor. El vive, tal como su Padre; El es el Hijo de un Dios viviente; el presidente Benson y la Primera Presidencia son sus siervos vivientes, por medio de los cuales el mundo recibe Su voluntad. Michael, ponles atención, escúchales, sígueles. Esta es la única Iglesia de Jesucristo sobre la tierra y tú eres tan importante como cualquier ser humano de toda la historia. Eres de gran valor. Te amo, hijo. En el nombre de Jesucristo. Amén.

PROCLAMEMOS EL EVANGELIO

élder M. Russell Ballard
del Quórum de los Doce Apóstoles

"Cuando confiamos plenamente en Dios, El nos bendecirá para que sepamos qué hacer y cómo actuar."

Con frecuencia le pedían al profeta José Smith que le preguntara al Señor lo que quería que hicieran. En el caso de John Whitmer, el Señor dijo: "Y ahora, he aquí, te digo que la cosa que será de máximo valor para ti será declarar el arrepentimiento a este pueblo, a fin de que puedas traer almas a mí, para que con ellas reposes en el reino de mi Padre" (D. y C.15:16).

Con frecuencia Jesús les pidió a sus discípulos que predicaran el evangelio a toda alma viviente. Los que creyeran debían ser bautizados en su nombre y entrar en su Iglesia. Después de los cuarenta días de ayuno del Salvador, y de las tentaciones de Satanás, Mateo dice que "comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.

"Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.

"Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.

"Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron. . .

"Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino." (Mateo 4:17–20, 23.)

Con amorosa paciencia, Jesús enseñó a sus discípulos y especialmente a sus doce "a predicar el reino de Dios" (Lucas 9:2).

Después de los tres años de su ministerio, coronado por la expiación que incluyó su gloriosa resurrección, Jesús reunió a sus once discípulos en Galilea.

"Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

"Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

"enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." (Mateo 28: 18–20.)

Estas instrucciones fueron claras y, cuando Pedro, el Apóstol principal, finalmente las comprendió, se convirtió en un poderoso misionero. Por ejemplo, en el día de Pentecostés, " poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos . . .

"A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. . .

"Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

"Al oir esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?

"Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. . .

"Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas." (Hechos 2:14, 32, 36–38, 41.)

Cuando Jesús visitó este continente, Nefi se acercó y se inclinó ante El.

"Y el Señor le mandó que se levantara; y se levantó y se puso de pie ante él.

"Y el Señor le dijo: Te doy poder para que bautices a los de este pueblo cuando yo haya ascendido al cielo otra vez.

"Y además, el Señor llamó a otros, y les habló en igual manera, y les dio poder para bautizar." (3 Nefi 11:20–22.)

Este mensaje sigue siendo el mismo para todo pueblo de todas las épocas: Predicad el evangelio del reino.

La Primera Presidencia ha dicho que una de las tres misiones de la Iglesia es proclamar el evangelio. Si aceptamos esta misión, debemos estar dispuestos a centrar nuestros esfuerzos en traer almas al Señor, si se arrepienten.

Hace dos años hablé sobre este tema, y sigo teniendo el fuerte sentimiento de que constantemente debemos recordarnos y ayudarnos mutuamente en nuestra responsabilidad de compartir con otros el mensaje de la Restauración.

Con frecuencia oímos decir: "Sé que debo compartir el evangelio, pero no se cómo hacerlo". Quizás las siguientes experiencias os sirvan de ejemplo, ya que resultaron cuando los miembros de la Iglesia ejercieron su fe y siguieron algunos pasos simples, tal como fijarse una fecha para tener a alguien listo para escuchar a los misioneros.

De Inglaterra:

"Como presidente de rama invité a toda la comunidad a ayunar y dar una ofrenda de ayuno para la gente de Etiopía. Preparamos cuatro mil volantes, los que distribuímos en las casas de nuestra área.

"Uno de los folletos llegó a manos de un hombre que no era miembro de la Iglesia, y su esposa sintió el deseo de participar, pero lo que les impresionó primero fue el nombre de la Iglesia impreso en el volante.

"El esposo fue a la capilla para entregar la ofrenda de ayuno, y lo conocí; le mostré nuestro pequeño edi-

ficio, le expresé mi testimonio y lo invité a que asistiera el domingo siguiente. Lo hizo, se lo presenté a los misioneros e hicieron arreglos para ir a su hogar.

"Tuve el privilegio de ir a su casa varias veces con los misioneros y entablar un estrecho vínculo con la familia.

"La noche del dos de marzo, el día antes de la fecha que yo me había fijado, bauticé a la esposa. El se bautizará pronto y también su hija.

"Por medio de ellos hemos conocido a otras familias que están recibiendo las charlas. Mi esposa y yo hemos fijado otra fecha."

Del estado de Oregón:

"Fijé un plazo de poco menos de dos meses, y todos los días, en mis oraciones, pedía la guía divina, y ayunaba para tener la entereza de no descuidar mi meta.

"La fecha se pasó, dejándome un sentimiento de culpabilidad. Pero una semana después me dieron el mensaje de que un viejo amigo, compañero de estudios, deseaba que lo llamara. Le hablé y lo invité a casa. Fuimos juntos a comprar una pizza, y de camino al centro le dije que era miembro de la Iglesia. Como se mostró interesado le conté algunas de las muchas bendiciones que había recibido. Entonces lo invité a ir a la Iglesia conmigo el próximo domingo y así lo hizo.

"Aceptó todo desde el comienzo. Cuando lo invitamos a que se bautizara dijo que no quería precipitarse. Entonces me sentí inspirado a leerle del Libro de Mormón las palabras que Alma pronunció en las aguas de Mormón, y que se encuentran en el capítulo 18 de Mosíah. Al hacerlo, hacía una pausa después de cada una de las preguntas de Alma y le preguntaba si estaba dispuesto a hacer lo mismo. Contestó que sí a todas. Entonces le leí el versículo 10 y le pregunté: '¿Qué te impide bautizarte?' Me miró y dijo: '¡Tienes razón! No tengo por qué esperar.' Fijamos la fecha y lo bauticé y confirmé miembro de la Iglesia."

De Florida:

"En oración le expresé a mi Padre Celestial el deseo de compartir el evangelio y le pedí que me enviara a alguien.

"A la mañana siguiente vino una vecina a pedirme una olla prestada. Hacía tiempo que vivían allí, pero no nos veíamos mucho. Dos días después vino con su esposo a conversar y nos dijeron que estaban buscando una iglesia. Les dije que mi esposo y yo habíamos pasado por lo mismo, y cómo la Iglesia había llenado esa necesidad. Los invitamos a ir el domingo con nosotros y aceptaron gustosos. Después les dijimos que si deseaban saber más acerca de la Iglesia los misioneros podían ir a nuestra casa a enseñarles. Aceptaron entusiasmados.

"En Navidad mi esposo los bautizó y los confirmó miembros de la Iglesia. Ya han progresado mucho y son un gran ejemplo para todos. Esperan con ansia el día en que puedan sellarse en el templo con su bebita recién nacida."

Y por último, de Buenos Aires:

"En nuestras oraciones familiares comenzamos a incluir los nombres de personas que no eran miembros de la Iglesia. Mis hijos oraban por ellas y nuestras oraciones comenzaron a ser diferentes. Cambiamos nuestra actitud acerca de la obra misional, ya que en vez de esperar la oportunidad de compartir el evangelio, le pedíamos al Señor que preparara a personas en particular para que recibieran las charlas.

"Una de ellas se bautizó y está bien activa. Otras tres familias, escogidas con la ayuda del Señor, han recibido la tercera charla, y todas han ido a la Iglesia por lo menos dos veces, y a nuestra casa con propósitos de hermanamiento. Todos ellos tienen la oportunidad de aceptar o no el mensaje del evangelio."

Mis hermanos, de estas experiencias y muchas otras similares, vemos que podemos brindar a otros las ordenanzas del evangelio, si dejamos que el Señor nos ayude con alquien a quien conocemos y amamos. Ya que la mayoría de los santos son personas cálidas, generosas y dignas de confianza, nos debe ser fácil compartir nuestros sentimientos acerca de Dios y nuestra religión. Una vez que nuestros amigos nos tengan confianza, y con la ayuda

Los tres miembros más nuevos del Quórum de los Doce: de izquierda a derecha, élder Joseph B. Wirthlin, élder M. Russell Ballard y élder Dallin H. Oaks.

del Señor, por lo general podemos sentirnos cómodos al invitarlos a aprender más acerca de la Iglesia.

Hay muchas maneras de compartir el evangelio y sé que los siguientes cuatro pasos os ayudarán a lograrlo, porque muchos miembros los han puesto en práctica y tenido experiencias misionales hermosas.

Uno: Con espíritu de oración, *fijad una fecha* en la cual tendréis a alguien listo para escuchar el evangelio. Debemos comenzar de algún modo, y este simple acto de fe de nuestra parte nos servirá de motivación. No os preocupéis si no tenéis a nadie en mente; dejad que el Señor os ayude.

Dos: Por medio de la oración, seleccionad a un amigo o a alguien que conozcáis, con quien ya hayáis hablado acerca del evangelio, o a quien ya hayáis dado el Libro de Mormón u otra literatura de la Iglesia, o hayáis llevado a la Iglesia.

Tres: Comunicad la fecha y vuestros planes al obispado, el líder de misión del barrio y los misioneros. Ellos os ayudarán.

Y el más importante es el *cuatro:* Con la ayuda del Espíritu, invitadlo a que escuche las charlas misionales. Este paso, de extender la invitación para oír el evangelio, requiere mucha fe, la fe para hacer lo que el Espíritu Santo os susurre.

Hablando de fe y de salvar almas, debéis comprender que cuando el Espíritu está presente, la gente no se ofende cuando se les habla del evangelio. Al seguir estos pasos, con oración, estáis poniendo en práctica un plan que convierte la fe en acción.

Podéis valeros de muchas buenas maneras para preparar a alguien a sentir el Espíritu. Algunas son: expresar vuestro testimonio, orar juntos, leer las escrituras, regalar un Libro de Mormón, compartir una experiencia espiritual, llevar a la persona a la Iglesia, mostrar o pasar una película o una cinta de la Iglesia y hablar del evangelio. Notad que estos mismos pasos y principios también dan buenos resultados cuando se aplican para invitar a un miembro de la Iglesia inactivo a que vuelva a una total activación.

En la sección 50 de Doctrina y Convenios se nos asegura que "el que recibe la palabra por el Espíritu de verdad, la recibe como la predica el Espíritu de verdad... De manera que, el que la predica y el que la recibe se comprenden uno a otro, y ambos son edificados y se regocijan juntamente" (D. y C. 50:21–22).

La clave para que tengáis éxito en llevar almas a Cristo es actuar cuando sintáis que tanto vosotros como la persona sienten el Espíritu.

Recordad, hermanos, que por medio de nuestra confianza en el Señor, la fe y buenas obras, podemos llevar muchas almas al Señor, y disfrutar de la bendición de vivir con ellos en el reino de nuestro Padre.

Poco después de la muerte de la esposa del élder LeGrand Richards, recibí la asignación de ser su compañero menor para ayudarle a organizar la Estaca Atlanta Georgia. Cuando íbamos en el avión hacia su querida Misión de los Estados del Sur, dijo:

—Elder Ballard, no tengo miedo a la muerte, pero lo que me preocupa es si podré encontrar a mi esposa allá.

Sentí que debía decirle que en su caso podría ser un verdadero problema. Inmediatamente capté su atención; me miró a los ojos y dijo:

—¿Qué quiere decir con eso?

Con emoción le contesté a este gran misionero:

—Elder Richards, cuando usted muera habrá tantos que estarán ansiosos de recibirlo por haberles llevado el evangelio que es posible que le sea difícil encontrarla en la multitud.

El contestó:

—Oh, ¡déjese de bromas!

Bien nos podríamos preguntar, ¿quién nos va a estar esperando a nosotros?

¡Que tuviera el poder de llegaros al corazón para que tuvieseis la fe de aplicar estos simples pasos que llevarán la luz del evangelio a muchos más de los hijos de nuestro Padre! Cuanto más trabajo en esta obra, más me doy cuenta de que Satanás tratará de convencernos de que no tendremos éxito en compartir el evangelio. El nos miente. De hecho, él es el padre de toda mentira. No lo escuchéis a él, sino a los susurros del Espíritu Santo y luego actuad con fe al compartir el evangelio.

Os testifico, hermanos, que sé que el Señor vive; que cuando estamos dispuestos a buscar su ayuda y guía, cuando confiamos plenamente en Dios, El nos bendecirá para que sepamos qué hacer y cómo actuar para compartir este glorioso mensaje del evangelio con los demás. Os agradezco todo lo que habéis hecho en el pasado. Los líderes de la Iglesia tienen mucha fe en que, unidos, los miembros y misioneros de la Iglesia pueden hacer mucho más en el futuro para edificar el reino de Dios.

Que el Señor nos bendiga con más fe para llevar adelante esta obra, humildemente lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

El presidente Ezra Taft Benson se dirige a la congregación en la sesión del sacerdocio.

LA PIEDRA DE TOQUE DEL SEÑOR

presidente Howard W. Hunter
Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles

"El medirá nuestra devoción hacia El en base a la manera en que amamos y servimos a nuestro prójimo."

Antiguamente, una de las pruebas a las que se sometía el oro para determinar su pureza era efectuada con una piedra lisa, silicia, de color negro llamada piedra de toque. Cuando se rozaba con el oro dejaba una marca en su superficie. Entonces el orfebre comparaba el color de la marca con una tabla que contenía distintos tonos. Cuanto más rojizo el color de la marca, más alto el porcentaje de cobre o de impurezas, mientras que si era amarillenta, quería decir que la cantidad de oro era más grande. Este proceso daba muestras claras de la pureza del oro.

El método de la piedra de toque para determinar la pureza del oro era rápido y ofrecía resultados satisfactorios en la mayoría de los casos, pero el orfebre que aún así ponía en tela de juicio la pureza del oro llevaba a cabo una prueba más exacta mediante un proceso en el que se usaba el fuego.

Yo soy de la idea que el Señor ha preparado una piedra de toque para nosotros, un método externo que sirve para medir nuestra capacidad interna de discípulos, el cual marca nuestra fidelidad y soportará los fuegos aún por venir.

En una ocasión en que Jesús se encontraba enseñando a la gente, un cierto intérprete de la ley se le acercó y le formuló esta pregunta: "Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?"

Jesús, el Maestro de maestros, le respondió al hombre, quien evidentemente era bien versado en la ley, y lo hizo con otra pregunta: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?"

Entonces el hombre repitió con breves pero firmes palabras los dos grandes mandamientos: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo".

Con voz de aprobación Cristo le dijo: "Haz esto, y vivirás" (Lucas 10: 25–28).

La vida eterna, la vida de Dios, la vida que todos buscamos, se basa en dos mandamientos. Las Escrituras nos dicen que "de estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo 22:40). Amar a Dios y amar al prójimo. Los dos van de la mano; son inseparables. En el sentido más sublime pueden considerarse sinónimos, y son mandamientos que todos y cada uno de nosotros podemos vivir.

La respuesta que Jesús le dio al intérprete de la ley puede considerarse como la piedra de toque del Señor. En otra ocasión dijo: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25: 40). El medirá nuestra devoción hacia El en base a la manera en que amamos y servimos a nuestro prójimo. ¿Qué tipo de marca estamos dejando en la piedra de toque del Señor? ¿Somos en realidad buenos con nuestro prójimo? ¿Demuestra acaso la prueba que somos oro de 24 quilates, o puede detectarse una cierta cantidad de impureza?

Casi como disculpándose a sí mismo por haber formulado una pregunta tan simple al Maestro, el intérprete de la ley procuró justificarse con otra pregunta: "¿Y quién es mi prójimo?" (Lucas 10:29).

Todos deberíamos estar eternamente agradecidos por esa pregunta, pues en la respuesta del Salvador encontramos una de sus parábolas más provechosas y explícitas, la cual cada uno de nosotros ha leído y escuchado una y otra vez:

"Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto.

"Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo.

"Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo.

"Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.

"Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele, y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese." Lucas 10:30–35.)

Entonces Jesús le preguntó al intérprete de la ley: "¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?" (Lucas 10:36.) Allí vemos cómo el Maestro nos extiende la piedra de toque del cristianismo, y nos pide que dejemos nuestra marca para que allí se mida.

En la parábola de Cristo, tanto el levita como el sacerdote deberían de haber recordado lo que la ley requería: "Si vieres el asno de tu hermano, o su buey, caído en el camino, no te apartarás de él; le ayudarás a levantarlo" (Deuteronomio 22:4). Y si así se requiere con un buey, ¡cuánto más dispuestos deberíamos estar de ayudar a un hermano necesitado! Pero como escribió el élder James E. Talmage, "Cuán fácil es hallar excusas [para no hacerlo]; brotan tan espontáneamente como las hierbas al lado del camino" (*Jesús el Cristo*, pág. 456).

El samaritano nos dio un ejemplo del amor puro de Cristo. Tuvo compasión; se acercó al hombre al que hirieron los ladrones y vendó sus heridas. Lo llevó al mesón, lo cuidó, pagó sus gastos, y ofreció cualquier cosa adicional que fuera necesaria para que estuviera atendido. Este es un relato del amor de una persona por su prójimo.

Un antiguo adagio dice que "el egoísmo empequeñece al hombre"; mas el amor tiene la propiedad de enaltecerlo. La clave está en amar a nuestro prójimo, inclusive a aquellos a quienes nos resulte difícil amar. Debemos tener presente que si bien nosotros hacemos nuestras amistades, Dios ha hecho a nuestro prójimo–y lo coloca en todas partes. El amor no debe tener límites; nuestras lealtades no deben ser estrechas. Cristo dijo: "Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?" (Mateo 5:46.)

José Smith escribió una carta a los santos, la que apareció en una publicación de la época, sobre el amor que le debemos a nuestros semejantes para ser justificados ante Dios. Dice así:

"Queridos hermanos: Uno de los deberes que todo santo debe observar libremente para con sus hermanos es el de amarlos y socorrerlos siempre. A fin de que seamos justificados delante de Dios, debemos amarnos los unos a los otros; debemos vencer el mal, visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarnos sin mancha del mundo, porque estas virtudes emanan de la gran fuente de la religión pura y fortalecen nuestra fe, añadiendo toda buena cualidad que engalana a los hijos del bendito Jesús. Podemos hacer oración cuando es tiempo de orar, podemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos y podemos ser fieles en

la tribulación, sabiendo que el galardón de los que así obran es mayor en el reino de los cielos. ¡Qué consuelo! ¡Qué gozo! ¡Concédase que yo pueda llevar la vida de los justos, y que mi galardón sea como el de ellos!'' (*Enseñanzas del profeta José Smith*, pág. 85.)

Estas dos virtudes, amor y servicio, son las que se requieren de nosotros si es que vamos a ser buenos prójimos y hallar la paz en nuestra vida. Seguramente que estas virtudes se hallaban en el corazón del élder Willard Richards; mientras se encontraba en la cárcel de Carthage, en la tarde del martirio de José y Hyrum, el carcelero consideró que estarían más a salvo en la celda. El Profeta se volvió al élder Richards y le preguntó: ''Si pasáramos a la celda, ¿vendría usted con nosotros?''

La respuesta del élder Richards estuvo colmada de amor: ''Hermano José,'' dijo, ''usted no me pidió que cruzara el río a su lado; no me pidió que viniera con usted a Carthage; que viniera a la cárcel junto con usted; ¿piensa que lo abandonaría ahora? Déjeme que le diga lo que haré; si se le condena a ser colgado por 'traición', pediré que se me cuelgue en su lugar, y que a usted le dejen en libertad''.

Debe haber sido con marcada emoción y profundo sentir que José Smith contestó: ''Pero no es posible que lo haga''. A lo cual el hermano Richards afirmó de nuevo: ''Pero sí lo haré''. (Véase B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church*, 2: 283.)

La prueba del hermano Richards fue seguramente mayor a la que cualquiera de nosotros deberá enfrentarse jamás: fue una prueba de fuego más bien que la de una piedra de toque. Pero si se nos pidiera que lo hiciéramos, ¿estaríamos dispuestos a dar nuestra vida por nuestra familia? ¿por nuestros amigos? ¿por nuestro prójimo?

La piedra de toque de la compasión es una forma de medir nuestra capacidad de discípulos; es una medida de nuestro amor hacia Dios y hacia nuestros semejantes. ¿Dejaremos una marca de oro puro, o, al igual que el sacerdote y el levita, daremos la espalda y pasaremos sin detenernos?

Que el Señor nos bendiga en nuestro afán de ser verdaderos discípulos y buenos prójimos. Ruego que cada uno de nosotros pueda ser un buen samaritano, en el nombre de Jesucristo. Amén.

SESION DEL SACERDOCIO 4 de octubre de 1986

LAS GRIETAS ESPIRITUALES

élder David B. Haight
del Quórum de los Doce Apóstoles

''Confiad en Dios para evitar las grietas del pecado y la maldad. Aferraos al salvavidas del evangelio.''

¡Qué vista conmovedora se aprecia en esta vasta audiencia de hombres y jóvenes! Puedo visualizar a abuelos, padres, obispos, diáconos, maestros y presbíteros sentados juntos, algunos como familia o quórumes; también misioneros regulares, estudiantes y nuevos conversos —todos ellos poseedores del Sagrado Sacerdocio de Dios. Y más allá de este histórico Tabernáculo de Salt Lake City hay cientos de otras reuniones de poseedores del sacerdocio, quienes esperan ansiosamente recibir aliento e instrucción de nuestro profeta y sus finos consejeros.

El verano pasado, Clarence Neslen, hijo, llevó a su familia al Parque Nacional de Jasper, en Alberta, Canadá. Disfrutaron explorando las extensiones heladas de Columbia y saltando las grietas del famoso Glaciar Athabasca. Fue una experiencia entretenida, hasta que el pequeño Cannon, de once años de edad, que trataba de saltar una de las grietas, no lo logró y cayó en el profundo abismo, atorándose entre los muros de hielo. Cuando su padre miró hacia los 10 metros de profundidad a donde estaba su hijo, se alarmó aún más al ver un río de agua helada que corría por debajo de la grieta.

Había varios jóvenes que también estaban explorando el glaciar. Oyeron los gritos de auxilio y llegaron corriendo. Tenían una pequeña cuerda, pero pronto se dieron cuenta de que no era lo suficientemente fuerte. Si se rompía, Cannon con toda seguridad caería al turbulento río.

La hermana Neslen y otros corrieron a un hotel cercano en busca de ayuda. El campamento de guardabosques más cercano estaba a 110 kilómetros de distancia. Por teléfono se enteraron que dos guardabosques andaban cerca de esos campos nevados. Se les ubicó por radio y pronto llegaron al rescate. Quedaba poco tiempo, era urgente tomar una decisión y en silencio se elevaron oraciones a los cielos.

El hermano Neslen trató de calmar a su hijo y mitigar su temor. La hipotermia se empezaba a presentar. La camisa del niño se le había subido al caer y su piel desnuda estaba apretada contra las frías murallas del glaciar. Con el objeto de mantener consciente a su hijo, el padre le hablaba y le decía que siguiera orando, que moviera los dedos de las manos y los pies y que cantara sus canciones favoritas. Una y otra vez Cannon cantó: ''Soy un hijo de Dios, por El enviado aquí. Me ha dado un hogar y padres caros para mí''. Todos se sintieron fortalecidos por la fe y determinación de Cannon, pero éste empezó a debilitarse. Su padre continuó asegurándole que pronto llegaría ayuda y que nuestro Padre Celestial escucharía sus oraciones.

Llegaron los dos guardabosques.

Enterraron estacas en el hielo, amarraron las cuerdas y empezaron a bajar a uno de los guardabosques para rescatar al niño, pero el espacio entre los muros no era suficiente y no cabía. La única esperanza era echarle una cuerda con un lazo y rogarle al Señor que el niño estuviera lo suficientemente alerta para agarrarlo, y que luego tuviera las fuerzas para aferrarse a ella mientras lo tiraban.

El hermano Neslen ofreció la oración más ferviente de su vida. Le rogó al Señor que salvara la vida de su hijo. "Me sobrevino un sentimiento de seguridad y calma", dijo, "y supe que se salvaría".

Para entonces Cannon estaba inconsciente. El padre le gritaba para animarlo, espabilándolo lo suficiente para que sus congelados dedos se aferraran a la cuerda. "¡Aférrate con todas tus fuerzas!", le gritó su padre. Luego lo fueron subiendo cuidadosamente trecho a trecho, metro por metro— durante esos diez largos metros. Cuando por fin llegó a ellos, estaba inconsciente. Los dedos milagrosamente se le habían congelado alrededor de la cuerda y tuvieron que forzarlos para abrirlos.

Inmediatamente lo abrigaron con frazadas y lo llevaron rápidamente a una ambulancia que esperaba, pero no había suficiente calor para elevarle el nivel de temperatura necesario. Uno de los ambulancieros desvistió a Cannon, luego se sacó su propio abrigo y camisa y apretó a Cannon contra su pecho desnudo a fin de que el calor de su cuerpo irradiara al del niño. Cannon respondió lentamente al amoroso cuidado de sus bienhechores. Las oraciones de todos se habían contestado.

El joven Cannon Neslen, un diácono recién ordenado, se encuentra entre nosotros esta noche. Agradecemos a nuestro Padre Celestial que haya conservado su vida. Fue conservado para un propósito. Le dijo a su padre que mientras estaba atorado contra el hielo, sintió la tranquila seguridad de que se salvaría. El sabe que Dios lo ama y que tiene una misión especial que cumplir en la vida.

Al igual que Cannon Neslen, que cayó accidentalmente en una hendedura, algunos de vuestros amigos —y quizás algunos de vosotros que me escucháis— os habéis resbalado y habéis caído en grietas espirituales.

Las grietas espirituales simbolizan las tentaciones y las trampas que tantos de nuestros jóvenes están enfrentando trágicamente: el alcohol con sus vinos livianos y las fiestas con cervezas, la experimentación y dependencia de drogas, las películas y videos para adultos que a menudo terminan en inmoralidad. Al borde de esas nefastas grietas están los padres y otras personas quienes, con oraciones fervientes, ruegan por socorro y ayuda. Al igual que el padre de Cannon, ellos también ruegan que su hijo o hija se aferre al salvavidas que se les ofrece. Su amor y las enseñanzas de las Escrituras y la certeza de las bendiciones eternas de la expiación del Salvador son salvavidas que conducen a la seguridad.

Los jóvenes no son los únicos que resbalan y caen en esas grietas.

Recientemente, un presidente de estaca me dijo que un respetado miembro de la Iglesia que había servido en cargos importantes había sido tentado por sus amigos del trabajo a probar la droga de cocaína llamada "crack". Los hombres estaban deprimidos; su compañía estaba casi en quiebra, y sucumbieron ante la tentación de las drogas ilegales.

Este hermano desperdició 18.000 dólares comprando la droga "crack", perdió su trabajo, sufrió un cambio de personalidad y finalmente fue hospitalizado. A través de todo esto, su esposa estuvo a su lado. Ella encontró un trabajo y juntos empezaron la tarea de poner la vida de él en orden. Sus amigos de la Iglesia le ayudaron a conseguir otro empleo.

Su mente está seriamente afectada. Todavía depende en cierta manera de algunas drogas. La esperanza de su familia es que él pueda aferrarse al salvavidas.

Cuando Satanás fue liberado en la tierra con sus innumerables huestes, llegó a ser "el padre de todas las mentiras, para engañar y cegar a los hombres y llevarlos cautivos . . . a cuantos no quieran escuchar mi voz" (Moisés 4:4).

Uno de los métodos de Satanás es distraernos y tentarnos para que no veamos las grietas peligrosas. Ha tenido tanto éxito que muchos ya no reconocen el pecado como pecado. Las películas, los programas de televisión y las revistas han glorificado el pecado hasta convertirlo en lo que ellos estiman que es un estilo de vida aceptable. "La fornicación, el adulterio, el incesto . . . los matrimonios en serie, el abuso de las drogas, la violencia y la improbidad en cada una de sus variedades, [que] a menudo se representan como un comportamiento [normal]; donde la gente que hace el bien no . . . recibe recompensa, y aquellos que hacen el mal no son castigados". Así lo declaró un autor del *Los Angeles Times*. (*Salt Lake Tribune*, 9 de ago. de 1986, pág. C–7.)

Ciertamente vivimos en la época de la que habló Isaías cuando los hombres "llamarían a lo malo bueno y a lo bueno malo" (Isaías 5:20).

Si alguno de vosotros está cami-

El élder David B. Haight, del Quórum de los Doce, saluda a miembros de la Iglesia.

nando en campos de hielo cerca de hendeduras, ¿podéis ver los avisos de advertencia: "Peligro —no se acerque a la orilla"? No juguéis con la maldad porque perderéis. Rogamos que no toméis la actitud un tanto arrogante de algunos que dicen: "¡Yo me sé controlar!" o "¡Todos lo hacen!"

Un amigo que visitaba a sus familiares en otro estado para asistir a una graduación notó que unos alumnos mascaban tabaco. Cuando le preguntó a su sobrino al respecto, el joven contestó: "¡Todos lo hacen!"

El sobrino de mi amigo no masca tabaco, pero creía que la mayoría de los chicos lo hacía. Aun en las escuelas donde en realidad sólo unos cuantos alumnos consumen drogas, o alcohol, o fuman, los que no lo hacen a veces creen que la mayoría de sus compañeros lo está haciendo.

No todos lo están haciendo. ¡Vosotros no lo hacéis! Y sois una influencia para vuestros amigos y otras personas os observan. Vosotros ayudáis a establecer las normas para los demás.

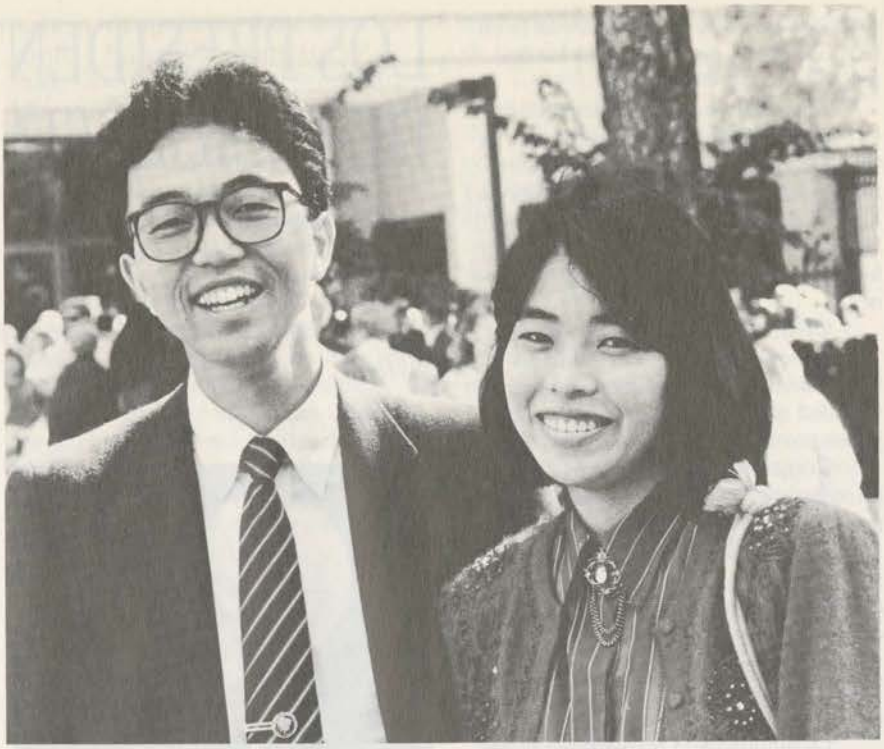
Vosotros, jóvenes, sois una hermandad real –no porque seáis mejores que cualquier otro— sino porque el Señor os ha bendecido con privilegios y responsabilidades especiales.

Fuisteis preordenados para venir a la tierra cuando la plenitud del evangelio estuviera sobre la tierra. Fuisteis preordenados para recibir su sacerdocio. El profeta José Smith dijo: "Todo hombre que ha sido llamado para ministrar a los habitantes del mundo, fue ordenado para ese propósito en el gran concilio de los cielos antes de que el mundo fuese" (*Enseñanzas del profeta José Smith*, sel. José Fielding Smith [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1875], págs. 453–454).

Vosotros sois el medio especial del Señor para enseñar el evangelio a sus demás hijos. Sois diferentes de otros adolescentes que no comprenden lo que vosotros comprendéis y que no tienen las responsabilidades que vosotros tenéis.

Sois hijos espirituales de Dios, con un llamamiento especial. Sabemos que El os ama. Tenéis el don del Espíritu Santo y podéis discernir entre lo bueno y lo malo. Y tenéis el poder del sacerdocio —la autoridad para representar a vuestro Padre Celestial.

Ahora, mis hermanos, los que habéis recibido esta preciosa responsabilidad del santo sacerdocio, levantémonos, como dijo el padre Lehi, y ciñámonos "con la armadura de la justicia" (véase 2 Nefi 1:21–23).



Para evitar que caigamos en las trampas o grietas de la vida, el Señor nos ha proporcionado el salvavidas de las preciosas verdades contenidas en las Escrituras, las cuales, si nos aferramos a ellas, nos permitirán escapar, tanto física como espiritualmente, de los peligros.

La Palabra de Sabiduría se dio para que pudiéramos tener mentes claras y cuerpos sanos; el Sermón del Monte, para hacernos más sensibles a la necesidad ajena; y los Diez Mandamientos —escritos en la roca por el dedo de Dios—, para prohibirnos pecar.

Os exhorto a todos a hacer de las Escrituras vuestro compañero personal.

El presidente Spencer W. Kimball leyó la Biblia cuando tenía 14 años de edad —leyó los 66 libros y las 1.519 páginas: "Si yo pude hacerlo con una lámpara de aceite", dijo, "vosotros podéis hacerlo con la luz eléctrica". (*Teachings of Spencer W. Kimball*, ed. Edward L. Kimball [Bookcraft, Salt Lake City, Utah, 1982], pág. 131.)

El presidente Kimball fue un maestro muy especial para todos nosotros. No tuvo auto ni bicicleta, pero tenía nueve vacas a las que tenía que ordeñar cada madrugada y cada noche.

El dijo: "Pensé, '¡qué pérdida de tiempo sentarse en un banco de tres patas! Quizá haya algo que pueda hacer mientras ordeño'." Colocó una copia de los Artículos de Fe en el suelo, a su lado, y los repasó una y otra vez, hasta que los memorizó. Luego repitió los Diez Mandamientos una y otra vez hasta que se los aprendió. Mientras ordeñaba las vacas, memorizó pasajes importantes de las Escrituras que le ayudarían en la misión. No tenía tiempo que perder; tenía cosas que hacer con su vida. (Véase *Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 131.)

Sería maravilloso que vosotros, jóvenes, utilizarais vuestro tiempo sabiamente, aprendiendo las cosas de Dios.

El presidente Ezra Taft Benson nos ha dado el desafío de que leamos el Libro de Mormón —el libro más correcto que cualquier otro libro en la tierra y la clave de nuestra religión. Sabemos que miles de jóvenes han aceptado el desafío y están leyendo el Libro de Mormón.

Cuando el ángel Moroni selló las planchas de oro, estuvo inspirado a prometer a las generaciones futuras (o sea, nosotros) que bajo ciertas condiciones Dios manifestaría la verdad de esos registros por el poder del Espíritu Santo, y —escuchad cuidadosamente— "por el poder del Espíritu Santo conoceréis la verdad de todas las cosas" (véase Moroni 10:4–5).

Imaginaos tal promesa. Si lo de-

seáis con un corazón sincero, con fe en Cristo, podréis entender todas las cosas.

Jeffrey Holland, presidente de la Universidad Brigham Young, mientras trabajaba para recibir su doctorado en una prominente universidad del Este de los Estados Unidos, llegó a conocer bien a una de las bibliotecarias que le había ayudado con ciertas investigaciones.

Un día le dijo:

—Ilene, necesito saber cuántos libros tenemos en la biblioteca de la universidad que afirman haber sido entregados por un ángel.

Como os podéis imaginar, la bibliotecaria le echó una mirada muy extraña y dijo:

—No sé de ningún libro que haya sido entregado por ángeles. Espadas quizás, o carros de guerra, pero no sé de ningún libro.

—Bueno, ¿podrías averiguarlo? Puede tomarte un poco de tiempo, pero realmente necesito saber.

La bibliotecaria responsablemente hizo algunas averiguaciones con respecto a los nueve millones de libros que contenía la biblioteca. Durante varios días no encontró nada, pero un día, sonriendo dijo:

—Señor Holland, tengo un libro para usted. Encontré uno que se afirma fue entregado por un ángel —y le alcanzó un ejemplar del Libro de Mormón.

—Me han dicho que lo puede comprar por un dólar —respondió el hermano Holland.

—No es posible —continuó ella—, ¡un libro de un ángel por un dólar! Uno pensaría que los ángeles cobrarían más, pero pensándolo bien —dijo—, ¿dónde lo gastarían? (Véase Pat Holland, President's Welcome Assembly, Universidad Brigham Young, 9 de sept. de 1986.)

Pensad en eso —un libro ha sido entregado por un ángel y enseña acerca de la salvación eterna ¡y cada uno de vosotros tenéis un ejemplar!

Que el Señor os bendiga a cada uno en las oportunidades que tengáis en la vida. Confiad en Dios para evitar las grietas del pecado y la maldad. Aferraos al salvavidas del evangelio. Podéis hacer elecciones correctas —las que sabéis en vuestros corazones que serán para vuestro beneficio. Os amamos y testificamos de la veracidad del evangelio de Jesucristo, en el nombre de Jesucristo. Amén.

LOS PRESIDENTES DE LA IGLESIA

élder Joseph Anderson
Miembro emérito del Primer Quórum de los Setenta

"Estos hermanos han sido y son verdaderos profetas del Dios viviente."

Considero un gran honor el que se me haya pedido expresar mi testimonio en cuanto a la relación que he sostenido con los líderes de la Iglesia durante los pasados casi sesenta y cinco años.

La mayor parte de mi vida la he dedicado a tratar a los profetas del Dios viviente. En febrero de 1922 se me llamó como secretario del Presidente de la Iglesia, que entonces era Heber J. Grant, y ocupé ese cargo hasta el día en que él falleció en 1945.

Durante la administración de sus sucesores, George Albert Smith, David O. McKay, Joseph Fielding Smith y Harold B. Lee, continué como secretario de la Primera Presidencia; y he servido como Autoridad General desde 1970, trabajando con los presidentes Joseph Fielding Smith, Harold B. Lee, Spencer W. Kimball y hoy con Ezra Taft Benson. En el transcurso de los años, la Iglesia ha sostenido a estos hombres como profetas, videntes y reveladores. Siempre que ha existido el evangelio sobre la tierra, ha habido profetas de Dios, hombres que han poseído el sacerdocio divino, por medio de quienes el Señor ha dado a conocer su voluntad.

¡Qué bendición más gloriosa ha sido la de servir al lado de los profetas y sus compañeros! Os testifico que las Autoridades Generales de hoy día son verdaderamente hombres de Dios. Cuando nos reunimos como quórum o en otras ocasiones con estos hermanos, el Espíritu del Señor está presente, particularmente cuando nos reunimos en el templo.

¿Y en cuanto al profeta José Smith? ¿Creéis que él fue en verdad un profeta? Quiero testificar que posiblemente él haya sido el profeta más grande que haya existido, salvo, por supuesto, el Salvador del mundo. El dio a la humanidad un conocimiento del Dios verdadero y viviente. Por medio de José, el Señor introdujo ésta, la más grandiosa de todas las dispensaciones, la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Juan el Bautista restauró las llaves del Sacerdocio Aarónico, y Pedro, Santiago y Juan restauraron las llaves del Sacerdocio de Melquisedec. José vio al Padre y al Hijo, y en la dedicación del Templo de Kirtland, Moisés, Elías y Elías el profeta se le aparecieron y le restauraron las llaves de otras dispensaciones anteriores. Esta es la última dispensación; es una época de preparación para la venida del Señor Jesucristo en gloria, su segunda venida. A José Smith le fueron dadas las llaves para transmitir el mensaje de vida y salvación a los vivos y a los muertos.

A continuación leeré un extracto de la carta que José Smith escribió en 1842 al Sr. John Wentworth, de Chicago:

"Ninguna mano impía puede dete-

ner el progreso de la obra; las persecuciones se encarnizarán, el populacho podrá conspirar, los ejércitos podrán juntarse, y la calumnia podrá difamar; mas la verdad de Dios seguirá adelante valerosa, noble e independientemente, hasta que haya penetrado en todo continente, visitado toda región, abarcado todo país y resonado en todo oído, hasta que se cumplan los propósitos de Dios, y el gran Jehová diga que la obra está concluida." (*Mi reino se extenderá–Lecturas sobre la historia de la Iglesia,* [PCSS56G9SP], La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, 1984, pág. 153.)

Todos los sucesores del profeta José Smith han recibido esas mismas llaves que he mencionado. Cada uno de los hermanos que sirven como Autoridades Generales ha sido llamado de Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad para predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas. Estos hombres han sido apartados de los del resto del mundo. Por ordenación, han recibido autoridad para hacer aquello que ningún otro hombre sobre la tierra puede hacer.

El presidente Lee dijo en una ocasión que, tal como las aguas más puras emanan de los manantiales de las montañas, la palabra de Dios de más exquisita pureza, la que está menos expuesta a la contaminación, es la que procede de los labios de los profetas vivientes, a quienes se ha llamado para guiar a Israel en nuestros días.

¡Qué gran profeta es el que tenemos hoy día, el presidente Ezra Taft Benson, quien, junto con sus consejeros, el Consejo de los Doce, otras Autoridades Generales y otros líderes inspirados, dirige la obra de Dios bajo la inspiración y revelación del Señor Jesucristo, quien es nuestro Salvador y Redentor.

He sido muy afortunado y bendecido al haberme relacionado y llegado a conocer, hasta cierto punto, a todos los Presidentes de la Iglesia.

Cuando trabajaba al lado del presidente Grant, viajamos juntos muchas veces; en algunas ocasiones fuimos por tren a Nueva York y a otros lugares, lo que requería que permaneciéramos juntos en el mismo camarote por varios días a la vez.

Al presidente Grant se le llamó como apóstol en los días de John Taylor, quien estuvo con el profeta José en la Cárcel de Carthage al tiempo de su martirio. El presidente Grant había conocido a Brigham Young, Parley P. Pratt, Orson Pratt, Wilford Woodruff, Lorenzo Snow y a otros que habían servido como apóstoles durante el período de José Smith. En varias ocasiones, el hermano Grant me habló de los testimonios y experiencias de aquellos grandes hombres con respecto al profeta José, y también de las manifestaciones personales de que habían gozado.

Otro de los privilegios de que disfruté fue el de tener en mi custodia los registros de las reuniones de consejo realizadas por las Autoridades Generales en el templo, y más tarde, durante los muchos años que serví como secretario, llevé los registros de sus reuniones. En efecto, he conocido a todos estos hermanos en el verdadero sentido de la palabra.

Cuando el Salvador oró a su Padre Celestial poco antes de su crucifixión, dijo: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3).

Estos hermanos a quienes me he referido conocen a Dios y a Jesucristo, a quien El envió.

Yo sé que Dios vive, que Jesús es el Cristo, que estos hermanos a quienes mencioné han sido y son verdaderos profetas del Dios viviente y que han servido y sirven hoy bajo la dirección del Señor, quien es la verdadera cabeza de la Iglesia. Os lo digo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

EL VALOR ES IMPORTANTE

presidente Thomas S. Monson
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

"Tengamos el valor de desafiar la opinión popular, el valor de defender lo que es justo."

Esta noche, los poseedores del sacerdocio llenan el Tabernáculo en la Manzana del Templo; los que no cupieron llenan el Salón de Asambleas aquí al lado, y los demás están reunidos en capillas y salones tan grandes como el Centro Marriott en la Universidad Brigham Young y tan pequeños como la capilla más remota a muchas millas de aquí. Todos han venido para sentirse edificados, para aprender y recibir inspiración. La expresión preferida de mi nieta de nueve años describe la responsabilidad de hablar a un auditorio tan inmenso: *¡Qué imponente!*

Necesito vuestra fe y oraciones; pido a nuestro Padre Celestial que me dé el noble atributo de la valentía, porque sé que *el valor es muy importante.*

Esta verdad la aprendí en una experiencia práctica hace unos treinta y un años, cuando servía como obispo. La sesión general de nuestra conferencia de estaca se estaba llevando a cabo en el Salón de Asambleas. Se iba a reorganizar nuestra presidencia de estaca. El Sacerdocio Aarónico, incluyendo algunos miembros de los obispados, estaba encargado de proveer la música. Al terminar de cantar el primer número especial, el presidente Joseph Fielding Smith, la autoridad que nos visitaba, fue al púlpito y leyó los nombres de los que constituirían la nueva presidencia de estaca para que la congregación los aprobara. Sé que a los otros miembros de la presidencia de estaca les habían hecho el llamamiento por anticipado, pero a mí no. Después de leer mi nombre, el presidente Smith dijo: "Si el hermano Monson está dispuesto a aceptar este llamamiento, nos gustaría escuchar sus palabras".

Cuando me paré delante del púlpito y miré ese mar de personas, recordé la canción que acabábamos de cantar y que se llamaba: "Ten valor, hijo, para decir que no". En ese momento decidí que el tema de mis palabras sería: "Ten valor, hijo, para decir que sí".

El recorrido de la vida no es una autopista sin obstáculos o barreras; más bien es un camino en el que se encuentran bifurcaciones y encrucijadas. Constantemente tenemos que tomar decisiones. Y para poder tomar las correctas necesitamos valentía: el valor de decir "no" y el valor de decir "sí". Estas serán decisiones que determinarán nuestro destino futuro.

Todos necesitamos tener valor constantemente. Siempre ha sido así, y esto nunca cambiará. En los campos de batalla se presencian muchos actos de valor. Algunos quedan registrados en libros o preservados en película, mientras que otros se guardan indelebles en el corazón.

Un joven de la infantería que vestía el uniforme de los confederados durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos escribió sobre la valentía de su líder militar y describe la influencia que el General J. E. B. Stuart tenía sobre sus hombres: "En un momento crítico de la batalla, saltó con su caballo sobre el parapeto cerca de mi compañía, y cuando había llegado a un punto central de la brigada, y mientras los soldados lo vitoreaban, alzó la mano hacia el enemigo y gritó: '¡Adelante, hombres! ¡Adelante! ¡Síganme!'

"Los soldados se enardecieron y, con valor y determinación, saltaron todos el parapeto detrás de él como un ruidoso torrente, y conquistaron el objetivo." (Emery M. Thomas, *Bold Dragoon: The Life of J. E. B. Stuart.)*

Muchos años antes, en una tierra lejana, otro líder hizo la misma exhortación, diciendo: "Venid en pos de mí" (Mateo 4:19). El no era un general en la guerra, al contrario, era el Príncipe de paz, el Hijo de Dios. Los que lo siguieron entonces, y los que lo siguen ahora, ganan una victoria mucho más importante y con consecuencias eternas. Pero la necesidad de tener valor es constante. Siempre se requiere tener valentía.

Las Santas Escrituras nos dan evidencias de esta verdad. José, el hijo de Jacob, el mismo que fue vendido en Egipto, demostró tener la determinación que le daba el valor cuando le dijo a la esposa de Potifar que buscaba seducirlo: "¿Cómo . . . haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios? . . . y no escuchándola . . . huyó y salió" (Génesis 39:9–12).

En estos días un padre aplicó este ejemplo de valor a la vida de sus hijos, diciéndoles: "Si alguna vez se encuentran en algún lugar en el que no deben estar, salgan inmediatamente".

El profeta Daniel demostró un valor extraordinario al defender lo que sabía que era correcto y al orar, aunque se cernía sobre él una amenaza de muerte (véase Daniel 6).

El valor caracterizó la vida de Abinadí, como muestra el Libro de Mormón. El estaba dispuesto a perder la vida antes que negar la verdad (véase Mosíah 11:20; 17:20).

¿Quién puede evitar sentirse inspirado al leer sobre la vida de los dos mil hijos de Helamán, los que enseñaron y ejemplificaron el valor de tener valentía para seguir las enseñanzas de los padres, y para ser castos y puros? (véase Alma 56).

Tal vez el ejemplo de Moroni sobrepase al de todos ellos. Este profeta tuvo el valor de perseverar hasta el fin con dignidad (véase Moroni 1–10).

Las palabras de Moisés fortalecieron a todos: "Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo . . .

porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desamparará'' (Deuteronomio 31:6). No los dejó ni nos dejará a nosotros. No los desamparó ni nos desamparará a nosotros.

El saber esto fue lo que le dio valor a Colón, y lo que le hizo escribir día tras día en el registro de su barco: ''Hoy seguimos el viaje''. Y fue esta convicción que motivó al profeta José Smith a declarar: ''Voy como cordero al matadero; pero me siento tan sereno como una mañana veraniega'' (D. y C. 135:4).

Es esta seguridad que puede guiarnos, en nuestra época y en nuestra vida. Sin duda sentiremos temor, soportaremos burlas y experimentaremos oposición. Tengamos el valor de desafiar la opinión popular, el valor de defender lo que sea justo. Tener valor y no transigir es lo que complace a Dios. La valentía es una virtud positiva cuando no sólo significa morir con hombría sino también vivir con dignidad. Un cobarde moral es el que tiene miedo de hacer lo que sabe que es correcto porque otros pueden burlarse de él o condenarlo. Recordemos que todas las personas tienen sus temores pero que los que enfrentan lo que temen con dignidad, son las valientes.

De mi experiencia sobre el valor os mencionaré dos casos: uno del servicio militar y otro de la experiencia misional.

Al entrar en la Marina de los Estados Unidos durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial me encontré con experiencias difíciles pero a la vez me enteré de muchos actos de valor y ejemplos de valentía. Uno de éstos, el que mejor recuerdo, es el de un joven marinero de dieciocho años que no era de nuestra fe pero que tenía el valor de orar. En una compañía de doscientos cincuenta hombres, él era el único que todas las noches se arrodillaba al lado de su cama, a veces entre las bromas de los curiosos y la burla de los incrédulos, y con la cabeza inclinada oraba a Dios. Nunca vacilaba ni titubeaba. Tenía valor.

La obra misional siempre ha requerido valor. Uno de sus mejores ejemplos ha sido Randall Ellsworth. Mientras servía en Guatemala como misionero de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, este misionero sobrevivió un terremoto asolador, durante el cual se le cayó una viga sobre la espalda que le paralizó las piernas y casi le destrozó los riñones. El fue el único estadounidense que se lastimó en ese terremoto que mató a unas dieciocho mil personas.

Después de recibir tratamiento de emergencia, lo llevaron a un hospital grande cerca de su casa en Rockville, Maryland. Mientras Randall estaba allí, un reportero le hizo una entrevista que yo vi por televisión. El periodista le preguntó:

—¿Puede caminar?

—Todavía no, pero voy a caminar —fue su respuesta.

—¿Cree que va a poder terminar su misión?

El élder Joseph Anderson se retira del púlpito después de haber dirigido la palabra durante la sesión del sacerdocio.

—Algunos piensan que no, pero yo sé que lo haré. El presidente de mi iglesia está orando por mí, mi familia está orando por mí, y también mis amigos y mis compañeros de misión; voy a volver a caminar y a volver a Guatemala. El Señor quiere que predique el evangelio allí por dos años, y es mi intención hacerlo.

Después vino un período largo de terapia, en el que necesitó un valor silencioso pero constante; y poco a poco empezó a recobrar la sensibilidad en las piernas casi inertes. Continuó con la terapia, las oraciones y el valor.

Al fin Randall Ellsworth caminó abordo del avión que lo llevó de nuevo a la misión que había dejado, de vuelta a la gente que amaba. Dejó atrás a un montón de incrédulos y escépticos, pero también dejó a cientos de personas asombradas con el poder de Dios, el milagro de su fe y su ejemplo de valor.

Al volver a Guatemala, Randall Ellsworth caminaba con dos bastones, con paso lento e inseguro. Pero un día, estando de pie delante de su presidente de misión, éste dirigió al élder Ellsworth estas palabras asombrosas: "Has recibido un milagro; tu fe se ha visto recompensada. Si tienes confianza en Dios y la fe necesaria, si tienes mucho valor, pon los bastones sobre mi escritorio y camina".

Después de una larga pausa, puso primero un bastón y luego el otro sobre el escritorio y caminó. Tambaleó y sintió dolor, pero caminó; y nunca más necesitó bastones.

Esta primavera recordé otra vez el valor que demostró Randall Ellsworth. Habían pasado muchos años desde esta experiencia trágica; ahora estaba casado y tenía hijos. Llegó una invitación a mi oficina que decía: "El rector y los directores de la Universidad de Georgetown le participan la ceremonia de graduación de la Facultad de Medicina de esta institución". Randall Ellsworth recibió su diploma de Doctor en Medicina, lo que también había requerido más esfuerzo, más estudio, más fe, más sacrificio, más valor. Por medio de todo esto pagó el precio y obtuvo la victoria.

Mis hermanos, no seamos sólo espectadores; participemos activamente en la obra que se realiza mediante el poder del sacerdocio. Ruego que tengamos valor en la encrucijada, valor ante los conflictos, valor para decir "no" y valor para decir "sí" porque el valor es importante. Os testifico de esta verdad en el nombre de Jesucristo. Amén.

LA GUERRA QUE VAMOS GANANDO

presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero en la Primera Presidencia

Es una batalla que "se pelea por los asuntos del amor y el respeto, de la lealtad y la fidelidad, de la obediencia y la integridad. Todos tenemos parte en esa batalla".

El otro día, al leer las noticias de la prensa, advertí que la guerra entre Irán e Iraq ha durado siete años. Nadie podrá calcular nunca los terribles sufrimientos que esa guerra ha causado: las decenas de millares de vidas que se han perdido; los cuerpos que han quedado espantosamente mutilados y las mentes que se han destruido. Innumerables familias han quedado sin padre. Muchachos jóvenes, que han sido reclutados como soldados, han muerto en muchos casos, en tanto que los que todavía viven han ido anidando en lo más profundo de su alma un odio y un resentimiento que no los abandonará jamás. Los caudales de las naciones participantes han menguado y nunca se recuperarán.

A los que presenciamos esa guerra desde lejos nos parece tan innecesario ese horroroso desperdicio de vidas humanas y de riquezas naturales. Siete años es un largo tiempo. "¿Terminará algún día?", nos preguntamos.

Pero hay otra guerra que no ha cesado desde antes de la creación del mundo y que probablemente seguirá todavía por largo tiempo. De esa guerra, Juan el revelador dice:

"Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles;

"pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo.

"Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él." (Apocalipsis 12:7–9.)

Esa guerra tan encarnizada, tan intensa, ha seguido adelante; nunca ha cesado. Es la guerra entre la verdad y el error, entre el libre albedrío y la compulsión, entre los que siguen a Cristo y los que lo han negado. En ese conflicto, sus enemigos se han valido de todas las estratagemas; se han complacido sirviéndose de la mentira y el fraude. Se han valido del dinero y de la riqueza. Han engañado la mente de los hombres. Han asesinado y destruido y se han dedicado a todas las demás prácticas impuras e impías con el fin de frustrar la obra de Cristo.

Comenzó en la tierra cuando Caín asesinó a Abel. En el Antiguo Testamento hay innumerables relatos de la misma contienda eterna.

Se puso de manifiesto en las viles acusaciones que se hicieron en contra del Varón de Galilea, el Cristo, que sanó a los enfermos y llenó de aliento y esperanza el corazón de los hombres, el

que enseñó el evangelio de paz. Sus enemigos, motivados por ese poder maligno, lo arrestaron, lo torturaron, lo clavaron a la cruz y lo escarnecieron. Pero por su divino poder, venció la muerte que le dieron sus enemigos y, por medio de su sacrificio, trajo la salvación de la muerte a todo el género humano.

La guerra eterna siguió con el desmoronamiento de la obra que El instituyó, con la corrupción que después la contaminó cuando las tinieblas cubrieron la tierra y la oscuridad a las naciones (véase Isaías 60:2).

Pero las fuerzas de Dios no fueron derrotadas. La luz de Cristo tocó el corazón de un hombre aquí y de otro allá, y mucho bien sobrevino pese a la gran opresión y al sufrimiento.

Vino la época del Renacimiento, con sus campañas por la libertad, las cuales costaron mucha sangre y sacrificio. El Espíritu de Dios inspiró a los hombres a fundar una nación en la que se protegieran tanto la libertad de religión como la libertad de palabra y el libre albedrío. Después siguió la apertura de la dispensación del cumplimiento de los tiempos, la cual se verificó con la visita de Dios el Eterno Padre y de su Hijo Amado, el Señor Jesucristo resucitado, a la tierra. A ese glorioso acontecimiento siguieron las visitaciones de ángeles que restauraron las antiguas llaves y el sacerdocio.

Pero la guerra no terminó. Se renovó y emprendió un nuevo rumbo. Hubo contención; hubo persecución; hubo expulsión de un sitio al otro; tuvo lugar el asesinato del joven Profeta de Dios y de su amado hermano.

Nuestra gente huyó de sus hogares, abandonaron sus cómodas casas, sus granjas, sus campos, sus tiendas, su bello templo que edificaron con tantos sacrificios. Vinieron a estos valles y miles murieron por el camino. Vinieron, como lo dijo el presidente Brigham Young, a establecer un lugar donde "el diablo no pueda venir a molestarnos".

Pero el adversario nunca ha cejado en sus esfuerzos. Hace noventa años, en la conferencia de octubre de 1896, el presidente Wilford Woodruff, ya de avanzada edad en aquel entonces, desde este mismo púlpito del Tabernáculo, dijo:

"Hay dos poderes en la tierra y en medio de los habitantes de la tierra: el poder de Dios y el poder del diablo. En nuestra historia, hemos tenido experiencias muy particulares. Cada vez que Dios ha tenido un pueblo sobre la tierra, no importa en qué época, Lucifer, el hijo de la mañana, y los millones de espíritus caídos que fueron lanzados fuera de los cielos, han hecho la guerra contra Dios, contra Cristo, contra la obra de Dios y contra el pueblo de Dios. Y no tienen reparos en seguir haciéndolo en nuestra época y generación. Cada vez que el Señor ha puesto su mano para efectuar cualquier obra, esos poderes se han puesto a trabajar para derribarla." *Deseret Evening News,* 17 de oct. de 1896.)

El presidente Woodruff sabía lo que decía, ya que acababa de pasar por aquellos días difíciles y peligrosos cuando el gobierno del país vino contra nuestra gente resuelto a destruirla. Los edificios de esta Manzana del Templo, este Tabernáculo donde nos encontramos reunidos en esta ocasión, y el Templo, que entonces se estaba construyendo, fueron confiscados por el gobierno federal. Muchos ciudadanos perdieron sus privilegios civiles. Sin embargo, no se detuvieron y siguieron

adelante con fe. Depositaron su confianza en el Todopoderoso y El les reveló el camino que debían seguir. Con fe, aceptaron esa revelación y fueron obedientes.

Pero la guerra no terminó; menguó un poco, y damos gracias por ello; pero el adversario de la verdad ha continuado su contienda.

Pese a la fortaleza actual de la Iglesia, constantemente se nos ataca de un sector o del otro. Pero seguimos adelante. Debemos seguir adelante. Hemos avanzado y continuaremos avanzando. A veces los problemas son más grandes y, en ocasiones, sólo escaramuzas locales. Pero todos forman parte del mismo modelo.

En unos días más, dedicaremos el hermoso Templo de Denver.

Cuando se anunció que construiríamos un templo en esa ciudad y escogimos un terreno para edificarlo, surgió la oposición contra nosotros. Renunciamos a ese terreno y buscamos otro; pero otra vez se nos puso un impedimento. Sin embargo, resueltos a seguir adelante, confiamos en que el Señor nos guiaría para cumplir Sus propósitos. Se seleccionaron otros dos terrenos. En ese tiempo, el presidente Kimball y el presidente Romney estaban enfermos y mi responsabilidad era muy grande. Le pregunté al presidente Benson, que entonces era el Presidente del Consejo de los Doce, si podíamos ir juntos a Denver y, con el élder Russell Taylor, fuimos a ver esos terrenos. Os doy mi testimonio de que el Espíritu del Señor nos guió y escogimos el terreno sobre el cual ahora se eleva ese hermoso edificio. Será dedicado este mes como Casa del Señor.

Podíamos esperar que el adversario de la rectitud procurara impedir esa construcción y la obra que allí se realizará. Así lo hizo en la época de Kirtland cuando los enemigos amenazaron derrumbar los muros que se estaban edificando. Así lo hizo en los tiempos de Far West cuando los enemigos echaron a nuestra gente del estado de Misuri. Así lo hizo en Nauvoo, cuando poco después de terminado el templo, fueron desalojados del lugar. Así lo hizo con este Templo, aquí, en la Manzana del Templo, cuando, durante los cuarenta años que duró la construcción, hubo una amenaza tras otra. Podría describiros los problemas que han surgido en otros lugares donde hoy se elevan o se erigirán bellas casas del Señor.

La oposición no se ha manifestado tan sólo con la construcción de templos, ya que se ha hecho sentir en los perpetuos esfuerzos de muchos, tanto dentro como fuera de la Iglesia, por destruir la fe, menospreciar, degradar, dar falso testimonio, por tentar y procurar persuadir a nuestra gente a efectuar prácticas contrarias a las enseñanzas y las normas de ésta, la obra de Dios.

El presidente Ezra Taft Benson y el presidente Gordon B. Hinckley, Primer Consejero.

Hermanos, la guerra continúa. Es como lo fue en el principio. Tal vez no sea tan intensa, y doy gracias por eso; pero los principios en discusión son los mismos. Las víctimas que caen son tan valiosas como las que han caído en lo pasado. Es una batalla constante. Nosotros, los del sacerdocio, todos formamos parte del ejército del Señor. Debemos permanecer unidos. Un ejército desorganizado nunca saldrá victorioso. Es preciso integrar las filas y marchar juntos como uno. No podemos tener divisiones entre nosotros y esperar la victoria. No podemos tener deslealtad y esperar la unidad. No podemos ser impuros y esperar la ayuda del Todopoderoso.

Vosotros, los muchachos que estáis aquí, vosotros, diáconos, maestros y presbíteros, todos formáis parte de esto. El Señor ha depositado en vosotros, en vuestros oficios del sacerdocio, el deber de predicar el evangelio, enseñar la verdad, animar al débil a ser fuerte, a "invitar a todos a venir a Cristo" (véase D. y C. 20:59).

No podéis permitiros participar de substancias que debilitan el cuerpo y la mente, entre ellas, la cocaína, el "crack", el alcohol, el tabaco. No podéis participar en actos inmorales. No podéis hacer esas cosas y ser valientes guerreros en la causa del Señor en la gran y sempiterna contienda por el bien de las almas de los hijos de nuestro Padre.

Vosotros, los hombres del Sacerdocio de Melquisedec, no podéis ser infieles ni desleales a vuestra esposa, ni a vuestros hijos, ni a vuestros deberes del sacerdocio si deseáis ser valientes en la tarea de llevar adelante la obra del Señor en esta gran batalla por la verdad y la salvación. No podéis ser falsos ni fraudulentos en vuestros asuntos de negocios sin manchar vuestra armadura.

En nuestras reuniones, a veces cantamos el himno que dice:

¿Quién sigue al Señor?
Hoy ya se deja ver.
Clamamos sin temor
¿Quién sigue al Señor?
La guerra es real
Con príncipe del mal
Que lucha con afán;
¿Quién sigue al Señor?
(*Himnos de Sión*, 127)

El otro día recibí la carta de un amigo en la que me contaba de una conversación que tuvo con otro miem-

bro de la Iglesia. Había preguntado a éste si se sentía cerca de su Padre Celestial. El otro le respondió que no. Volvió a preguntarle:

—¿Y por qué no?

Y le contestó:

—Francamente, porque no quiero—, y luego agregó—: Si estuviera cerca del Padre Celestial, El probablemente querría alguna dedicación de mi parte y yo no estoy listo para eso.

Pensad en eso: un hombre que ha tomado sobre sí el nombre del Señor al bautizarse, un hombre que ha renovado sus convenios con el Señor en la reunión sacramental, un hombre que ha aceptado el sacerdocio de Dios y que, no obstante, ha dicho que si estuviera cerca de su Padre Celestial, se esperaría de él alguna dedicación y que él no estaba listo para eso.

En esta obra tiene que haber dedicación. Debe haber devoción. Estamos embarcados en la gran y eterna contienda que tiene que ver con las almas mismas de los hijos de Dios. No vamos perdiendo. Por el contrario, vamos ganando. Seguiremos ganando si somos fieles y leales. *Sí* podemos hacerlo. *Debemos* hacerlo. Lo *haremos*. No hay nada que el Señor nos haya pedido que con fe no podamos cumplir.

Pienso en los hijos de Israel cuando huyeron de Egipto. Acampados junto al Mar Rojo, miraron a sus espaldas y vieron al faraón y sus ejércitos que iban a destruirlos. El miedo se apoderó de ellos. Con los ejércitos a sus espaldas y el mar delante de ellos, clamaron aterrorizados.

"Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis.

"Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.

"Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Dí a los hijos de Israel *que marchen*." (Exodo 14:13–15; cursiva agregada.)

Las aguas del mar se dividieron y los hijos de Israel avanzaron hacia su salvación. Los egipcios los siguieron para su propia destrucción.

¿No marcharemos adelante, y con fe, también nosotros? El, que es nuestro líder eterno, el Señor Jesucristo, nos ha instado con las palabras de la revelación; nos ha dicho:

"Por tanto, alzad vuestros corazones y regocijaos, y ceñid vuestros lomos y tomad sobre vosotros toda mi armadura, para que podáis resistir el día malo. . .

"Seguid firmes, pues, estando ceñidos vuestros lomos con la verdad, llevando puesta la coraza de la rectitud y calzados vuestros pies con la preparación del evangelio de paz, el cual he mandado a mis ángeles que os entreguen;

"tomando el escudo de la fe con el cual podréis apagar todos los dardos encendidos de los malvados;

"y tomad el yelmo de la salvación, así como la espada de mi Espíritu . . . y sed fieles hasta que yo venga, y seréis arrebatados, para que donde yo estoy vosotros también estéis." (D. y C. 27:15–18.)

La guerra continúa. Se pelea en todo el mundo por el desacuerdo que hay entre el libre albedrío y la compulsión; pelea la batalla un ejército de misioneros por la lucha entre la verdad y el error; la peleamos en nuestras propias vidas, todos los días, en nuestro hogar, en nuestro trabajo, en el plantel donde estudiamos; se pelea por los asuntos del amor y el respeto, de la lealtad y la fidelidad, de la obediencia y la integridad. Todos tenemos parte en esa batalla: hombres y muchachos, cada uno de nosotros. Vamos ganando y el futuro nunca ha parecido más brillante.

Dios nos bendiga, mis amados hermanos, en la obra que tan claramente reseñada tenemos por delante. Que seamos fieles. Que seamos valientes. Que tengamos el valor de ser fieles a la confianza que Dios ha puesto en cada uno de nosotros. Que no tengamos temor. "Porque [para citar las palabras de Pablo a Timoteo] no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.

"Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor." (2 Timoteo 1:7–8.)

En el nombre de Jesucristo. Amén.

LAS CARACTERÍSTICAS DIVINAS DEL MAESTRO

presidente Ezra Taft Benson

"Si en verdad llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina, llegaremos a ser como El."

Mis amados hermanos, esta noche, al contemplar esta gran congregación de poseedores del sacerdocio y pensar en otras congregaciones parecidas que hay en todo el mundo, me conmueve un profundo sentimiento de gratitud y regocijo por las bendiciones que nuestro Padre Celestial nos ha dado.

El privilegio de poseer el sacerdocio, que es el poder y la autoridad para actuar en el nombre de Dios, es una gran bendición que lleva consigo igualmente grandes obligaciones y responsabilidades. Al meditar en la clase de hombres y muchachos que debemos ser como poseedores del sacerdocio, no puedo dejar de pensar en lo que dijo nuestro Salvador a los doce nefitas cuando preguntó: "¿Qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy" (3 Nefi 27:27).

Ser como el Salvador . . . ¡qué gran cometido para cualquier persona! El es miembro de la Deidad, es nuestro Salvador y Redentor. Fue perfecto en todos los aspectos de su vida. En El no hubo flaqueza ni imperfección. ¿Existe la posibilidad de que nosotros, como poseedores del sacerdocio, podamos llegar a ser aun como El es? La respuesta es sí. No sólo *podemos* serlo sino que es el mandato que hemos recibido; es nuestra responsabilidad. El no nos hubiera dado ese mandamiento si no hubiese deseado que lo fuésemos.

El apóstol Pedro habló del proceso por el que una persona puede ser "partícipe de la naturaleza divina" (véase 2 Pedro 1:4). Eso es importante puesto que si en verdad llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina, llegaremos a ser como El. Examinemos detenidamente lo que nos enseña Pedro acerca de dicho proceso. He aquí lo que dijo:

"Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento;

"al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad;

"a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor." (2 Pedro 1:5–7.)

Las virtudes que menciona Pedro son parte de la naturaleza divina o el carácter de nuestro Salvador. Esas son las virtudes que tenemos que adquirir si deseamos ser más parecidos a El. Echemos una mirada a algunas de esas importantes cualidades.

La primera característica, a la cual se añaden todas las demás, es la *fe*. La fe es el fundamento sobre el cual se edifica el carácter divino; es el requisito esencial de todas las demás virtudes.

Cuando pienso en la forma en que ponemos de manifiesto nuestra fe, pienso inevitablemente en el ejemplo de mi propio padre. Recuerdo vívidamente cómo llegó a mi vida el espíritu de la obra misional. Yo tenía casi trece años de edad cuando mi padre recibió su llamamiento de ir a la misión. Recuerdo que había una epidemia en nuestro pequeño pueblo de Whitney, Idaho. Los adultos podían ir a la reunión sacramental, pero se había pedido que a los niños se les dejara en casa para evitar que se contagiaran con la enfermedad.

Mi padre y mi madre se fueron a la reunión sacramental en un coche tirado por un caballo. Al terminar la reunión, el tendero abrió la tienda sólo unos minutos para que los agricultores del lugar fueran a buscar su correspondencia; lo hacía así porque la oficina de correos estaba en la tienda. Nadie compraba nada, sino que al hacerlo así, se ahorraban el tener que ir hasta allí el lunes. En aquel tiempo, no se repartía el correo a domicilio en los sectores rurales.

Mientras mi padre conducía el coche a casa, mi madre abrió la correspondencia y, para sorpresa de los dos, había allí una carta de la casilla postal *B* de Salt Lake City, o sea, un llamamiento para ir a la misión. En ese entonces, nadie le preguntaba a uno si estaba preparado para ir a la misión, si quería ir o si podía ir. El obispo tenía que saberlo, y el obispo era mi abuelo George T. Benson, el padre de mi padre.

Al entrar en el sendero que conducía a la casa, los dos lloraban, lo cual no habíamos visto nunca en nuestra familia. Los niños rodeamos el coche —éramos siete por aquel entonces— y les preguntamos qué ocurría.

Ellos dijeron:

—Todo anda bien.

—Pero, ¿por qué lloran? —les preguntamos.

—Vayamos a la sala y allí les explicaremos —nos dijeron.

Nos reunimos alrededor del viejo sofá de la sala y papá nos dijo de su llamamiento misional. Entonces, mamá dijo:

—Nos enorgullece saber que al padre de ustedes se le ha considerado digno de ir a la misión. Si hemos llorado un poco es porque estaremos dos años separados. Ustedes saben que su padre y yo nunca nos hemos separado más de dos noches seguidas desde que nos casamos y ello ha sido cuando ha ido a la montaña a buscar leña.

Y mi padre se fue a la misión. Aun cuando en aquella época yo no comprendía en toda su amplitud la intensidad de la dedicación de mi padre, ahora comprendo mejor que su pronta

aceptación de ese llamamiento fue evidencia de su gran fe. Todo poseedor del sacerdocio, ya sea joven o mayor, debe esforzarse por adquirir esa clase de fe.

Pedro sigue diciendo que debemos añadir a nuestra fe *virtud*. Un poseedor del sacerdocio es *virtuoso*. El ser virtuoso supone que sus pensamientos sean puros y sus acciones limpias. No mirará a una mujer para codiciarla en su corazón, porque hacerlo equivale a "negar la fe" y a perder el Espíritu (D. y C. 42:23) y, en esta obra, no hay nada más importante que el Espíritu. Me habéis oído decirlo muchas veces.

No cometerá adulterio ni hará "ninguna cosa semejante" (D. y C. 59:6); esto último significa fornicación, conducta homosexual, masturbación, abuso de un niño o cualquier otra perversión sexual. Eso significa que un joven honrará a las jovencitas y las tratará con respeto; que no haría nunca nada que las privara de lo que, como lo dice Mormón, es "lo . . . más caro y precioso que todas las cosas, que es la castidad y la virtud" (Moroni 9:9).

La virtud está emparentada con la santidad, una cualidad de la divinidad. Un poseedor del sacerdocio debe buscar lo que es virtuoso y bello y no lo que es bajo y sórdido. La virtud engalanará sus pensamientos incesantemente (véase D. y C. 121:45). ¿Podrá un hombre complacerse en la malignidad de la pornografía, de la blasfemia y la vulgaridad y considerarse totalmente virtuoso?

Cada vez que un poseedor del sacerdocio se separa del camino de la virtud en cualquier forma o expresión, pierde el Espíritu y cae en el poder de Satanás; y entonces recibe el salario de aquel a quien ha escogido servir. Como resultado, a veces la Iglesia debe tomar medidas correctivas, porque no podemos tolerar ni perdonar actos inmorales e impenitentes. Todos los poseedores del sacerdocio deben ser moralmente limpios para ser dignos de llevar la autoridad de Jesucristo.

El siguiente paso que menciona Pedro en el camino a la perfección es el de añadir *conocimiento* a nuestra fe y virtud. El Señor nos ha dicho que es "imposible que el hombre se salve en la ignorancia" (D. y C. 131:6). Otro mandamiento de Dios nos dice: "Buscad palabras de sabiduría de los mejores libros; buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe" (D. y C. 88:118). Todo poseedor del

sacerdocio debe hacer del aprendizaje una actividad de toda la vida. Si bien el estudio de toda verdad es valioso, las verdades de la salvación son las más importantes que cualquier persona puede aprender. La pregunta del Señor: "Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Mateo 16:26) se puede aplicar a la preparación académica al igual que a la búsqueda de bienes materiales. El Señor también pudo haber preguntado: "Porque ¿qué aprovechará al hombre, si aprendiere todo lo del mundo y no aprendiere a ganar su salvación?"

Tenemos que nivelar nuestro aprendizaje secular con el espiritual. Vosotros, los varones jóvenes, debéis poner tanto empeño en inscribiros en seminario para aprender las Escrituras como en aplicaros al estudio para graduaros de la escuela secundaria. Los jóvenes mayores que seguís una carrera universitaria u otros estudios superiores debierais aprovechar la oportunidad de tomar los cursos de los institutos de religión o, si concurrís a alguna escuela de la Iglesia, debierais tomar al menos un curso de religión por semestre o trimestre. Si unimos nuestra instrucción secular a la espiritual, conservaremos la mira en lo que más importa en esta vida. Aun cuando dirijo este mensaje a vosotros, los poseedores del sacerdocio, la misma admonición también se aplica a las hermanas de la Iglesia.

El presidente J. Reuben Clark, hijo, dijo de ese equilibrio ideal lo siguiente: "Hay aprendizaje espiritual y aprendizaje secular, y ninguno de los dos es completo sin el otro; sin embargo, en lo que a mí respecta, si tuviera que escoger uno de los dos, escogería el aprendizaje de las cosas del espíritu, puesto que en la existencia venidera, o sea, en las eternidades que han de venir, tendré la oportunidad de aprender de las otras cosas; pero si no aprendo en esta vida de las cosas espirituales, mis desventajas en la vida venidera serán casi abrumadoras" (en *Conference Report*, abril de 1934, pág. 94).

El presidente Spencer W. Kimball lo dijo de este modo: "Jóvenes, amados jóvenes, ¿os dais cuenta de por qué debemos dar el primer lugar al aprendizaje espiritual?, ¿de por qué debemos orar con fe y perfeccionar nuestra vida como la del Salvador? ¿Podéis ver que el conocimiento espiritual se complementa con el secular en esta vida y sigue por la eternidad, en tanto que el secular sin el fundamento del espiritual no es sino semejante a la espuma de la leche: una sombra efímera?

"¡No seáis engañados! No hace falta escoger uno u otro, sino tan sólo el orden de sucesión, porque se puede escoger aprender los dos simultáneamente; pero ¿comprendéis que es preciso dar atención de preferencia a los cursos de seminario más que a las asignaturas en la escuela secundaria, al instituto de religión más que a los cursos universitarios; al estudio de las Escrituras más que a los textos escritos por los hombres; que la asociación con la Iglesia es más importante que los clubes y las cofradías; que el pago del diezmo es más importante que el pago de matrículas y de cuotas de ingreso?

"¿Podéis ver que las ordenanzas del templo son más importantes que los doctorados y que cualquier otro título académico?" ("Beloved Youth, Study and Learn", *Life's Directions: A Series of Fireside Addresses*, Salt Lake City: Deseret Book Company, 1962, pág. 190.)

Una vez terminados nuestros estudios académicos, debemos hacer del estudio diario de las Escrituras una actividad de toda la vida. Lo que dije en el pasado abril a los líderes del sacerdocio también se aplica a todo poseedor del sacerdocio:

"A la voz de estos sabios e inspirados hermanos, sumo la mía y os digo que una de las cosas más importantes que podéis hacer como líderes del sacerdocio es compenetraros en las Escrituras. Escudriñadlas cuidadosamente. Alimentaos con la palabra de Cristo. Aprended la doctrina. Dominad los principios que se encuentran en ellas. Pocas son las cosas que producen mayor ganancia a vuestros llamamientos. Hay muy pocos medios más por los cuales podéis obtener mayor inspiración. . .

"[Debéis daros cuenta de] que el estudiar y escudriñar las Escrituras no es una carga impuesta por el Señor, sino que es una bendición y una oportunidad maravillosas." ("El poder de la palabra", *Liahona*, jul. de 1986, págs. 73–74.)

Otra cualidad que describió Pedro como parte de la naturaleza divina es el *dominio propio*. Un poseedor del sacerdocio tiene *dominio propio*, lo cual significa que reprime sus emociones y la expresión verbal de éstas; que actúa con moderación y no se excede en nada. En suma, tiene autodominio, es decir, que es amo de sus emociones y no esclavo de ellas.

El poseedor del sacerdocio que maldiga a su esposa, que la maltrate con palabras o con acciones, o que haga lo mismo con alguno de sus hijos es culpable de un serio pecado. "¿Podéis enojaros y no pecar?", preguntó el apóstol Pablo. (Véase Efesios 4:26.)

Si un hombre no domina su mal genio —triste es reconocerlo—, tampoco domina sus pensamientos. Entonces llega a ser víctima de sus propias pasiones y emociones, lo cual lo lleva a co-

meter actos indignos de un comportamiento civilizado, y mucho más indignos de un poseedor del sacerdocio.

El presidente David O. McKay dijo una vez: "Es muy probable que el hombre que no pueda dominar su mal carácter tampoco pueda dominar sus pasiones y, no importa qué profese en cuanto a religión, en la vida diaria se desenvuelve en un plano muy cercano al de los animales" (*Improvement Era*, jun. de 1958, pág. 407).

Al dominio propio tenemos que añadir la *paciencia*. Un poseedor del sacerdocio tiene que ser *paciente*. La paciencia es otra faceta del autodominio; es la capacidad de posponer la satisfacción y poner freno a las propias pasiones. En sus relaciones con sus seres queridos, el hombre paciente no incurre en un proceder impetuoso que después lamentará. La paciencia es conservar la calma en los momentos difíciles y de tensión nerviosa. El hombre paciente es comprensivo con las faltas de los demás.

El hombre paciente "espera a Jehová" (véase Isaías 8:17). A veces, leemos u oímos de personas que buscan recibir una bendición del Señor y que luego se vuelven impacientes al no recibir la bendición en seguida. Parte de la naturaleza divina es confiar en el Señor lo bastante para "consolarse y saber que El es Dios" (véase D. y C. 101:16).

El poseedor del sacerdocio que es paciente será tolerante con los errores y las debilidades de sus seres queridos. Por su amor por ellos, no los censurará ni los culpará.

Otra cualidad que menciona Pedro es la *piedad* o *bondad*. Un poseedor del sacerdocio es *piadoso, bondadoso*. El que es bondadoso es compasivo y benigno con los demás. Es considerado con los sentimientos de las demás personas y cortés en su proceder. Es servicial. La bondad perdona las flaquezas y las faltas de los demás. La bondad se proyecta a todos: al anciano y al joven, a los animales, y tanto a los ricos como a los pobres.

Esas son las verdaderas cualidades de la naturaleza divina. ¿Os dais cuenta de cómo nos vamos volviendo más parecidos a Cristo al ser más virtuosos, más bondadosos, más pacientes y al tener un mayor autodominio de nuestras emociones?

El apóstol Pablo empleó gráficas expresiones para ilustrar que un miembro de la Iglesia debe ser diferente del mundo. Nos instó a "revestirnos de Cristo" (Gálatas 3:27), a "despojarnos del viejo hombre y vestirnos del nuevo hombre" (Efesios 4:22, 24).

La última y principal virtud del carácter divino es el *amor*, la *caridad* o el amor puro de Cristo (véase Moroni 7: 47). Si de verdad procuráramos parecernos más a nuestro Salvador y Maestro, el aprender a amar como El ama debiera ser nuestra meta más elevada. Mormón dijo que la caridad "es mayor que todo" (Moroni 7:46).

El mundo de la actualidad habla muchísimo del amor y muchos lo buscan. Pero el amor puro de Cristo difiere considerablemente de lo que el mundo piensa que es el amor. La caridad nunca busca la satisfacción egoísta o lo suyo. El amor puro de Cristo busca únicamente el progreso y el regocijo eterno de los demás.

Cuando pienso en la caridad, otra vez pienso en mi padre y en aquel día cuando fue llamado a la misión. Me imagino que habrá algunos en el mundo que dirán que el hecho de que él hubiera aceptado ese llamamiento es prueba de que en realidad no tenía amor a su familia. Quizá digan: "Dejar en casa solos a siete hijos y a su esposa esperando el octavo durante dos años . . . ¿cómo puede eso ser amor verdadero?"

Pero mi padre tenía una visión mucho más amplia del amor. El sabía que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos 8: 28). El sabía que lo mejor que podía hacer por su familia era obedecer a Dios.

Aunque le echamos muchísimo de menos durante esos dos años, y aun cuando su ausencia significó un buen número de contratiempos para nuestra

familia, su aceptación del llamamiento probó ser una dádiva de amor puro. Mi padre se fue a la misión y dejó a mi madre en casa con siete hijos. (El octavo nació cuatro meses después que mi padre llegó al campo misional.) Pero llegó a nuestro hogar un espíritu de la obra misional que nunca se ha apartado de él. No fue sin algún sacrificio. Mi padre tuvo que vender unas tierras para pagarse la misión. Tuvo que llevar a un matrimonio a ocupar parte de nuestra casa para que cuidaran de los sembrados y dejó a sus hijos varones y a su esposa el deber de cuidar del cultivo del forraje, de las tierras de pastoreo y de algunas vacas lecheras.

Las cartas de mi padre eran una verdadera bendición para nuestra familia. A nosotros, los niños, nos parecía que venían del otro lado del mundo, pero sólo venían de Springfield y de Chicago, Illinois, y de Cedar Rapids y Marshalltown, Iowa [en los Estados Unidos]. Sí, llenó nuestro hogar, como resultado de la misión de mi Padre, un espíritu misional que nunca se ha alejado de él.

Después, la familia aumentó al número de once hijos: siete hijos y cuatro hijas. Los siete varones fuimos todos a la misión, algunos de ellos a dos o tres misiones. Después, dos de las hijas y sus respectivos esposos cumplieron misiones de dos años. Las otras dos hermanas, las dos viudas —una, madre de ocho hijos y la otra, de diez— fueron compañeras de misión en Birmingham, Inglaterra.

Es un legado que sigue bendiciendo a la familia Benson aun en la tercera y la cuarta generación. ¿No fue aquélla una verdadera dádiva de amor?

Eso es lo que nuestro Salvador quiere decir al hablar de la clase de hombres que hemos de ser. ¿No es acaso la propia vida de nuestro Salvador reflejo de perfecto esmero, de perfecta fe, de perfecta virtud? Para llegar a ser como El, nosotros también debemos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina.

Nuestro Salvador dijo que la vida eterna es conocer al único Dios verdadero y a su Hijo Jesucristo (véase Juan 17:3). Si eso es verdadero, y os doy mi testimonio solemne de que *es* verdadero, tenemos que preguntarnos cómo podemos llegar a conocer a Dios. El añadir una cualidad divina a la otra, como lo describió Pedro, es la clave para obtener el conocimiento que conduce a la vida eterna. Advertid la promesa que hace Pedro después de mencionar las diversas cualidades:

"Porque si estas cosas están en vosotros, *y abundan*, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo" (2 Pedro 1:8; cursiva agregada).

¡Ah!, mis amados hermanos, ruego que esas cualidades de nuestro Salvador abunden en nosotros a fin de que cuando comparezcamos ante El en el día del juicio, y nos pregunte, a cada uno: "¿Qué clase de hombre eres?", podamos levantar la cabeza con gratitud y regocijo y decir: "Aun como Tú eres". Es mi humilde oración por cada uno y por todos los poseedores del sacerdocio, en el nombre de Jesucristo. Amén.

A continuación, hermanos, quisiera leeros una declaración que acaba de ser aprobada por la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce:

"De conformidad con las necesidades derivadas del crecimiento de la Iglesia en todo el mundo, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles han estudiado con oración la función de los quórumes de setentas de estaca en la Iglesia y, con respecto a éstos, han resuelto tomar las siguientes medidas:

"1. Se disolverán los quórumes de setentas de las estacas de la Iglesia y a los hermanos que al presente sirvan de setentas en dichos quórumes se les pedirá que vuelvan a formar parte de los quórumes de élderes de sus respectivos barrios. Los presidentes de estaca, en forma ordenada, podrán determinar entonces quiénes de esos hermanos deben ser ordenados en el oficio de sumo sacerdote.

"Este cambio no afecta al Primer Quórum de los Setenta, cuyos miembros son todos Autoridades Generales de la Iglesia.

"2. Es preciso destacar particularmente en las misiones de estaca la importancia de colaborar con los misioneros proselitistas regulares en la tarea de encontrar personas interesadas, brindarles amistad y luego hermanarlas, como asimismo fomentar la participación de los miembros en todas las actividades misionales. Un élder o un sumo sacerdote que tenga interés en la obra misional será llamado en calidad de presidente de la misión de estaca y sus consejeros se escogerán de entre los élderes o los sumos sacerdotes.

"Por medio de una carta de la Primera Presidencia a los líderes locales del sacerdocio, se proporcionarán instrucciones más detalladas con respecto a este anuncio.

"En esta ocasión, encomiamos a todos los hermanos que han servido tanto en el pasado como en el presente en los quórumes de setentas de las estacas de la Iglesia y que con tanta eficacia y buena disposición han dado de su tiempo, talentos y medios para dar a conocer el evangelio de Jesucristo."

AUTORIDADES DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ULTIMOS DIAS

LA PRIMERA PRESIDENCIA

Presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero

Presidente Ezra Taft Benson

Presidente Thomas S. Monson
Segundo Consejero

EL QUORUM DE LOS DOCE APOSTOLES

Marion G. Romney

Howard W. Hunter

Boyd K. Packer

Marvin J. Ashton

L. Tom Perry

David B. Haight

James E. Faust

Neal A. Maxwell

Russell M. Nelson

Dallin H. Oaks

M. Russell Ballard

Joseph B. Wirthlin

LA PRESIDENCIA DEL PRIMER QUORUM DE LOS SETENTA

Dean L. Larsen

Richard G. Scott

Marion D. Hanks

Wm. Grant Bangerter

Jack H. Goaslind

Robert L. Backman

Hugh W. Pinnock

Dean L. Larsen | Richard G. Scott | Marion D. Hanks | Wm. Grant Bangerter | Jack H. Goaslind | Robert L. Backman | Hugh W. Pinnock

OTROS MIEMBROS DEL PRIMER QUORUM DE LOS SETENTA

A. Theodore Tuttle

Franklin D. Richards

Theodore M. Burton

Paul H. Dunn

Hartman Rector, Jr.

Loren C. Dunn

Robert L. Simpson

Rex D. Pinegar

J. Thomas Fyans

Adney Y. Komatsu

Gene R. Cook

Charles Didier

William R. Bradford

George P. Lee

Carlos E. Asay

John H. Groberg

Jacob de Jager

Vaughn J. Featherstone

Royden G. Derrick

Robert E. Wells

James M. Paramore

F. Enzio Busche

Yoshihiko Kikuchi

Ronald E. Poelman

Derek A. Cuthbert

Rex C. Reeve

F. Burton Howard

Ted E. Brewerton

Angel Abrea

John K. Carmack

Russell C. Taylor

Robert B. Harbertson

Devere Harris

Spencer H. Osborn

Philip T. Sonntag

John Sonnenberg

F. Arthur Kay

Keith W. Wilcox

Victor L. Brown

H. Burke Peterson

J. Richard Clarke

Hans B. Ringger

Waldo P. Call

Helio R. Camargo

H. Verlan Andersen

George I. Cannon

Francis M. Gibbons

Gardner H. Russell

EL OBISPADO PRESIDENTE

Henry B. Eyring
Primer Consejero

Robert D. Hales
Obispo Presidente

Glenn L. Pace
Segundo Consejero

AUTORIDADES GENERALES EMERITAS

Patriarca

Eldred G. Smith

Miembros del Primer Quórum de los Setenta

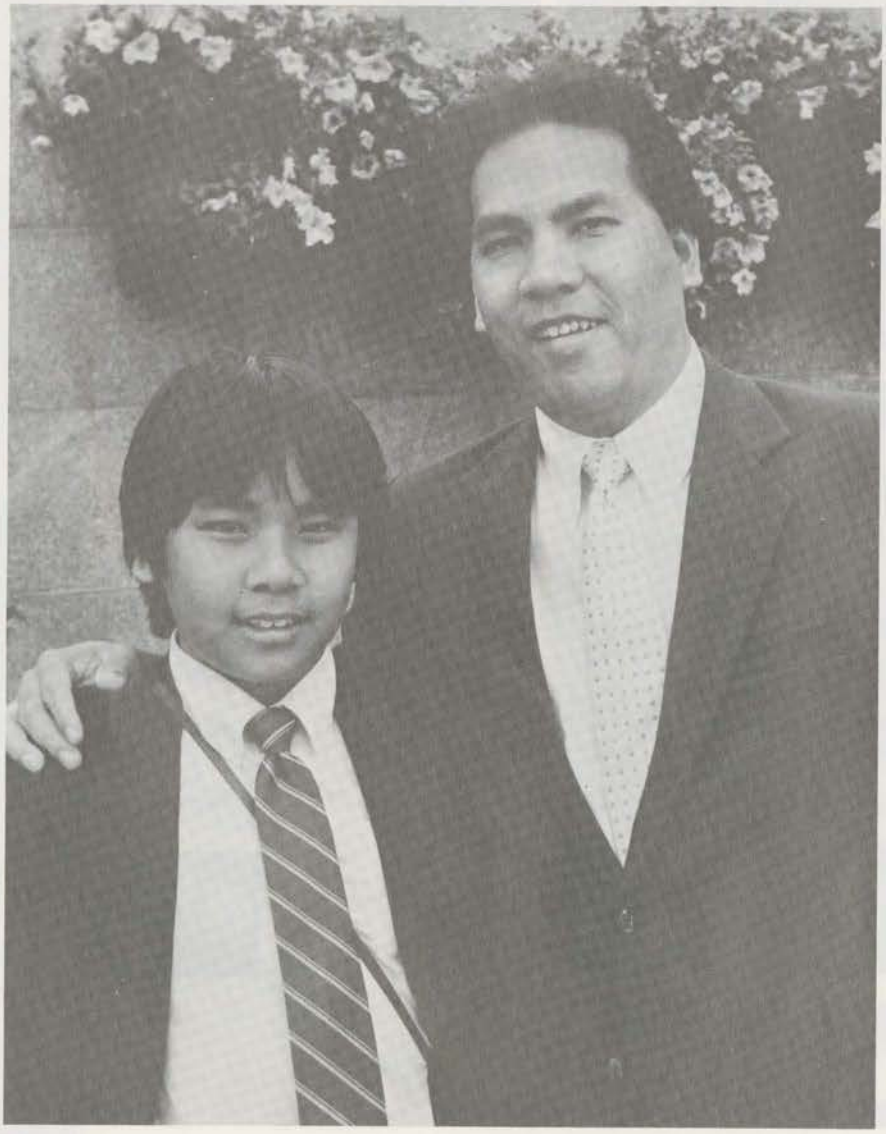
Sterling W. Sill

Henry D. Taylor

Bernard P. Brockbank

Joseph Anderson

John H. Vandenberg



SESION DEL DOMINGO POR LA MAÑANA 5 de octubre de 1986

LA DOCTRINA FUNDAMENTAL DE LA IGLESIA

presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero en la Primera Presidencia

"Están unidos a fin de llevar a cabo el grandioso y divino plan para la salvación y exaltación de los hijos de Dios."

Mis hermanos, he elegido para mi discurso un tema que es muy conocido para todos nosotros. Es el primero de nuestros Artículos de Fe, que expresa la doctrina fundamental de nuestra religión. Es muy significativo el hecho de que, al establecer los elementos principales de nuestra doctrina, el profeta José Smith pusiera éste en primer lugar.

"Nosotros creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo."

La preeminencia que se ha dado a esta declaración está de acuerdo con otra declaración que el Profeta hizo:

"Conocer con certeza el carácter de Dios es el primer principio del evangelio." (*History of the Church*, 6:305.)

Estas declaraciones sumamente importantes y globales están en armonía con las palabras del Señor en su grandiosa oración intercesora:

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado." (Juan 17:3.)

El otro día me entregaron un folleto, escrito por un crítico y enemigo de la Iglesia cuyo deseo es minar la fe de los débiles y los indoctos. En él se repiten las mismas falsedades que se han repetido durante un siglo o más, y se pretende establecer lo que creemos nosotros, los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días.

Sin ningún deseo de argüir con nuestros camaradas que profesan otras religiones, a muchos de los cuales conozco y tengo en alta estima, en esta ocasión quiero dejar clara mi posición con respecto a éste, el tema teológico más importante de todos.

Creo sin ninguna duda ni reserva en Dios, el Eterno Padre. El es mi Padre, el Padre de mi espíritu y progenitor del espíritu de todo ser humano; es el gran Creador, el que gobierna el universo; El dirigió la creación de esta tierra en la que vivimos; el hombre fue creado a Su imagen. El es una persona, es real, es un ser individual, y "tiene un cuerpo de carne y huesos, tangible como el del hombre" (D. y C. 130:22).

En el relato de la creación de la tierra "dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza" (Génesis 1:26).

¿Puede haber una forma de expresión más explícita? ¿Acaso disminuye a Dios, como algunos quieren hacernos creer, el haber creado al hombre a su misma imagen? Más bien, debería infundir en el corazón de los seres humanos un mayor aprecio por sí mismos, al saberse hijos de Dios. Las siguientes palabras de Pablo a los corintios se aplican a nosotros tanto como a aquellos a quienes él las dirigió:

"¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

"Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es." (1 Corintios 3:16–17.)

Recuerdo una ocasión, hace más de cincuenta años, en que siendo misionero me encontraba hablando en una reunión al aire libre, en el parque Hyde, en Londres, cuando un agitador me interrumpió para decir: "¿Por qué no se limita a la doctrina de la Biblia, que en Juan (4:24) dice: 'Dios es Espíritu'?"

Abrí la Biblia en el pasaje que él había citado y le leí todo el versículo, que dice:

"Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren."

Y agregué: "Por supuesto que Dios es un espíritu, y también lo es usted en la combinación de espíritu y cuerpo que lo hace un ser humano; y también lo soy yo."

Cada uno de nosotros es un ser dual, con una entidad espiritual y otra física. Todos conocemos la realidad de la muerte cuando el cuerpo deja de existir; también sabemos que el espíritu continúa viviendo como entidad individual y que, en algún momento, por el divino plan que se hizo posible gracias al sacrificio del Hijo de Dios, volverán a reunirse el cuerpo y el espíritu. La declaración de Jesús diciendo que Dios es un espíritu no niega que El tiene un cuerpo, así como la declaración de que yo soy un espíritu tampoco niega que tengo un cuerpo. No pretendo comparar mi cuerpo con el del Padre en su refinamiento, su capacidad, su hermosura y su fulgor. El cuerpo de El es eterno; el mío es mortal. Pero el saber esto sólo aumenta la reverencia que siento por El. Lo adoro "en espíritu y en verdad"; busco en El mi fortaleza; oro a El para pedirle más sabiduría de la que tengo como ser humano. Trato de amarlo con todo mi corazón, mi fuerza, mi mente y mi alma. Su sabiduría es mayor que la de todos los seres humanos juntos; su

poder es mayor que el de la naturaleza, porque El es el Creador Omnipotente; su amor es más grande que cualquier otro amor, porque abarca a todos sus hijos, y su obra y su gloria es llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna de sus hijos e hijas de todas las generaciones (véase Moisés 1:39).

"De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." (Juan 3:16.)

Este es el Todopoderoso ante quien me pongo con reverencia y asombro; a El es a quien miro con amor y temblor; a El adoro y rindo honor y alabanzas y gloria. El es mi Padre Celestial, y me ha invitado a acercármele en oración para hablarle, con la promesa segura de que me escuchará y me responderá.

A El le doy gracias por la luz, el conocimiento y la comprensión que ha derramado sobre sus hijos; le doy gracias por su voz, que ha hablado la verdad eterna con majestad y promesa; le agradezco la revelación de sí mismo, que se encuentra registrada en el Antiguo Testamento, y su declaración, que aparece en el Nuevo Testamento, al ser bautizado su Hijo Amado en las aguas del Jordán, cuando se oyó su voz, diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mateo 3:17).

Le agradezco que haya hecho una declaración similar en el Monte de la Transfiguración, al hablar otra vez a Jesús y sus Apóstoles, y a los ángeles, cuando "seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto;

"y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.

"Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él.

"Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías.

"Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd." (Mateo 17:1–6.)

Le agradezco aquella voz que se oyó otra vez, la voz de Dios, cuando presentó al Señor resucitado a la gente de este continente, declarando: "He aquí a mi Hijo Amado, en quien me complazco, en quien he glorificado mi nombre" (3 Nefi 11:7).

Siento asombro y reverencia y gratitud por su aparición en esta dispensación, cuando, al presentar al Señor resucitado a aquel que lo había buscado por medio de la oración, el Padre manifestó: "Este es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!" (José Smith—Historia 17).

Creo en el Señor Jesucristo, el Hijo del Padre Eterno y viviente; creo que es el Primogénito de Dios y su Unigénito en la carne; creo que es una persona, completamente separada de su Padre en la carne. Creo en las palabras de Juan, que abrió su registro con esta majestuosa declaración:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

"Este era en el principio con Dios...

"Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." (Juan 1:1–2, 14.)

Creo que El nació de María, del linaje de David, siendo el Mesías prometido, que en todo sentido fue engendrado por el Padre, y que su nacimiento dio cumplimiento a la grandiosa declaración profética de Isaías:

"Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz." (Isaías 9:6.)

Creo que en su ministerio mortal El fue el único hombre perfecto que anduvo sobre esta tierra. Creo que en sus palabras se puede encontrar esa luz y verdad que, si se las siguiera, salvarían al mundo y traerían la exaltación al género humano. Creo que en su sacerdocio descansa la autoridad divina, el poder para bendecir, para sanar, para gobernar los asuntos terrenales de Dios; el poder para atar en los cielos lo que se ata en la tierra.

Creo que, por medio de su sacrificio expiatorio y de la ofrenda de su vida en el Calvario, El expió los pecados del género humano, aliviándonos de la carga del pecado si abandonamos el mal y lo seguimos. Creo en la realidad y en el poder de su Resurrección. Creo en la gracia de Dios, manifestada en el sacrificio y la redención de su Hijo, y que por medio de la Expiación, sin que tengamos que poner lo más mínimo de nuestra parte, a todos se nos ofrece la dádiva de la resurrección de los muertos. Creo que por medio de ese sacrificio se extiende a todo hombre y mujer, a cada uno de los hijos de Dios, la oportunidad de lograr la vida eterna y la exaltación en el reino de nuestro Padre, si escuchamos y obedecemos sus mandamientos.

Ninguno tan grande como El ha andado por la tierra; ningún otro ha hecho un sacrificio comparable, ni ha concedido una bendición semejante. El es el Salvador y el Redentor del mundo. Creo en El, y declaro su divinidad sin dudas ni transigencias. Lo amo, y pronuncio su nombre con reverencia y admiración, y lo adoro como adoro al Padre, "en espíritu y en verdad". Le expreso mi gratitud y me arrodillo ante sus pies y sus manos y su costado heridos, maravillado por el amor que El me ofrece.

Gracias sean dadas a Dios por su Amado Hijo, que hace ya mucho tiempo se acercó y nos dijo a cada uno de nosotros:

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

"Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas;

"porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga." (Mateo 11:28–30.)

El vive, y es las primicias de la Resurrección. Sé que está vivo hoy con tanta realidad, con tanta certeza y en forma tan individual como lo estuvo cuando, siendo ya el Señor resucitado, llamó a sus desanimados discípulos y les dijo: "Venid, comed ... y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado" (Juan 21:12–13).

Las Escrituras nos hablan de otros a quienes se mostró y con quienes habló como Hijo de Dios resucitado y viviente.

También en esta dispensación El ha aparecido, y aquellos que lo vieron declararon:

"Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive!

"Porque lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre;

"que por él, por medio de él y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas para Dios." (D. y C. 76:22–24.)

Este es el Cristo en quien creo y

La Primera Presidencia saluda a miembros del Quórum de los Doce en la reunión general de mujeres.

de quien testifico.

Mi conocimiento viene de las palabras de las Escrituras, y mi testimonio lo he recibido por el poder del Espíritu Santo. Es un don, sagrado y maravilloso, nacido de la revelación de ese tercer miembro de la Trinidad. Y creo en el Espíritu Santo, en que es un personaje de espíritu, que ocupa su lugar con el Padre y el Hijo, formando los tres lo que conocemos como la divina Trinidad.

La importancia del lugar que ocupa es muy clara en las palabras del Señor, cuando dijo:

"Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada.

"A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero." (Mateo 12:31–32.)

Por una conversación que tuvo lugar entre Pedro y Ananías, cuando éste se guardó una parte del precio recibido de la venta de un terreno, es evidente que el Espíritu Santo se reconocía en aquellos tiempos como miembro de la Trinidad:

"Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo. . .?

". . . No has mentido a los hombres, sino a Dios." (Hechos 5:3, 4.)

El Espíritu Santo es el tercer miembro de la Trinidad, el Consolador que el Salvador prometió, y que enseñaría a Sus discípulos todas las cosas, y les recordaría todas las cosas, todo lo que El les había dicho. (Véase Juan 14:26.)

El Espíritu Santo es el testificador de la verdad, el que puede enseñar a los seres humanos cosas que ellos no pueden enseñarse mutuamente. En las maravillosas palabras de Moroni, se promete un conocimiento de la veracidad del Libro de Mormón "por el poder del

Espíritu Santo''. Y luego Moroni declara: ''Y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas'' (Moroni 10:4–5).

Yo creo que este poder, este don, está disponible para nosotros en la actualidad.

Así que, mis queridos hermanos, creo en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo.

Fui bautizado en el nombre de los tres, y casado en el nombre de los tres, y no tengo ninguna duda con respecto a su existencia e individualidad. Esta individualidad se hizo evidente cuando Jesús fue bautizado por Juan en el Jordán. En el agua estaba el Hijo de Dios; la voz de su Padre se dejó oír declarando que aquél era su Hijo, y el Espíritu Santo se manifestó ''como paloma'' sobre El (véase Mateo 3:16–17).

Sé que Jesús dijo que aquellos que lo habían visto a El habían visto al Padre. ¿No se puede decir lo mismo de muchos hijos que son iguales a su progenitor? Cuando Jesús oró a su Padre, ¡por supuesto no podía estar dirigiéndose a sí mismo!

Ellos son seres individuales, pero son uno en propósito y en obra. Están unidos a fin de llevar a cabo el grandioso y divino plan para la salvación y exaltación de los hijos de Dios.

En su maravillosa y conmovedora oración en Getsemaní, antes de la traición, Cristo suplicó a su Padre por los Apóstoles, a quienes tanto amaba, diciendo:

''Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos,

''para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros.'' (Juan 17:20–21.)

Esta perfecta unidad entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es lo que liga a estos tres personajes en la unidad de la divina Trinidad.

Y, milagro de milagros y maravilla de maravillas, están interesados en nosotros y nuestro bienestar es su principal preocupación. Ellos están a nuestra disposición. Llegamos hasta el Padre por medio del Hijo; El es nuestro intercesor ante el trono de Dios. ¡Qué maravilloso es poder hablar con el Padre en el nombre de su Hijo!

Doy testimonio de estas verdades, grandiosas y trascendentales. Y lo hago por el don y el poder del Espíritu Santo, y en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

"DIOS AÚN REVELARÁ"

élder Neal A. Maxwell
del Quórum de los Doce Apóstoles

''Las revelaciones futuras contendrán asombrosos acontecimientos así como grandes e importantes verdades.''

Las Santas Escrituras representan la memoria espiritual de la humanidad; y cuando la relación entre el hombre y las Escrituras se corta, los mortales se ven trágicamente privados de una percepción de historia espiritual, lo que ciega los ojos de la fe. Así despojados de su identidad verdadera, tienen piernas, pero cada uno sigue su propia senda; sus brazos son codiciosos, pero no abrazan los verdaderos valores de la vida; sus oídos funcionan, pero ya no escuchan la palabra del Señor. Y, aunque creados a la imagen de Dios, los que son así cortados pronto olvidan a su Creador. No es de sorprender:

''Porque ¿cómo conoce un hombre al amo a quien no ha servido, que es un extraño para él, y se halla lejos de los pensamientos y de las intenciones de su corazón?'' (Mosíah 5:13.)

En contraste, uno de los rasgos exclusivos de la Iglesia de Jesucristo es su conjunto siempre creciente de fundamental conocimiento espiritual sobre la identidad y el propósito del hombre, lo cual ensancha ''la memoria de su pueblo'' (Alma 37:8). De hecho, nuestro noveno Artículo de Fe declara que ''Dios . . . aún revelará muchos grandes e importantes asuntos pertenecientes [a su] reino''. Así nutridos con alimento que combina la antigüedad con el futuro, el ánimo de los miembros de la Iglesia no tiene por qué desmayar (véase Hebreos 12:3) sino que podemos vibrar intelectualmente.

Entre los tesoros que no han aparecido aún hay libros perdidos; las Escrituras actuales mencionan más de veinte de éstos; y quizás más asombrosos y mayores sean los registros de las tribus perdidas de Israel (véase 2 Nefi 29:13). Ni siquiera sabríamos del tercer testamento de Cristo si no fuera por el valioso Libro de Mormón, el segundo testamento de Cristo. Cuando aparezca este tercer conjunto de registros sagrados, completará una tríada de la verdad. Entonces, como lo dijo el Perfecto Pastor: ''Y mi palabra se reunirá también en una'' (vers. 14). ''Y habrá un redil y un pastor'' (1 Nefi 22:25) en una ''unión entera'' de todas las dispensaciones cristianas de la historia humana. (Véase D. y C. 128:18.)

Aunque en el pasado a veces los profetas tenían que hacer conjeturas, como Moroni supuso que los judíos poseían también un registro de la Creación desde Adán (véase Eter 1:3), la nuestra, en cambio, es una época de plenitud, incluso de ''cosas que jamás se han revelado desde la fundación del mundo'' (D. y C. 128:18). Más aún, ''vendrá el día en que las palabras del libro, que fueron selladas, se leerán desde los techos de las casas; y serán leídas por el poder de Cristo, y se revelarán a los hijos de los hombres todas las cosas habidas entre ellos jamás, y cuantas habrá jamás hasta el fin de la tierra'' (2 Nefi 27:11; véase también 2 Nefi 30:16, 18; Eter 4:7; D. y C. 101:32; 121:28).

Por eso, así como habrá muchos más miembros, familias, barrios, estacas y templos de la Iglesia, con el tiem-

po, también habrá más Escrituras para nutrirnos e inspirarnos. No obstante, primero debemos deleitarnos con rectitud en lo que ya tenemos.

Sin esta preciosa perspectiva espiritual, la familia humana difícilmente puede pasar más de una generación sin caer en profundas dudas, y aun en la incredulidad.

Lamán y Lemuel dudaron y protestaron porque, según Nefi, "no conocían los hechos de aquel Dios que los había creado" (1 Nefi 2:12); eran ignorantes, como el olvidadizo Israel: "Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel" (Jueces 2:10; véase también Deuteronomio 32:6; Mosíah 10:14).

Si la gente permanece mucho tiempo sin las verdades del plan de salvación de Dios, algunos "ni siquiera las creen cuando se las enseñan" (Mosíah 1:5). Una "nueva generación" ignorante no cree entonces "tocante a la resurrección . . . ni tampoco . . . a la venida de Cristo" (Mosíah 26:1–2). Por lo general, las creencias en la Deidad y en la resurrección son las primeras en desaparecer: "No habían llevado anales consigo, y negaban la existencia de su Creador" (Omni 17).

Nuestro amoroso Padre está siempre deseoso de disipar esa ignorancia:

"Y después que Dios hubo dispuesto que estas cosas sobrevinieran a los hombres, he aquí, vio entonces que era necesario que éstos supieran acerca de las cosas que él les había señalado;

"por tanto, envió ángeles para conversar con ellos, los cuales causaron que los hombres contemplaran la gloria de Dios.

"Y de allí en adelante empezaron los hombres a invocar su nombre; por tanto, Dios conversó con ellos y les hizo saber del plan de redención que se había preparado desde la fundación del mundo; y esto él les manifestó según su fe y arrepentimiento y sus obras santas." (Alma 12:28–30.)

El mensaje es constante y siempre pertinente:

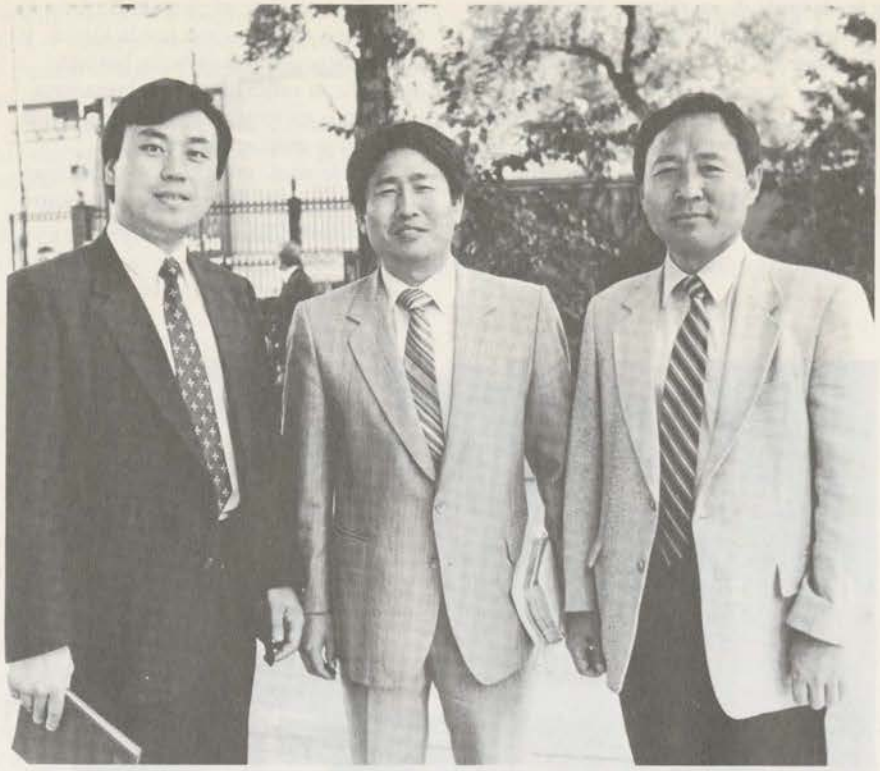
"¿No es tan necesario que el plan de redención se dé a conocer a este pueblo, así como a sus hijos?

"¿No le es tan fácil al Señor enviar a su ángel en esta época para declarar estas gozosas nuevas, tanto a nosotros como a nuestros hijos, como lo será después del tiempo de su venida?" (Alma 39:18–19.)

Los mortales de hoy, nacidos mucho después de su primera venida, por cierto necesitan conocer el plan que da un concepto completo "de nuestra condición y verdadera relación con Dios". El profeta José Smith dijo también que este tema debería estudiarse "más que cualquier otro . . . de día y de noche". (*Enseñanzas del profeta José Smith*, págs. 399–400.)

Sin embargo, el plan de Dios no debe tratar de deducirse por la lógica, y la experiencia humana no es bastante profunda ni suficientemente larga para ilustrarnos en forma adecuada, sino que se requiere revelación de Dios.

"¡He aquí, grandes y maravillosas son las obras del Señor! ¡Cuán inescrutables son las profundidades de sus



misterios; y es imposible que el hombre pueda descubrir todos sus caminos! Y nadie hay que conozca sus sendas a menos que le sean reveladas; por tanto, no despreciéis, hermanos, las revelaciones de Dios.'' (Jacob 4:8.)

¿De qué otra manera podríamos saber la verdad sobre quiénes somos, éramos y seremos? (Véase Jacob 4:13; D. y C. 93:24.) Sin una verdadera identidad, no puede haber verdadera felicidad.

Por lo tanto, los ángeles y profetas son características en el proceso de la revelación (véase Alma 12:28–29).

En la última parte de su vida, José Smith habló varias veces de los catorce años que había experimentado de intensa revelación, incluso de visitaciones angélicas. (Véase *Enseñanzas del profeta José Smith*, pág. 432.)

Las Escrituras de la Restauración, centradas en el Mesías, expanden considerablemente la memoria espiritual de la humanidad y nos enseñan concerniente al plan de Dios desde la fundación del mundo. La Restauración nos ha traído extensos discursos sobre el plan de Dios con el rescate del Redentor, como los de Moisés, Abinadí, Eter, Alma, Ammón y Aarón (véase Mosíah 13:33–35; Eter 13:2–4; Alma 12:30–33; 18:36–39; 22:12–14). Todos responden a la pregunta retórica de un profeta que dijo: ''¿Por qué no hablar de la expiación de Cristo?'' (Jacob 4:12). Hermanos, dado que el principal interés del hombre es su salvación, ¿podríamos tratar acaso otro tema más importante que ese?

El que escudriñe de verdad las Escrituras sin duda verá que éstas testifican de Cristo (véase Juan 5:39). También verá lo relacionadas que están y cómo se apoyan unas a otras. Si hay quienes no lo ven, será porque [van tras ellas] no por fe (véase Romanos 9:32), sino que, en cambio, las contemplaron perplejos con los ojos cegados por el escepticismo. Dijo Jesús a los incrédulos:

''Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él.

''Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?'' (Juan 5:46–47.)

Los que no comprendieron ni creyeron *aquello* que Moisés escribió, tampoco creyeron *esto* que Jesús les dijo. Este hecho subraya las importantes palabras de Mormón sobre la relación que hay entre el registro bíblico y el Libro de Mormón:

''Porque he aquí, se escriben *éstos* con el fin de que creáis en *aquéllos*; y si creéis en *aquéllos*, también creeréis en *éstos*.''

Las Escrituras, que se apoyan mutuamente, proveen la perspectiva histórica tan necesaria: ''concerniente a vuestros padres, y también las obras maravillosas que se efectuaron entre ellos por el poder de Dios''. (Mormón 7:9; cursiva agregada.)

Muchos pasajes de las Escrituras nos dicen vitales verdades sobre las ''tiernas misericordias'' de Dios (1 Nefi 1:20; Eter 6:12; véase también Lucas 1:78) y sus tratos con nuestros antecesores. Lo que es pasado no es más que un prólogo, de ahí que Dios, siendo omnividente, deseoso de salvar al hombre inconstante y miope, no tiene interés en nuestra adulación retroactiva sino en evitar nuestra ruina futura.

Ese es el motivo por el cual aprendemos en las Escrituras sobre Sus planes para el hombre en este planeta. Por Isaías El nos hace saber que formó la tierra ''para que fuese habitada'' (Isaías 45:18). Por medio de Moisés describió Su propósito: ''Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre'' (Moisés 1:39). Más aún, contemplando los cielos y las galaxias, los que tienen ojos para ver verán ''a Dios obrando en su majestad y poder'' (D. y C. 88:47).

Nos encontramos rodeados de un universo planificado y vivimos en un planeta con un propósito; y estas verdades describen ''las cosas como realmente son'' (Jacob 4:13). ¡No es de sorprender que el evangelio sea gloriosas nuevas!

Si hay una generación que necesite esta preciosa perspectiva, es la nuestra, apartada del Señor; si hay una generación que necesite que la salven de sí misma, es la nuestra. Sin duda, estas necesidades se intensificarán al debatirse sin esperanzas las acosadas y perplejas naciones de la tierra, en ''angustia'' y ''confundidas'', como lo predijo Jesús. (Véase Lucas 21:25.)

En realidad, malentendemos y empleamos erróneamente la vida, pero la clara y preciosa perspectiva del evangelio pone lo mundano en sus correspondientes lugares de menor importancia; entonces es cuando en esta etapa mortal podemos ver las cosas tal como son, cosas como la exigente melodía del mundo. Al igual que los rituales extraños de los animales, que son divertidos para cualquiera menos para los participantes, estas manipulaciones de materialismo serían cómicas si no fueran

trágicas. También lo son las ambiciones de poder y la sed por la gloria del mundo; sus tácticas resultan transparentes cuando se ven a la luz del evangelio.

No obstante, ¿por qué aún los discípulos fieles sienten las vías del mundo tan insistente y constantemente? ¿Será porque en nuestro pasado premortal admiramos al Padre y contemplamos su gloria, y ahora se la envidiamos subconscientemente? Pero, si de veras deseamos tomar parte en Su reino, ¿por qué resistimos lo que las revelaciones nos dicen acerca del requerido aprendizaje preparatorio y de los riesgos del poder injusto? El poder supremo de Dios es seguro, porque El posee amor, justicia, misericordia y conocimiento supremos. Y nosotros no podemos participar de su poder sin participar de sus atributos.

Quizás digamos: ¿No tenemos acaso sus genes espirituales? Sí, mas no su dulzura. ¿Y no somos su linaje espiritual? Sí, pero no poseemos su capacidad para amar. ¡Indudablemente le pertenecemos! Por supuesto, pero no podemos volver a entrar en su hogar hasta que nuestra conducta nos haga sentir cómodos allí.

No es de extrañar que los profetas repitan una y otra vez sus advertencias. Después de todo, si antes de morir se nos permitiera escribir sólo unas líneas a los amigos y la posteridad, llegarían a ser artículos de primera plana; a veces lo que resulta es casi un grito de advertencia, particularmente si los escuchas permanecen sordos a la voz apacible y delicada. (Véase Jacob 6:8–13; Moroni 10:27–34.)

Además, los profetas, que son los principales autores de nuestra memoria espiritual, no sólo vieron su propia época sino la nuestra; ellos se han comunicado con nosotros como si estuviéramos presentes, pues "he aquí, Jesucristo me os ha mostrado, y conozco vuestras obras" (Mormón 8:35).

No es de extrañar que el profeta José Smith, en sus últimas palabras de testimonio en la cárcel de Carthage, la noche antes de morir, diera "fuerte testimonio a sus guardias de la autenticidad divina del Libro de Mormón, la restauración del evangelio, la ministración de ángeles" (*Enseñanzas del profeta José Smith*, pág. 487; véase también Alma 9:21; 12:29; 19:34).

Sin los profetas, sin las Escrituras, ¿de qué otra manera sabríamos del plan de redención de Dios para el hombre? (Véase Alma 12:28–30.)

Cuando las escudriñamos, las verdades de las Escrituras sobre el plan de salvación son electrizantes y apaciguadoras al mismo tiempo. Cuando se meditan con gratitud, llevan a expresiones líricas como las del profeta José Smith, en 1842:

"Y además, ¿qué oímos? ¡Alegres nuevas de Cumora! Moroni, un ángel de los cielos, declarando el cumplimiento de los profetas: el libro que había de ser revelado. ¡La voz del Señor en el yermo . . . declarando a los tres testigos que dieran testimonio del libro! ¡La voz de Miguel, en las riberas del Susquehanna . . . La voz de Pedro, Santiago y Juan en el yermo despoblado . . . declarando que poseían las llaves del reino y de la dispensación del cumplimiento de los tiempos!" (D. y C. 128:20.)

Las revelaciones futuras, mis hermanos, contendrán asombrosos acontecimientos así como grandes e importantes verdades. Tanto es así, que el jubiloso cántico de Moisés y el pueblo de Israel después de cruzar a salvo el Mar Rojo (véase Exodo 15) y la letanía del profeta José Smith del año 1842 cederán ante el júbilo de todos los acontecimientos gloriosos que sucederán cuando Cristo venga en su majestad y poder.

El valle de Adán–ondi–Ahman resonará de nuevo, esta vez con los ecos de una reunión de las dispensaciones y el fulgor de una congregación (véanse Daniel 7:13–14; D. y C. 107:53–57; 116:1). Los que son de la ciudad de Enoc recibirán a los de la Nueva Sión con abrazos y besos santos entre lágrimas de regocijo (véase Moisés 7:62–63). Los montes temblarán ante la presencia de las tribus perdidas, y se derretirán corazones, como el hielo, cuando vengan "llenos de cantos de gozo sempiterno" (véase D. y C. 133:26–33).

Y todo ocurrirá bajo la dirección de "nuestro gran Redentor . . . del mundo Rey y Señor". Por eso, "clamad con gran gozo, oh hijos de Dios . . . vislumbra la gran redención" (*Himnos de Sión*, No. 135). En el nombre de Jesucristo. Amén.

El élder L. Tom Perry, del Quórum de los Doce, felicita al miembro más nuevo de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta, el élder Hugh W. Pinnock.

TIRANDO DE LA RED DEL EVANGELIO

élder Joseph B. Wirthlin
del Quórum de los Doce Apóstoles

"La misión que tenemos es poner las manos en la red y ayudar a pescar a miles de buenos hombres y mujeres que están buscando la verdad."

Mis amados hermanos y hermanas, con toda humildad y gratitud solicito vuestras oraciones y fe en esta importante, humilde y sagrada asignación que se me ha otorgado. A nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y al presidente Ezra Taft Benson, nuestro Profeta, Vidente y Revelador, les prometo que haré lo mejor, que haré todo lo que pueda para edificar el reino de Dios sobre la tierra.

El viernes pasado, al salir de la oficina del presidente Benson, estaba profundamente sorprendido y conmovido, y aún lo estoy, y supongo que este sentimiento me acompañará por muchos años; sin embargo, haré lo mejor posible en todas las asignaciones que reciba.

Rindo homenaje a mi querido padre terrenal, quien me enseñó humildad, diligencia, honradez, confianza, amor por la constitución de nuestro querido país, reverencia y honor hacia los siervos escogidos de Dios y especialmente a nuestro profeta.

A mi madre, quien tuvo una visión de la eternidad varias noches antes de fallecer, también le rindo tributo, primero por haberme dado la vida y luego por las importantes lecciones que me enseñó. Ella nunca permitió una realización mediocre y se aseguró de que no tomáramos demasiado tiempo para cumplir con nuestras obligaciones.

También rindo tributo a mi amada esposa, Elisa, quien estoy seguro se parece a Rebeca de la antigüedad. Si ella hubiera sido una pionera, quizá tirando de un carro de mano desde Nueva York, probablemente habría sido una de las primeras en llegar. Me ha apoyado siempre en mi servicio en la Iglesia y ha criado a nuestros hijos en verdad y rectitud.

A nuestros ocho hijos, siete maravillosas hijas y un noble varón, quién se llevó muy bien con sus hermanas, los quiero reconocer también. Cada uno de ellos ha sellado su matrimonio en el templo.

A mis colegas con quienes he servido a través de los años, les agradezco por lo que me han apoyado y ayudado para ser un mejor siervo. Son demasiado numerosos para nombrarlos a todos, pero les agradezco y ruego que el Señor les acompañe siempre.

He amado todas las asignaciones que he tenido en el reino. Y en tal servicio, cada día parecía ser domingo por motivo de que estaba al servicio del Señor.

A continuación, desearía dar un informe breve de nuestra experiencia en Europa. Agradezco a la Primera Presidencia la oportunidad que tuve junto con la hermana Wirthlin de presidir el Area de Europa de la Iglesia. Estos dos últimos años han sido emocionantes y llenos de experiencias hermosas que nunca olvidaremos. La siguientes palabras de un miembro devoto que vive en Europa Oriental demuestra vívidamente lo que deseo comunicar. El dijo:

"Si tan sólo pudiera ver la fe y el entusiasmo de nuestros miembros aquí. Créame, nuestra religión es lo único que tenemos, y la amamos profundamente."

Ya sea que vivamos en Europa Oriental o no, esta verdad, como una imponente montaña, sobresale. Nuestra religión es verdaderamente la única cosa que un día nos quedará y debemos amarla profundamente.

Esta eterna verdad se hizo evidente muchas veces durante nuestra estadía de dos años en el área de Europa, la cual se extiende desde Finlandia, Suecia y Noruega por el norte, hasta la parte más austral de Africa, y comprende alrededor de 230.000 miembros de la Iglesia. Me gustaría compartir unas cuantas de las experiencias que han mantenido brillante la llama de nuestra fe.

En Portugal, en la ciudad de Funchal, de la islas Madera, vivía una señora de nombre Asenção Frango, quien había sido monja por veinte años. De hecho, había sido la madre superiora de un hogar de niños pobres y huérfanos. Hacia el término de una asignación de enseñanza de cuatro años, al comienzo de su vida como monja, los doctores le diagnosticaron cancer a la garganta. Su madre había fallecido de lo mismo. A pesar de que sabía que el constante deterioro de su salud la llevaría a una muerte segura, tenía la fuerte impresión de que su obra en la tierra no había terminado. Oró fervientemente por la restitución de su salud y fue sanada, sin ningún problema o necesidad de atención médica.

Cuando su iglesia decidió cerrar el hogar de niños, al cual estaba asignada, ella lo mantuvo por su propia cuenta por cuatro años, usando una herencia que había recibido de sus padres fallecidos, hasta que los niños que vivían allí fueron adoptados o pudieron valerse por sí mismos.

Al escuchar de una nueva religión, por curiosidad asistió a su primera reunión de nuestra Iglesia con una amiga. La reunión se efectuó en el garaje con piso de tierra de un miembro; sin embargo, el espíritu de la reunión le impresionó. Los élderes comenzaron a enseñarle las charlas y la invitaron a bautizarse. Ella rehusó diciéndoles que ya había sido bautizada. Los élderes insis-

tieron, invitándole a leer el Libro de Mormón y le dijeron: "Si este libro es la palabra verdadera de Dios, entonces José Smith es un verdadero profeta y La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días es verdadera. Si es así, usted necesita ser bautizada en la Iglesia verdadera de Dios".

Ella leyó el Libro de Mormón y obtuvo un fuerte testimonio de su divinidad. Más adelante, detuvo a los misioneros después de una charla acerca de la Trinidad y les pidió que la bautizaran. Un año más tarde, se presentaba en el umbral de la casa del presidente de la Misión de Lisboa, Reuben P. Ficklin. Obtuvo su recomendación para el templo, y estaba ansiosa de viajar al Templo de Suiza para hacer convenios sagrados con su Padre Celestial.

En Suecia, el obispo Krister Stendhal de la iglesia Luterana visitó el Templo de Estocolmo unos días antes de su dedicación. La siguiente cita, publicada en un periódico sueco, es una inspirada descripción de su experiencia:

"Imagínense, se ha erguido un templo para la gloria de Dios, revestido en blanco esplendor, con esbeltas torres y agujas. No una capilla ni una parroquia, sino un *templo* para ordenanzas sagradas efectuadas digna y solemnemente.

"Un templo donde el salón central es llamado 'El cuarto celestial'. Un templo donde los fieles realizan obra vicaria de acuerdo con la declaración de Pablo con respecto al bautismo por los muertos (1 Corintios 15:29).

"Todo esto a consecuencia de una visión y llamamiento de José Smith...

"¿Qué podemos decir y pensar al respecto? El pretender que no nos incumbe el hecho de que los mormones, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, hayan construido un templo entre nosotros sería egoísta o condescendiente.

"Por lo tanto, me regocijaré con ellos por este templo que han erigido con tanto sacrificio para la gloria de Dios. El experimentar su gozo y orgullo por la belleza del templo es algo que conmueve el corazón en una manera especial." (*Svenska Kyrkans Tidning*, 11 de julio de 1985, pág. 1.)

El presidente Thomas S. Monson me ha dado permiso para compartir con vosotros sus impresiones cuando rededicó la República Democrática Alemana para el progreso de la obra de la Iglesia:

"A las 7:30 de la mañana del 27 de abril de 1975 viajamos al punto previamente seleccionado para ofrecer la oración especial que me sentí inspirado a ofrecer en esta tierra... Caminamos a través del bosque... hasta un claro desde el cual se veía el río Elba, con Missen a la derecha y Dresde a la izquierda, siendo Missen el lugar de nacimiento de Karl G. Maeser, el fundador de la Universidad Brigham Young... Durante la oración, dije: 'Hoy es el amanecer de un nuevo comienzo para esta hermosa tierra'. Al pronunciar estas palabras, escuchamos el sonido distintivo del cacareo de un gallo, seguido por el tañido de las campanas de una catedral a la distancia. El día había estado nublado, pero durante la oración el sol brilló radiantemente sobre nosotros, dándonos de su calor y asegurándonos que nuestro Padre Celestial estaba complacido con la oración que se ofrecía... Al regresar a nuestros automóviles, el sol desapareció del cielo y éste se volvió a nublar" (diario personal de Thomas S. Monson).

En esta oración dedicatoria, el presidente Monson dijo:

"Padre Celestial, abre el camino para que a los fieles se les conceda el privilegio de ir a tu santo templo a recibir su santa investidura y ser sellados como familias por este tiempo y la eternidad" (Ibid).

Esta oración se ofreció el domingo, 27 de abril de 1975, en un momento en que cualquier idea de un templo estaba fuera de cualquier posibilidad. Se cumplió el 29 de junio de 1985 con la dedicación del hermoso Templo de Freiberg.

Como sabéis, en este momento los templos están o muy pronto estarán al alcance de muchos miembros del área Europea, a partir del Templo de Suecia en el norte hasta el Templo de Sudáfrica en el sur, con el Templo de Londres y el Templo de Suiza de intermedio. Muchos países en el área Europea se están convirtiendo en tierras de templos. El Templo de Francfort, ubicado en los suburbios de Friedriclsdorf, cuna de los Hugonotes, casi está terminado. La construcción de estos templos en el área de Europa es un milagro moderno. La obra de los templos está avanzando a paso acelerado.

Viajamos a Ghana en Africa Occidental. Allí la Iglesia está creciendo rápidamente y a paso muy seguro. Viajamos a lo largo de la hermosa costa hasta una capilla recientemente construida. Luego de haber tenido una reunión allí, viajamos con el presidente y la hermana Miller a la aldea de Cabo Costa.

Durante la puesta del sol vimos como una gran multitud de aldeanos, jóvenes, ancianos y de mediana edad tiraban juntos de una inmensa red, tratando de sacarla del agua. Nos detuvi-

Elder Joseph B. Wirthlin, recientemente sostenido como miembro del Quórum de los Doce, con su esposa, Elisa.

mos y les preguntamos qué estaban haciendo. Estaban sacando la pesca del día y en la red había peces de diversos tamaños y variedades. Cada aldeano puso sus manos en la red para ayudar a sacar la pesca. Acudió a mi mente el pensamiento del recogimiento de Israel en los últimos días, como se menciona en Jeremías. El Señor dijo: "He aquí que yo envío muchos pescadores . . . y los pescarán" (Jeremías 16:16).

Esa, hermanos y hermanas, es la misión que tenemos como miembros de la Iglesia: Poner las manos en la red y ayudar a pescar a miles de buenos hombres y mujeres que están buscando la verdad. Con este tipo de esfuerzo, el área de Europa ha estado sacando estas redes llenas de conversos, con un aumento en dos años de un 33% en la cantidad de bautismos de conversos.

Al reflexionar sobre nuestra experiencia en Europa, me impresionaron estos pensamientos. El evangelio de Jesucristo es más duradero que la fama, más precioso que las riquezas, más deseable que la felicidad. El comprender y vivir el evangelio nos guía a la posesión de un carácter semejante al de Cristo. La meta de cada uno de nosotros es vivir una vida grandiosa y ejemplar. En esta época, cuando la maldad está en todas partes, se necesita un carácter noble. Y deseo exhortar a nuestra juventud a que viva el evangelio, desarrolle un carácter fuerte y no se deje dominar por aquellas cosas que la desvíe de la rectitud.

Nuestro Padre Celestial nos ha investido con un corazón valeroso, con fe, con una fuerte voluntad, y con la habilidad de comprender y ver claramente la diferencia entre lo bueno y lo malo. Misericordiosamente ha investido a cada miembro de la Iglesia con el don del Espíritu Santo, que nos da visión y poder personal.

De manera que, aunque las tareas de la vida se dificulten, y aunque las tristezas nos agobien con pesadas cargas, la luz que emana de nuestro Salvador nos guía sin cesar. La autodisciplina puede y gobernará nuestra vida.

Hermanos y hermanas, para terminar me gustaría decir que ésta es la manera en que tratamos de representar a la Iglesia en Europa. Testifico que Dios vive, que Jesús es el Cristo, que Ezra Taft Benson es nuestro Profeta, Vidente y Revelador, y que posee las llaves del reino. Amo esta Iglesia con todo el corazón y haré lo mejor para servir, en el nombre de Jesucristo. Amén.

EL GOZO DEL TRABAJO HONRADO

élder L. Tom Perry
del Quórum de los Doce Apóstoles

"Enseñad a vuestros hijos el gozo del trabajo honrado. Dadles el fundamento que les dará confianza y satisfacción en la vida."

Elder Wirthlin, yo también quisiera darle la bienvenida ya que va a formar parte de este grupo de hombres sumamente singular. Allí encontrará hombres de cabello oscuro y de cabello cano, y algunos con cabello más abundante que otros. Y sus personalidades son tan diversas como sus peinados. Esa es la gran bendición de pertenecer al Consejo de los Doce, ya que de estas personalidades tan diversas emana una dulce unidad bajo la inspiración del Señor. Es sumamente singular. Bienvenido, hermano Joseph.

En Proverbios leemos: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (22:6).

Uno de los grandes desafíos que enfrentan los padres en la vida desde el principio ha sido el de lograr tener éxito en la importante tarea de criar a sus hijos. Esta gran responsabilidad puede brindarnos los mayores gozos y algunas de las mayores penas que la vida tiene para nosotros en la tierra.

Cada hijo es distinto, por supuesto, y lo que da resultados con uno puede no dar el mismo resultado con otro. Sin embargo, considero que después de asegurar que cada hijo reciba el conocimiento del evangelio de nuestro Señor y Salvador, está la responsabilidad de enseñarles el gozo del trabajo honrado.

A mí me enseñaron esta lección mis buenos padres. ¡Cuán agradecido estoy por mi padre, quien tuvo la paciencia de enseñarme cómo trabajar! Recuerdo que cuando era un pequeño de sólo siete años, estábamos remodelando la casa y quitando algunas de las paredes. En ese tiempo se usaban postes de 2 por 6 pulgadas. En los postes se clavaban los listones y sobre éstos el enyesado. Al quitar las paredes era fácil desprender con algunos golpes los listones y el enyesado, pero, por supuesto, esto dejaba los clavos en los postes.

Todas las noches, después que terminaban los trabajadores, yo tenía la responsabilidad de juntar los postes y llevarlos al patio de atrás, donde había dos caballetes. Allí debía amontonar los postes, y luego, uno por uno, ponerlos en los caballetes y sacarles todos los clavos. Una vez que los sacaba todos, se me había dicho que debía enderezarlos. Finalmente, tiraba los clavos derechos en un gran balde verde y amontonaba los postes en una pila ordenada.

Muchos elementos de ese trabajo fueron de valor para mí en mi juventud. *Primero,* se me había enseñado a ser productivo, a trabajar, a estar ocupado y a no perder el tiempo.

Desde el principio, el Señor le mandó a Adán que cultivara la tierra y ejerciera dominio sobre las bestias del campo y que se ganara el pan con el sudor de la frente. Siempre me ha inte-

resado la frecuencia con que nos advierten las Escrituras que cesemos de ser ociosos y que seamos productivos en todos nuestros esfuerzos. El rey Benjamín, en su discurso final, hizo notar su ejemplo ante la gente al decir:

"Os digo que así se me ha permitido emplear mis días en vuestro servicio, aun hasta el día de hoy; y no he procurado de vosotros oro, ni plata, ni ninguna otra clase de riquezas;

"y aun yo mismo he trabajado con mis propias manos a fin de poderos servir, y que no fueseis abrumados con impuestos, ni que cayera sobre vosotros cosa alguna que fuese pesada de llevar; y de todas estas cosas de que he hablado, vosotros mismos sois testigos este día" (Mosíah 2:12, 14).

El enseñar a los hijos el gozo del trabajo honrado es uno de los dones más grandes que podemos otorgarles. Estoy convencido de que una de las razones de la ruptura de tantos matrimonios hoy día es que los padres no enseñan ni capacitan a sus hijos varones en cuanto a la responsabilidad de proveer y velar por sus familias, y a disfrutar el desafío que esta responsabilidad acarrea. Muchos de nosotros hemos fallado también en nuestro esfuerzo por inculcar en nuestras hijas el deseo de poner belleza y orden en el hogar por medio de las labores domésticas.

¡Cuán esencial es que a los hijos se les enseñe temprano en la vida el gozo que se siente al comenzar un trabajo y hacerlo obra de sus manos. Enseñad a vuestros hijos el gozo del trabajo honrado. Dadles el fundamento que les dará confianza y satisfacción en la vida. "Feliz es el hombre que tiene un trabajo que disfruta. Feliz es el hombre que disfruta del trabajo que tiene." (Anónimo.)

Segundo, cuando era joven y hacía los trabajos que mi padre me asignaba, se me enseñó a no desperdiciar, a conservar cuando fuese posible. Los clavos de aquellos postes los podíamos usar nuevamente, y lo hicimos.

Siempre he disfrutado al leer algunos de los consejos que Brigham Young dio a los miembros de la Iglesia. Su consejo fue muy práctico. Escuchad lo que dijo sobre el desperdicio:

"Recogedlo todo. . .

"Nunca penséis que tenéis tanto pan que podéis dejar que vuestros hijos desperdicien ni un pedazo ni una miga. Recordad: No desperdiciéis nada, sino cuidad todo.

"Si deseáis ser ricos, ahorrad lo que obtengáis. Un tonto puede ganar dinero, pero se necesita un hombre sabio para ahorrarlo y saber utilizarlo."

Me pregunto qué les estamos enseñando a nuestros hijos cuando compramos casas lujosas como símbolos de nuestra posición social o económica. Desperdiciamos espacio y recursos cuando compramos una casa más grande de lo que necesitamos, una casa más costosa de lo que podemos darnos el lujo de pagar. Nos endeudamos con hipotecas tan grandes que se requiere el trabajo de tanto el esposo como la esposa para pagar las cuotas. Luego contraemos otras deudas al punto de absorber completamente todos nuestros ingresos, sin dejar margen para los días difíciles que les llegan a todos en la vida. ¿No es acaso este tipo de ejemplo por parte de los padres lo que alimenta la filosofía de "Lo quiero ahora" en la vida de sus hijos?

Hay algunos que erróneamente piensan que, después de rechazar los consejos de los profetas de evitar las deudas innecesarias, pueden acudir al obispo para que les ayude a salir de esos aprietos económicos. Casi lo único que los pobres obispos pueden hacer es llorar con ellos, ayudarles a mudarse a una casa que esté al alcance de sus medios y aconsejarles la mejor forma de disminuir sus pérdidas.

Al recordar acerca de mi vida, no creo que había ningún grado de diferencia entre la felicidad que sentía cuando mis dos hermanos y yo compartíamos un solo dormitorio, y la que sentíamos cuando teníamos una casa grande y cada uno de nosotros tenía su propio dormitorio. Enseñemos a nuestros hijos el arte de saber conservar y a no desperdiciar.

Tercero, nunca olvidaré mi consternación al ver que los trabajadores usaron clavos nuevos cuando volvieron a levantar las paredes para terminar de remodelar nuestra casa. El montón de clavos que yo había enderezado y guardado en el balde verde aumentaba más y más y nunca se usaba. Fui a donde estaba mi padre y le pregunté: "¿No sería mejor ahorrar los clavos nuevos y usar los viejos que yo enderecé?" Yo me sentía orgulloso del trabajo que había hecho.

Mi padre me mostró algo muy importante. Tomó un clavo nuevo y lo clavó en un poste; pudo clavarlo derecho y firme. Luego tomó uno de los clavos que yo había enderezado tan cuidadosamente y, poniéndolo en el mismo ángulo, lo golpeó con el martillo varias veces. Pronto el clavo se dobló y fue imposible enterrarlo en la madera. Así aprendí que un clavo usado o torcido nunca es tan fuerte como uno nuevo. Pero, entonces, ¿por qué mi padre me había hecho enderezarlos?

El presidente Ezra Taft Benson con los élderes Boyd K. Packer y L. Tom Perry, del Quórum de los Doce.

Como niño no recuerdo haber recibido nunca una respuesta satisfactoria. No fue sino hasta que tuve mi propio hijo que empecé a entender. Cuando mi hijo tenía como tres años, lo llevé a la huerta a ayudarme a desmalezar. Supuse que por su tamaño, estando tan cerca del suelo, tendría una gran ventaja para desmalezar. Desafortunadamente para mi huerta, él tenía dificultad en distinguir la hierba de las plantas nuevas.

Luego traté de enseñarle a Lee a ordeñar una vaca que habíamos comprado junto con un vecino. Pronto aprendió el movimiento preciso de un buen ordeñador, pero desgraciadamente su puntería no era muy buena. Cada vez que lo iba a ver estaba rodeado de espuma blanca, con el balde casi vacío. Me miraba y sonreía con orgullo, y mi primera inclinación a enojarme desaparecía rápidamente . . . pero me sentía frustrado. Esperaba que me ayudara, pero él sólo parecía crearme más trabajo.

Fue en esos momentos de frustración que recordaba los clavos que enderezaba para mi padre, y empecé a entender. El trabajar es algo más que el resultado final. Es una *disciplina;* es algo que debemos aprender a hacer, y a hacerlo bien antes de poder esperar recibir una recompensa tangible por nuestro trabajo. Mi padre tuvo que haber sabido que si pensaba sólo en el resultado de mi trabajo, llegaría a la frustración por la forma tan inadecuada en que yo trabajaba en aquel entonces. Por eso encontró tareas que eran difíciles y que significaban un desafío para mí para enseñarme la disciplina que requiere el trabajo duro. El utilizaba los clavos enderezados no para remodelar la casa, sino para edificar mi carácter.

Finalmente, se me instruyó que guardara los postes de 2 por 6 en una pila ordenada para que los hombres pudieran utilizarlos al día siguiente. Mi trabajo no había terminado hasta que lo hacía y luego guardaba las herramientas.

Enseñémosles también a nuestros hijos que el trabajo que se les asigne se lleve a cabo hasta su término; que se sientan orgullosos de lo que hayan logrado. Existe una satisfacción especial después de terminar una tarea, especialmente cuando es el mejor trabajo que sabemos que podemos hacer.

Estas lecciones me inculcaron un gozo y agradecimiento por el trabajo honrado y me prepararon para esas etapas en la vida en que sería responsable de proveer para mi propia familia. Los principios que mi sabio padre me estaba enseñando sobre el trabajo honrado, el no desperdiciar, la disciplina y el terminar siempre un trabajo, serían básicos para obtener el éxito en la profesión que eligiría. Estas lecciones me permitieron enfrentar los desafíos de un mundo cambiante.

¿No es ésta la misma lección que enseñó Pablo cuando declaró:

"Ni comimos de balde el pan de

nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros;

"no porque no tuviésemos derecho, sino por daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis" (2 Tesalonicenses 3:8–9).

Hace un mes sucedió algo en mi vida que me ayudó a comprender las bendiciones que se nos acumulan a través de los años gracias a la buena enseñanza que recibimos desde niños. Al llegar al aeropuerto se me entregó una nota que decía que una de mis mejores amigas había fallecido y que su funeral sería dentro de una hora y media en una comunidad a 50 millas del aeropuerto. Hice un rápido cambio de transporte aéreo a terrestre y me dirigí al funeral.

Esta gran alma había sido mi maestra en la Primaria cuando yo tenía ocho, nueve y diez años de edad. Al manejar hacia el funeral esa mañana, mi mente se recreó con el grato recuerdo de mi juventud.

Especialmente recordaba el gran ejemplo de la enseñanza que recibí en mi niñez: a buenos padres que siempre me enseñaron, me inspiraron, me amaron y me dieron un fuerte aliento para ayudarme a encontrar el buen camino en la vida. Recordé a una amable tía que vivía en la casa de al lado, que reforzaba las enseñanzas de mis padres y era un segundo testigo de ellas.

Luego recordé a la querida hermana Call, una maestra de la Primaria que extendió su llamamiento más allá de su salón de clases. Sus lecciones incluían muchos viajes para enseñarnos acerca de la vida, el trabajo y el gozo de la amistad. Su forma especial de entretejer las lecciones con nuestra vida nos ayudó a comprender nuestro valor personal.

Mientras manejaba por ese camino, mi corazón estaba lleno de una enorme gratitud por mis padres, mis demás familiares y por los líderes de la Iglesia que tuvieron la paciencia, el amor y el interés de edificar un fundamento en la vida de un niño durante esos años críticos.

¿No deberían *todos* los niños recibir tal bendición a temprana edad en sus vidas? Es la obra del Señor en la que estamos embarcados. El ha marcado el curso y revelado los principios fundamentales que nos conducirán de nuevo a su presencia. Que tengamos la fortaleza y el valor de seguirle es mi oración en el nombre de Jesucristo. Amén.

VUESTRA BENDICIÓN PATRIARCAL: UNA LIAHONA DE LUZ

presidente Thomas S. Monson
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

"El mismo Señor que le proporcionó una Liahona a Lehi, nos brinda a nosotros hoy un instrumento valioso que da dirección a nuestra vida."

Mis queridos hermanos y hermanas, me pregunto si vosotros alguna vez habéis hecho una limpieza de un ático o un viejo altillo? Allí se descubre un trozo de historia y un sinfín de sentimientos. Hace unas pocas semanas vaciamos el ático de nuestra casa de verano, en la montaña. Setenta años de tesoros, cada uno de ellos con su recuerdo particular, pasaron por nuestras manos. En primer lugar nos encontramos con una silla para dar de comer a los bebés; después, con frascos de leche, de aquellas que llevaban una tapa de cartón, y más tarde un ejemplar de la revista *Life* con un artículo de la Segunda Guerra Mundial.

En éste se hacía mención a un avión otrora poderoso, un bombardero, el cual habían hallado años después de la guerra en bastante buen estado en una zona remota del extenso desierto del Sahara. El bombardero y su tripulación habían tomado parte en el famoso ataque a los yacimientos petrolíferos de Ploiesti, en Rumania. El avión había sido alcanzado por la certera artillería antiaérea, destruyendo completamente los equipos de comunicación y navegación. Al emprender el averiado avión su regreso hacia la pista de aterrizaje del desierto, una repentina tormenta de arena borró los conocidos puntos de referencia, tapando la pista y las luces que guiarían al avión a su seguro destino.

El avión prosiguió su vuelo, mucho más allá de los lugares determinados para su descenso, internándose en el desierto, hasta que por fin, habiéndosele agotado el combustible, cayó en el Sahara para nunca volar más. Todos los miembros de la tripulación murieron. El regreso a la seguridad del hogar quedó truncado para aquellos hombres. La victoria, las esperanzas y los sueños fueron todos consumidos por el silencio del polvo del desierto.

Siglos antes, un padre justo y amoroso de nombre Lehi, respondiendo al llamado del Señor, tomó a su familia y viajó con ella por otro desierto similar. Mas el Señor no decretó que tuvieran que pasar por esa experiencia sin ayuda de los cielos. Las palabras de Nefi describen lo que se les proveyó al comienzo de la histórica jornada:

"Y ocurrió que al levantarse mi padre por la mañana, y al dirigirse a la entrada de la tienda, con gran asombro vio en el suelo una esfera de bronce fino, esmeradamente labrada; y en la esfera había dos agujas, una de las cuales marcaba el camino que debíamos seguir

por el desierto.'' (1 Nefi 16:10.)

Ni la guerra ni los medios de destrucción diseñados por el hombre serían capaces de confundir ni destruir esta curiosa brújula. Tampoco podrían las repentinas tormentas de arena arruinar sus facultades orientadoras.

El profeta Alma explicó que esta ''Liahona'', como se le llamaba, era una brújula preparada por el Señor, y funcionaba según la fe que ellos mostraban, y les señalaba la dirección en la que debían ir (véase Alma 37:38-40).

El mismo Señor que le proporcionó una Liahona a Lehi, nos brinda a nosotros hoy un instrumento valioso que da dirección a nuestra vida, que marca los peligros que se nos interponen y nos traza un camino seguro hacia nuestra morada celestial. El valioso instrumento al cual me refiero es nuestra bendición patriarcal, la cual está al alcance de todo miembro digno de la Iglesia.

''Las bendiciones patriarcales'', escribió la Primera Presidencia en una carta dirigida a los presidentes de estaca, ''constituye una declaración inspirada del linaje de quien la recibe y, cuando así lo indica el Espíritu, proporciona una guía inspirada y profética de la misión de la persona, además de las bendiciones, consejos y admoniciones que el patriarca se sienta inspirado a dar para la cristalización de esa misión, dejándose siempre en claro que el cumplimiento de todas las bendiciones prometidas está sujeto a la fidelidad que la persona demuestra hacia el evangelio del Señor, cuyo siervo es el patriarca.'' (Carta de la Primera Presidencia a presidentes de estaca, 28 de junio de 1958.)

¿Quién es este hombre, este patriarca por el cual fluye el poder vidente del sacerdocio? ¿Cómo recibe el llamado? El Consejo de los Doce tiene la responsabilidad especial de llamar a tales hombres. Basado en mi propia experiencia testifico que los patriarcas son llamados de Dios por profecía. ¿De qué otra forma podría nuestro Padre Celestial revelar el nombre de aquellos a quienes tales poderes proféticos se han de conceder? Un patriarca posee un oficio ordenado en el Sacerdocio de Melquisedec. El oficio de patriarca, sin embargo, es de bendición y no de administración. Nunca he llamado a un hombre a este sagrado oficio sin haber sentido la influencia del Señor en mi decisión. Quisiera compartir con vosotros una experiencia inolvidable.

Hace muchos años se me asignó nombrar a un patriarca para una estaca de Logan, Utah. Al llegar al lugar y reunirme con los líderes del sacerdocio encontré a la persona indicada para ser llamada como patriarca. Escribí su nombre en un papelito y lo puse dentro de mis libros canónicos. Después de mayores averiguaciones, supe que otro patriarca digno se había mudado a esa misma zona, por lo que no era necesario llamar a uno nuevo, así que no se llamó a nadie.

Nueve años después se me volvió a asignar a una conferencia de estaca en Logan, para la cual, también en este caso, se necesitaba un patriarca. Yo había estado usando un juego nuevo de Escrituras por algunos años y los tenía dentro de mi portafolio, pero por alguna razón, cuando salía para el viaje a Logan, tomé del librero un juego viejo de los libros canónicos que no había empleado por años, dejando los nuevos en casa. Durante la conferencia, comencé a buscar a un patriarca–un hombre que fuera digno, un siervo fiel del Señor, uno lleno de fe y de bondad. Al meditar estos requisitos, abrí mis libros canónicos y allí encontré el papelito que había metido muchos años antes, en el cual estaba escrito el nombre Cecil B. Kenner. Le pregunté a la presidencia de la estaca si por casualidad el hermano Kenner vivía en esa estaca, y me dijeron que sí. Cecil B. Kenner fue ordenado patriarca ese mismo día.

Los patriarcas son hombres humildes, estudiantes de las Escrituras. Ante Dios son el medio por el cual las bendiciones de los cielos fluyen hacia la persona sobre cuya cabeza tiene impuestas sus manos el patriarca.

Tal vez no sea un hombre de letras, poseedor de bienes materiales, ni de una profesión distinguida. Sin embargo, debe poseer el poder del sacerdocio y la pureza personal. Para alcanzar la guía e inspiración de los cielos, el patriarca debe ser un hombre de amor, un hombre lleno de compasión, un hombre de integridad, un hombre de Dios.

La bendición patriarcal es una revelación para quien la recibe, es una guía segura que lo protegerá, lo inspirará y lo ayudará a obrar en justicia. Una bendición patriarcal contiene literalmente capítulos extraídos de vuestro libro de posibilidades eternas. Digo eternas, puesto que así como la vida es eterna, también lo es la bendición patriarcal. Lo que tal vez no se cumpla en esta vida, puede ocurrir en la venidera. Los mortales no somos dueños del tiempo de Dios. ''Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.

''Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.'' (Isaías 55:8–9.)

La bendición patriarcal es para

El presidente Ezra Taft Benson comparte un cálido momento con el presidente Thomas S. Monson.

El élder John H. Groberg, del Primer Quórum de los Setenta, su señora esposa, Jean, y una de sus hijas, Susan.

aquel que la recibe y ningún otro. Tal vez sea breve o extensa, sencilla o profunda. No es ni su extensión ni su complejidad lo que caracteriza a una bendición patriarcal, sino que es el Espíritu lo que transmite su verdadero significado. Vuestra bendición no es para doblarla con cuidado y archivarla para siempre. No es para ponerla en un marco ni para publicarla. Más bien es para leerla. Es para amarla, y para seguirla.

La bendición patriarcal es para ayudarnos a pasar la noche más negra. Os guiará a través de los peligros de la vida. A diferencia del averiado bombardero de otra época, perdido debajo del polvo del desierto, ni las arenas ni las tormentas de la vida os interrumpirán en vuestro vuelo eterno. La bendición patriarcal es una Liahona personal que nos traza el curso y nos muestra el camino.

En la obra clásica de Lewis Carol, *Alicia en el país de las maravillas*, Alicia llega a una encrucijada de dos caminos, cada uno de ellos dirigiéndose hacia destinos opuestos. Entonces se le presenta el gato risón, a quien Alicia le pregunta: "¿Qué camino debo seguir?"

Entonces el gato le responde: "Todo depende de a dónde quieras ir. Si no sabes a dónde quieres ir, en realidad no importa qué camino tomes."

A diferencia de Alicia, cada uno de nosotros sabemos a dónde queremos ir. Y sí que importa el camino que tomamos, puesto que el sendero que sigamos en esta vida por cierto nos llevará al que seguiremos en la venidera.

Se requerirá de nosotros mucha paciencia mientras observamos, esperamos y nos esforzamos para que se cumpla alguna de las promesas que nos fueron hechas.

Una tarde llegó hasta mi oficina el hermano Percy K. Fetzer, un fiel patriarca con quien tenía fijada una visita. En el curso de nuestra conversación derramó lágrimas de emoción. Me contó que acababa de llegar de Polonia donde había tenido el privilegio de dar bendiciones patriarcales a dignos miembros de la Iglesia. Tras una pausa, el patriarca me explicó que se había sentido impulsado a prometer a los miembros de una familia alemana llamada Konietz ciertas cosas que jamás se cumplirían. Les había prometido misiones, y bendiciones del templo, promesas que no estaban al alcance de quienes las habían recibido. En voz baja me contó lo mucho que había tratado de contenerse para no pronunciar esas promesas inalcanzables. Pero no le fue posible; había recibido la inspiración, y había declarado las promesas y las bendiciones.

"¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?" me imploraba.

Le dije: "Hermano Fetzer, estas promesas no fueron suyas; sino que fueron inspiradas por Dios. Arrodillémonos y orémosle a El para que se cumplan."

Varios años después de aquella oración se firmó un inesperado pacto entre la República Federal Alemana y Polonia que permitió que alemanes de nacimiento, quienes habían quedado

atrapados en Polonia al final de la guerra, regresaran a Alemania Occidental.

La familia Konietz, cuyos miembros habían recibido estas bendiciones patriarcales tan especiales, se trasladó a Alemania Occidental. Yo tuve el privilegio de ordenar al padre de esa familia al oficio de obispo en la Estaca de Dortmund. La familia entonces hizo ese viaje tan soñado al Templo de Suiza. Allí se vistieron en ropas de un blanco inmaculado. Se arrodillaron alrededor de un santo altar a la espera de esa ordenanza que une al padre, a la madre, a hermanos y hermanas no sólo por esta vida sino por la eternidad. La persona que ofició en esa sagrada ceremonia del sellamiento fue el presidente del Templo de Suiza. Lo que es más, era el mismo siervo del Señor, el hermano Percy K. Fetzer, quien en calidad de patriarca años antes, había pronunciado aquellas hermosas promesas como parte de las bendiciones patriarcales que les había otorgado.

¿Cuán lejos está el cielo?
Un día comprenderás:
Que si vives cerca de Dios,
el cielo es donde tú estás.

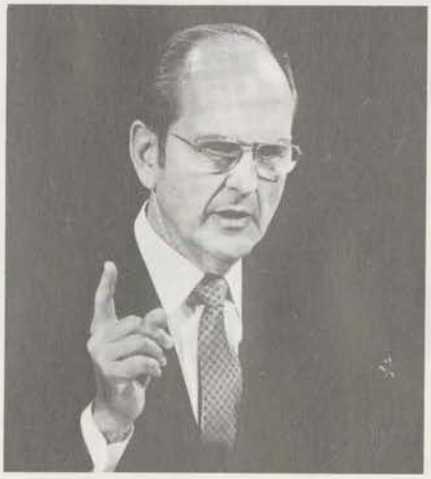
La bendición patriarcal es vuestro pasaporte a la paz en esta vida. Es una Liahona de luz que os guía por un sendero seguro hacia vuestra morada celestial. De estas verdades os testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén.

SESION DEL DOMINGO POR LA TARDE
5 de octubre de 1986

EL GOZO VENDRÁ EN LA MAÑANA

élder Russell M. Nelson
del Quórum de los Doce Apóstoles

"Para poder sentir un gozo real, tenemos que estar contentos con nuestros compañeros de esta vida y sentirnos satisfechos sobre nosotros mismos y nuestra relación con Dios."



He tomado el tema de mi mensaje del salmo treinta, versículo cinco, que dice: "A la mañana vendrá la alegría". Al hablar con miembros de mi familia de este pasaje, recordaron el que dice que "existen los hombres para que tengan gozo" (2 Nefi 2:25), pero dijeron que nunca habían pensado en el curioso concepto que se expresa en el pasaje de los Salmos.

Uno de ellos comentó: "Diariamente aparecen noticias de gente que tiene problemas por el uso de drogas, el alcoholismo y los conflictos emocionales. ¿Cómo lograrán ellos (y nosotros) esa alegría, o gozo, de que hablan las Escrituras?"

"El evangelio de Jesucristo ofrece esperanzas", contesté, "asegurándonos que el gozo es parte de nuestro destino divino. Y el sentirlo por la mañana depende de nosotros. La verdadera prueba es poder mirarnos en el espejo, apenas nos levantamos por la mañana, y sentir ese gozo."

Una de nuestras hijas, que hace poco anunció que espera un bebé, exclamó: "Papá, ¡para mí esa es la peor parte del día!"

"Mis queridos", les dije yo, "para poder sentir un gozo real, en la mañana o en cualquier momento, hay por lo menos tres factores indispensables: Tenemos que estar contentos con aquellos con quienes vivimos y trabajamos, con nuestros compañeros de esta vida; debemos sentirnos satisfechos con nosotros mismos, no por vanidad, sino por sentir una adecuada autoestima, que sea merecida; y, quizás lo más importante, sentirnos satisfechos por nuestra relación con Dios, y amarlo sinceramente."

Como se lo aconsejé a mi familia en esa conversación, todos deberíamos considerar esos tres pasos para obtener un verdadero gozo en esta vida.

Cortesía hacia el compañero

El gozo en la mañana comienza con la cortesía hacia el compañero. Cuando las sombras del sueño empiezan a dar paso a la luz del alba, extiendo la mano y toco suavemente a mi amada compañera para tener la dulce confirmación de que está bien, aun antes de abrir los ojos por completo. A propósito, eso me recuerda este consejo del presidente McKay: "Durante el noviazgo debemos tener

los ojos bien abiertos, pero tenerlos semicerrados después del casamiento'' (en *Conference Report*, abril de 1956, pág. 9).

Mi querida esposa lo ha hecho. A través de los largos años de mis estudios, mis obligaciones profesionales y el crecimiento de la familia, nunca se quejó. Hace poco la oí en una conversación con algunas madres jóvenes que pasaban dificultades similares; le preguntaron cómo se las había arreglado para criar diez hijos teniendo un marido tan ocupado, que no disponía de tiempo para ayudarla. Su respuesta es un reflejo de su bondad: ''En esos años difíciles no esperaba mucho de él, así que raras veces me desilusionó.'' Es una mujer muy especial; con ella es muy fácil obedecer este mandato: ''Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida'' (Eclesiastés 9:9).

No todos han sido bendecidos con maravillosos compañeros eternos . . . algunos, todavía no; y muchos casados no pueden estar juntos en esta vida todo lo que querrían. Felizmente, contamos con la compañía de familiares y amigos.

Hace poco fui con otra Autoridad General a recorrer misiones en lugares muy polvorientos. De vez en cuando, al salir de la ducha de mañana, me sorprendía encontrar que mi considerado compañero me había lustrado los zapatos; y con gratitud me pregunté si cada uno de los 30.000 misioneros que sirven al Señor será un amigo tan bondadoso (y tendrá uno) como él lo fue para mí, realizando pequeños actos de cortesía por un compañero.

La alegría o gozo viene en la mañana a los que se han ganado el descanso nocturno del trabajador. Una de las mejores recompensas de la vida es el privilegio de rendir un servicio de importante valor para otros. El poder hacer por nuestros semejantes lo que ellos no pueden hacer por sí mismos nos brinda una satisfacción incomparable. Para ello vale la pena pasar largos años de preparación.

También se obtiene el gozo al prestar servicio en la Iglesia. Alma lo expresó así:

''Que quizá pueda ser un instrumento en las manos de Dios para conducir a algún alma al arrepentimiento . . . éste es mi gozo.'' (Alma 29:9.)

Por medio del servicio en los templos, el concepto de la cortesía hacia los compañeros se puede extender a los

que han pasado más allá del velo. El evangelio trae buenas nuevas para los muertos y una voz de alegría para vivos y muertos; para todos es buenas nuevas de gran gozo (véase D. y C. 128:19).

Incluso cuando el velo de la muerte nos separa de los padres que tanto dieron por nuestra existencia, su buena influencia sigue sobre nosotros. Y, al mirarnos desde el cielo, sus mañanas serán más alegres si pueden decir, como el Apóstol Juan: ''No tengo yo mayor gozo que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad'' (3 Juan 4).

Sobre todo, la cortesía hacia los demás no debe mancharse con la desobediencia a la ley de castidad. Este pecado es el veneno fatal que mata el gozo. Esa primera mirada al espejo en la mañana no puede reflejar ninguna alegría si trae recuerdos de las transgresiones de la noche anterior. El paso más seguro hacia el gozo en la mañana es ejercer virtud en la noche. La virtud y la cortesía hacia los compañeros van de la mano constantemente.

La autoestima, bien merecida

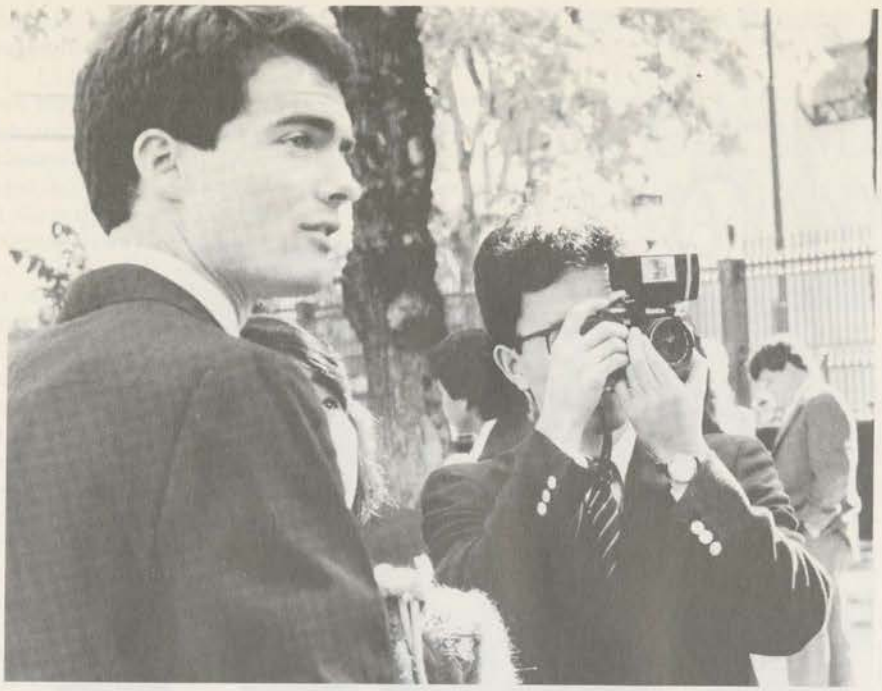
El requisito siguiente para experimentar el gozo es sentirse satisfecho consigo mismo. El segundo de los dos grandes mandamientos de nuestro Señor lleva un doble mandato: ''Amarás a tu prójimo como a ti mismo'' (Mateo 22:39). Por lo tanto, el amor hacia los demás está gobernado, en parte, por la autoestima, y también lo está ese gozo que podemos sentir por la mañana.

Toda persona debe entender la naturaleza de su propia alma. La siguiente revelación nos ayuda a percibirla más profundamente:

''Porque el hombre es espíritu. Los elementos son eternos, y espíritu y elemento, inseparablemente unidos, reciben una plenitud de gozo;

''y cuando están separados, el hombre no puede recibir una plenitud de gozo.'' (D. y C. 93:33–34.)

Por lo tanto, si deseamos obtener la debida autoestima, debemos nutrir



los elementos espirituales y también los físicos.

La autoestima *espiritual* comienza a partir del momento en que nos damos cuenta de que cada nueva mañana es una dádiva de Dios; hasta el aire que respiramos nos lo da El en préstamo amoroso. El nos preserva de día en día y nos sustenta de un momento a otro (véase Mosíah 2:21).

Por ese motivo, nuestra primera acción noble del día debe ser una humilde oración de gratitud. Así nos lo aconsejan las Escrituras: "Clamad a él en vuestras casas, sí, . . . tanto en la mañana, como al mediodía y en la tarde" (Alma 34:21; véase también Job 33:26; Alma 37:37).

No llegué a comprender el pleno significado de la comunicación ferviente hasta que yo mismo llegué a ser padre. Y me siento sumamente agradecido porque nuestros hijos nunca nos han sometido al "tratamiento del silencio"; ahora me doy cuenta de cuánto aprecia nuestro Padre Celestial nuestras oraciones diarias, de mañana y de noche, y me imagino el dolor que sufrirá cuando sólo recibe silencio de cualquiera de sus hijos. Me parece que esa ingratitud puede compararse a la del perezoso pececito que nada en la pecera, totalmente indiferente hacia los que le proveen la comida diariamente. Los que oran, ciertamente pueden adorar "a Dios con un gozo inmensamente grande" (Alma 45:1).

Ya hace mucho tiempo aprendí que el estudio ininterrumpido de las Escrituras todas las mañanas nos enriquece con tesoros duraderos. Siento como Jeremías: "Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón" (Jeremías 15:16). Las Sagradas Escrituras se han descrito repetidamente como "alegres nuevas de gran gozo" (Mosíah 3:3; Alma 13:22; véase también Helamán 16:14; Lucas 2:10). Al aprender y obedecer sus enseñanzas, ese gozo pasa a formar parte de nuestra vida.

Viene la alegría a la mañana cuando se desarrolla el talento. Cada uno de nosotros es bendecido con diferente potencial. No creo que jamás hubiera podido convertirme en un pintor de retratos, pero aprecio haber recibido desde mi infancia enseñanzas de padres que conocían el gozo que produce la buena música; y algunos de los sonidos más dulces de mi propio hogar han provenido de cantos e instrumentos de nuestros niños tratando de desarrollar su talento.

En los días del Antiguo Testamento "dijo David a los principales de los levitas, que designasen de sus hermanos a cantores con instrumentos de música . . . que resonasen y alzasen la voz con alegría" (1 Crónicas 15:16).

La confianza para empezar cada mañana dispuestos a enfrentar los problemas del día se obtiene por medio de la autoestima espiritual.

La autoestima *física* también exige que la cultivemos, y nuestro cuerpo merece que lo cuidemos. Hago eco a esta declaración de Pablo:

"¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

"Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es." (1 Corintios 3:16–17.)

Es importante acondicionar el cuerpo mediante el ejercicio físico; y podemos hacer mucho más por mantenerlo fuerte.

En 1833 el profeta José Smith recibió por revelación la Palabra de Sabiduría, que contiene estas sencillas normas: No debemos beber bebidas alcohólicas, té ni café, ni hacer uso del tabaco; además, los profetas de nuestra época, e igualmente los que han hablado en esta conferencia, nos han dicho que evitemos las drogas perjudiciales. Actualmente, la ciencia confirma cada vez más los beneficios de la obediencia a estas enseñanzas.

Los efectos nocivos del alcohol son tan conocidos que no es necesario comentarlos. Uno de sus daños se ha demostrado, por ejemplo, en un estudio de la relación que hay entre el consumo de alcohol durante el embarazo y el peso de los niños recién nacidos. Los resultados, publicados por los Institutos Nacionales de la Salud en los Estados Unidos, indican también que el consumo de una o dos bebidas alcohólicas por día tiene relación directa con el aumento de posibilidades de tener un niño con retraso físico. (Véase James L. Mills y otros, *Journal of the American Medical Association*, Vol. 252, oct. 12 de 1984, pág. 1875.)

Los científicos saben ahora que el consumo del tabaco es la causa número uno de mortalidad en todo el mundo, y es evitable. Es la causa principal y previsible de cáncer y de enfermedades cardíacas, pulmonares y arteriales. (Véase William Pollin y R. T. Ravenholt, *Journal of the American Medical Association*, nov. 23 de 1984, pág. 2849–2854; *1986 Heart Facts*, American Heart Association, 1986, pág. 16; "The Health Consequences of Smoking: A Report of the Surgeon General", publicación DHHS [PHS] 84–50204, Departamento de Salud Pública y Servicios Humanos de los Estados Unidos, Servicios de Salud Pública, Oficina del tabaco y la salud, Rockville, Maryland, 1983.)

Otro informe indica que en los Estados Unidos, en la actualidad, la causa

de más de un cuarto de todas las muertes que ocurren en el país son condiciones que los médicos califican de "desórdenes de enviciamiento". (Pollin y Ravenholt, pág. 2849.)

La obediencia a la Palabra de Sabiduría nos mantiene apartados de todos esos vicios. En el último versículo de la sección 89 de Doctrina y Convenios se nos promete esta protección:

"Y yo, el Señor, les prometo que el ángel destructor pasará de ellos, como de los hijos de Israel, y no los matará." (D. y C. 89:21.)

Esta referencia a la primera Pascua nos recuerda que, *con fe*, el antiguo Israel obedeció el mandato de emplear sangre para ponerla en los dos postes y en el dintel de las casas...

"Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros ... mortandad." (Exodo 12:7, 13.)

Igualmente, el Israel actual ha recibido el mandamiento de obedecer la Palabra de Sabiduría *con fe*, y ésta se convierte en la señal de un convenio con el Señor, en lo que aparta espiritualmente al Israel del convenio del resto del mundo.

El gozo en la mañana lo sentirán aquellos que puedan mirarse al espejo y saberse limpios, a los que tengan la boca libre de los sabores que el Señor nos ha prohibido, a aquellos cuyo espíritu y cuerpo estén limpios de todo remordimiento.

El amor a Dios

El atributo culminante que conduce al gozo es el amor a Dios. Aun esa primera mirada al espejo en la mañana puede ser más grata sabiendo que hemos sido creados a Su imagen. Cada uno de nosotros puede decir como el Apóstol:

"Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia." (Hechos 2:28; véase también Salmos 16:11.)

Dios, que nos ha dado la vida, también nos ha dado mandamientos para regirla a fin de que tengamos gozo; los profetas nos los han revelado periódicamente, desde Adán hasta el presidente Benson. Uno de ellos escribió:

"Quisiera que consideraseis el bendito estado de aquellos que guardan los mandamientos de Dios. Porque he aquí, ellos son bendecidos en todas las cosas, tanto temporales como espirituales." (Mosíah 2:41.)

Pero, para aquellos que no conocéis las vías del Señor o se han apartado de ellas, recordad que no es demasiado tarde para cambiar; todavía podéis recibir las bendiciones de la fe y el arrepentimiento.

Los que os sentís vencidos y aplastados debéis buscar vuestro rescate en las horas tempranas del día. El Señor nos dice:

"Cesad de dormir más de lo necesario; acostaos temprano para que no os fatiguéis; levantaos temprano para que vuestros cuerpos y vuestras mentes sean vigorizados." (D. y C. 88:124.)

El alba de un día más luminoso anuncia el momento del perdón, y las sombras del pesar de ayer se esfuman ante los rayos de la oportunidad que surge en las primeras horas de la mañana.

Sentimos gozo por nuestra posteridad y nos regocijamos cuando vemos a todos bendecidos por las ordenanzas de salvación y exaltación.

Hace poco, cuando nuestra hija menor se selló a su compañero eterno en el santo templo, nuestra familia pasó por esa experiencia muy especial. Los padres y las ocho hermanas mayores con sus respectivos maridos fuimos testigos del acontecimiento junto con otros familiares. Ese día hubo para todos nosotros verdadera alegría y gozo en la mañana, y sentimos la verdad de este pasaje de las Escrituras: "Existen los hombres para que tengan gozo" (2 Nefi 2:25).

Estas experiencias, aunque gloriosas, no son más que un preludio del gran momento en que los fieles se junten sobre la tierra en el postrer día para esperar la segunda venida del Señor y estar junto a El cuando aparezca (véase Malaquías 3:2–12; 3 Nefi 24:2–12). En esa gozosa mañana, el espejo reflejará el milagro de la primera resurrección, y los fieles serán coronados con gloria, inmortalidad y vida eterna (véase D. y C. 75:5; 138:51).

Una vez más las estrellas del alba cantarán en unión y darán "voces de alegría los hijos de Dios" (D. y C. 128:23; véase también Job 38:7). Porque en esa mañana "se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá" (Isaías 40:5; véase también Ezequiel 20:48; Lucas 3:6; D. y C. 101:23).

Entonces, "habrá paz y contento para siempre jamás. Todo corazón y toda voz se regocijarán en aquel día... Habrá gozo en la mañana de aquel día". (Natalie Sleeth, "Joy in the Morning" [Gozo en la mañana], Carol Stream, Illinois: Hope Publishing Co., 1977, págs. 4–5, 9–10.) Y tendremos todo eso mediante nuestra fidelidad. Lo testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

El élder Hugh W. Pinnock, de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta, con el élder Marvin J. Ashton y el élder Boyd K. Packer, del Quórum de los Doce.

LA FELICIDAD Y EL GOZO DE LA OBRA DEL TEMPLO

élder Franklin D. Richards
del Primer Quórum de los Setenta

"Al hacer la obra del templo, desarrollamos una afinidad espiritual con nuestro Padre Celestial y con nuestro Señor y Salvador Jesucristo."

Hemos escuchado cómo nos dirige el Espíritu Santo. Recuerdo hace años, en una reunión en el templo, que el presidente David O. McKay dijo que aunque preparáramos nuestro discurso diez días antes de la conferencia, el Señor puede inspirarnos durante la preparación tal como lo hace cuando estamos en el estrado. No pude más que pensar en ese comentario al escuchar al élder Nelson hablar y al coro cantar acerca del gozo, ya que yo voy a hablaros acerca de la felicidad y el gozo de la obra del templo.

Mis queridos hermanos y hermanas, realmente me da gusto estar entre vosotros en esta gran conferencia, y ruego que el Espíritu del Señor me ilumine al dirigirme a vosotros.

La Primera Presidencia ha declarado que la misión de la Iglesia es: llevar el evangelio a toda la humanidad, perfeccionar a los santos, y hacer las obras genealógica y del templo por nosotros y por los muertos.

La obra del templo

He hablado en muchas oportunidades del gozo y la felicidad que uno recibe al hacer la obra misional. Hoy me gustaría hacer referencia específica al gozo y la felicidad que se reciben al hacer la obra del templo. Hace unos meses, mi esposa y yo regresamos después de tener el gran privilegio de supervisar la obra del Templo de Washington, D.C., durante más de dos años.

Quizás sea un poco tarde para ello, pero quisiera comunicaros el amor y los saludos de los obreros y usuarios del Templo de Washington, y me complace informaros que en esa parte de la viña del Señor hay un gran espíritu y un gran crecimiento y progreso en el reino.

Durante esos dos años, mi esposa y yo disfrutamos de muchas hermosas experiencias espirituales, y diariamente éramos testigos del amor y el servicio a nuestros semejantes.

Nuestro Padre Celestial es un padre amoroso, y él ha dicho: "Porque, he aquí, ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés 1:39). Y con ese fin restauró el evangelio en esta dispensación.

¿Por qué tenemos templos?

Los Santos de los Ultimos Días construyen templos porque se les ha mandado hacerlo para que puedan efectuarse en ellos sagradas ordenanzas a favor de los vivos y los muertos. Es posible efectuar dichas ordenanzas debido a que las obras genealógica y del templo están inseparablemente unidas. Es importante comprender que las bendiciones del templo no están limitadas a una clase especial, sino que están al alcance de todo miembro digno de la Iglesia debidamente acreditado.

Me gustaría referirme brevemente a tres aspectos relacionados con la asistencia al templo.

Primero, a favor de los vivos: Para los vivos, es posible efectuar las ordenanzas como el bautismo, la comunicación del Espíritu Santo y la ordenación al sacerdocio en cualquier lugar apropiado fuera del templo. Sin embargo, por medio de la revelación moderna se nos ha dicho que hay ciertas ordenanzas, tales como la investidura, el matrimonio eterno, las ordenanzas selladoras tanto por los vivos como por los muertos y el bautismo por los muertos, que deben efectuarse en el templo.

La investidura del templo comprende ordenanzas sagradas sobre las cuales se basan ciertas bendiciones. De hecho, también es un curso de instrucción por medio del cual se dan muchas respuestas a la pregunta: "¿Cuál es el propósito de la vida?"

Claro está que la investidura es una ordenanza individual, mientras que las ordenanzas de sellamiento tienen que ver con las relaciones familiares.

Segundo, a favor de los muertos: El ministerio de Cristo no se limitó a los pocos que vivieron sobre la tierra durante el meridiano de los tiempos, y no se limita solamente a los que viven ahora. El apóstol Pedro aclaró que los que no tengan la oportunidad de escuchar el evangelio en esta tierra la tendrán en el mundo de los espíritus (véase 1 Pedro 3:18–20; 4:6). Y el apóstol Pablo, al escribir a los corintios, preguntó: "De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?" (1 Corintios 15:29).

La adoración en los templos nos brinda la oportunidad de hacer las ordenanzas por nuestros antepasados muertos y por otras personas, una oportunidad de servir a los muertos. Dicho servicio es motivo de satisfacción eterna. Sin embargo, conviene recordar que el servicio vicario a favor de los muertos no afecta el derecho que tienen dichos muertos de aceptar o rechazar tal servicio vicario.

Tercero, como refugio: El templo es un refugio de las vicisitudes de la vida, un lugar de oración y meditación que brinda la oportunidad de recibir interiormente la paz, la inspiración, la

guía y, con frecuencia, soluciones a los problemas que atormentan nuestra vida diaria.

El templo es un lugar donde la chispa divina del hombre, o sea lo infinito en él, puede invocar lo infinito de Dios.

Felicidad y gozo en hacer la obra del templo

He sido testigo del gozo y la satisfacción que reciben los que sirven en el templo. Recuerdo en una oportunidad a una hermana que cruzó con paso acelerado el umbral del templo, con el rostro iluminado por la alegría que sentía. Era una obrera del templo que había ido a visitar su hogar. Me tomó de la mano y dijo: "¡Qué bueno es estar de regreso! Amo mi labor en el templo, y sé que no puedo ser feliz, realmente feliz, lejos de él. Me brinda un gozo y una satisfacción que no puedo encontrar en ningún otro lugar. Tengo un sentimiento de haber logrado algo de valor eterno. Es en cierta manera como la obra del Salvador, quien hizo por los hombres lo que ellos no podían hacer por sí mismos. Esta obra le da paz a mi alma; sí, la paz que sobrepasa todo entendimiento."

Un día, mi esposa y yo entramos al bautisterio cerca de mediodía y vimos a una jovencita sentada en una de las bancas. Conversamos con ella, y nos dijo que era del estado de Virginia, y que ese día cumplía doce años. Su mamá le había preguntado qué quería como regalo de cumpleaños, y ella le había pedido que la llevara al templo para poder hacer bautismos por los muertos.

¡Qué gran oportunidad tienen los obreros del templo de influir en el corazón de los hermanos y hermanas de todas las edades!

Recuerdo la carta de un obispo de un barrio del este de Canadá que decía: "Agradecemos el privilegio de llevar a nuestros jóvenes al templo. Ellos deben ser dignos; los vemos sentados esperando su turno con lágrimas en la cara. Hemos tenido muchas experiencias espirituales. Un joven que no pensaba ir a la misión dijo: 'Ahora tendré que ir'. Los viajes que hemos hecho al templo han tenido un éxito más grande del que nos imaginamos. Literalmente hemos visto cambios en las vidas. Los jóvenes consideran que ésta es una gran experiencia espiritual."

Al hacer la obra del templo, desarrollamos una afinidad espiritual con nuestro Padre Celestial y con nuestro Señor y Salvador Jesucristo, la cual nos brinda paz, felicidad y gozo eterno.

En el templo hay una influencia y un espíritu que influyen en la mente, el corazón y el alma de los presentes. Sí, es verdaderamente la Casa del Señor.

Se ha dicho que la historia de la obra del templo es una historia de amor —el amor de Dios por el hombre, el de los hombres por Dios, y el amor del uno por el otro.

No permitamos que las riquezas, los honores de los hombres o las cosas vanas del mundo nos impidan ser dignos de este sagrado privilegio. Realmente somos bendecidos por haber venido a la tierra en esta época, en que se han restaurado a la tierra estas hermosas ordenanzas salvadoras, y por tener el privilegio de participar en ellas.

Exhorto a los miembros de la Iglesia a participar en la obra del templo en toda forma posible, ya que es una manera muy satisfactoria de edificar el reino de Dios.

Los propósitos del Señor se están logrando, las almas se están salvando, y las profecías se están cumpliendo.

Sí, podemos sentirnos agradecidos de vivir en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, en que Dios el Padre y su Hijo se han aparecido al profeta José Smith; en que se ha restaurado el evangelio en su plenitud; en que se ha restaurado el sacerdocio, o sea, el poder para actuar en el nombre de Dios; y en que se ha establecido la Iglesia de Cristo de nuevo sobre la tierra. Y cómo sostenemos a nuestro amado profeta Ezra Taft Benson, quien, por medio de la revelación, dirige los asuntos del reino de Dios sobre la tierra en estos días.

Que al concluir esta conferencia salgamos fortalecidos y motivados con el gran deseo de alargar el paso. Que el reino de Dios siga adelante para que venga el reino de los cielos, y que las más ricas bendiciones de nuestro Padre Celestial os acompañen, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

Miembros del Quórum de los Doce cantando un himno. De izquierda a derecha: élder Boyd K. Packer, élder Marvin J. Ashton, élder L. Tom Perry, élder David B. Haight, élder James E. Faust, élder Neal A. Maxwell y élder Russell M. Nelson.

EL DESARROLLO DE LA FE

élder A. Theodore Tuttle
del Primer Quórum de los Setenta

"No sobreviviremos en este mundo, temporal ni espiritualmente, a menos que tengamos fe en el Señor, y no me refiero simplemente a una actitud positiva, sino a una fe inamovible en Jesucristo."

Mis queridos hermanos, sería muy ingrato si no expresara mi agradecimiento a los muchos de vosotros que habéis orado por mi salud en el correr de los últimos meses. La ciencia médica es maravillosa, pero por encima de sus adelantos nos es menester recibir las bendiciones de nuestro Padre Celestial para poder curarnos. Os agradezco de corazón vuestras oraciones en mi favor.

Alguien me contó en cuanto a un diálogo que tuvo un maestro de Primaria con un alumno en su clase de niños de once años. Formuló la pregunta: "Supongan que el Señor les pidiera que construyeran una nave espacial lo suficientemente grande como para llevar en ella a su familia y provisiones de este planeta. ¿Creen que podrían construirla?"

Uno de los niños respondió que sí.

—¿Has construido una nave espacial alguna vez?— preguntó el maestro.

—No.

—¿Alguna vez construiste una pequeña, en escala?

—No.

—¿Has visto una alguna vez?

—Sí, en la televisión —y entonces agregó— pero usted dijo que el Señor *me pidió* que la construyese. Si el Señor me pidiera que lo hiciera, entonces podría hacerlo.

Me pregunto cuántos de nosotros, siendo adultos, tenemos esa clase de fe. Quisiera leeros del Libro de Mormón un gran ejemplo de este tipo de fe. En el capítulo 17 del 1 Nefi dice:

"Y aconteció que el Señor me habló, diciendo: Construirás un barco, según la manera que yo te mostraré, para que yo pueda llevar a tu pueblo a través de estas aguas" (vers. 8).

Escuchad la respuesta de este gran Nefi:

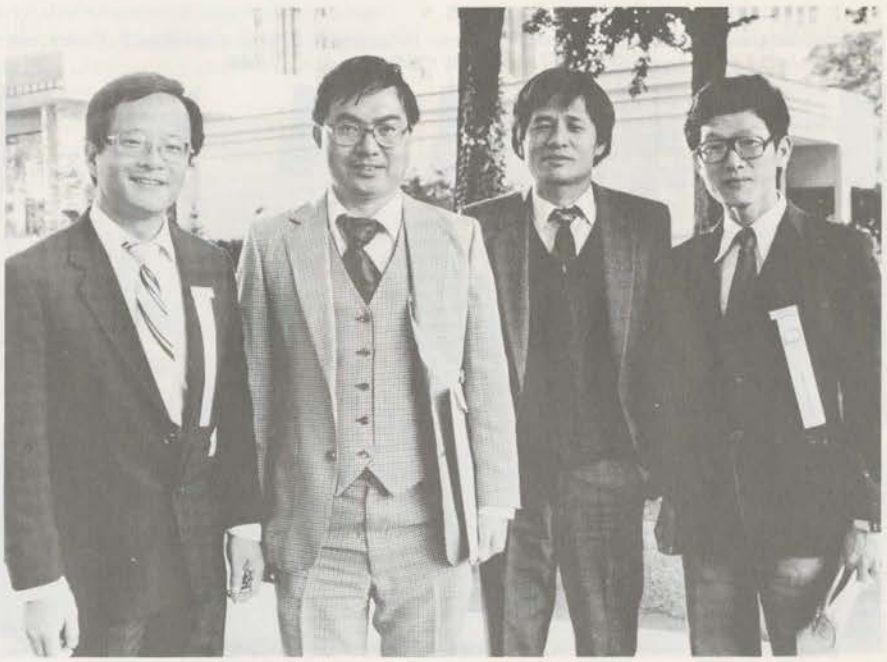
"Y yo dije: Señor, ¿dónde iré para encontrar el metal para fundir, a fin de que yo pueda hacer las herramientas para construir el barco, según el modo que tú me has mostrado?" (vers. 9).

Y cuando sus hermanos comprendieron que Nefi de hecho se disponía a construir un barco, le dijeron: "Estás loco. No tienes ni idea de cómo construir un barco" (véase vers. 17).

Y fue así que Nefi les enseñó una gran lección sobre la manera de desarrollar fe.

Aprendamos una gran lección de lo que le aconteció a Nefi. El relata las cosas que habían sucedido y que ellos sabían que formaban parte de su legado. Se remontó hasta la época en que los hijos de Israel salieron de Egipto. Se refirió a lo que sucedió a orillas del Mar Rojo cuando los egipcios los perseguían y el Señor los salvó (véanse vers. 26–27).

Después él habla del maná que recibieron en el desierto, del agua que brotó de la roca, y de cómo el Señor los guió por medio de una columna de nube durante el día y de una columna de fuego durante la noche, de cómo se dividieron las aguas del Jordán cuando los sacerdotes que cargaban el arca del pacto pisaron la orilla (véanse vers. 28–30, 32; Exodo 13:21; Josué 3:15–17). Y también de cómo esparció al pueblo, y de cómo, cuando llegaron las serpientes voladoras, Moisés hizo una serpiente ardiente, y la puso sobre un asta, y todo lo que ellos tenían que hacer para ser sanados era mirar a esa serpiente.



Liahona

1987

ENERO

D	L	M	M	J	V	S
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

FEBRERO

D	L	M	M	J	V	S
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

MARZO

D	L	M	M	J	V	S
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31				

ABRIL

D	L	M	M	J	V	S
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30		

MAYO

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30
31						

JUNIO

D	L	M	M	J	V	S
	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

JULIO

D	L	M	M	J	V	S
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

AGOSTO

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					

SEPTIEMBRE

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30			

OCTUBRE

D	L	M	M	J	V	S
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

NOVIEMBRE

D	L	M	M	J	V	S
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30					

DICIEMBRE

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		

SP

El relato nos dice que muchos perecieron pues no estaban dispuestos a tan siquiera mirar (véanse vers. 32, 41; Números 21:8–9).

Nefi hizo lo que nosotros como padres debemos hacer hoy día con nuestras familias: desarrollar fe en el Señor, y la forma de hacerlo es relatándoles las experiencias que hayamos tenido nosotros o nuestros antepasados relacionadas con la fe. Tal es el valor de nuestra historia, la cual está llena de ejemplos de fe. Como ya se ha dicho en esta conferencia, a menos que hagamos estas cosas, en una sola generación perderemos la fe. Y a fin de criar a una generación de fe capaz de hacer las cosas que debe hacer en esta época, vosotros y yo debemos generar e incrementar la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Hay otro principio, el de que la fe precede al milagro. En el capítulo 12 de Eter encontramos una importante lección en cuanto a esto. Recordaréis que Moroni se encontraba compilando los escritos de las veinticuatro planchas, y esto es lo que escribió:

"Y acaeció que Eter profetizó al pueblo cosas grandes y maravillosas, las cuales no creyeron, porque no las veían" (vers. 5.)

Puesto que no las veían, no las creían. Les era menester aprender que *creer* es ver. Y después Moroni agrega lo siguiente:

"Y ahora yo, Moroni, quisiera hablar algo concerniente a estas cosas. Quisiera mostrar al mundo que la fe es las cosas que se esperan y no se ven; por tanto, no contendáis porque no veis, porque no recibís ningún testimonio sino hasta *después* de la prueba de vuestra fe" (vers. 6).

Es algo que debemos aprender. No es posible tener simplemente fe. No podemos disfrutar el milagro sino hasta después del ejercicio de la fe. En las páginas que siguen a estos versículos del Libro de Mormón, Moroni da ejemplos de los milagros que ocurren *después* de la prueba de la fe de la gente, y esos son principios que también debemos aprender.

Recuerdo que cuando tenía veinte años, fui a una entrevista con el obispo para ir en una misión. Cuando regresé, mi madre, sonriente, me preguntó:

—Y bien, Ted, ¿qué te dijo el obispo?

–Me dijo que no podré ir a la misión.

–¿Por qué no? —me preguntó mi madre.

Elder A. Theodore Tuttle, del Primer Quórum de los Setenta.

–Porque no tenemos suficiente dinero.

Entonces mi madre dijo:

—Si mi padre pudo dejar dos hijos y otro en camino para ir a su misión, tu también irás.

Yo le contesté:

—Yo lo sé, pero el obispo no.

Como acotación al margen, entiendo que el obispo estaba procediendo como era debido. El me preguntó si yo disponía de dinero, y yo le dije que contaba con unos pocos cientos de dólares que había ganado trabajando durante el verano anterior. Esa cantidad sería suficiente para tan sólo unos meses, así que me preguntó qué haría cuando se acabara. Le dije que mi padre me ayudaría después.

Me preguntó si mi padre contaba con dinero como para enviarme lo que yo necesitaría todos los meses. Le dije que en realidad en ese momento no. Había tenido pérdidas durante la época de la depresión. En ese momento trabajaba como comprador de ganado en pie y lana, y sus ganancias eran a comisión, a lo que se sumaba la inestabilidad de la economía.

Entonces el obispo me dijo que las autoridades de la Iglesia, debido a experiencias lamentables, habían dicho que si una persona no contaba con el dinero para solventar su misión, que mejor no se la llamara. Acepté lo que él me dijo y así se lo comuniqué a mi madre.

Esa noche cuando mi padre llegó tuvimos un consejo familiar. Llegamos a la conclusión de que no disponíamos del dinero en ese momento y que, dadas las circunstancias, tampoco dispondríamos de él en el futuro. Decidimos pedirle ayuda a un vecino de nombre Tom Anderson, un hombre de buena posición económica. Cuando le explicamos la situación nos dijo que no nos preocupáramos, que cuando se nos acabaran mis ahorros, él me ayudaría.

Cuando el obispo llegó a abrir su comercio a la mañana siguiente, yo lo estaba esperando, y le dije que Tom Anderson me ayudaría. El me dijo que eso era todo lo que necesitaba saber.

Lo más interesante del caso es que nunca tuvimos que recurrir al hermano Anderson. De una forma u otra mis padres se las arreglaron para mandarme el dinero necesario todos los meses, con una nota que decía: "Esto es para este mes, y tendremos lo necesario para el mes que viene".

Yo soy el producto de una casa de fe. Fue en mi propio hogar donde aprendí las mayores lecciones de fe. Allí me fueron enseñadas. Y penetraron tanto en mi ser que nunca se apartaron de mí. Necesito esa fe tanto ahora como nunca, y creo que esto se aplica a todos nosotros.

No sobreviviremos en este mundo, temporal ni espiritualmente, a menos que tengamos fe en el Señor, y no me refiero simplemente a una actitud positiva, sino a una fe inamovible en Jesucristo. Eso es precisamente lo que da vitalidad y poder a las personas que de otra manera serían débiles.

Os dejo mi humilde testimonio de que yo sé que Dios vive. Sé que El vive y que es nuestro Padre, y que nos ama. Os doy testimonio de que Jesús es el Cristo, nuestro Salvador y Redentor.

Ahora entiendo mejor que antes lo que eso significa. Estoy agradecido por su sacrificio expiatorio en provecho nuestro, y por saber algunas cosas en cuanto a nuestra relación con él y con nuestro Padre Celestial, y sobre el propósito y el significado del evangelio de Jesucristo. Estoy agradecido por José Smith. Yo sé que él fue un profeta, y sé que el presidente Ezra Taft Benson es un profeta viviente en la actualidad. De todas estas cosas os doy testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén.

a su hijo. Tanto Mormón como Moroni enfrentaban días de dificultad que hacen que las mías parezcan insignificantes. Mormón sabía que su hijo podría sentirse agobiado por el desaliento y los malos presagios, por lo que le dio el mejor antídoto. Le dijo que podía escoger, de acuerdo con lo que pusiera en su mente, llegar a ser un ejemplo de esperanza. He aquí lo que le escribió:

"Hijo mío, sé fiel en Cristo; y que las cosas que he escrito no te aflijan, para apesadumbrarte hasta la muerte; sino Cristo te anime, y sus padecimientos y muerte, y la manifestación de su cuerpo a nuestros padres, y su misericordia y longanimidad, y la esperanza de su gloria y de la vida eterna, reposen en tu mente para siempre." (Moroni 9:25.)

Lo que podemos hacer para ayudar—enseñando con el espíritu de rectitud, con amor, con ternura, con ejemplo—se centra en el Salvador y en su expiación. Eso es lo que debemos enseñar. Al surtir efecto la Expiación en nuestra vida, producirá en nosotros el amor y la ternura que necesitamos. Y al recordarle a El y su don, lo que prometemos hacer al tomar semanalmente la Santa Cena, podemos poner una luz de esperanza en nuestros rostros, cosa que tanto necesitan ver nuestros seres queridos.

Al final de sus sugerencias, el presidente Clark nos recordó que hay y siempre habrá libre albedrío. La chispa no brillará más hasta que la persona trate de vivir el evangelio. Por eso es que esperamos tanto que a aquellos a quienes amamos se les dé alguna responsabilidad y que la cumplan, por pequeña que parezca. Después de que tomen la decisión de servir a otros, de sacrificarse y tratar de cumplir los mandamientos que conllevan promesas, se encenderá la chispa de la fe. No obstante, aun después de haber hecho todo lo posible de nuestra parte por ayudarlos, esa elección—la de actuar o no con la fe que tengan—debe ser suya.

Doy mi testimonio de que Dios vive, de que Jesús es el Cristo, y que en esta dispensación, por medio de los profetas, desde José Smith a Ezra Taft Benson, El ha dado el poder de ofrecer nuevamente las bendiciones plenas del evangelio de Jesucristo. Ruego que nunca dejemos de ofrecer la oportunidad de elegir estas bendiciones a aquellos cuya chispa de fe necesita que se le avive. En el nombre de Jesucristo. Amén.

REGRESAD AL SEÑOR

élder F. Burton Howard
del Primer Quórum de los Setenta

"El Señor realmente sabía lo que decía cuando dijo: 'Quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y, yo, el Señor, no los recuerdo más'."

Desde el principio, los profetas han llamado a casi todos los hombres al arrepentimiento. A los que no han conocido el evangelio se les ha exhortado a abandonar su vida pecaminosa, a guardar los mandamientos y a unirse al pueblo del Señor.

Pero los profetas también han implorado a otro grupo de personas: los que una vez creyeron, pero abandonaron la fe de sus padres por orgullo, por pecado o por alguna otra razón. Dentro de este grupo están los menos activos, los críticos, los rebeldes y los que no se deciden a cumplir. Estos son los miembros de la Iglesia que se han apartado de Dios al pasar el tiempo. A ellos siempre se les ha extendido la invitación de regresar al Señor.

Al pensar en miembros de la Iglesia que se arrepienten y vuelven a ser activos, acuden a nuestra mente las historias de Saulo y de Alma. Algunos quizás estén esperando recibir una experiencia milagrosa similar a la de ellos antes de volver. Sin embargo, probablemente esperarán en vano, porque, como el Salvador enseñó a sus discípulos, "si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos" (Lucas 16:31).

Sin contar con algún incentivo como ése para cambiar, quizás algunos se pregunten si es posible dejar la duda y regresar a la fe. ¿Puede un cínico realmente llegar a ser como un niño pequeño? ¿Puede un esclavo del hábito o de la pasión realmente llegar a ser libre de nuevo? ¿Existe un camino de regreso? Si es así, ¿vale la pena el esfuerzo de encontrarlo y seguirlo? ¿Por dónde y cuándo comienza uno?

Hay un camino, porque ciertamente los profetas no enseñan en vano. Y el Señor escucha las oraciones de maestros, líderes y padres que oran por el regreso de los que están perdidos.

Quizá algunos piensen que el camino no está bien definido, ya que en las Escrituras hay pocos ejemplos de antiguos creyentes que se hayan arrepentido. Pero sin embargo, el hecho es que miles han regresado de la inactividad. Permitidme hablaros de algunos que lograron hacerlo.

Cuando se me llamó a ser obispo, heredé un barrio muy grande. Muchos de los ochocientos miembros no iban a la Iglesia. Nunca los había conocido y me decidí a hacerlo.

Un domingo por la tarde en noviembre, fui a visitar a una familia inactiva. Al acercarme a la casa, vi a una mujer que barría el patio. Me presenté como el nuevo obispo y le pregunté si su esposo estaba en la casa.

"Sí", me respondió, "pero no quiere hablar con usted. Estamos cansados de que se nos moleste. Mi esposo le pidió al otro obispo que quitaran nuestros nombres de los registros de la Iglesia. No queremos recibir maestros orientadores y no queremos que vengan

a recoger las ofrendas de ayuno. Simplemente queremos que nos dejen en paz.''

Después agarró la escoba como arma. ''Ahora, váyase'', me dijo. ''Salga de mi patio y no regrese nunca.'' Mientras salía yo del patio, me amenazaba con la escoba. Balbuceé unas palabras de disculpa, pero ella no hizo caso. ''Váyase'', me dijo. Y me fui.

Esa noche no dormí bien. Me había humillado. Y lo peor de todo, me parecía, era que le había faltado el respeto a mi oficio de obispo. Para el martes en la noche, casi había decidido que debíamos excomulgar a la mujer y a su esposo. Un consejero sabio y una lectura cuidadosa de las instrucciones recibidas de las oficinas de la Iglesia me convencieron de que no lo hiciera.

Los saludaba cuando en ocasiones los veía en la calle, pero nunca regresé a su hogar. Sin embargo, asignamos a un pariente de ellos que los visitara cada mes y velara por ellos. Que yo sepa, nunca se les dio ningún mensaje del evangelio, y no tuvieron ningún otro contacto significativo con la Iglesia durante los años que yo serví como obispo.

Después de un tiempo, se dividió el barrio. Fui relevado y llamado a ser presidente de la estaca. Otro martes por la noche, varios años más tarde, uno de nuestros obispos llegó a las oficinas de la estaca y me preguntó si podría recibir más tarde a una pareja de edad avanzada que deseaba una recomendación para el templo. El había estado ayudándoles por meses y finalmente estaban listos para ir al templo.

''Usted tal vez los conozca, presidente'', me dijo, y mencionó el nombre de la mujer de la escoba.

Estaba ansioso por que llegara el momento de la entrevista. Como a las nueve de la noche el obispo trajo a una pareja mayor, bien vestida, a mi oficina y me los presentó. Los reconocí como las personas a las que había conocido, pero por algún motivo me parecían diferentes. Invité a la hermana a que pasara a mi oficina. Le pregunté si sabía quién era yo, y ella respondió:

—Sí, cómo no; usted es el presidente de la estaca.

—¿Recuerda un domingo por la tarde en noviembre, hace trece años? —le pregunté—. Un joven obispo llegó a su puerta para ver si a usted y a su esposo les gustaría ser más activos en la Iglesia. ¿Recuerda que lo echó?

—No recuerdo nada de eso —me dijo—. Estoy segura de que nunca hubiera hecho nada así.

Los élderes Jacob de Jager y Vaughn J. Featherstone, ambos del Primer Quórum de los Setenta.

Después le dije:

—Tengo otra pregunta. ¿Por qué esperaron tanto tiempo para regresar a la Iglesia?

—Pues, siempre sabíamos que algún día tendríamos que volver a activarnos —me respondió—. Quisimos hacerlo, pero nunca lo hicimos. Mi esposo fumaba mucho, y no se sentía bien al ir a la Iglesia. Oré durante años para que dejara de fumar. Cuando empezó a tener problemas de salud hace un par de años, nos pareció un buen momento para regresar.

Terminé la entrevista y hablé también con su esposo. Eran totalmente dignos. Poco después fueron al templo para sellarse.

¿Pusieron atención en los elementos de su regreso? No fue fácil. Siempre habían sabido. Ella había orado por años. Habían desperdiciado mucho tiempo. Finalmente, antes de que fuera demasiado tarde, hablaron con el obispo, se arrepintieron, olvidaron sus viejas actitudes y sus viejos hábitos, y regresaron.

Otra persona que regresó fue Amínadab (véase Helamán 5). Había pertenecido a la Iglesia de Dios, pero se había vuelto crítico y contencioso. Aparentemente estaba de acuerdo con la oposición, porque estaba presente cuando dos misioneros jóvenes llamados Nefi y Lehi fueron apresados por el ejército lamanita.

Lo cubrió una nube de oscuridad, y escuchó una voz apacible y suave que le susurraba: ''Arrepentíos . . . y no intentéis más destruir a mis siervos''. Sorprendido, se volvió para ver a Nefi y a Lehi, y vio que sus semblantes brillaban a través de la oscuridad, y parecían estar alzando la voz al cielo (véase el vers. 36).

Entonces Amínadab los reconoció como lo que eran. Con una voz fuerte les dijo a los lamanitas que los jóvenes eran siervos de Dios. Cuando el ejército se volvió para mirar, también se dieron cuenta de la oscuridad que los rodeaba. Le preguntaron a Amínadab cómo podrían dispersarla, y él, valiéndose, creo yo, de la verdad que había aprendido en otro tiempo, dijo:

''Debéis arrepentiros y clamar [al

Señor], hasta que tengáis fe en Cristo, . . . y cuando hagáis esto, será quitada la nube de tinieblas que os cubre'' (vers. 41).

Ahora fijaos de nuevo que las Escrituras hablan de que las tinieblas cubren a los que han abandonado la fe. El efecto de esas tinieblas es impedir que uno pueda ver claramente. Para encontrar el camino de regreso, tal como lo descubrió Amínadab, es necesario arrepentirse y orar hasta que las dudas y las tinieblas desaparezcan y se puedan ver de nuevo las cosas importantes.

Un relato para terminar, nuevamente de la época cuando era obispo. Una noche, estando profundamente dormido, tocaron el timbre de la puerta. A tientas llegué a la puerta y encontré allí a un joven miembro del quórum de presbíteros. Lo conocía bien, lo suficientemente bien como para haber ido a acampar con él, orado con él y acerca de él y para haberle enseñado. Lo conocía tan bien como un buen obispo conoce a cualquiera de los presbíteros activos de dieciocho años de edad, lo cual me dio la confianza para preguntarle qué hacía en mi puerta a medianoche.

Me dijo: ''Tengo que hablarle, obispo. Acabo de hacer algo muy grave, y no puedo ir a casa''.

Tenía razón; en realidad era grave. Lo invité a pasar y conversamos. El habló y yo escuché, y después yo hablé y él escuchó, hasta que amaneció. Tenía muchas preguntas. Había cometido un pecado terrible, y quería saber si tenía esperanzas. Quería saber cómo arrepentirse. Quería saber si el arrepentimiento incluía decirles a sus padres lo que había hecho y si habría alguna posibilidad de que aún pudiera ir a la misión. Quería saber muchas cosas más.

Yo no contaba con todas las respuestas, pero le dije que había esperanzas. Le dije que el camino de regreso sería difícil, pero que era posible. Le expliqué lo que sabía acerca del proceso del arrepentimiento y le ayudé a comprender lo que debía hacer. Le dije que si realmente deseaba ir a la misión, que solamente se podría tomar esa decisión en el futuro, después de que se hubiera arrepentido. Entonces le dije que se fuera a casa, y así lo hizo.

Hizo las paces con sus padres. Les pidió perdón a los que había ofendido. Se apartó del pecado y de las malas compañías e hizo todo lo posible por arrepentirse.

Un año más tarde, cinco de los jóvenes de ese quórum fueron a la misión, y él era uno de ellos. Yo me sentía cerca de todos ellos. Asistí a sus despedidas. Todos ellos terminaron honorablemente sus misiones. Poco después de regresar de la misión, todos se casaron en el templo. Mi esposa y yo asistimos a todas las ceremonias. Aún ahora, si quisiera, podría tomar una hoja de papel y escribir los nombres de todos ellos, de sus esposas y de algunos de sus hijos. Así de bien los conocía.

Pero ahora permitidme relataros algo más, algo muy privado y muy importante. No recuerdo el nombre del joven que llegó a mi hogar a medianoche. Sé que era uno de los cinco, pero no recuerdo cuál de ellos.

Hubo un tiempo en que eso me preocupaba. Pensaba que quizá me estuviera fallando la memoria. Conscientemente trataba de recordar quién era el que había tenido el problema, y no podía.

Con el tiempo fui relevado y borré el incidente de mi mente. Unos años más tarde, andaba caminando y de repente me encontré dentro de los límites del barrio donde había sido obispo. En el silencio acudieron a mi mente muchos recuerdos. De repente comprendí que caminaba enfrente de una casa donde había vivido uno de mis presbíteros años atrás. Me vino a la mente la historia del joven que mencioné y de nuevo traté de recordar cuál de los cinco jóvenes era. ¿Había vivido en esta casa?, me preguntaba. ¿Por qué no podía recordar?

Al continuar caminando, algo sucedió, algo difícil de explicar, pero algo muy real para mí. Me pareció escuchar una voz que decía: ''¿No comprendes, hijo mío? Yo lo he olvidado. ¿Por qué te has de acordar tú?''

Me sentí mortificado. No había respuesta satisfactoria a la pregunta. Nunca más me he preguntado quién era y por qué no me acuerdo. Entonces supe, con más seguridad que nunca, que el Señor se siente complacido cuando sus hijos regresan a él.

Todos los pastores y todas las ovejas perdidas deben comprender este último concepto. El Señor realmente sabía lo que decía cuando dijo: ''Quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y, yo, el Señor, no los recuerdo más'' (D. y C. 58:42).

Hace algunos años estaba de moda entre ciertos círculos la frase: ''Nunca puedes regresar a casa''. Eso sencillamente no es verdad. Es posible regresar. Es posible que los que han dejado de orar vuelvan a orar. Es posible que los que estén perdidos encuentren el camino en la oscuridad y regresen al hogar.

Y cuando lo hagan, sabrán, como yo sé, que al Señor le importa más lo que el hombre es que lo que fue, y le importa más dónde está que dónde estuvo. Lo testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

EL DON DE LA REVELACIÓN MODERNA

presidente Ezra Taft Benson

"¿Utilizamos el Libro de Mormón y Doctrina y Convenios para mejorar nuestra vida y resistir el poder del demonio? Este es el propósito con el cual se nos dieron."

Mis amados hermanos y hermanas, en esta gloriosa ocasión en que nos encontramos aquí reunidos quisiera darle las gracias a nuestro Padre Celestial por el don de la revelación en nuestros días, y particularmente, las Escrituras de los Ultimos Días.

Aprecio con todo el corazón la Biblia, tanto el Nuevo como el Antiguo Testamento. Este libro es una fuente de grandes verdades; nos enseña sobre la vida y el ministerio del Maestro; en sus páginas aprendemos que la mano de Dios ha dirigido los asuntos de Su pueblo desde el comienzo de la historia de la tierra. Sería imposible calcular el inmenso impacto que la Biblia ha tenido en la historia del mundo. El contenido de sus páginas ha bendecido la vida de innumerables generaciones.

Pero a medida que se fueron sucediendo las generaciones, los hijos de los hombres no recibieron más Escrituras. Sin nuevas revelaciones para guiarlos, los hombres empezaron a interpretar la Biblia en distintas formas. Muchas iglesias y credos salieron a luz, cada uno de ellos basándose en la Biblia como fuente autorizada.

Pero esto de ninguna manera disminuye el valor de la Biblia; este libro tan sagrado siempre ha tenido un valor inestimable para los hijos de los hombres. De hecho, fue un pasaje de la Biblia el que inspiró al profeta José Smith a ir a una arboleda cerca de su casa y arrodillarse a orar. Como consecuencia de eso, recibió la gloriosa visión que dio comienzo a la restauración de la plenitud del evangelio de Jesucristo en la tierra. Esa visión también inició el período en que recibiríamos nuevas Escrituras que tendrían el mismo valor que la Biblia, al dar testimonio a un mundo pecador de que Jesús es el Cristo y de que Dios vive y ama a sus hijos y todavía está íntimamente interesado en que logren su salvación y exaltación.

Por medio del profeta Nefi, el Señor exhortó que nos cuidáramos de los que dijeran que la Biblia era la única Escritura que el mundo necesitaba. El dijo:

"¿No sabéis que hay más de una nación? ¿No sabéis que yo, el Señor vuestro Dios, he creado a todos los hombres . . . y manifiesto mi palabra a los hijos de los hombres, sí, sobre todas las naciones de la tierra?

". . .¿No sabéis que el testimonio de dos naciones os es un testigo de que yo soy Dios, que me acuerdo tanto de una nación como de otra?. . .

"Y hago esto para mostrar a muchos que soy el mismo ayer, hoy y para siempre." (2 Nefi 29:7–9.)

En la actualidad tenemos tres libros nuevos de Escrituras: el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio. Tengo en gran estima estos libros sagrados. Esta tarde quisiera hablaros en particular del Libro de Mormón y de Doctrina y Convenios. Estos importantes libros de Escrituras de los últimos días fueron revelados por el Dios de Israel con el propósito de reunir y preparar a su pueblo para la segunda venida de Jesucristo. Como escribió el presidente John Taylor, sacar a luz estos dos libros sagrados "costó la mejor sangre del siglo diecinueve" (D. y C. 135:6), o en otras palabras, les costó la vida al profeta José Smith y a su hermano Hyrum.

El Señor le dijo al profeta José Smith: "Esta generación recibirá mi palabra por medio de ti" (D. y C. 5: 10). El Libro de Mormón y Doctrina y Convenios son parte del cumplimiento de esa promesa; juntas, estas dos grandes obras de Escrituras traen grandes bendiciones a esta generación.

Cada uno de esos dos libros contiene una poderosa proclamación al mundo. La portada del Libro de Mormón declara que este volumen tiene tres objetivos: mostrar las grandes obras que el Señor ha hecho, enseñar los convenios que hicimos con El y convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo.

La sección 1 de Doctrina y Convenios es el prefacio que el Señor le da al libro. Doctrina y Convenios es el único libro en el mundo que contiene un prólogo escrito por el Señor mismo. En este prólogo El declara al mundo que su voz va dirigida a todos los hombres (véase el vers. 22), que Su venida se

acerca (véase el vers. 12) y que todas las verdades que se encuentran en Doctrina y Convenios se cumplirán (véanse los vers. 37–38).

Cada una de estas grandiosas Escrituras de estos últimos días testifica en forma muy elocuente y poderosa que Jesús es el Cristo. Casi todas las páginas de Doctrina y Convenios y del Libro de Mormón mencionan al Maestro —su gran amor por sus hijos y su sacrificio expiatorio— y nos enseñan cómo debemos vivir para que podamos volver a vivir con El y con nuestro Padre Celestial.

Cada uno de estos libros de Escrituras actuales contiene el conocimiento y el poder para ayudarnos a vivir mejores vidas en un momento en que abunda la maldad. Cualquiera que se dedique a estudiar con un espíritu de oración las páginas de estos libros encontrará consuelo, consejos, guía y la capacidad para mejorar su vida.

El presidente Romney dijo sobre el Libro de Mormón:

"Si se capacita a nuestros jóvenes con respecto a las enseñanzas del Libro de Mormón, no sólo recibirán inspiración y la valentía para escoger el camino correcto por medio del ejemplo . . . sino que también aprenderán tan bien los principios del evangelio de Jesucristo que sabrán con seguridad lo que es correcto.

"De casi todas las páginas del libro recibirán el emocionante testimonio de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Redentor y Salvador. *Este testimonio por sí solo será un ancla que los sostendrá en cualquier tormenta*" (en *Conference Report*, abril de 1960, pág. 112, cursiva agregada).

Hablando de las revelaciones de Doctrina y Convenios, el presidente Joseph Fielding Smith dijo: "Si las ponemos en práctica, si cumplimos con los mandamientos del Señor, sabremos la verdad y no habrá ningún arma que puedan empuñar en contra de nosotros que tenga éxito. No habrá doctrina falsa ni enseñanzas de los hombres que puedan engañarnos. . . Si estudiamos estas revelaciones, tendremos la fortaleza necesaria para vencer el error y seremos fuertes y valientes" (en *Conference Report*, oct. 1931, pág. 17).

Muchos años antes que naciera el Salvador en esta tierra, el profeta Enoch vio los últimos días. Presenció la gran maldad que prevalecería en la tierra en esta época y profetizó las "grandes tribulaciones" que resultarían de esa corrupción (véase Moisés 7:61). Pero en medio de esta profecía tan deprimente, el Señor prometió que preservaría a su pueblo (véase Moisés 7:61). ¿Cómo lo haría? Prestad atención a lo que el Señor mismo dijo que

haría para preservar a su pueblo:

"Y *justicia enviaré desde los cielos y la verdad haré brotar de la tierra* para testificar de mi Unigénito . . . y haré que *la justicia y la verdad* inunden la tierra como con un diluvio, a fin de recoger a mis escogidos de las cuatro partes de la tierra a un lugar que yo prepararé." (Moisés 7:62, cursiva agregada.)

El Señor prometió, por lo tanto, que la justicia vendría de los cielos y la verdad saldría de la tierra. Y hemos visto el cumplimiento maravilloso de esta profecía en esta generación. El Libro de Mormón salió de la tierra, rebosante de verdad, sirviendo como la verdadera clave de nuestra religión (véase *Enseñanzas del profeta José Smith*, pág. 233). Dios también ha enviado justicia de los cielos. El Padre mismo, junto con su Hijo, se le apareció al profeta José Smith. El ángel Moroni, Juan el Bautista, Pedro, Santiago y muchos otros ángeles, bajo el mandato de Dios, restauraron la autoridad necesaria al reino. Además, el profeta José Smith recibió revelación tras revelación de Dios durante esos años críticos del crecimiento de la Iglesia. Estas revelaciones han sido preservadas para nosotros en el libro de Doctrina y Convenios.

Estas dos obras de Escrituras, entonces, llegaron a ser un importante instrumento en manos del Señor para preservar a su pueblo en estos últimos días. El Libro de Mormón, escrito por medio de la inspiración para nuestros días, preservado a través de los siglos para que saliera a luz en esta época, traducido por el poder y el don de Dios, es la clave de nuestra religión; es la clave de nuestra doctrina; es la clave de nuestro testimonio; es la clave en el testimonio de Jesucristo; es la clave en nuestro esfuerzo por evitar los engaños del demonio en esta época. Satanás reina en el corazón de los hombres y tiene poder sobre todos sus dominios (véase D. y C. 1:35). Pero el Libro de Mormón tiene más poder: poder para desenmascarar los principios falsos, poder para ayudarnos a sobrellevar las tentaciones, poder para ayudarnos a acercarnos más a Dios que ningún otro libro (véase *Enseñanzas del profeta José Smith*, págs. 233–234).

El Libro de Mormón debe volver a ocupar el lugar principal en la mente y el corazón de nuestra gente. Debemos respetarlo leyéndolo, estudiándolo y poniendo en práctica sus preceptos en nuestra vida, transformándolas en vidas como las que se requieren de los verdaderos seguidores de Cristo. Hablando del papel central que tiene el Libro de Mormón en nuestra adoración, el presidente Joseph Fielding Smith dijo:

"Mi opinión es que ningún miembro de la Iglesia estará satisfecho hasta que haya leído el Libro de Mormón una y otra vez, y lo haya meditado cuidadosamente hasta que pueda testificar que es sin duda un registro que ha contado con la inspiración del Todopoderoso, y que su historia es verdadera. . . *Ningún miembro de la Iglesia puede contar con la aprobación de Dios y morar en su presencia si no ha estudiado con dedicación el Libro de Mormón.*" (En *Conference Report*, oct. de 1961, pág. 18, cursiva agregada.)

De la misma manera, Doctrina y Convenios forma una parte esencial de nuestra vida espiritual. El profeta José Smith dijo: "En esos primeros tiempos de la Iglesia, los miembros estaban ansiosos por obtener la palabra de Dios sobre cualquier tema que tuviera algo que ver con nuestra salvación" (*History of the Church*, 1:207).

Por lo tanto, Doctrina y Convenios es un valiosísimo libro de Escrituras que se reveló directamente a nuestra generación. Contiene la voluntad del Señor en cuanto a nosotros en estos últimos días que preceden a la segunda venida de Cristo. Contiene muchas verdades y principios que no se encuentran revelados en su totalidad en otras Escrituras. Y, al igual que el Libro de Mormón, fortalecerá a los que con dedicación lo estudien y oren al respecto.

Nosotros, los santos del Altísimo, ¿valoramos la palabra que El ha preservado para nosotros a un precio tan alto? ¿Utilizamos estos libros de revelaciones de los últimos días para mejorar nuestra vida y resistir el poder del demonio? Este es el propósito con el cual se nos dieron. ¿Cómo pretendemos que Dios no nos condene si no les damos importancia y los dejamos en nuestras repisas juntando polvo?

Mis queridos hermanos y hermanas, os doy mi solemne testimonio de que estos libros contienen la voluntad del Señor para nosotros en estos días de pruebas y dificultades. Junto con la Biblia, nos testifican del Señor y de su obra. Estos libros contienen la voz del Señor dirigida a nosotros en esta época. Utilicémoslos, dedicándonos a su estudio de todo corazón como el Señor quiere que lo hagamos, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

Reunión de Mujeres
27 de septiembre de 1986

Reunión General de Mujeres

Este año, el lema para la Reunión General de Mujeres, efectuada la noche del sábado 27 de septiembre de 1986, fue: "Para que abundéis en la esperanza". Hermanas Santos de los Ultimos Días de diez años en adelante llenaron el Tabernáculo de la Manzana del Templo, en Salt Lake City, para escuchar mensajes especiales de parte del presidente Ezra Taft Benson, la Presidenta General de la Primaria, hermana Dwan J. Young; la Presidenta General de las Mujeres Jóvenes, hermana Ardeth G. Kapp; y la Presidenta General de la Sociedad de Socorro, hermana Barbara W. Winder.

A LAS MUJERES JÓVENES DE LA IGLESIA

presidente Ezra Taft Benson

"Tenemos una tremenda esperanza en vosotras. Esperamos mucho de vosotras. No os conforméis con menos de lo que el Señor espera de vosotras."

Mis queridas hermanas, ésta ha sido una reunión maravillosa. ¡Qué gran oportunidad es para mí reunirme con las hijas escogidas de nuestro Padre Celestial congregadas en centros de reuniones de todo el mundo!

En la conferencia general de abril, tuve una oportunidad similar de hablarles a todos los varones de la Iglesia durante la reunión general del sacerdocio el sábado por la noche. En esa ocasión hablé directamente a los poseedores del Sacerdocio Aarónico, y esta noche quisiera dirigir mis palabras a las mujeres jóvenes correspondientes a esa misma edad.

Parte de lo que diré esta noche será exactamente lo mismo que les dije a los jóvenes hace seis meses, lo cual quiero que sepáis que también se aplica directamente a vosotras. También hablaré esta noche de otros asuntos que se aplican solamente a vosotras como hermanas jóvenes, y a vuestros llamamientos sagrados como hijas de nuestro Padre Celestial.

El presidente David O. McKay dijo: "No hay nada más sagrado que el ser mujer" (*Gospel Ideals*, Salt Lake City: Improvement Era, 1953, pág. 353), y yo concuerdo totalmente con esa afirmación.

Agradezco tanto el tema de esta reunión: "Para que abundéis en la esperanza". Es un tema inspirado.

¡Cuán grandes esperanzas tengo para vosotras, mis jóvenes hermanas! ¡Cuán grandes esperanzas tiene para vosotras nuestro Padre Celestial!

Habéis nacido en estos tiempos por un propósito sagrado y glorioso. No fue por casualidad que se os ha reservado para venir a la tierra en esta última dispensación, la del cumplimiento de los tiempos. Vuestro nacimiento en esta época en particular se preordenó en las eternidades.

Debéis ser hijas reales del Señor en los últimos días. Sois una "juventud bendita" (*Himnos de Sión*, núm. 56).

Mis jóvenes hermanas, me da gusto ver a tantas de vosotras al lado de vuestras madres esta noche. Os aconsejo a todas que os acerquéis a vuestra madre. Amadla; respetadla; honradla; recibid el consejo de vuestra madre conforme ella os ame y os enseñe con rectitud. Honrad y obedeced a vuestro padre conforme él sea la cabeza del hogar; emulad sus cualidades espirituales.

Mujeres jóvenes, la unidad familiar es eterna y debéis hacer todo lo posible por fortalecer esa unidad. En vuestras propias familias, fomentad la noche de hogar familiar y participad activamente en ella. Fomentad también la oración familiar. Arrodillaos con vuestra familia en aquel círculo tan sagrado. Haced vuestra parte por hacer crecer la verdadera unidad y solidaridad familiar.

En un hogar así no existe la brecha de comunicación entre las generaciones, la cual es un instrumento del diablo. La amistad más importante que debéis cultivar es la de vuestros hermanos y hermanas y la de vuestro padre y vuestra madre. Amad a vuestra familia y sedle leales. Sentid un interés sincero en vuestros hermanos y hermanas y ayudad a llevar sus cargas para que podáis decir con sinceridad: "No me importa lo que me cueste, porque es mi hermano".

Recordad que la familia es una de las mejores fortalezas para protegernos de la maldad de nuestros días.

Ayudad a mantener fuerte y unida a vuestra familia, y digna de recibir las bendiciones de nuestro Padre Celestial. Al hacerlo, recibiréis fe y esperanza y fortaleza que bendecirán para siempre vuestra vida.

En seguida, jovencitas, quisiera exhortaros a participar en un programa diario de lectura de las Escrituras y meditación en ellas. Recordamos la experiencia que tuvo nuestro amado profeta, el presidente Spencer W. Kimball. Siendo un joven de catorce años de edad, aceptó el cometido de leer la Biblia de tapa a tapa. La mayor parte la leyó a la luz de una lámpara de petróleo en su dormitorio del ático de la casa. Leyó todas las noches hasta completar las 1.519 páginas, lo cual le tomó aproximadamente un año; pero logró su meta.

De entre los cuatro libros canónicos de la Iglesia —la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios, y la Perla de Gran Precio— yo os exhortaría particularmente a leer una y otra vez el Libro de Mormón y meditar sobre sus enseñanzas y aplicarlas en vuestra vida. El profeta José Smith se refirió al Libro de Mormón como "el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión; y que un hombre [o una mujer] se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro" (*Enseñanzas del profeta José Smith*, págs. 233–234).

Jovencitas, el Libro de Mormón cambiará vuestra vida; os fortalecerá contra la maldad de nuestros días; infundirá en vuestra vida una espiritualidad que no puede brindaros ningún otro libro; será el libro más importante de todos los que leáis para prepararos para

enfrentar los problemas de la vida. Una jovencita que ame y conozca el Libro de Mormón, que lo haya leído varias veces, que tenga un profundo testimonio de su veracidad, y que aplique sus enseñanzas en su vida, podrá vencer las astucias del diablo y será un instrumento útil en las manos del Señor.

También quisiera animaros, jóvenes hermanas, conforme os acerquéis a los años de la adolescencia, a que recibiereis vuestra bendición patriarcal. Estudiadla detenidamente y consideradla como Escritura personal dirigida exclusivamente a vosotras, porque eso es. Una bendición patriarcal es "una declaración profética e inspirada de la vida y misión de una persona, con bendiciones, advertencias y admoniciones de acuerdo con lo que el patriarca se sienta inspirado a dictar" (Heber J. Grant; J. Reuben Clark, hijo; David O. McKay, en *Messages of the First Presidency of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints* [Mensajes de la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días], comp. James R. Clark, 6 tomos, Salt Lake City: Bookcraft, 1965–1975, 6:194).

Jovencitas, recibid vuestra bendición patriarcal bajo la influencia del ayuno y la oración, y después leedla con regularidad para que sepáis la voluntad de Dios para vosotras.

Ahora quisiera dirigir vuestra atención a la importancia de asistir a todas las reuniones de la Iglesia. La asistencia fiel a dichas reuniones proporciona bendiciones que no se pueden recibir de ninguna otra manera.

Asistid todos los domingos a la reunión sacramental. Escuchad detenidamente los mensajes. Rogad al Padre por el espíritu de comprensión y por un testimonio. Participad de la Santa Cena con manos limpias y un corazón puro.

Asistid todos los domingos a las clases de la Escuela Dominical. Escuchad detenidamente la lección y participad en los análisis. Como resultado, llegaréis a ser doctas en el evangelio y vuestro testimonio crecerá.

Asistid todos los domingos a las reuniones de las Mujeres Jóvenes y asistid a las actividades semanales. Aprended bien vuestras responsabilidades en el evangelio y luego ponedlas en práctica con diligencia.

Asistid con regularidad a seminario y graduaos de este programa. La instrucción que se da en seminarios es una de las experiencias espirituales más significativas que una jovencita puede tener.

Jovencitas, aprovechad en su totalidad los programas de la Iglesia. Estableced vuestras metas para obtener la excelencia en los programas de logros de la Iglesia.

El programa de Mi Progreso Personal para las mujeres jóvenes es un programa excelente orientado hacia las metas. Su propósito es ayudar a desarrollar las cualidades y virtudes de una jovencita ejemplar de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Obtened el premio Reconocimiento a la Mujer Virtuosa y lucid con orgullo el medallón dorado. No os conforméis con mediocridades en este gran programa de incentivos para las mujeres jóvenes de la Iglesia.

Ahora quisiera hablaros sobre el servicio misional en el reino. Tengo un sentimiento muy firme sobre esto y espero que entendáis los anhelos de mi corazón. El profeta José Smith declaró: "Después de todo lo que se ha dicho, [nuestro] deber más grande e importante es predicar el evangelio" (*History of the Church*, 2:478).

El Señor desea que todo hombre joven sirva en una misión regular; sin

embargo, en la actualidad sólo una tercera parte de los jóvenes en edad de hacerlo están sirviendo en misiones. Esto no complace al Señor. Podemos lograr más. *Debemos* lograr más. Una misión no solamente se debería considerar como un deber del sacerdocio, sino que todo joven debería estar ansioso de llegar a esa experiencia con gozo y expectación.

Un jovencito no puede hacer nada más importante que esto. Los estudios pueden esperar. Las becas se pueden postergar. Se pueden posponer las oportunidades de trabajo. Sí, aun el matrimonio en el templo debe esperar hasta después que un hombre haya cumplido honorablemente con una misión regular para el Señor.

Ahora bien, ¿por qué os menciono esto a vosotras jovencitas esta tarde? Porque vosotras podéis tener una influencia positiva en los jóvenes para que sirvan en una misión regular. Haced que los jovencitos a los que conocéis sepan que vosotras esperáis que ellos cumplan con sus responsabilidades misionales; que personalmente, vosotras deseáis que ellos sirvan en el campo misional, porque sabéis que allá es donde el Señor los quiere.

Evitad el noviazgo serio con un jovencito antes del tiempo de su llamamiento misional. Si vuestra relación con él es más bien amistad, él podrá tomar esa decisión más fácilmente y concentrar sus energías de lleno en la obra misional, en vez de pensar en la novia que tiene en casa. Y una vez que regrese de servir una misión honorable, será un mejor esposo, padre y poseedor del sacerdocio, habiendo servido primero una misión regular.

No hay duda de que las jovencitas fieles de la Iglesia pueden tener una gran influencia positiva para ayudar a los jóvenes a magnificar su sacerdocio y para motivarlos a las buenas obras y a ser lo mejor que pueden ser.

Recordad, jovencitas, vosotras también podéis tener la oportunidad de servir en una misión regular. Estoy agradecido de que mi compañera eterna sirvió en una misión en Hawai antes de que nos casáramos en el Templo de Salt Lake, y me complace haber tenido tres nietas que han servido misiones regulares. Algunos de nuestros mejores misioneros son jóvenes hermanas.

Ahora quisiera hablaros de la pureza personal.

El rey Salomón dijo que una mujer virtuosa vale mucho más que las piedras preciosas (véase Proverbios 31:10). Jovencitas, proteged y cuidad vuestra virtud como protegeríais vuestra propia vida. Deseamos que viváis una vida moralmente limpia toda la vida. Queremos que la vida moralmente limpia sea vuestra forma de vida.

Sí, es cierto que uno se puede arrepentir de las transgresiones morales. El milagro del perdón es real y el arrepentimiento verdadero es aceptado por el Señor. Pero no le complace al Señor que demos rienda suelta a nuestros deseos, que nos involucremos en transgresiones sexuales de cualquier naturaleza y luego esperemos que una confesión ya planeada y un arrepentimiento rápido puedan satisfacer al Señor.

El presidente Kimball fue enfático en este punto. En su maravilloso libro *El milagro del perdón*, declara: "El hombre [o la mujer] que resiste la tentación y vive sin pecar está en mucho mejor posición que el hombre [o la mujer] que ha caído, no importa cuán arrepentido pueda éste sentirse... ¡Cuánto mejor es jamás haber cometido el pecado!" (Salt Lake City: Bookcraft, 1969, pág. 365.)

Uno de nuestros buenos presidentes de estaca nos relató la siguiente experiencia:

"Recuerdo a una chica que fue mi compañera en la escuela secundaria. Era de una buena familia de miembros de la Iglesia, pero en la secundaria empezó a violar sus normas y principios.

"Recuerdo lo sorprendido que quedé en una ocasión cuando en grupo íbamos en la parte de atrás del autobús que nos llevaba a la escuela, y conversábamos sobre las consecuencias del pecado y la transgresión. Ella firmemente comentó que no le preocupaba cometer algún pecado porque su obispo le había dicho que podría arrepentirse fácilmente y pronto sería perdonada.

"Bueno, me quedé pasmado ante tal actitud que no reflejaba ninguna comprensión sobre el arrepentimiento ni ningún agradecimiento por el milagro del perdón. Estaba seguro también de que ella había malinterpretado gra-

La Primera Presidencia, de izquierda a derecha: presidente Gordon B. Hinckley, Primer Consejero; presidente Ezra Taft Benson; y presidente Thomas S. Monson, Segundo Consejero.

vemente la instrucción y el consejo de su obispo.''

El adulterio, o cualquier cosa parecida, es abominable a la vista del Señor. El presidente Kimball advirtió también sabiamente:

''Entre los pecados sexuales más comunes que cometen nuestros jóvenes están comprendidos el besuqueo y las caricias indecorosas. Estas relaciones impropias no sólo conducen frecuentemente a la fornicación, el embarazo y el aborto —todos ellos pecados repugnantes— sino que son maldades perniciosas en sí y de sí mismas, y con frecuencia le es difícil a la juventud distinguir dónde una acaba y la otra empieza. . .

''Con demasiada frecuencia los jóvenes echan al olvido este género de caricias, encogiéndose de hombros como si se tratara de una *pequeña* indiscreción, pero al mismo tiempo admiten que la fornicación es una transgresión impía. Muchísimos de ellos se llenan de espanto, o lo fingen, cuando se les dice que lo que han cometido, llamándolo acariciar y palpar, fue en realidad [una forma de] fornicación.'' (*El Milagro del Perdón*, págs. 63–64.)

Jóvenes hermanas, sed recatadas. La modestia en el vestir, en la forma de hablar y en el comportamiento es una verdadera marca de refinamiento y un sello distintivo de una mujer virtuosa Santo de los Ultimos Días. Evitad lo bajo, lo vulgar y lo sugestivo.

Junto con los jóvenes del Sacerdocio Aarónico, recordad el precepto de las Escrituras: ''Sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor'' (3 Nefi 20: 41; véase Isaías 52:11).

Recordad la historia de José en Egipto, quien no cedió ante la esposa de Potifar y mantuvo su pureza y virtud (véase Génesis 39:7–21).

Considerad cuidadosamente las palabras del profeta Alma a su hijo descarriado, Coriantón: ''Quisiera que te arrepintieses y abandonases tus pecados, y no te dejases llevar más por las concupiscencias de tus ojos'' (Alma 39: 9).

''Las concupiscencias de tus ojos.'' ¿Qué significa esta expresión en nuestros días? Las películas, los programas de televisión y los videos que son tanto sugestivos como sensuales. Las revistas y los libros obscenos y pornográficos.

Os aconsejamos, jovencitas, que no ensuciéis vuestra mente con materiales tan degradantes, porque la mente por la cual pasan estas inmundicias nunca vuelve a quedar igual. No veáis películas ni videos vulgares, ni participéis en ninguna clase de actividades inmorales, sugestivas o pornográficas. Y no aceptéis salir con jóvenes que puedan llevaros a tal tipo de actividades.

Autoridades Generales, después de una de las sesiones de la conferencia. De izquierda a derecha: élder J. Thomas Fyans, del Primer Quórum de los Setenta; élder Boyd K. Packer, del Quórum de los Doce; élder F. Burton Howard, del Primer Quórum de los Setenta; y élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce.

No escuchéis música degradante. Recordad la declaración del élder Boyd K. Packer:

''La música, una vez . . . inocente, ahora muchas veces se usa para fines malvados. . .

''En nuestros días, la música misma se ha corrompido. La música puede, por su movimiento, su compás o su intensidad [y me gustaría agregar que por su letra] embotar la sensibilidad espiritual de los hombres [y de las mujeres]. . .

''Jóvenes'' continúa diciendo el élder Packer, ''no podéis daros el lujo de llenar vuestra mente con la música indigna y ruidosa de hoy día''. (*Ensign*, enero de 1974, págs. 25, 28.)

Por el contrario, os recomendamos que escuchéis música edificante, tanto popular como clásica. Aprended algunos himnos favoritos de nuestro nuevo himnario que ayudan a edificar la fe y la espiritualidad. Asistid a bailes donde la música y la iluminación y el mismo baile sean de tendencia espiritual. Mirad películas y programas que edifiquen el espíritu y fomenten pensamientos y acciones limpios. Leed libros y revistas que conduzcan a lo mismo.

Recordad, jovencitas, la importancia del noviazgo apropiado. El presidente Kimball nos da un sabio consejo al respecto:

''Desde luego, el matrimonio apropiado empieza con un noviazgo adecuado. . . Por tanto, se hace fuerte hincapié en esta amonestación: No corras el riesgo de salir con no miembros ni con miembros que carecen de preparación y de fe. Una joven podrá decir: 'No, ninguna intención tengo de casarme con esta persona. Salgo con él para divertirme'. Sin embargo, uno no debe correr el riesgo de enamorarse de alguien que quizá nunca acepte el evangelio.'' (*El Milagro del Perdón*, pág. 246.)

Nuestro Padre Celestial desea que salgáis con jóvenes que sean fieles miembros de la Iglesia, que sean dignos de llevaros al templo y casarse a la manera del Señor. Habrá un nuevo espíritu en Sión cuando las jovencitas

digan a sus novios: "Si no puedes obtener una recomendación para el templo, no voy a atar mi vida a la tuya, ni siquiera por esta vida". Y los jóvenes que regresan de sus misiones dirán a sus novias: "Lo siento, pero por mucho que te ame, no me casaré contigo si va a ser fuera del santo templo".

Mis jóvenes hermanas, tenemos una tremenda esperanza en vosotras. Esperamos mucho de vosotras. No os conforméis con menos de lo que el Señor espera de vosotras.

En 2 Nefi 31:20, el profeta Nefi exclama: "Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres. Por tanto, si marcháis adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna."

Sí, dadme una jovencita que ame su hogar y a su familia, que lea las Escrituras diariamente y medite en ellas, que tenga un testimonio ardiente sobre el Libro de Mormón. Dadme una jovencita que asista fielmente a sus reuniones de la Iglesia, que se gradúe de seminario, que haya ganado el Reconocimiento a la Mujer Virtuosa, y que lo luzca con orgullo. Dadme una jovencita que sea virtuosa y que haya mantenido su pureza personal, que no se conforme con menos que un matrimonio en el templo, y yo os daré una jovencita que hará milagros para el Señor, ahora y en las eternidades.

Ahora quisiera decir una pocas palabras a las madres y a los líderes de estas maravillosas jóvenes.

Madres, manteneos cerca de vuestras hijas. Ganad y mereced su amor y su respeto. Manteneos unidas a vuestros maridos en la crianza de vuestros hijos. No hagáis nada que pueda ser la causa de que vuestras hijas tropiecen debido a vuestro ejemplo.

Enseñad a vuestras hijas a prepararse en la carrera más importante de la vida: la de ama de casa, esposa y madre. Enseñadles a amar el hogar porque vosotras amáis el hogar. Enseñadles la importancia de ser madres de tiempo completo en el hogar.

Mi compañera eterna ha aconsejado sabiamente a las madres: "Irradiad un espíritu de alegría y gozo en los quehaceres del hogar. Vosotras enseñáis por el ejemplo vuestra actitud hacia las labores de la casa. Vuestra actitud dirá a vuestras hijas: 'Soy sólo una ama de casa', o les dirá: 'Ser ama de casa es la profesión más sublime y noble a la que una mujer puede aspirar' ".

Líderes del sacerdocio, recordad que la responsabilidad primordial y más importante del obispo es el Sacerdocio Aarónico y las Mujeres Jóvenes del barrio.

Obispos, manteneos cerca, tanto de los hombres jóvenes como de las mujeres jóvenes. Dad tanta importancia al programa de las mujeres jóvenes como le dais al de los hombres jóvenes. Preocupaos tanto de las actividades y clases de las mujeres jóvenes, de sus campamentos y actividades sociales, sus charlas fogoneras y conferencias, como lo hacéis con los hombres jóvenes.

Reconoced con igual valor la presentación del premio Reconocimiento a la Mujer Virtuosa como la de Mi Deber a Dios y la de Scout Aguila.

Dedicad el tiempo necesario (y lleva tiempo) a las entrevistas personales con las mujeres jóvenes del barrio. Hablad a menudo con ellas sobre sus metas y aspiraciones personales, sus problemas y su dignidad personal. Sed obispos que realmente se interesen por cada jovencito y jovencita del barrio.

A las líderes de las Mujeres Jóvenes que se encuentran aquí esta tarde: Amad de corazón a las jóvenes hermanas con quienes trabajáis; compenetraos en sus vidas; sed una verdadera amiga y consejera para ellas; cumplid bien con vuestra mayordomía. Con toda la energía de vuestro corazón, ayudadles a llegar a nuestro Padre Celestial siendo limpias, dulces y puras.

Ahora, para terminar, mis queridas jóvenes hermanas, ¡cómo os amo y os respeto! ¡Cómo oro por vosotras! ¡Cómo abunda mi esperanza en vosotras! Recordad el consejo que os he dado esta tarde. Es lo que el Señor desea que escuchéis ahora —hoy día.

Vivid de acuerdo con vuestro potencial divino. Recordad quiénes sois y la divina herencia que tenéis, la de ser literalmente hijas reales de nuestro Padre en los cielos. Oh "juventud bendita", con todo mi corazón os digo: "¡A vencer, a vencer, a vencer!" (*Himnos de Sión*, núm. 56.) En el nombre de Jesucristo. Amén.

La Presidencia General de la Sociedad de Socorro: de izquierda a derecha: hermana Joy F. Evans, Primera Consejera; hermana Barbara W. Winder, Presidenta General; y hermana Joanne B. Doxey, Segunda Consejera.

LA LUZ DE LA ESPERANZA

Dwan J. Young
Presidenta General de la Primaria

"El Señor desea que vivamos llenos de esperanza, no sólo porque eso nos augura un mejor mañana, sino también porque cambia la calidad de nuestra vida en el presente."

En las Escrituras se nos dice que debemos abundar en esperanza. Al igual que una hermosa alborada o la faz sonriente de un niño, todos queremos que nuestra vida se vea inundada de luz porque la obscuridad no tiene poder contra la luz.

Os voy a relatar de una ocasión en que nuestra familia tuvo la necesidad de que el Señor extendiera su mano, despejara la obscuridad e inundara nuestras vidas de luz.

Una tarde de febrero, estando en Nueva Zelanda, yo me dirigía a una conferencia de la Primaria cuando mi esposo y yo recibimos una llamada telefónica de nuestro hijo, Paul, quien estaba en Arizona (E.E.U.U.). Nos llamaba para informarnos del nacimiento de su tercer vástago, Amy, pero dijo que la pequeña tenía algunos problemas serios. Tenía los pulmones muy congestionados, y cuando el doctor le insertó un tubo en la garganta, se dio cuenta de que no había ningún conducto entre la boca y el estómago. Iban a llevarla en un helicóptero a la unidad de cuidados intensivos para recién nacidos de otra ciudad.

Cuando Amy apenas tenía un día de nacida, tuvieron que intervenirla quirúrgicamente. Aquella pequeña familia estaba atravesando una difícil situación. Kathryn, la madre, seguía recuperándose en un hospital de Mesa (Arizona), mientras la criatura estaba en otro hospital. Tenían dos hijos más, de dos y de tres años y medio quienes requerían cuidado. Los padres de Kathryn estaban sirviendo una misión en las Bahamas y nosotros nos encontrábamos del otro lado del mundo.

El objeto de la primera cirugía era reparar el esófago (o sea, el tubo que va de la boca al estómago). Pero aún después de esa operación, Amy contrajo pulmonía. Después de estar varias semanas en cuidados intensivos, los doctores decidieron que era vital operarla de nuevo si había de sobrevivir, ya que uno de los exámenes había demostrado que al dormir dejaba de respirar.

Estas fueron semanas difíciles para Paul y Kathryn. Los días que ella pasaba en el hospital estaban llenos de desánimo y soledad conforme veía a su pequeña luchar contra la muerte y se preguntaba si ésta sería la última vez que podría tomarla de la mano. Todos los días ella y Paul se veían brevemente en el hospital cuando él regresaba del trabajo para pasar la noche con Amy y ella regresaba a casa para cuidar a los otros dos niños.

Oramos mucho y tuvimos ayunos especiales. Los miembros del barrio, amorosos y compasivos, apoyaron a la familia cuidando a los pequeños durante más de tres meses. A intervalos regulares, las jovencitas del barrio les aseaban la casa. Las maestras visitantes hicieron los arreglos para que se les llevara alimentos al hogar durante más de un mes, y también les lavaban y planchaban la ropa.

Fue interesante el comentario de una de las maestras visitantes, quien le dijo a Kathryn que esa había sido una de las épocas más felices de su vida porque había tenido la oportunidad de servir.

¿Qué sostuvo a esa familia durante aquella angustia? Nunca perdimos la esperanza. Paul había ungido a Amy en cuanto había nacido, y había sentido que no mejoraría inmediatamente y que tendrían que confiar en el Señor. Todos sabíamos que si hacíamos todo lo que podíamos, tendríamos el valor para enfrentar lo que sucediera.

Esa es la esencia de la esperanza. Hacemos todo lo que podemos, y después el Señor estrecha la mano e inunda nuestras vidas de luz, valor y, sobre todo, esperanza.

¿Qué le sucedió a Amy? Después de más de tres meses de salas de hospital, de cuidados intensivos, de respiradores y de emergencias, los doctores nos dijeron que tendrían que desconectarle el respirador artificial. Tenían pocas esperanzas de que fuera a respirar por sí sola.

Todos los miembros de la familia tuvimos un ayuno especial. La mañana que se desconectó el respirador, el doctor estaba preparado para operarla una vez más. Pero por la fe, la esperanza y las oraciones que habíamos hecho por

ella, Amy comenzó a respirar. Casi inmediatamente recuperó su color natural y había emprendido el camino a la recuperación.

Ahora tiene tres años de edad y es una niña normal y feliz. Pero ¿qué habría sucedido si no hubiera sobrevivido? ¿Podríamos haber seguido adelante con esperanza? Sí, porque la esperanza es saber que pase lo que pase, el Señor nos dará la paz. Nuestra esperanza en Cristo nos da un motivo inmutable para regocijarnos.

Tal como Pablo les dijo a los romanos:

"Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza" (Romanos 15:13).

El Señor desea que vivamos llenos de esperanza, no sólo porque eso nos augura un mejor mañana, sino también porque cambia la calidad de nuestra vida en el presente. La palabra más triste de nuestro idioma tal vez sea *desesperanza*. La desesperación es enemiga de nuestra alma porque puede paralizarnos, detener nuestro progreso y hacer que perdamos el camino. Pero la esperanza nos despierta como una luz que brilla en la obscuridad.

Recordaréis que el decimotercero Artículo de Fe dice: "Todo lo creemos, todo lo *esperamos;* hemos sufrido muchas cosas, y *esperamos* poder sufrir todas las cosas" (cursiva agregada).

Y podemos sufrir todas las cosas cuando nuestra esperanza se centra en Aquél que nunca nos fallará: nuestro Salvador Jesucristo, quien es la luz del mundo.

Pero ¿cómo podemos desarrollar esa esperanza que alumbra el camino a través de las aguas tormentosas de la vida? Hay ocasiones, como las hubo para nuestra familia, en que la obscuridad nos rodea y amenaza con abrumarnos. En tales ocasiones podemos aprender una lección del hermano de Jared. Recordaréis que el Señor le dijo que construyera barcos para que su pueblo pudiera viajar a salvo hasta la Tierra Prometida. Pero debido a que estos barcos eran obscuros y no tenían ventilación, el hermano de Jared acudió al Señor con palabras que cualquiera de nosotros podría usar para describir nuestros propios tiempos atribulados: "No hay luz . . . no podremos respirar" (Eter 2:19).

¿Cómo puede una persona aventurarse a la obscuridad sin temor? ¿Cómo podemos nosotros aventurarnos día tras día a un mundo en el que no tenemos ninguna garantía de estar a salvo? El Señor dio una respuesta profunda que de nuevo se aplica no sólo al gran mar oscuro que enfrentaba el hermano de Jared, sino también a nuestros propios mares oscuros: "No podéis atravesar este gran abismo, a menos que yo os prepare contra las olas del mar" (Eter 2:25). "Yo os sacaré otra vez de las profundidades del mar" (Eter 2:24). El Señor no iba a salvar a los jareditas de la experiencia, pero sí los había preparado para resistirla y les dio la dulce promesa de sacarlos de nuevo de las profundidades del mar.

El presidente Thomas S. Monson saluda a la hermana Dwan J. Young, Presidenta General de la Primaria.

Entonces el hermano de Jared le preguntó al Señor cómo iban a iluminar los barcos si no tenían ventanas, y el Señor le respondió: "¿Qué quieres que yo haga para que tengáis luz en vuestros barcos?" (Eter 2:23).

El Señor quería que el hermano de Jared sugiriera una solución, y éste lo hizo bien, ya que fue a la montaña y fundió dieciséis piedras transparentes como el cristal. Me imagino que ésta no debe haber sido una tarea fácil; le tomó tiempo y fe. Cuando hubo terminado, llevó las piedras ante el Señor, pidiéndole que extendiera su dedo para hacer que brillaran a fin de que no tuvieran que viajar en la temible oscuridad. Y el Señor las tocó con luz.

Al igual que los jareditas, nosotros sentimos temor de viajar en la oscuridad, y necesitamos la luz de la esperanza. A veces, en medio de nuestros problemas, perdemos la visión de por qué estamos aquí o a dónde vamos. Nos preguntamos si seremos capaces de lograr lo que el Señor nos pide. Es entonces cuando podemos pedirle al Señor que toque las piedras de nuestra vida y les dé luz. El nos dará paz y esperanza cuando todo lo que nos rodee se ponga en nuestra contra.

Podemos pedirle al Señor que toque nuestra vida con luz y que llene nuestro corazón de esperanza. El lo hará si se lo pedimos con fe y continuamos viviendo Sus mandamientos. Al igual que el hermano de Jared, solamente con la luz del Señor podremos ver todas las cosas claramente.

¿Por qué debemos tener esperanza?

La esperanza desecha el temor.

En este mundo nunca tenemos la seguridad garantizada. Conozco a una jovencita de once años de edad que tiene la esperanza de encontrar una amiga este año en la escuela, porque el enfrentar sola un nuevo año escolar infunde temor. Pero el Señor entiende su preocupación y puede llenarla de esperanza. Así como la ayudará a ella, nos ayudará a todos a pasar las pruebas y las consagrará para nuestro bien. Lo que a veces puede parecer como una desventura se torna a menudo en una bendición.

La esperanza significa que realmente confiamos en el Señor.

La esperanza nos brinda perspectiva. Dado que sabemos que no vivimos sólo para esta vida, sino también para la vida eterna, vemos de otra manera los hechos de la vida. Al repasar lo acontecido durante el año pasado o de los últimos diez años, ¿cuál es el mejor día que recordáis? Una persona que no tenga la esperanza centrada en Cristo quizás escogería un día que fue divertido o fácil. Pero el mejor día realmente podría ser cuando los hechos de la vida os hayan obligado a arrodillaros para comunicaros con vuestro Padre Celestial con intención renovada; podría ser un día que no haya sido ni conveniente ni feliz, pero sí uno en que hayáis crecido y progresado al enfrentar valerosamente un problema.

La esperanza provoca la acción. Una niña de diez años dijo: "Espero que cuando crezca sea una buena persona y siempre obedezca los mandamientos". Con determinación está comenzando ahora a alcanzar las metas que se ha trazado para la vida. Cuando no tenemos esperanza para el mañana, no somos tan eficaces en el presente. Lo que nos motiva a sembrar la semilla, lo que nos impulsa cuando estamos demasiado cansados, lo que hace que tomemos ese primer paso y después otro, es la esperanza combinada con la fe.

Jovencitas, tendréis muchos desafíos en la vida, pero si siempre centráis vuestra vida en Jesucristo y nunca perdéis la esperanza, tendréis paz. Recordad que la oscuridad no tiene ningún poder contra la luz.

Al igual que el hermano de Jared y que nuestra familia con el caso de Amy, solamente con la luz del Señor podremos ver con claridad todas las cosas.

Ruego que todas busquemos este don de la esperanza para que seamos llenas de gozo y paz. En el nombre de Jesucristo. Amén.

EL MOMENTO DE TENER ESPERANZA

Ardeth G. Kapp
Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

"Habrá algunas cuestas empinadas por delante, pero nuestro Señor y Salvador Jesucristo nos ha prometido que subirá a nuestro lado."

Quisiera poder sentarme con cada una de vosotras en el columpio de mi jardín en esta temporada, precisamente cuando el sol empieza a caer. ¡Me gusta tanto escuchar a los grillos! Los que escuchan con atención pueden distinguir entre un mensaje de amor, una señal de peligro y otros sonidos que simplemente dicen: "Aquí estoy".

¿Sabíais que los grillos tienen oídos en las rodillas? Cuando yo estoy de rodillas trato de escuchar para poder comprender mejor las necesidades y los anhelos de vosotras jovencitas. Trato de entender al leer vuestras cartas y siempre que tengo la oportunidad de escucharos expresar vuestros pensamientos y sentimientos.

Imaginaos que estáis sentadas conmigo en mi columpio mientras escuchamos juntas los mensajes que he recibido recientemente de algunas jovencitas.

"Estimada hermana Kapp:

"Este año ha sido muy difícil. No me he sentido segura de mí misma, y mi amiga (quien también es miembro de la Iglesia) se volvió en contra de mí e hizo otras amistades. ¡A veces me siento tan sola! Sé que mi Padre Celestial está al tanto de mis problemas, y también sé que debo tenerlos para progresar, aunque a veces es muy difícil recordarlo."

Escuchemos a otra jovencita que nos cuenta lo que siente:

"Siempre se dice que es necesario que pase algo en la vida para darnos el deseo de cambiar. Eso me sucedió a mí. Aún tengo mucho para recorrer,

pero por fin comprendí que mi Padre Celestial está de mi lado aunque yo lo haya traicionado en cierta manera. Estoy esforzándome por cambiar mi vida y hacer lo correcto. Estoy decidida a hacerlo, no importa cuánto tiempo me tome; pero es tan difícil. Sólo quisiera poder ir a darles un abrazo a mis Padres Celestiales y decirles que estoy en camino."

Escuchemos parte de la carta que recibió una madre preocupada pero agradecida. A su hija de diecisiete años la considerarían una rebelde los que no han aprendido a reconocer un llamado de auxilio:

"Queridos padres:

"Sé que no he sido muy buena hija, pero espero que las cosas mejoren entre nosotros. Por favor no se den por vencidos conmigo, porque los quiero aunque no se los diga. Traten de entender lo que les digo. Permaneceremos unidos y nos amaremos a través de tiempos difíciles porque somos una familia."

Yo escucho vuestros mensajes, jovencitas. Los escucho con los oídos y con el corazón. Quisiera poder deciros lo que a través de los años he aprendido sobre la *esperanza*. Si pudiera, os la regalaría, pero sólo se obtiene mediante el esfuerzo propio. Durante el breve tiempo en que estamos separados de nuestros Padres y de nuestro hogar celestial, se nos da el albedrío con el propósito de que se nos pruebe en todo sentido (véase 2 Nefi 2:24–28). Sin duda alguna tendréis días malos y pruebas difíciles; aprended de ellos; progresad y sed más fuertes y mejores por ellos. Cuando yo me veo ante situaciones difíciles que no entiendo, repito mentalmente las palabras de una canción que aprendí hace años, cuando me preguntaba si Dios escuchaba mis oraciones, y necesitaba esperanza para seguir adelante.

Por tu Dios serás probada,
Y más luz recibirás;
El no deja de amarte,
Pues, tú eres su solaz.
(*Hymns*, 1985, núm. 43.)

Las familias pueden ser vuestra mejor fuente de fortaleza. Mi hermana Sharon tenía un disco que tocaba constantemente hasta que lo memorizó; a veces todavía me repite lo que decía. Se trataba de una jovencita del pueblito minero de Leadville, Colorado, a quien encontraron y criaron una pareja campesina. No sabían de dónde venía, pero la niña tenía un empuje y una esperanza interior que la llevaron desde ese pueblito minero a algunos de los lugares más prestigiosos de Europa. A través del relato nos enteramos de su dramática experiencia en el desafortunado *Titanic*, que se hundió con mil quinientas personas a bordo. Ella consiguió subirse a uno de los botes salvavidas con otras personas y comenzó a remar. A los demás les aterrorizaba la idea de encontrar sepultura en el mar y muchos gritaron angustiados: "No nos salvaremos". Pero Molly no escuchaba sus gritos, o por lo menos no les hizo caso,

sino que siguió remando y nunca se dio por vencida. Los titulares del periódico *New York Times* la llamaron "La imperecedera Molly Brown". Su inquebrantable esperanza inspiró a muchas personas.

En la obra teatral *La imperecedera Molly Brown*, vemos primeramente a Molly como una pequeña campesina con limitadas oportunidades, sin educación y ningún refinamiento. Está jugando con sus hermanos adoptivos y ellos la atrapan. Su hermano le dice: "Estás presa, Molly". Y la pequeña Molly le responde: "No estoy presa; y aunque lo estuviera nunca lo diría. Odio la palabra "presa" pero me encanta la palabra "libre". Porque libre significa esperanza y eso es lo que tengo. Tengo esperanzas de ir a un lugar más bonito y más limpio, y si tengo que comer cabezas de pescado toda la vida, ¿por qué no comerlas aunque sea una vez en un plato, y con un vestido de seda roja?" Entonces comienza a cantar a toda voz:

Algún día, con mis esfuerzos, aprenderé
a leer y a escribir y el mundo veré.
Y cuando me vuelvas a ver estaré
en el camino que me lleva a un futuro
mejor.

¡Eso es la esperanza!

Antes solía preguntarme dónde estaba ese camino que conducía a un futuro mejor y cómo lo encontraría. Recuerdo que cuando era niña me paraba frente a la ventana de la cocina y miraba el camino de grava que iba hacia el este. A los lados del camino había pasto alto en el verano y nieve profunda en el invierno, y una que otra casa. Solía preguntarme: "¿Qué hay para mí más allá? ¿Cuál es mi lugar en el mundo?" Estoy segura de que a veces vosotras también os preguntáis lo mismo. Al final de nuestro camino de grava estaba la reserva india y al otro lado del río la colonia de una secta religiosa. En esos tiempos no parecía haber mucha esperanza para mí. La escuela me resultaba muy difícil; mis amigos continuaban avanzando y yo me consideraba torpe. ¿Se imaginan lo que es sentirse así? Es horrible.

Cuando tenía doce años y me sentía muy desanimada después de un largo invierno, mis padres hicieron algunos sacrificios para llevar a cabo un plan que esperaban me infundiera esperanza. Decidieron llevarme más allá de nuestro sendero de grava, cruzando la frontera de Canadá con Estados Unidos, atravesando Montana y Idaho hasta llegar a Salt Lake City, para asistir a la conferencia general.

Llegamos temprano el primer día de la conferencia y esperamos en fila con la esperanza de entrar al gran Tabernáculo que yo sólo había visto en cuadros. Recuerdo que nos sentamos por allá, en los balcones del lado izquierdo, desde donde podía ver al profeta en persona y escucharlo hablar, cosa que nunca había soñado hacer. Al escuchar al profeta de Dios en esos momentos, me pareció que me hablaba a mí y sentí esperanzas; empecé a comprender cuál era el verdadero camino que llevaba a un futuro mejor, y decidí allí mismo que seguiría ese camino estrecho y angosto que conduce al reino celestial, y que nunca me daría por vencida. He llegado a saber sin ninguna duda que el evangelio de Jesucristo es el sendero de la esperanza que nos lleva a nuestro Padre Celestial y a nuestro hogar eterno.

Escuchad la promesa que nos hace nuestro Padre: "Sé fiel y diligente en guardar los mandamientos de Dios, y te estrecharé entre los brazos de mi amor" (D. y C. 6:20).

Y nos consuela diciendo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí [eso significa que tomemos sobre nosotros el nombre de Cristo y lo sigamos], que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas [eso significa consuelo y paz]" (Mateo 11:28–29).

Bueno, si estuviéramos sentadas en mi columpio os preguntaría: "¿Comprendéis el plan de nuestro Padre Celestial y el papel que jugáis en él? ¿Habéis recibido vuestra bendición patriarcal? ¿Os dais cuenta de que en verdad sois de un linaje real y noble?"

Jovencitas, quiero pediros que busquéis vuestro propio jardín y vuestro propio columpio, lejos de las voces exigentes del mundo. Aprended a escuchar bien; no el canto de los grillos, sino los mensajes constantes del Espíritu que os inspiran a cada paso en el camino que conduce al reino celestial.

¿Podéis imaginaros lo que sucedería si toda jovencita enviara mensajes al mundo que inspiraran a otras personas a nunca darse por vencidas?

Eso es exactamente lo que está sucediendo. Quizás muchas de vosotras ya estéis enteradas de que se ha invitado a las 300,000 jóvenes de la Iglesia a participar en una magnífica celebración mundial. Se las ha invitado a preparar mensajes breves de amor y esperanza y a atarlos a globos de helio que se soltarán el 11 de octubre al amanecer. Por diversas razones, algunos mensajes de esperanza y amor están llegando con anticipación a Salt Lake City para que otras jóvenes los envíen.

Muchos de éstos comienzan así: "A quien encuentre este globo". Angela Santana envía su mensaje de amor desde Brasil. En el sobre escribió: "Una persona que no ha perdido la esperanza no puede ser totalmente infeliz".

Shauna Bocutt, de 15 años de edad, de Africa, envía este testimonio personal: "Yo sé que mi Padre Celestial me ama porque se lo he preguntado".

Desde las Filipinas: "¡Hola! Yo soy Dhezie Jimeno, de 16 años de

edad. Me gustaría decirte algo que espero que atesores en tu corazón. Es que Dios sí se interesa por ti y te ama muchísimo. Es cierto que en la vida tenemos sufrimientos, angustias, desgracias y pruebas pero sólo para que adquiramos experiencia, y además, podemos hacer que todo eso nos beneficie. Las dificultades son deberes que Dios nos manda, y si lo hace, es señal de que nos tiene confianza. Por lo tanto, seamos alegres y felices, porque eso es sensato. Dios te ama y siempre está dispuesto a ayudarte. Sólo acude a El en oraciones fervientes. Yo sé que Dios nunca nos falla, que siempre escucha y que te quiere mucho. Tienes un amigo."

El que miles de jóvenes escriban mensajes de amor y de esperanza para compartir el evangelio de Jesucristo en todo el mundo es motivo para celebrar.

Si oramos diariamente, estudiamos las Escrituras y seguimos fielmente el camino que lleva al reino celestial, tendremos "un fulgor perfecto de esperanza" (2 Nefi 31:20). Habrá algunas cuestas empinadas por delante, pero nuestro Señor y Salvador Jesucristo nos ha prometido que subirá a nuestro lado. Jovencitas, prometed hoy mismo, si aún no lo habéis hecho, que caminaréis con firmeza por el sendero que lleva al reino celestial. Animaos, alegraos, dejad que vuestra alma se regocije y nunca, nunca, nunca os déis por vencidas. En el nombre de Jesucristo. Amén.

LA ESPERANZA EN CRISTO

Barbara W. Winder
Presidenta General de la Sociedad de Socorro

"Nuestro Salvador no nos dejará desamparadas en nuestra lucha por hacer frente a las aflicciones de esta vida."

Me regocijo junto con vosotras en la presencia de nuestro Profeta y de los líderes del sacerdocio. El estar con vosotras, hermanas, reunidas aquí, y en todo el mundo, uniendo nuestra fe para aprender los principios del evangelio, es un gran privilegio.

¡Cuán afortunadas somos de ser miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días!

Hermanas, los afanes y las inquietudes de esta vida terrenal hubieran podido evitarse si hubiésemos permanecido al amparo de la morada de nuestros Padres Celestiales; pero de haber sido así, ¿cómo hubiéramos podido progresar? Al proyectar nuestro Padre Celestial y nuestro Salvador enviarnos a la tierra, dijeron: "Y con esto los probaremos, para ver si harán [o sea, todos nosotros] todas las cosas que el Señor su Dios les mandare" (Abraham 3:25). Esta tierra había de ser una esfera de probación; llegaríamos a conocer el bien y el mal, la felicidad y el sufrimiento, el regocijo y el dolor. Conocíamos el plan, lo anhelábamos y lo respaldábamos; lo defendimos y aun luchamos por él.

Con anhelo y emoción vinimos a la tierra a aprender, cada cual con su propia serie de circunstancias, pruebas y tentaciones que vencer.

Pero no se nos dejó sin esperanza. Nuestro Salvador, por medio de su expiación, nos brindó la posibilidad de recibir la salvación. El no nos dejará desamparadas en nuestra lucha por hacer frente a las aflicciones de esta vida.

Hay muchos tipos de problemas: la frustración y la desilusión que sufrimos por los hijos desobedientes o por un matrimonio difícil; la soledad del vivir sola cuando se desea intensamente una compañía; el largo y penoso camino del arrepentimiento; el conservar una actitud positiva y contar nuestras propias bendiciones aun en las tribulaciones.

El ejemplo de la vida de nuestro Salvador y las enseñanzas que nos dejó son el modelo que debemos seguir. El enfrentó pruebas parecidas a las nuestras y les hizo frente de un modo perfecto. El desierto de Judea y el Jardín de Getsemaní fueron testigos de dos de las más grandes tentaciones de Cristo, aunque bien cabe decir que nunca estuvo libre de las tentaciones durante su vida terrenal; de haber sido así, su vida no hubiera sido del todo humana. En Mosíah, leemos: "Y he aquí, sufrirá tentaciones, y dolor del cuerpo, hambre, sed y fatiga, aun más de lo que el hombre puede sufrir" (Mosíah 3:7).

Conoció el desaliento y la desilusión, como lo indicó su lamento por las gentes de Jerusalén que no prestaron oídos a su mensaje: "¡Jerusalén, Jerusalén. . .! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37).

¿Quién de nosotras no ha conocido la desilusión, el desaliento y la desesperación? Esas son pruebas que todos tenemos que pasar. Consideremos al

profeta José Smith cuando padecía en la cárcel de Liberty en marzo de 1839, tras haber pasado meses allí, sabiendo que su gente había sido desalojada de sus casas y que estaba desamparada. Su clamor es patético: "Oh Dios, ¿en dónde estás? . . . ¿Hasta cuándo se detendrá tu mano?" (D. y C. 121:1–2).

Entonces recibió la consoladora respuesta de un Padre bondadoso y amoroso:

"Tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento;

"y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te ensalzará; triunfarás de todos tus enemigos" (D. y C. 121:7–8).

Y después, con ternura, añadió: "Entiende, hijo mío, que todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien" (D. y C. 122:7).

La mayoría hemos presenciado el cambio positivo que el evangelio ha ocasionado en la vida de las personas. Como ejemplo de eso, recuerdo a una familia que conocimos en el campo misional. Los misioneros describieron a la familia Barnes como una familia espléndida que nunca en su vida había tenido la influencia de ninguna iglesia. El padre era un hombre rudo y tosco que bebía cerveza, y sus hijos le tenían miedo. Ni la casa en que vivían ni la apariencia de ellos eran reflejo de orden ni de pulcritud. Su vida había sido difícil. Pero al ir visitándolos los misioneros, se fue verificando en ellos un cambio asombroso. Les impresionaron la vida y las enseñanzas de nuestro Salvador e hicieron un esfuerzo por aplicar sus enseñanzas a su diario vivir. Tanto su propia apariencia como su concepto de la vida comenzaron a cambiar.

Al aprender a dar amor incondicional y a no juzgar, adquirieron una nueva actitud para con un hijo de ellos ya adulto que es alcohólico. Y esa nueva actitud, junto con la ayuda de gente especializada, está cambiando la vida de ese hijo.

Al aprender a respetarse a sí mismos como hijos de nuestro Padre Celestial, dejaron de fumar y de beber licor. Hicieron una limpieza tanto en sí mismos como en su ambiente. Ahora reina en su hogar un nuevo espíritu de amor y leen las Escrituras con regularidad.

En una carta, la hermana Barnes dice: "En las Escrituras encontramos que Jesús nos ha dicho: 'Ten ánimo. . . : tus pecados te son perdonados' (Mateo 9:2), lo que indica que si nos arrepentimos de verdad y abandonamos nuestros pecados, podemos pensar con optimismo en lo futuro. El dijo: 'No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí' (Juan 14:1). Sí, *sí* creemos en El, y esa creencia ha cambiado nuestras vidas. Ahora podemos decir, como Pablo: 'Todo lo puedo en Cristo que me fortalece' (Filipenses 4:13)".

Ese es el testimonio de esa buena mujer con respecto al cambio efectuado en su vida y en la de su familia; un cambio parecido al que ha ocurrido a otras personas. Después que el rey Benjamín hubo exhortado a los de su pueblo a vivir una vida buena, teniendo esperanza en Cristo, "todos clamaron a una voz, diciendo: Sí, creemos todas las palabras que nos has hablado; y además, sabemos de su certeza y verdad por motivo del Espíritu del Señor. . . , el cual ha efectuado un potente cambio en nosotros o en nuestros corazones, por lo que ya no tenemos más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente" (Mosíah 5:2).

Así como los hermanos Barnes sintieron el amor incondicional de

nuestro Salvador al estudiar el evangelio y hallaron esperanza en Cristo, y tal como los del pueblo del rey Benjamín hallaron esperanza en el Señor, del mismo modo todas podemos hallar respeto hacia nosotras mismas y hacia los demás, liberarnos de malos hábitos, dejar de juzgar a los demás, ser optimistas, tener buen ánimo, tener la certeza de que El nos ama y hallar esperanza en El.

Me han conmovido las palabras de la carta de una joven madre de seis hijos que también es un ejemplo de una persona que ha salido adelante. Es divorciada, pero no se compadece de sí misma. Escribió lo siguiente: "Al reconocer mis errores y por mi gran deseo de vivir los mandamientos de Dios y hacer su voluntad, he compartido mi carga con Aquel que nunca falla y sé que podré criar a mis hijos con la ayuda de mi amoroso Padre Celestial que desea el bienestar de ellos aún más que yo. Ese conocimiento es para mí una bendición indescriptible".

Otra hermana escribió: "El 3 de agosto, mi hijo de veintiún años se fracturó el cuello en un accidente ocurrido a novecientos kilómetros de nuestro hogar, y ahora lucha entre la vida y la muerte. Sin embargo, tenemos paz. Aunque no entendemos la razón por la que eso tuvo que suceder, sí entendemos el evangelio".

El élder Richard L. Evans, que poseía una profunda percepción de la necesidad de prepararnos espiritual y emocionalmente para los momentos difíciles, dijo:

"Tenemos que prepararnos aun para lo inesperado y hacer lo mejor que podamos . . . por mejorar, arrepentirnos, sentir agradecimiento por todo lo que es bueno y tener fe y esperanza aun [en medio de las pruebas más difíciles] . . .

"Y pase lo que pase, entretanto, tendremos la absoluta seguridad de que la vida es sempiterna y de que el progreso eterno es el propósito de esta existencia" (Richard L. Evans, *Volume Four: Thoughts for One Hundred Days*, Salt Lake City: Publishers Press, 1970, pág. 169).

Reconozcamos las bendiciones que tenemos y sintamos agradecimiento por ellas. ¡De nuestro Salvador proviene la esperanza! El comprender el evangelio, el hacer obras rectas y el seguir los consejos de los profetas constituyen nuestra *garantía* de la realización de esa esperanza.

Sé, por sagradas experiencias que he tenido, que por la fe y la esperanza que tenemos en Cristo podremos salir triunfantes de nuestras pruebas.

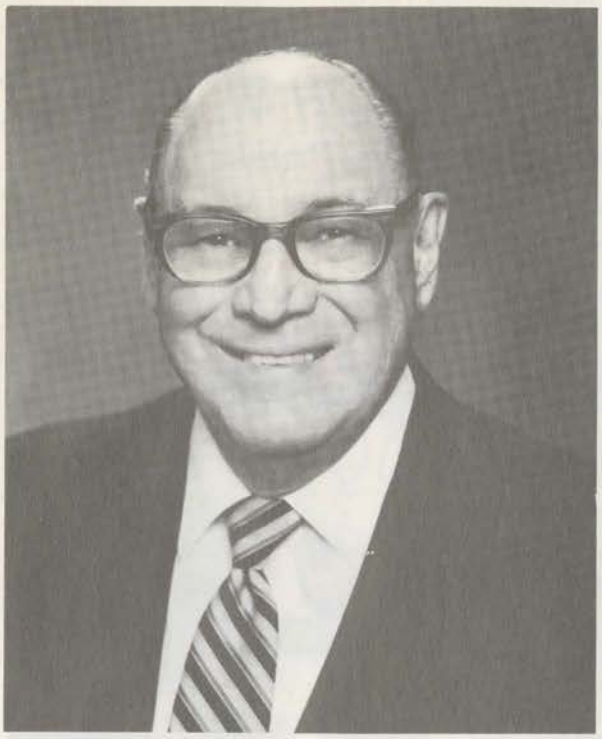
Me siento profundamente agradecida por las oportunidades que tengo y también por mis problemas. Me siento en deuda con mi Salvador por la ayuda que me ha dado en los momentos difíciles. Y espero y deseo que todas confiemos en que nuestro Salvador mitigará nuestros pesares, calmará nuestras angustias, nos dará valor y fortaleza para salir adelante, y nos ayudará a vencer las dificultades. Acerquémonos a El que nos invita, a cada una, diciéndonos:

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

"Llevad mi yugo sobre vosotros, . . . y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo 11:28–29).

Yo sé que El vive. Sé que se interesa por todos. Este es mi testimonio y lo que anhelo para todas nosotras, y lo digo en el sagrado nombre de nuestro Salvador Jesucristo. Amén.

El ÉLDER JOSEPH B. WIRTHLIN
del Quórum de los Doce



"Lo primero que sentí fue un shock total; me parecía increíble. Después, me invadió un profundo sentimiento de humildad", dijo el élder Joseph B. Wirthlin cuando le preguntaron cómo había reaccionado al recibir el llamamiento para servir en el Quórum de los Doce. El 4 de octubre de 1986, durante la conferencia general, fue sostenido como Apóstol y miembro de ese quórum.

El viernes por la mañana, un día antes de comenzar la conferencia, se encontraba trabajando en su oficina cuando recibió una llamada de la secretaria del presidente Ezra Taft Benson.

" 'El presidente Benson quiere saber si usted tendría tiempo de venir a verlo', me dijo. ¿Si yo tendría tiempo de ir a ver al Profeta del Señor? ¡Haría un viaje alrededor del mundo si fuera necesario para tener ese privilegio! Pero eso es sólo una muestra de la consideración del presidente Benson hacia los demás", comenta el élder Wirthlin.

Antes de recibir el llamamiento al Quórum de los Doce, había formado parte de la presidencia del Primer Quórum de los Setenta durante casi dos meses, período en el cual también fue Director Ejecutivo del Departamento de cursos de estudio y Editor de las revistas de la Iglesia.

El 4 de abril de 1975, al ser sostenido y apartado como Ayudante del Consejo de los Doce, comenzó a dedicar todo su tiempo al servicio de la Iglesia; en abril de 1976 lo llamaron para integrar el Primer Quórum de los Setenta.

"Mi reacción cuando recibí el llamamiento del presidente Benson fue similar a la que tuve cuando el presidente Spencer W. Kimball me llamó por primera vez para ser Autoridad General", dice el élder Wirthlin. "Sentí igual shock entonces." Y agregó con una sonrisa: "Tres horas y treinta y siete minutos después de haberme reunido con el presidente Kimball hubo en Salt Lake City un terremoto alarmante que me hizo preguntarme si el Señor aprobaba el llamamiento. Cuando pasó el susto, todo volvió a la normalidad y mi sentimiento de confianza se fortaleció una vez más".

Los padres del élder Wirthlin fueron Joseph L. Wirthlin y Madeline Bitner, habiendo sido también su padre Autoridad General. El nació en Salt Lake City, y durante su juventud fue activo en deportes, jugando de defensa en el equipo de fútbol (americano) de la Universidad de Utah; se graduó en esa universidad con un título de bachiller en administración de negocios. Además, fue en una misión a Alemania, Austria y Suiza. Después de su regreso, tuvo cargos en las organizaciones auxiliares de barrio y estaca y fue consejero en el obispado del Barrio Bonneville, en Utah. Más tarde, recibió el llamamiento de obispo de dicho barrio, cargo en el cual permaneció durante casi diez años.

"Recuerdo con especial cariño aquellos años en que era obispo", dice. "La experiencia más gratificadora que he tenido en la Iglesia ha sido ver a tantos de los jóvenes excelentes, tanto varones como mujeres, que estuvieron en los programas del Sacerdocio Aarónico y las Mujeres Jóvenes crecer y llegar a adultos, y muchos de ellos ocupar ahora posiciones prominentes en la Iglesia. En el Barrio Bonneville los programas para la juventud tenían prioridad."

Después de su relevo del obispado, pasó a formar parte del sumo consejo de la Estaca Bonneville. Más adelante, el entonces presidente de la estaca y actualmente Apóstol, Russell M. Nelson, lo eligió para ser uno de sus consejeros; y en 1971, lo llamó como consejero en la Presidencia General de la Escuela Dominical.

En aquellos años de servicio a la Iglesia, el élder Wirthlin trabajaba en un negocio familiar de venta de alimentos al por mayor, llegando a ser presidente de la compañía. Al mismo tiempo, era presidente de una asociación de comercio de Utah.

"Mi padre estableció el negocio de la familia en 1916 y lo administró

hasta 1938, en que fue llamado para ser el Segundo Consejero del entonces obispo LeGrand Richards, en el Obispado Presidente de la Iglesia; entonces, yo pasé a ser presidente de la compañía hasta que recibí el llamamiento de Ayudante del Consejo de los Doce, en 1975; a partir de ese momento, mi hijo Joseph empezó a administrarlo.

"Uno de los aspectos que más me gustaban cuando administraba nuestra compañía", agrega, "era nuestro trato con la gente. Teníamos un excelente grupo de empleados leales y muchos clientes que apreciaban el servicio que les rendíamos. A mí me gusta mucho trabajar en contacto con la gente."

Al preguntársele cuáles fueron los elementos que tuvieron mayor influencia en su vida, responde:

"En mis años de niñez y adolescencia fue ver la absoluta fe que mis padres tenían en el Señor y Salvador y en los líderes ungidos de la Iglesia.

"Además, observé muchas curaciones milagrosas en nuestra familia, y fui testigo del poder del sacerdocio que hizo posibles tales milagros.

"Hay uno que recuerdo vívidamente. Mi padre se fracturó un tobillo al saltar una cerca; se trataba de una fractura grave, y todos pensábamos que pasarían muchas semanas, y quizás meses, antes de que sanara; pero papá recibió una bendición de salud de sus dos consejeros en el obispado, y dos días más tarde caminaba normalmente otra vez. Yo era un muchachito, pero esa curación me impresionó sobremanera.

"Desde que era niño jamás tuve ninguna duda sobre el origen divino de la Iglesia, y desde entonces, mi fe y testimonio han estado aumentando continuamente."

El élder Wirthlin tuvo el cargo de Supervisor de Area en Europa desde julio de 1975 hasta abril de 1978, y el de Administrador Ejecutivo del Area Sudeste de los Estados Unidos y las Islas del Caribe desde 1978 hasta 1982. Al ser relevado de esa posición pasó a ocupar la de Administrador Ejecutivo en Brasil hasta el 1° de julio de 1984. También ha sido Director administrativo del Departamento del Sacerdocio de Melquisedec y Director administrativo del Comité de relaciones militares de la Iglesia.

Desde 1984 hasta agosto de 1986 fue Presidente del Area de Europa, con sede en Francfort, Alemania, y estaba a cargo de las actividades de la Iglesia en las Islas Británicas y el resto de Europa, los Países Escandinavos y Africa.

Joseph B. Wirthlin se casó con Elisa Young Rogers en el Templo de Salt Lake, y la pareja tiene ocho hijos, siete mujeres y un varón.

"Mi familia quedó muy complacida con mi llamamiento", dice. "Todos se dan cuenta de la naturaleza sagrada del oficio de un Apóstol, y eso los ha hecho más humildes.

"Me he establecido la meta de vivir en todo lo que me sea posible en forma ejemplar y de seguir las huellas de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo." □

El ÉLDER HUGH W. PINNOCK
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta

El élder Pinnock disfrutará mucho de su llamamiento para integrar la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta porque eso le dará más oportunidades de rendir servicio a los demás.

"Quiero mucho a todos mis compañeros del quórum", dice, agregando que desde el punto de vista administrativo, "el Primer Quórum de los Setenta está completamente dedicado a servir al Quórum de los Doce y a la Primera Presidencia".

El élder Pinnock fue sostenido como integrante de la presidencia del quórum el 5 de octubre de 1986, en una sesión de la conferencia general, pasando así a ocupar la vacante que dejó el élder Joseph B. Wirthlin al ser llamado Apóstol.

Hugh W. Pinnock ha sido miembro del Primer Quórum de los Setenta desde el 1° de octubre de 1977. Por experiencia propia sabe lo que significa servir a la Primera Presidencia y al Consejo de los Doce: es dedicarse por

entero a atender las necesidades de todos los hijos de nuestro Padre Celestial.

"Hay tantas maneras diferentes de servir", dice, agregando que los que realmente llevan a cabo el servicio en la Iglesia son los padres que aman a sus hijos, y los maestros, misioneros, maestros orientadores y maestras visitantes, y asesores de los grupos de jóvenes, todos ellos dedicados a una labor que realizan en forma constante y que continúa en efecto mucho después que se han ido los visitantes especiales y sus discursos quizás se han olvidado ya.

Los esfuerzos de las Autoridades Generales tienen por objeto fortalecer el reino, exactamente lo mismo que en los días del ministerio de Jesucristo, afirma el élder Pinnock. Una de las formas en que tratan de lograrlo es exhortar a los Santos de los Ultimos Días a seguir el consejo del presidente Ezra Taft Benson de estudiar más minuciosamente el Libro de Mormón y las otras Escrituras.

"Cuando nuestro pueblo se dedica a estudiar las Escrituras", comenta, "todos viven mejor y se nota el progreso en su vida. Esperamos que los miembros se dediquen a la lectura de buenos libros, particularmente por la prevalencia de materiales que conducen a pensamientos y acciones bajos y mundanos. Los santos no podemos pretender gozar de la compañía del Espíritu Santo si por otro lado disfrutamos de libros, revistas, películas y programas de televisión que no son apropiados para nosotros, los miembros de la Iglesia". Y agrega: "Tenemos que acondicionarnos para pensar como Jesús piensa".

Si el élder Pinnock demuestra entusiasmo hablando de la influencia que pueden tener los materiales de estudio de la Iglesia para fortalecer a los miembros, quizás se deba al contacto que ha tenido con el departamento que los produce: dos veces ha sido el director administrativo y ahora es el Director Ejecutivo de dicho departamento; en igual forma lo ha tenido con el de la Escuela Dominical, del cual ha sido presidente durante gran parte de los últimos siete años.

"Contamos con los mejores programas de estudio en todo el mundo," dice, "porque nos ayuda a pensar claramente sobre asuntos espirituales". Y afirma que le gusta el nombre "Escuela Dominical, porque encierra el significado de erudición en el evangelio".

"Mi vida la componen mi familia y la Iglesia; también tengo profundo interés en el ambiente", tanto en lo físico como en lo espiritual, agrega.

El élder Pinnock ha sido miembro de la Presidencia del Area Sudoeste de Norteamérica. También fue Presidente del Area Sur de Utah y director administrativo del Departamento del Sacerdocio. Ha sido obispo, presidente de misión y Representante Regional, y ha servido como director del Comité de Orientación Familiar y Noche de Hogar y miembro del Comité de Liderazgo del Sacerdocio.

El asegura que le ha sido posible prestar servicio a la Iglesia, en parte "porque tengo una maravillosa esposa que me apoya totalmente". Su esposa es Anne Hawkins, de North Hollywood, estado de California, con la que tiene seis hijos, cuatro varones y dos mujeres; la pareja tiene también tres nietecitas.

Antes de recibir su llamamiento para dedicarse por entero al servicio de la Iglesia, trabajaba con seguros de vida y como oficial de varias organizaciones profesionales. También ha servido en diversas posiciones de asesoría y administrativas en organizaciones cívicas, comerciales, caritativas, educativas y gubernamentales.

Nació en Salt Lake City el 15 de enero de 1934. Durante su juventud interrumpió los estudios universitarios para salir en una misión para la Iglesia. Después de graduarse en la Universidad de Utah, fue por un tiempo oficial del Ejército de los Estados Unidos. □

SE DISUELVEN LOS QUÓRUMES DE SETENTAS DE LAS ESTACAS

Se disuelven los quórumes de setentas de las estacas, según lo anunció el presidente Ezra Taft Benson en la reunión del sacerdocio, que se llevó a cabo el 4 de octubre de 1986, al anochecer.

En el anuncio el presidente Benson dijo:

"De conformidad con las necesidades derivadas del crecimiento de la Iglesia en todo el mundo, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles han estudiado con oración la función de los quórumes de setentas de estaca en la Iglesia y, con respecto a éstos, han resuelto tomar las siguientes medidas:

"1. Se disolverán los quórumes de setentas de las estacas de la Iglesia y a los hermanos que al presente sirvan de setentas en dichos quórumes se les pedirá que vuelvan a formar parte de los quórumes de élderes de sus respectivos barrios. Los presidentes de estaca, en forma ordenada, podrán determinar entonces quiénes de esos hermanos deben ser ordenados en el oficio de sumo sacerdote.

"Este cambio no afecta al Primer Quórum de los Setenta, cuyos miembros son todos Autoridades Generales de la Iglesia.

"2. Es preciso destacar particularmente en las misiones de estaca la importancia de colaborar con los misioneros proselitistas regulares en la tarea de encontrar personas interesadas, brindarles amistad y luego hermanarlas, como asimismo fomentar la participación de los miembros en todas las actividades misionales. Un élder o un sumo sacerdote que tenga interés en la obra misional será llamado en calidad de presidente de la misión de estaca y sus consejeros se escogerán de entre los élderes o los sumos sacerdotes.

"Por medio de una carta de la Primera Presidencia a los líderes locales del sacerdocio, se proporcionarán instrucciones más detalladas con respecto a este anuncio.

"En esta ocasión, encomiamos a todos los hermanos que han servido tanto en el pasado como en el presente en los quórumes de setentas de las estacas de la Iglesia y que con tanta eficacia y buena disposición han dado de su tiempo, talentos y medios para dar a conocer el evangelio de Jesucristo." □

Participación adicional:
Las oraciones fueron pronunciadas en la sesión del sábado por la mañana por los élderes Hartman Rector, hijo, y Keith W. Wilcox; en la sesión del sábado por la tarde por los élderes Gene R. Cook y Hans T. Ringger; en la sesión del sacerdocio por los élderes John Sonnenberg y Waldo P. Call; en la sesión del domingo por la mañana por los élderes Robert L. Backman y H. Burke Peterson; en la sesión del domingo por la tarde por los élderes F. Arthur Kay y Helio R. Camargo; y en la reunión general de mujeres por Kelly Lyman, de la Estaca Orem Utah Central, y por Geneva B. Brown, de la Estaca Salt Lake Monument Park. Las Autoridades Generales que no asistieron a la conferencia fueron el presidente Marion G. Romney y el élder J. Richard Clarke.

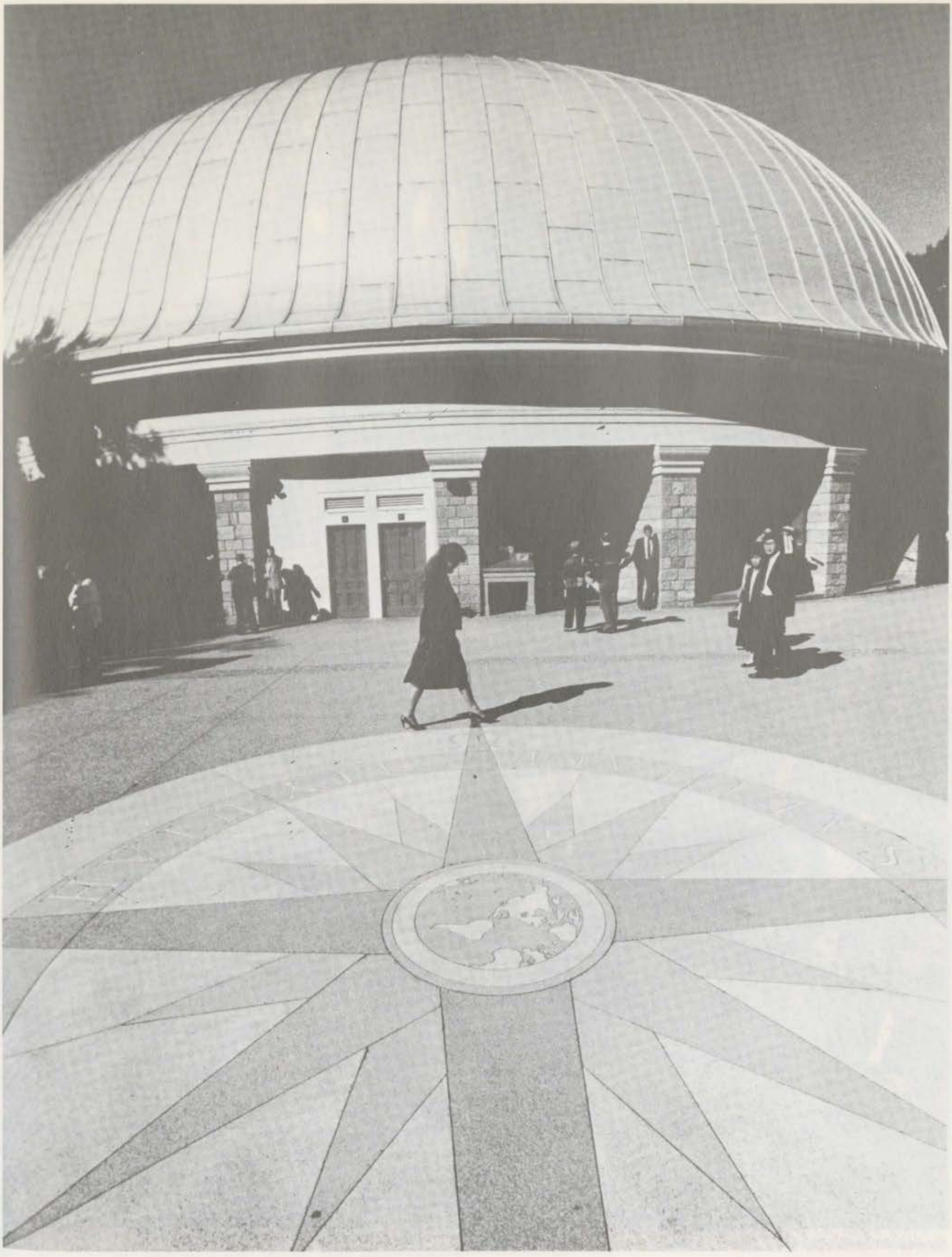
Indice de temas y discursantes

Los siguientes temas se tratan en los discursos que aparecen en las páginas indicadas a continuación.

Abuso de menores 15
Adversidad 10, 35, 89, 92
Alcohol 13, 19, 66
Amor 26, 27, 30
Ancianos 24
Arrepentimiento 10, 13, 15, 26, 74, 76
Asistencia a las reuniones 82
Autoestima 66
Autoridades Generales 38
Bendición patriarcal 63, 82
Cometidos 13, 30, 42
Decisiones 10
Drogas 35, 42
Enseñanza 60, 74
Escrituras 3, 54, 79, 82
Esperanza 87, 89, 92
Espíritu Santo 51
Expiación 74
Familia 72, 82
Fe 40, 42, 58, 72, 74
Felicidad 24
Gozo 23, 66
Honradez 7, 19
Jesucristo 46, 51, 74, 87, 92
Juventud 24, 35, 82
Libre albedrío 10
Mandamientos 7, 19
Matrimonio 15, 82
Niños 15, 60
Obra Misional 23, 26, 30, 58, 82
Padre Celestial 51
Padres 7, 15, 24, 27, 60, 82
Palabra de Sabiduría 13, 35, 66
Perdón 7, 26, 76
Perseverancia 40
Profetas 38, 54
Pureza moral 10, 82
Reactivación 26, 76
Revelación 54, 63, 79
Sacerdocio 35, 42, 46
Salvación 54, 70
Satanás 35, 42
Tabaco 13, 19, 35
Templos 58, 70
Testimonio 3, 38, 58
Trabajo 60
Trinidad 46, 51, 54
Valor 40, 42

A continuación aparecen, en orden alfabético, los discursantes que participaron en la conferencia o en la reunión de mujeres.

Andersen, H. Verlan 23
Anderson, Joseph 38
Ashton, Marvin J. 13
Ballard, M. Russell 30
Benson, Ezra Taft 3, 46, 79, 82
Brewerton, Ted E. 27
Cannon, George I. 24
Eyring, Henry B. 74
Faust, James E. 7
Haight, David B. 35
Hanks, Marion D. 10
Hinckley, Gordon B. 42, 51
Howard, F. Burton 76
Hunter, Howard W. 33
Kapp, Ardeth G. 89
Maxwell, Neal A. 54
Monson, Thomas S. 40, 63
Nelson, Russell M. 66
Oaks, Dallin H. 19
Packer, Boyd K. 15
Perry, L. Tom 60
Richards, Franklin D. 70
Russell, Gardner H. 26
Tuttle, A. Theodore 72
Winder, Barbara W. 92
Wirthlin, Joseph B. 58
Young, Dwan J. 87

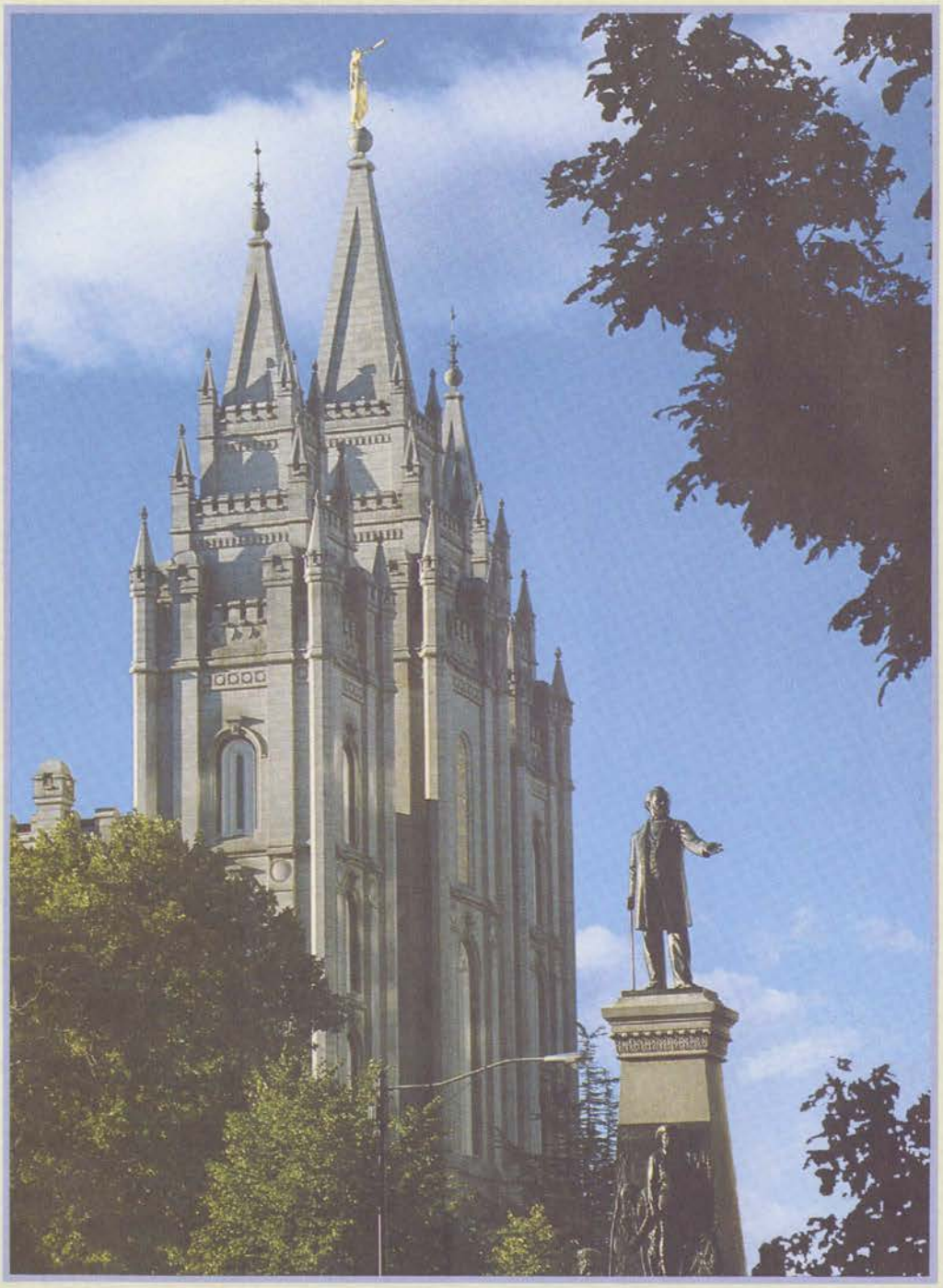


El élder Hugh W. Pinnock (extremo derecho), recientemente sostenido como miembro de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta, aparece de pie, junto al élder Robert L. Backman, élder Jack H. Goaslind y élder William Grant Bangerter, de derecha a izquierda, también miembros de la presidencia de dicho quórum.

El presidente Ezra Taft Benson saluda a una de las Autoridades Generales.

Autoridades Generales en la sesión del sacerdocio.

Miembros del Primer Quórum de los Setenta.

Los élderes Ronald E. Poelman y Gene R. Cook conversando después de una de las sesiones de la conferencia. En primer plano está el élder Eldred G. Smith, patriarca emérito.

Presidente Ezra Taft Benson.